

G. G. VELASCO

TODO ES YA HISTORIA



Todo es ya historia

G. G. Velasco

Derechos de autor © 2021 G. G. Velasco

Título original: Todo es ya historia

Autor: G. G. Velasco

Diseño de portada y maquetación: pedroviejo.com

Primera edición: agosto de 2021

ISBN: 9798455106941

© 2021 de G. G. Velasco

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo sanción establecida por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la reproducción de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Contenido

[Página del título](#)
[Derechos de autor](#)
[Dedicatoria](#)
[Prólogo](#)
[Breve nota introductoria](#)
[PRIMERA PARTE](#)
[Principio de incertidumbre](#)
[Relatividad general](#)
[Horizonte de sucesos](#)
[Principio de equivalencia](#)
[Interacción débil](#)
[El big bang](#)
[Aproximación cuasi estacionaria](#)
[Estado entrelazado](#)
[Resistencia aparente](#)
[Interferencia constructiva](#)
[Efecto Casimir](#)
[Universo de bloque](#)
[SEGUNDA PARTE](#)
[Los gatos de Schrödinger](#)
[Principio de exclusión](#)
[Agujeros de gusano](#)
[Cambio de fase](#)
[Efecto Zeeman](#)
[Fluctuaciones de vacío](#)
[La interpretación de Copenhague](#)
[Matriz de transferencia](#)
[Variables ocultas](#)
[Expansión multipolar](#)
[Momento angular](#)
[TERCERA PARTE](#)
[Conjetura de Mach](#)
[Invariancia de escala](#)
[Supersimetría](#)
[Efecto túnel](#)
[Rotura de simetría](#)
[Mecánica ondulatoria](#)
[Masa crítica](#)
[Neguentropía](#)
[Naturaleza dual](#)

[Relatividad especial](#)

[CUARTA PARTE](#)

[Teoría de campos](#)

[Ausencia de contorno](#)

[Principio holográfico](#)

[El big crunch](#)

[Teoría del caos](#)

[Principio de complementariedad](#)

[Energía oscura](#)

[Superconductividad](#)

[Conservación de la energía](#)

[Gran unificación](#)

[ANEXOS](#)

[Glosario](#)

[Lista de reproducción de Noel](#)

[Hic Sunt Dracones](#)

[Nota final y agradecimientos](#)

[Otros títulos](#)

La ciencia no puede resolver el misterio de la naturaleza. Y eso se debe a que, en última instancia, nosotros mismos somos una parte del misterio que estamos intentando resolver.
Max Planck

A medida que el futuro madura en el pasado, el pasado se pudre en el futuro: un terrible festival de hojas muertas.
Anna Ajmátova

*A todos quienes, de una manera o de otra,
han desaparecido de mi línea temporal.*

*Y, por supuesto, a quienes siguen habitando en ella
y saben de qué habla de verdad este libro.
Muy en especial, a mi madre, a mi padre
y a mis tíos Isi, Jaime y Gonzalo.*



Prólogo

Por Francisco Javier Rodenas

Cuando la ola llega, mejor asumirlo sin más. Correr es inútil. Resistirse, un ejercicio vano apenas impelido por el instinto de supervivencia.

La ola es gigantesca, monstruosa, y viene a arrasarlo todo, a hacer del mundo un lugar inhóspito y corrupto donde los únicos supervivientes se empeñan en sacar su lado más oscuro y donde una grave epidemia acecha en cada esquina.

Consumada la catástrofe, solo queda una cosa por hacer: olvidarse de todo, sentarse en la arena de la playa, bajo la sombra de alguna palmera, y dejarse llevar por la voz de G. G. Velasco y la fantasía de encarnar a alguno de sus héroes, ya sea el portador del secreto que define a una llama, el adalid encargado de salvar un impronunciable mundo ártico, el escorpión incapaz de luchar contra su propia naturaleza, el adolescente que vive un amor cargado de despedidas al son de la música de Franco Battiato, el naufrago que, en el fondo, todos los lectores somos o, por supuesto, el superviviente del espeluznante cataclismo que nos asola a diario.

Tanto da. G. G. Velasco siempre consigue con sus novelas que merezca la pena conocer a cada uno de sus complejos y trabajados personajes, embarcarse en cada uno de los inspiradores escenarios que los acogen, disfrutar de cada una de las historias que nos ha regalado durante los últimos años.

Y esta novela no es una excepción.

Hay trazos y reminiscencias de sus otros libros en *Todo es ya historia*, pero también muchos aspectos novedosos. Pues, si por algo destaca el autor de *Nadie vendrá a rescatarnos* es por su asombrosa capacidad para cambiar, para transformarse, para evolucionar, para saltar de género sin perder el pulso ni el estilo.

Como en *Lo que define a una llama*, no hay una, sino dos mujeres de carácter —Sira Faris y Anne Senna—; como en *Dögunljósey*, la historia está contada en dos tiempos inexorablemente unidos; como en *La revolución de las sonrisas*, el caos es un personaje más; como en *Todas las veces que nos dijimos adiós*, el amor trasciende el tiempo y las circunstancias; y, como en muchas otras de sus novelas, hay una isla y esa isla emerge señorial para apoderarse de nosotros, para devorarnos, para meternos de lleno en la pomada y hacer de *Todo es ya historia* un libro único en su especie.

En él Velasco aborda un tema conocido y recurrente, la capacidad del ser humano para sacar su peor cara cuando llega el apocalipsis, pero consigue darle una vuelta de tuerca y crear a partir de ahí un mundo extraño y verosímil donde nada de lo que podamos sospechar acerca de la trama y de sus protagonistas termina por concretarse de manera predecible.

El autor te lleva por donde quiere y te deja donde quiere. Y tú solo puedes observar con la boca abierta, unirte al espectáculo de fuegos artificiales que te tiene reservado y disfrutar, simplemente disfrutar.

Todo es ya historia, además de ello, es también una fantástica novela de aventuras; una odisea donde nuestras Ulises deben superar infinidad de pruebas con tal de llegar a su propia Ítaca; una alegoría de ese futuro por el que nos precipitamos sin remedio; una profunda reflexión sobre lo que deberíamos y lo que no deberíamos hacer como especie.

Hay ciencia, y se nota que el autor no ha dejado nada al azar en ese aspecto. Cada dato, cada teoría formulada lleva detrás un exhaustivo trabajo de documentación. Hay filosofía, y también en este caso nada se ha hecho de manera caprichosa, y hay, cómo no, música elegida con tino para que la lectura del libro adquiera matices únicos.

Y luego están los diálogos, las frases revestidas de muchos sustratos. En especial, las que hacen referencia al tiempo y al modo que tenemos de percibirlo y comprenderlo, un concepto ilusorio que solo habita en nuestra mente, como dice el otro gran pilar de la novela, Noel León, en uno de los momentos más significativos de la trama.

No hace mucho leí que G. G. Velasco es de esos escritores que se disfrutan en cada palabra, que no generan prisas en el lector por acabar sus libros, que consigue que importe más el camino que la meta. Y aunque en esta ocasión, a mi juicio, la meta está especialmente lograda, no puedo estar más de acuerdo.

Desde que lo descubrí en *Lo que define a una llama*, me convertí en uno de sus fieles lectores —el presidente de su club de fans de Villena y la contorná, como nos gusta bromear a los dos—. Ahora he tenido el privilegio de prologar uno de sus mejores libros, si no el mejor, y ese es un gesto por el que siempre le estaré agradecido.

No me extendo más. Creo que ha llegado el momento de que se presenten Sira y Noel, los verdaderos protagonistas de esta historia.

Mejor que os agarréis bien fuerte, querida lectora, querido lector, porque la Gran Ola aguarda agazapada a vuelta de página, lista para desatar el apocalipsis, y os aseguro que, como suele ocurrir con la mayoría de las novelas de Velasco, va a ser una experiencia de las que dejan huella...

Breve nota introductoria

La ciencia y la música juegan un papel fundamental en este libro.

Por ello, la novela se divide en un total de cuarenta y tres capítulos encabezados por un principio o noción relacionado con la física —sobre todo, en su vertiente cuántica— y por un tema musical especialmente elegido para acompañar su lectura, ambos vinculados de distintos modos con la trama.

En los anexos se incluye un código QR mediante el cual acceder desde Spotify a la lista de reproducción de todas estas canciones.

Escucharlas no es algo indispensable para disfrutar del libro, pero sí que se recomienda hacerlo al menos una vez, ya sea antes, durante o después de la lectura, con el fin de tener una experiencia más rica y captar mejor el tono y los matices de la historia.

PRIMERA PARTE

Presente continuo

Principio de incertidumbre

Imposibilidad de que determinados pares de magnitudes físicas observables y complementarias sean conocidas con precisión.

One of these days, Pink Floyd.

Excepto por los finos cercos color escarlata en torno a sus órbitas, los ojos del prófugo muestran la misma textura entre furiosa y desafiante que la niebla recién revuelta; la misma textura, ahora que lo pienso, enquistada desde hace ya demasiados años en la geografía y la historia de nuestro país...

No hay una impronta muy distinta en los ojos de la chica a quien retiene por la fuerza —presumiblemente, su hija—, si bien en ellos, por efecto del filo que acaba de deslizarle bajo la barbilla, se aprecia más miedo que ira.

Mis pupilas aguzadas por la experiencia los observan a ambos con frialdad al otro lado de la boca del revólver, y, entre latido y latido, buscan tácitamente comunicarles que no tienen ya escapatoria.

—Se acabó —hago hincapié en el mismo mensaje apuntando a la cabeza del hombre—, suéltela.

El aludido, lejos de amedrentarse, redobla la potencia de su agarre y hunde el metal un poco más contra la piel sudorosa de la rehén.

Ese simple movimiento basta para sembrar el terror por buena parte de las cocheras.

—Ni hablar —masculla entonces el tipo, con los dientes apretados en una mueca enfermiza. Su rostro, como el de todas las víctimas de la plaga, se encuentra empapado de sudor—. Nadie nos recluirá jamás en un apestoso lazareto. —Mantiene firme el cuchillo sobre la garganta de la joven—. No dejaré que eso ocurra.

La tozudez de su negativa pone mi estrategia contra las cuerdas. Ya he lidiado con escenarios parecidos en otras ocasiones, pero en muy pocas de ellas una amenaza me ha generado tantas dudas. Hay demasiado nerviosismo, demasiada desafección y demasiada rabia en su voz como para estar segura de nada.

—¿Y cuál es la alternativa? —pregunto a través del filtro de mi máscara de protección—. ¿Degollar a su hija y condenar también a toda esta gente?

—¡La Nevera es un cementerio! —gruñe el hombre en un tono nada prometedor—. ¡Merecemos algo más que pudrirnos dentro de ese agujero infecto!

—No lo dudo, pero la ley...

—¡Solo queremos salir! —interrumpe enfadado—. ¿Qué demonios le importa a la ley dónde decidamos morirnos? El almirante debería preocuparse más por nuestras vidas y menos por nuestras muertes. ¡Ahí fuera no hacemos nada malo a nadie!

—Me temo que eso no es exactamente así —replico sin perder de vista su entrecejo—. Unas pocas muertes ponen en riesgo las vidas de muchos, como bien sabe. Por no hablar de que salir de la ciudad requiere atravesarla primero. —Ladeo la cabeza hacia el muro de piedra volcánica que separa las cocheras de los barrios bajos, a su vez separados del exterior por apenas una verja de diez metros de altura coronada por concertinas y emisores de ultrasonidos—. Es un riesgo que no podemos permitirnos. Si la plaga se descontrola de nuevo...

—¿La plaga? —vuelve a cortarme el hombre, airado—. ¡La verdadera plaga vive ahí arriba! —Señala la bandera raída que ondea sobre la Fortaleza—. ¡Y hace tiempo que está completamente descontrolada!

En ese aspecto, he de reconocer que no le falta razón. Monteburgo ha empeorado mucho bajo el mando del almirante Ciric Klem, a la vista está, y tanto el panorama político como el sanitario, con el insensato de Duane Renaud llamando a la revolución desde el canal de Giles Selig, por un lado, los sangrantes difundiendo de manera irresponsable el fanatismo religioso, por otro, y la Hueste Invisible contribuyendo con sus atentados cada vez más frecuentes a la expansión de la enfermedad, deja bastante que desear.

De cualquier modo, yo no estoy aquí para entrar en disquisiciones filosóficas con nadie; estoy aquí única y exclusivamente para hacer cumplir las órdenes que se me han encomendado.

—Fuera las cosas no están mucho mejor, se lo aseguro —adviento con inflexión admonitoria—. El Páramo no es lugar para nadie, sano o enfermo.

—Preferiría comprobarlo yo mismo —alega el hombre a la defensiva—. Al menos, durante el tiempo que nos quede. Dicen que hay supervivientes en el exterior. Quizás alguien haya encontrado una cura. Solo queremos dejar atrás este estercolero e intentarlo.

—Lo lamento —rebato categórica—. No puedo consentir eso.

—¡Es nuestra vida!, ¡nuestra elección! —protesta el evadido, cada vez más crispado—. ¿Quién eres tú para prohibirnos nada?

La joven rehén casi ni se atreve a parpadear ante el exabrupto de su captor, que vuelve a arrancar un murmullo estremecido entre los residentes de las cocheras.

—Como ya he dicho, hay más vidas y más elecciones en juego —reitero inflexible—. Debería pensar un poco en ellas también.

—¡Estoy ya cansado de pensar! —se queja el fugitivo con una sonrisa maniaca—. Yo que tú me apartaría y dejaría que nos marcháramos. —Comprime el arma al máximo contra la carótida de la chica—. En esa isla no hay nada mejor ni para ella ni para mí. Te garantizo que llegaré hasta el final si es preciso.

Ojalá pudiera confirmar que no va de farol. En esta clase de duelos, con independencia de que la veteranía sea un grado, siempre resulta muy complejo averiguar cuándo alguien miente. Un exceso de autosuficiencia por mi parte, como bien presagia el pavor hueco que flota en la noche junto con su característico aroma a goma quemada, fritura, desechos y orines, podría tener efectos catastróficos.

Mi radiotransmisor suena en ese instante con un discreto fogonazo de electricidad estática.

—Faris, situación —reclama el mando desde el puesto de seguimiento—. ¿Alguna novedad? Cambio.

Yo oriento la barbilla hacia el pecho, donde llevo sujeto el aparato, y utilizo la parte alta del brazo para presionar el interruptor de respuesta.

—Todo bajo control —respondo fingiendo que no estoy metida hasta las cejas en un atolladero de difícil salida—. Cambio y cierro.

Mi mirada se entrecruza con la del huido en mitad de la neblina. Puesto que ya llevo algún

rato con el arma en alto, un entumecimiento sordo empieza a extenderse por codos y muñecas. El silencio se vuelve tan denso, durante un escueto interludio, que hasta puedo oír en la distancia el eco de los sangrantes reunidos en la catedral para salmodiar y autoflagelarse.

—¿En serio crees que tienes algo bajo control? —inquieta el hombre burlón—. Porque desde aquí no se ve de la misma forma, ¿verdad, pequeña?

La joven asiente por pura inercia. A tenor del espanto que destilan sus facciones, se diría que no comprende muy bien lo que está pasando, y mucho menos que esté de acuerdo con su padre en que aquel subterfugio sea el camino mas adecuado para que ambos puedan llegar a labrarse un porvenir.

—Déjelo ya —contesto en un intento deliberado por sonar lo más rotunda posible—. Ambos sabemos que jamás va a usar ese cuchillo contra ella.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque ningún padre, da igual lo enojado o desesperado que esté, le haría algo así a su hija. Jamás.

Los iris de la cautiva parecen tornarse todavía más grises de lo que ya están por defecto, como si quisieran decirme algo con ello. Un mal palpito me recorre todo el cuerpo mientras el cutis apergaminado del prófugo va adquiriendo gradualmente la tersura equívoca de la fatalidad.

—Cierto, ningún padre le haría nunca daño a su hija —concede este con un aplomo casi tan retador como el pliegue que de pronto empieza a formarse en sus labios—; el problema, *ranger*, es que ni esta chica es mi hija ni yo soy su padre.

En contra de toda expectativa, el hombre rebana de un sajo el cuello de la muchacha y empuja su cuerpo ensangrentado contra mí. Lo repentino de la maniobra, sumado al caos que la agresión desata por toda la explanada ante el temor a un contagio, me inhabilita para reaccionar con la prontitud debida.

Decenas de personas bullen, huyen y se desplazan a mi alrededor en busca de sus equipos de protección respiratoria. La chica vierte sobre mi pecho parte de su sangre y de su resuello con un gorgoteo truculento que licua también las manchas de sus ojos en forma de lágrimas.

Doy gracias a Dios —no al de los sangrantes, sino al de toda la vida, el que mi padre me enseñó a respetar—, por tener la máscara y el peto de protección puestos y me desembarazo como puedo de la carga que su atacante me ha echado encima.

Quisiera ayudar a la pobre muchacha, aunque ya es demasiado tarde. El corte le ha alcanzado la arteria y carezco del equipamiento necesario para hacerlo sin exponerme yo misma a una infección.

Si me entretengo demasiado en auxiliarla, además, puede que el agresor se beneficie de ello y logre escabullirse, lo cual no solo acarrearía mi segundo fracaso de la jornada, sino también una mancha imperdonable, y posiblemente irreversible, en la reputación de efectivo de alto rendimiento que tanto me ha costado levantar en los últimos años.

—¡Atrás! —ordeno al gentío entre gritos—. ¡Usen sus máscaras y salgan de aquí! ¡Rápido!

La lentitud de mis reflejos me llena de cólera y frustración. No sé si estoy perdiendo capacidades por culpa del dichoso dolor de huesos o si sencillamente he prestado poca atención a las señales. Para el caso, ya no hay marcha atrás. Lo único que puedo hacer es sacudirme la culpa a contrarreloj, concentrarme en no volver a perder el temple y tratar de apresar al asesino antes de que llegue a la muralla.

Decidida a ello, escaneo a la carrera el laberinto de autobuses reconvertidos en viviendas hasta localizar su figura doblando la esquina entre varios bidones ardientes. Todavía tengo el revólver entre las manos. No voy a consentir que se salga con la suya. No puedo consentir que se

salga con la suya.

—¡Alto! —exclamo agotada a unos treinta metros por detrás de su posición—. ¡Alto o disparo!

Como el tipo sigue sin atender a razones, me veo obligada a apretar el gatillo varias veces. Primero, con un par de disparos disuasorios hacia el cielo estrellado; luego, mediante varios tiros algo más premeditados hacia puntos no letales de su anatomía, para así minimizar el riesgo de contaminación. Ninguno de ellos alcanza el objetivo calculado, en parte por culpa de la niebla, el frío y la oscuridad y en parte por la desorientación en que todo el incidente me ha sumido.

El arma se encasquilla justo cuando tengo a tiro al fugitivo —algo bastante común desde que la escasez de material nos ha obligado a reciclar cartuchos—, propiciando que logre trepar por el muro y encaramarse de piedra en piedra a su parte superior.

—¡Todo esto es culpa tuya! —vocifera erguido sobre la mampostería—. ¡Tú me has obligado a hacerlo! ¡Solo tú! —añade resentido—. ¡Te dije bien claro que no podrías impedir que saliera de aquí!

Eludo responder. De hecho, ni siquiera le hago demasiado caso mientras habla. Mi foco de atención es otro: uno que se encuentra todavía a mayor altura que él y que espero que tampoco me haya perdido de vista a mí a pesar del alboroto.

Tan pronto como detecto su imponente silueta recortada contra el firmamento, me llevo el índice y el pulgar a la boca y lanzo un potente silbido.

En el rictus extrañado del homicida puedo leer de manera diáfana, incluso desde la lejanía, que no tiene ni idea de lo que estoy haciendo. Mi halcón peregrino, con una velocidad y una contundencia igual de precisa que otro tajo en la garganta, rasga la negrura de improviso, arrojado por una ráfaga de inquietos gañidos, y se precipita contra él para destrozarle la cara con las garras.

El ataque desequilibra al hombre de tal manera que solo tarda un suspiro en caer a mis pies como un fardo de paja.

—Y yo te dije que no permitiría que nadie se marchara de aquí. —Coloco el filo del bardiche justo sobre su yugular y extendiendo la otra mano, con algo de carne de rata entre los dedos, para que el ave pueda cobrar su recompensa—. Buen chico, Nan. Toma, te lo has ganado. —Aseguro por último las pihuelas al cuero de mi guante—. Eres el único que ha ganado algo esta noche...

Bajo el cadáver de la chica, el afloramiento de un círculo denso y rojizo refleja una luna no mucho menos pálida que su piel.

27 DE MAYO

Relatividad general

Teoría del campo gravitatorio y de los sistemas de referencia inerciales según la cual la propia geometría del universo, incluidos el tiempo y el espacio, se ve afectada por la presencia de materia.

Space and time, The Verve.

El Centro Tecnológico de Punta Allende, con su sinuosa extensión de vidrio curvilíneo y acero de barrido, sus paneles pivotantes en forma de rombo y su vistoso sistema de iluminación variable según la hora del día, era, ya desde el exterior, una de las construcciones más bellas de toda la ciudad —y Punta Allende contaba con varios edificios hermosos en su trazado, la mayoría de ellos también erigidos junto al mar, como el nuevo cementerio de lápidas cúbicas, el faro, el Museo de Arte Contemporáneo o la torre del Reloj—, pero, por dentro, su arquitectura no desmerecía ni en atractivo ni en espectacularidad a la fachada.

Recuerdo haber pensado que tenía que ser algo previsto de antemano, que los diseñadores del complejo, mediante aquel derroche de magnificencia, pretendían enviar al mundo, de alguna manera, el mensaje de que ni el CTPA era un lugar normal ni las leyes de la realidad operaban dentro de sus dominios igual que fuera de ellos. Y, exageraciones al margen, lo cierto fue que, en cuanto me infiltré en el aula principal y tuve oportunidad de distinguir a Noel León sobre la tarima, comprendí que también él irradiaba un halo de singularidad muy similar.

—Hemos visto, por tanto, que nuestra concepción del tiempo nunca ha sido algo estable y definitivo —explicaba a sus fascinados alumnos sin dejar de dar vueltas, meditabundo, alrededor de la mesa situada en el centro de la clase—. El tiempo, tal y como intuitivamente lo entendemos, ha pasado de ser algo lineal, o, como mucho, cíclico-estático, a ser algo relativo y vinculado de forma muy estrecha a otras variables, como la gravedad o la velocidad, pero todas esas concepciones coinciden en un aspecto: no hay manera de que podamos controlarlo. Diré más: de acuerdo con nuestra gran amiga la física cuántica, que ya sabéis cómo disfruta poniendo todo cuanto creemos saber patas arriba, ese tiempo es tan relativo, tan sincrónico, que ni siquiera existe. O, mejor dicho: sí existe, pero no transcurre, no fluye, sino que está concentrado en un bloque monolítico donde todo lo que sucede, todo lo que sucedió y todo lo que sucederá forman parte de lo mismo. —Se detuvo para recuperar el aliento y dar un breve trago a un botellín de agua—. Esto, a efectos prácticos, quiere decir que el tiempo no es más que un constructo psicológico, un producto de nuestra conciencia. Como tal, no deberíamos aspirar ni a cuantificarlo ni a determinar dónde empieza o dónde termina, sino a sentirlo. El cerebro, digamos, olvida el futuro y recuerda el pasado para así hacernos sentir el presente, pero, a la hora de la verdad, todo está escrito. En otras palabras, el tiempo, como decía Einstein, es una ilusión, solo que una ilusión persistente. Desde este punto de vista, podemos decir que cada instante contiene en sí mismo la semilla de una eternidad, que cada despedida encierra a su vez la de un

reencuentro y que cada momento inolvidable de nuestro pasado está sucediendo ahora mismo, en nuestro presente, y nunca terminará de desaparecer. Tentador, ¿no? La trampa está en que, si el tiempo es una ilusión, si todo lo que puede ocurrir ha ocurrido y está ocurriendo a la vez, ¿dónde metemos entonces al libre albedrío?, ¿hay todavía margen para él o también nuestra capacidad de elección es un espejismo? —Consciente de que ninguno de sus estudiantes tenía ni idea de cómo responder a aquella cuestión, Noel dejó que su boca compusiera una sonrisa—. Denle unas cuantas vueltas a todo esto durante el fin de semana, sin pasarse, no vaya a ser que provoquen algún tipo de colapso cuántico, y el próximo día ya lo pondremos todo en común. Pueden ustedes retirarse.

Todavía bajo el hipnótico efecto de sus palabras, los alumnos empezaron a ponerse en pie con remolonería y a abandonar los escaños en una ordenada procesión. Jamás a lo largo de mi carrera había visto nada similar. Cuando yo estudiaba y alguna lección llegaba a su fin, el barullo y las prisas eran la norma. Aquellos chicos, sin embargo, no se comportaban así. Y el motivo, según lo visto durante la exposición del docente, no estaba tan relacionado con la actitud de los estudiantes como con el interés manifiesto que sus palabras despertaban en ellos, de lo que se concluía que Noel León, para bien o para mal, tampoco era un profesor como todos los demás.

A la luz de la información que yo misma había recabado sobre su trayectoria, tenía bastante lógica que así fuera, ya que el físico, a diferencia de la mayor parte de sus colegas, nunca había cursado estudios en ninguna universidad de prestigio. Todo lo que había aprendido lo había aprendido por él mismo: leyendo, investigando, interesándose por temas que a nadie a su alrededor le importaban mientras —y esto era lo más fascinante y meritorio de todo— trabajaba de sol a sol en la granja de sus padres.

A raíz de ahí habían venido los artículos en revistas prestigiosas, los premios, los reconocimientos, los títulos *honoris causa* y la oferta del CTPA para incorporarse a su plantilla lectiva a una edad bastante más temprana que la del resto del profesorado, pero incluso así se notaba en su forma de hablar, de moverse y de interactuar que no por ser un pozo de conocimiento en su campo de estudio —la física teórica avanzada— dejaba de ser alguien muy refractario a cuanto el común de los mortales solía asociar a la órbita académica: pompa, solemnidad, endogamia, petulancia...

Ni siquiera su aspecto, bien mirado, encajaba mucho con el arquetipo de científico genial popularizado por el cine, la literatura y la televisión.

Para empezar, por algo en apariencia tan intrascendente como que no llevara ni gafas ni una indumentaria demasiado informal; para continuar, porque su anguloso rostro de barba perfectamente distribuida y mirada bien fija en la tierra lo alejaba bastante del típico retrato de ratón de biblioteca en la inopia tan instalado en el imaginario colectivo, y para concluir, porque sus llamativos ojos aguamarina, en combinación con la gravedad templada de su voz, con la soterrada delicadeza de sus maneras y con la seguridad nada fingida —se diría que hasta un tanto accidental— de su discurso, le otorgaban un magnetismo y una presencia escénica casi más propios de un actor bien parecido que de un profesor de ciencias. Todo lo anterior sin que se atisbara en él, por si fuera poco, ningún indicio de la impostura altiva que acostumbraba a rodear a los intérpretes.

Puede que justo por esta razón, aun a pesar del respeto que me inspiraba, no me llevara demasiado tiempo sobreponerme a mi natural timidez para acercarme cauta hacia el corazón del aula.

—Profesor León —lo interpele en tanto que él recogía sus bártulos—, disculpe las molestias, ¿podría hablar un momento con usted?

—Ahora mismo no tengo mucho tiempo —contestó él con los ojos fijos en su mochila negra de cuero, donde, como si todos los conocimientos que atesoraba acerca de los misterios del cosmos se quedaran cortos llegada la hora de lidiar con el universo de lo cotidiano, luchaba por introducir sus numerosas pertenencias—. Las tutorías son los miércoles de seis a ocho y los viernes de doce a una y media.

—Lo sé, no se trata de eso —insistí a riesgo de que me mandara al cuerno—. Mi nombre es Sira, Sira Faris. Le escribí hace unas semanas para pedirle asesoramiento en la escritura del guion en el que trabajo. Me comentó que..., me comentó que le echaría un vistazo y me diría algo.

Noel León dejó de forcejear con sus carpetas y papeles y se giró hacia mí presa de un desconcierto algo ambiguo. Desde que lo hizo hasta que abrió la boca, sentí una mezcla muy rara de sonrojo y expectación.

—Ah, sí. Sira Faris, la cineasta —habló ligeramente abochornado, aunque no lo suficiente como para perder la compostura—. Debe usted perdonarme, pero he tenido unos días bastante ajetreados por culpa de las evaluaciones intermedias y no he podido encontrar todavía un hueco para leer nada.

Sus palabras me sentaron como un jarro de agua fría. Cuando días atrás me había dicho por correo que ojearía el libreto, la perspectiva de colaborar con alguien tan importante como él en la escritura de mi proyecto más ambicioso me había hecho experimentar una gran emoción, con lo que ver de golpe que mi historia, en su escala de prioridades, no tenía ninguna relevancia para él —hasta el punto de que se había olvidado por completo de revisarla— puso en serios aprietos mis aspiraciones.

—Comprendo, no pasa nada —dije, tratando en todo caso de enmascarar el desánimo—. Tal vez he sido demasiado impaciente. En otra ocasión, quizás. —Procedí a alejarme en silencio de la mesa, muerta de vergüenza—. Que tenga un buen día.

—Aguarde —dispuso el científico a pocos centímetros de que mi mano ya asiera el pomo de la puerta—. Si le vale, quizás podamos hablar un rato sobre el proyecto en la cafetería. En media hora debo impartir otra sesión, así que, bueno.

La incredulidad que me invadió al escuchar aquella última frase estuvo a punto de hacerme tropezar conforme regresaba desubicada hacia él.

—¿No acaba usted de afirmar que no tenía tiempo? —apenas conseguí reunir el valor para preguntar.

El profesor atildó la arruga lateral de su bigote, bajo el cual percibí por primera vez una vaga cicatriz, y se echó la mochila abierta al hombro.

—Así es —dijo risueño—, pero, como ya sabrá si ha estado atenta antes, el tiempo es una magnitud bastante relativa...

Horizonte de sucesos

Superficie imaginaria de forma esférica que rodea a un agujero negro y requiere de una velocidad de escape coincidente con la velocidad de la luz para alejarse de su zona de influencia.

Bones, DeYarmond Edison.

Aunque los inviernos nunca han sido particularmente benévolos en esta parte de la isla, hace ya años que los noto más fríos, más nebulosos, más crudos y más oscuros. Desconozco si eso tiene que ver con los destrozos causados por la Gran Ola, con las crecientes erupciones de humo que el Aramara, pese a estar teóricamente inactivo, lleva emitiendo en la distancia desde que se produjo el tsunami o si se trata tan solo de una impresión personal, de un filtro que mi propia mente, contaminada por la desesperanza del entorno, aplica sobre los entresijos de una realidad que cada día le resulta más hostil.

Tampoco es que me importe mucho a estas alturas. Y, en cierto grado, he de reconocer que esa pátina de decaimiento y melancolía lo baña todo —particularmente, fuera de los muros de la ciudad— de un encanto incomprensible.

Sin duda, ese es el lado positivo de tener que atravesar el perímetro exterior para deshacerte de los cadáveres causados por tus acciones.

No diré que sea una tarea que me guste, pues, hasta para una persona tan acostumbrada a tratar con la muerte como somos la mayoría de *rangers*, realizar según qué encargos dista mucho de poder definirse como una actividad agradable, pero faltaría a la verdad, desde luego, si ocultara que, en determinados momentos, y bajo el auspicio de la música adecuada, me ayuda a relajarme, a no olvidar, siquiera por dos o tres canciones, que hasta en los contextos más adversos, en las circunstancias más duras, hay horizontes que todavía no saben lo que es sucumbir a la noche.

El fastuoso amanecer desplegado poco a poco en torno a la ciudad, sobre el páramo de escombros, cenizas y humo, constituye una prueba irrefutable de lo que digo. Así y todo, conozco mejor que nadie los peligros que se agazapan bajo ese esplendor engañoso, y, habida cuenta de ello, nunca me permito el lujo de dejarme distraer demasiado por sus fuegos de artificio.

Quien así lo hace, suele acabar pagándolo caro...

Tanto los campos devastados del exterior como las profundidades de la Hondonada están llenos de ejemplos de lo que digo.

Yo misma, mal que me pese, cargo en la conciencia y en la carretilla con otro de ellos: el cuerpo de la chica degollada anoche en las cocheras.

Su brazo fino e inerte se balancea sobre la plataforma, mientras avanzo hacia el filo del hoyo, para recordarme que no por cubrir mi error con una manta sucia, a fin de no tener que

mirarlo a los ojos, me encuentro libre de pecado.

Esa opresiva sensación de fracaso, de no haber estado todo lo alerta que debería de haber estado, me depara una especie de incómoda arcada.

Puedo comprender que alguien que jamás se ha aventurado más allá de los límites de Monteburgo desee huir de allí en busca de pastos más verdes, incluso que crea que esos pastos existen de verdad y no le importe hipotecar su vida, por corta que apunte a ser, para evadirse del centro de retención y tratar de alcanzarlos; lo que ya no entiendo es que ese alguien tome bajo su ala a otra persona en su misma tesitura, habiéndola previamente engañado con falsas promesas, solo como medio de avalar el éxito de su plan de fuga. Y mucho menos todavía que sea esta segunda persona, en lugar de la primera, quien haya acabado muerta dentro de una carretilla a tan corta edad.

Si al menos me hubiera estado permitido vengarla con un buen disparo a la cabeza de su verdugo, ahora el resquemor no me carcomería con tanta saña, claro que la caprichosa enfermedad que lleva lustros asolándonos, por lo visto, aún no se ha cansado de trastocar día sí y día también la precaria lógica de nuestro devenir.

A veces, no sé ni cómo soy capaz de soportarlo...

El mero hecho de pasarme los dedos por la frente y palpar la rugosidad áspera de la cicatriz escondida bajo mis trenzas revuelve ideas dentro de mí que no tengo muy claro que sea productivo agitar.

Ahí es donde, por lo general, la música suele acudir a mi rescate, música casi siempre grabada en directo, de grupos y artistas desaparecidos en las brumas de la tragedia junto con todo lo demás. No hay manera de saber si siguen en activo o no, de la misma forma que no hay manera de saber si el resto del mundo se encuentra en la misma situación que nosotros o solo nos ha dejado de lado, y esa irresoluble incertidumbre, por extraño que parezca, es lo que le confiere tanto valor a cada una de sus canciones, tanto valor, en suma, a lo que la naturaleza ha estimado oportuno arrebatarlos.

Vaya por delante que nos lo merecemos. No en vano —o eso creo haber aprendido a lo largo de este tiempo—, cuando una sociedad decide apostar por aquello que la destruye, todo lo que algún día fue testimonio de una actividad creativa deviene una suerte de tesoro, y sus promotores, como me ocurrió a mí misma, en desechos traídos por la marea de un mundo ya extinto.

Imagino que por ello no me ha quedado más opción que reciclarme.

Hasta tal extremo es así que ya ni alcanzo a evocar con nitidez a la mujer que antaño respondía a mi mismo nombre.

Las melodías nacidas en ese otro mundo me ayudan a no romper del todo la conexión con ella, a seguir vislumbrando su figura más allá de la zozobra, la niebla y el desasosiego.

Escucho cada canción como quien estudia la fotografía de un difunto para no olvidar su cara, y, en contraste con lo que viene siendo la tónica en Monteburgo, me atrevería a asegurar que aún conservo intacta cierta cordura gracias a ello.

De otro modo, tal vez ahora estaría desgarrándome la espalda a latigazos junto a los sangrantes en la catedral, azuzando el avispero político al dictado de las consignas de Duane Renaud y su revuelta contra Klem o enrolada en la Hueste Invisible —si es que existe de verdad y no se trata de una argucia filoterrorista diseñada por el propio almirante como medio de desprestigiar al líder rebelde— con el propósito de desencadenar el caos por toda la ciudad.

Nada más llegar al borde de la gigantesca sima humeante, aguardo a que concluya la canción —*Bones*, de DeYarmond Edison—, me quito los auriculares y cojo la garrafa de acetona

que transporte bajo la manta, casi en el regazo de la propia chica, para verter todo el contenido por encima de su cadáver.

—Lo siento —murmuro al poco de prenderle fuego con una cerilla—. Lo siento mucho.

Acto seguido, doy un suave puntapié al bulto de carne y hueso en llamas, según prescribe el protocolo, e impulso el cuerpo, pendiente abajo, hacia el fondo también abrasador de la Hondonada.

Nunca traigo a Nan hasta aquí porque el abismo que nos sirve de vertedero y crematorio suele estar sobrevolado por demasiadas alimañas —algunas de ellas, infectadas— y prefiero no ponerlo gratuitamente en riesgo, pero lamento de todos modos no tenerlo a mi lado para poder compartir con alguien el mal trago.

Por una cuestión de instinto, deslizo la mano derecha hacia el pecho y froto los dedos índice y pulgar sobre el colgante allí situado, hábito del que no consigo desprenderme aunque odie rememorar los sucesos vinculados a él.

El cadáver llega hasta lo más profundo del precipicio con un sonido amortiguado. Al contacto con las brasas de su interior, fruto de innumerables combustiones, el fuego recrudece su mordida.

Me enciendo un cigarro de liar y vigilo con los prismáticos desde lo alto, por alrededor de media hora, que no quede ni un solo pedazo de carne por consumir. Es crucial que así sea para evitar que los depredadores puedan alimentarse de ella y contraer la plaga, pues, dada la agresividad que esta les inculca al deteriorar sus sistemas nerviosos de forma tan encarnizada, cada animal no solo se convierte en una bomba epidemiológica con patas, sino también en un auténtico riesgo para el resto de especies. Después de todo, no llevamos casi quince años confinados en la ciudad porque así lo queramos...

Lo que le dije al asesino de la pobre cría en las cocheras es cierto: fuera de Monteburgo no hay nada mejor que dentro de sus confines. Por lo menos, hasta donde nuestras expediciones han logrado atestiguar. Y cuando hablo de atestiguar me refiero a hacerlo por acción y por omisión. Especialmente, por omisión, como bien ilustra el dato de que solo un porcentaje muy pequeño de estas batidas, incluyendo la que se cobró la vida de casi todo mi pelotón en las proximidades de La Franja, hayan logrado regresar a la ciudad para dar fe de ese veredicto.

De ahí en adelante todo es ya territorio inexplorado y, salvo sorpresa por parte de la última patrulla enviada hacia el este —algo muy poco verosímil atendiendo al tiempo transcurrido desde su partida—, se asume casi como definitiva la hipótesis de que no es factible llegar más lejos. Entre otros motivos, porque hacerlo significaría internarse en la zona cero del maremoto, un área de la isla donde nadie, absolutamente nadie, tiene la más remota idea de lo que puede haber.

Para cuando me dispongo a apagar la colilla, el cadáver de la chica ha quedado reducido a un amasijo de tejidos crepitantes y despojos cubiertos de hollín.

Da lo mismo cuántas veces asista a aquella escena, cuánto callo me salga en las manos por empujar la carretilla entre los apenas dos kilómetros que median desde la parte alta de Monteburgo hasta la Hondonada, siempre que me encuentro al pie de aquel agujero ardiente, la pena acaba atacándome a traición y, por más que intente consolarme repitiéndome que el destino de la pobre chica sería el mismo si yo no me hubiera interpuesto —puede que peor, con arreglo a la fama de infierno en la tierra que arrastra la isla fluvial conocida como la Nevera—, no dejo de sentirme responsable de que todo haya terminado tan mal para ella.

—Faris, aquí central —me comunican entonces desde el puesto de seguimiento—. ¿Estás ahí? Cambio.

—Sí —respondo al cabo de varios segundos—. Estoy aquí. Cambio.

—Bien —aprueba la voz, rutinaria—. Si has terminado ya con el bulto, necesitamos que regreses a base y subas hasta la Fortaleza. El almirante ha solicitado tu comparecencia. Cambio.

—¿El almirante? ¿Para qué querría el almirante hablar conmigo?

—Eso tendrás que preguntárselo a él, aunque convendría que te dieras prisa; por lo poco que he podido entrever, parece importante, y ya sabes que Klem no es un hombre a quien le guste que lo hagan esperar. Cambio.

El requerimiento me hace pensar en que mi fallo de la víspera haya podido llegar a oídos del almirante y quiera purgarme por ello. O, peor aún, en que la chica muerta pertenezca a alguna familia poderosa de la zona alta de la ciudad y yo solita me haya metido en un buen lío al no lograr rescatarla.

Echo un último vistazo al fondo del hoyo, confundida y asustada a un tiempo, y veo cómo los primeros pedazos de hueso calcinado comienzan a desligarse del esqueleto de la joven.

—Entendido —digo volviéndome a colocar los auriculares—. Enseguida estoy allí. Cambio y cierro.

El sol, con un difuso resplandor, se prepara entretanto para disipar los últimos reductos de oscuridad apreciables en el valle.

7 DE JUNIO

Principio de equivalencia

Ley fundamental de la física según la cual las fuerzas gravitacionales e inerciales son de naturaleza parecida y, a menudo, indistinguible.

All of this is true, Melpo Mene & Russian Red.

Noel no se había equivocado en su apreciación: el tiempo, en efecto, era algo bastante relativo.

Solo de este modo se explicaba que apenas hubieran pasado unos días desde nuestro primer encuentro y ya nos empezáramos a sentir tan cómodos juntos como con un amigo de toda la vida. En mi caso, tal vez incluso más que con un amigo de toda la vida, porque tampoco podía decirse que tuviera muchos.

La mayoría de los hombres me suscitaban por aquella época un profundo rechazo, e incluso los que habían llegado a hacerme sentir cierta atracción, como era el caso de Natan, un antiguo compañero de clase y desde marzo también de trabajo, no terminaban de inspirarme toda la confianza que desearía por culpa de mis malas experiencias previas.

Cada vez que un hombre aparentemente simpático y agradable llamaba mi atención, me venían a la cabeza dos escenas del pasado con otros hombres de características similares como protagonistas: la acaecida con el amabilísimo y encantador vecino que había tratado de agredirme en las escaleras de mi bloque cuando yo tenía catorce años —de cuyas garras solo la providencial intervención de mi padre me había salvado— y la ya más reciente de las oficinas de Aramara Films, donde su CEO, Roger Gregor, me había citado con la excusa de querer financiarme un largometraje para desvelar luego, en mitad de la reunión y con la bragueta en la mano, que se trataba más bien de un intercambio.

Por culpa de estas tristes experiencias, mi carácter se había vuelto por entonces un poco huidizo y suspicaz, en tanto que mi fe en el género masculino no destacaba tampoco por su solidez. Creía que todos los hombres, en el fondo, eran iguales; que, por mucho que se las dieran de tipos majos, siempre ocultaban aviesas intenciones y que, si bajaba en exceso la guardia, volvería a encontrarme atrapada más pronto que tarde en otro brete igual de repugnante.

Con Noel no me pasaba nada de eso. Si acaso, todo lo contrario: en nuestras primeras citas para hablar acerca de mi libreto —una historia bastante compleja sobre viajes en el tiempo, como las que tanto les gustaban a mi padre y a mi hermano—, se ceñía de tal forma a la materia que hasta me hacía cuestionar si no encontraba nada interesante en mí. O lo que venía a ser lo mismo: dudar de si la atracción que yo sí que había sentido por él desde el primer instante era algo correspondido o no.

Debido a ello, y, sobre todo, a la necesidad de conocerlo un poco mejor, pronto empecé a darle algo más de cancha. Mi táctica consistió en dejar de preguntarle tanto por los detalles técnicos del guion y deslizar de vez en cuando, en su defecto, cuestiones relativas a otros aspectos de la trama.

El talento de Noel para diseccionar la historia, sorprendentemente, era casi tan afilado como su olfato para detectar inconsistencias en ella, de modo que, gracias a sus rigurosas consideraciones sobre la psicología de los personajes, la coherencia de ciertas escenas y los simbolismos y metáforas escondidos en cada acto, el texto acabó por ganar muchos enteros en términos de emoción y sensibilidad.

—¿Sabes?, las buenas historias son como los buenos trucos de magia —llegó a decirme la tarde de nuestro tercer café juntos, mientras jugueteaba con una moneda entre los dedos—: para que funcionen como deben y el público crea en ellas, solo hay que conseguir transmitir la suficiente apariencia de verosimilitud. —Hizo que la moneda se esfumara de forma inesperada en el vacío—. Ningún espectador que de verdad desee disfrutar de un buen truco se va a fijar en lo que no debe —agregó sonriente al tiempo que acercaba la mano a mis cabellos para volver a sacar la moneda de allí—. Y los que sí lo hagan tampoco deberían quitarte el sueño, porque puedes estar segura de que no son tu público.

—¿Qué quieres decir? —titubeé yo a continuación.

—Que para rendir tributo a la ciencia ya estamos los científicos —aclaró él, cálido y pausado—, y que los magos, ya uséis cartas, varitas o palabras, estáis para algo diferente, algo que quizás sea mucho más relevante: hacer vuestra magia.

A partir de este intercambio verbal —a efectos prácticos, casi un reconfortante y oportuno sortilegio—, ya nada volvió a ser lo mismo entre nosotros.

Las charlas plagadas de nociones especializadas y lenguaje inaccesible dieron paso, con el transcurso del calendario, a una etapa ya no tan encorsetada por la formalidad en la que ambos empezamos a mostrar mayor desenvoltura y a hablar de asuntos no siempre relacionados con mi guion.

Como buen científico, Noel era un hombre extremadamente curioso, y pronto me di cuenta, en razón de ello, de que tenía delante de mí a alguien que quería conocerme de verdad; alguien que, en contraposición a la mayoría de los hombres con quienes había tratado hasta ese momento, sabía escuchar con genuino interés lo que le relataba, que no me veía solo como un saco de carne y que respetaba y valoraba mi trabajo como creadora.

Esto no excluía que existiera una química palpable entre nosotros, pero Noel, excepto por algún puntual y sutil amago de flirteo, jamás dejaba que afectara a su medida, lo cual lo volvía más irresistible, si cabe.

Nunca a mi llegada a Punta Allende, cinco años atrás, se me habría pasado por la cabeza que la persona con quien más iba a conectar en la ciudad sería un hombre de ciencias casi dos décadas mayor que yo, y allí estaba, sin embargo, embobada como una quinceañera frente a él en una de las terrazas del puerto deportivo, a la espera de que volviera a dedicarme otra de sus arrebatadoras miradas del color del mar, a la espera, en sus propias palabras, de que volviera a obrar su magia.

Esa tarde, entre cerveza y cerveza, le conté un montón de cosas sobre mí que no le había contado jamás a nadie, desde las penalidades que la prematura muerte de mi madre me había forzado a encarar de joven al dejarme virtualmente a cargo de mi hermano con síndrome de Down, pues mi padre ya bastante tenía con traer dinero a casa deslomándose a diario en la siderurgia, a la ilusión que me había hecho trasladarme a Punta Allende para estudiar cine cuando Asa al fin aprendió a valerse por sí mismo gracias a un empleo en la conservera y mi padre, sin previo aviso, decidió cederme parte de sus propios ahorros para que pudiera cumplir mi sueño.

También le hablé, cómo no, de los orígenes de mi amor enfermizo por el séptimo arte —

más en específico, del modo en que mis constantes visitas al videoclub lo habían despertado a muy temprana edad, y de cómo mi empleo como proyccionista en uno de los cines más señeros de Monteburgo lo había consolidado *a posteriori*—, del éxito de mi proyecto de fin de carrera, una modesta producción de terror psicológico cuya cosecha de premios en festivales me había cogido desprevenida, y de la presión que llevaba meses acusando como consecuencia de ello, ante el temor a no estar a la altura de las expectativas con mi segundo largo.

—Ahora entiendo mejor por qué has escrito lo que has escrito —dijo el físico en cuanto hube terminado de hablar—. Tú eres la protagonista, ¿no es así?

Aquel abrupto desenmascaramiento hizo que las mejillas se me enrojecieran. Después de la precisión casi quirúrgica con que Noel había psicoanalizado a mis personajes, advertir que tampoco las bambalinas de mi propia historia tenían secretos para él equivalía a estar desnuda frente a su escrutinio.

—No es justo —protesté con una risa nerviosa—, tú lo sabes todo sobre mí, y yo, en cambio, no sé nada sobre ti.

—¿Cómo que no? —objetó él arrugando el ceño—. Sabes muchísimo sobre mí, todo el mundo en esta ciudad sabe mucho más sobre mí de lo que me gustaría.

—No me refiero a eso.

—¿Y a qué te refieres, entonces?

—A algo como lo que yo acabo de contarte a ti —apunté cohibida—, algo que no suelas decirle a todo el mundo.

—Bueno... —Noel dio un trago a su cerveza—. En realidad no suelo contarle muchas cosas a nadie. La información también está sujeta al capricho de la entropía, al desorden estructural, por así decirlo, y, en virtud de ello, según la ciencia, cuantos más datos aires sobre ti mismo, más posibilidades hay de que tergiversen tus palabras.

—Sabes que yo no voy a hacer eso.

Noel permaneció pensativo y, a un gesto mío, usó el dedo para retirar con él la espuma que se le había quedado adherida al bigote.

—Lo sé —dijo con una entonación queda muy próxima a la disculpa—. O eso espero, al menos. ¿Qué es lo que quieres saber exactamente?, ¿si uso reductor de canas? Mis alumnos tienen todo tipo de teorías sobre el tema, al parecer.

—Estaba pensando más bien en esa cicatriz. —Señalé su bigote con el índice—. Casi no se ve, pero admito que me tiene un poco intrigada.

La mano del científico se desplazó en un acto reflejo hacia su boca, donde dejó al rato de moverse para atusar los tersos cabellos cenicientos que integraban su mostacho.

—Creo que tengo algo mejor —manifestó cumplido un tiempo prudencial—. ¿Qué tal si me acompañas a un sitio?

Cerca de media hora más tarde, ambos accedimos a solas a la buhardilla de su casa, una vivienda encalada de dos plantas en pleno barrio pesquero, muy cerca del faro y de la torre del Reloj. Allí, además de varias colecciones de discos, videojuegos e instrumentos astronómicos, había una mesa de trabajo también muy espaciosa sobre la que descansaba un bulto del tamaño de un baúl viejo cubierto por una tela roja.

—Aquí lo tienes —anunció Noel, retirándola con orgullo para así descubrir una intrincada máquina de construcción casera, llena de cables, diales y engranajes a medio montar, semejante a una antigua estación de radio—: mi mayor secreto.

—¿Esto? —dije confusa—. No sé si te sigo.

—Normal —bromeó él bajo el amplio rosetón que concentraba la luz nacarada del atardecer

sobre el ingenio y su generador—, yo tampoco sé muy bien aún si me sigo a mí mismo.

—En ese caso, debe de ser algo bastante complicado de entender...

—No tanto. El concepto de base tiene muy poco de novedoso para cualquiera que esté algo familiarizado con la física de partículas. Lo complicado es conseguir que ese concepto dé pie a algo que funcione correctamente sobre el terreno.

Me quedé en blanco. De poco me valió inspeccionar luego el dispositivo o intentar hacerme una idea de para qué podría valer, no terminaba de verle una finalidad clara.

—¿Qué es? —pregunté corroída por el suspense.

—Ya te lo he dicho —respondió Noel, a caballo entre la ufanidad y el divertimento—, mi mayor secreto. Y también, salvando las distancias, algo que no desencajaría demasiado en tu guion.

—¡Venga ya! Esas cosas no existen.

—Te equivocas. La ciencia jamás ha llegado a descartar la posibilidad de que existan, ya te lo he comentado alguna vez al hilo de tu historia. O, mejor dicho, nunca ha podido hacerlo.

—Sí, claro —musité descreída—, ¿y no es un aparato demasiado pequeño para poder llevar a cabo una función así?

El físico retiró una de las placas laterales del invento y dejó con ello al aire la enrevesada circuitería de su interior.

—Eso se debe a que su función no es la que piensas —explicó mientras extraviaba la mirada en las entrañas de aquella misteriosa máquina—. Verás, Sira, desde que Einstein dejó abierta la puerta de lo que siempre hemos creído que solo podía suceder en la ciencia ficción, la mayoría de los expertos ha enfocado mal el tema creyendo que solo porque la materia no pueda viajar más rápido que la luz ciertas teorías nunca llegarían a probarse. No es tampoco nada nuevo, pues los humanos siempre hemos sido bastante antropocéntricos y ambiciosos, pese a lo que Copérnico nos enseñó. Mi aproximación es otra, y tiene más en cuenta la capacidad del espacio para superar la velocidad de la luz que la incapacidad de la materia para hacer lo propio. —Dirigió el dedo al núcleo del artilugio, una cavidad esférica delimitada por láseres circulares en cuyo centro podía distinguirse un transmisor de radio de dimensiones muy reducidas—. No pretendo enviar a ninguna persona a otra línea temporal, sino curvar el espacio en el interior de este anillo, mediante la creación de un campo gravitatorio basado en la circulación coherente de un vórtice de luz, para que el tiempo también se curve dentro y así poder emitir y recibir señales sonoras que nos permitan comunicarnos con...

—... el futuro —completé la frase, boquiabierto.

—Prefiero el término presente continuo, aunque podemos llamarlo así: futuro. ¿Te imaginas lo que eso podría significar?

—Pero el otro día dijiste que...

—Sí, lo sé —me interrumpió él a mí esta vez—, es complicado encontrar una fuente de energía que permita alimentar algo como esto. Por suerte, llevo tiempo trabajando en una alternativa inspirada en el efecto Casimir, y los resultados están siendo bastante positivos. Es probable, incluso, que en unos días ya sea capaz de cronotransmitir algún breve mensaje de contacto.

Durante alrededor de un minuto, lo observé con estupefacción. Todo aquello me sonaba tan a chino y al mismo tiempo me parecía tan subyugante que no lograba encontrar una forma adecuada de describir mis impresiones.

—Espero que esa mirada no implique que tengo que buscarme otro secreto —se burló Noel desde la mesa—, porque no me siento muy cómodo hablando sobre lo del tinte, si te soy honesto.

Dentro de sus traviesos ojos de sabio con ganas de juego pude avizorar el reflejo demudado de mi propio rostro.

—Si lo que dices es cierto, vamos a tener que darle unas cuantas vueltas al guion para que no se nos quede obsoleto. —Me esforcé por brindarle una sonrisa y no quedarme instalada en aquella ridícula atonía—. Lo sabes, ¿no?

Noel, en la misma línea distendida que ya había marcado, volvió a colocar la placa metálica en su sitio y me correspondió en chispeante complicidad.

—Claro que lo sé —dijo con voz también pícara para finalizar—. ¿Por qué crees que te he traído hasta aquí?

Interacción débil

Tipo de interacción entre partículas fundamentales que no solo puede ocasionar fenómenos puramente atractivos o repulsivos, sino también inducir un cambio de identidad en las partículas involucradas.

How to fight loneliness, Wilco.

Desde la caída en desgracia de la isla, no a cualquiera le está permitido acceder a la Fortaleza, el majestuoso castillo de roca volcánica negra que lleva siglos presidiendo la ciudad sobre un escarpado promontorio natural.

Sus ciclópeos muros coronados por decenas de atalayas, almenas y torres defensivas han sido testigos de innumerables avatares a lo largo de los años, muchos de ellos decisivos para cribar a sus residentes; con la particularidad de que, en los últimos tiempos, como si también la piedra se hubiera cansado de contemplar nuestra decadencia, han empezado a replegarse sobre sí mismos de un modo tan celoso, tan granítico, que hasta parecen más altos e inexpugnables que de costumbre.

Cuesta creer que apenas quince años antes sus puertas estuvieran abiertas para todo el mundo, que los guardias y armas distribuidos por sus dependencias desempeñaran una mera función ornamental y que nadie, absolutamente nadie, habitara en sus estancias por tratarse de un museo; yo misma, no obstante, he tenido oportunidad de verlo con mis propios ojos en infinidad de ocasiones, de ahí que se me haga muy raro regresar a un lugar tan anclado en mis propias memorias y verlo convertido en un fortín donde los soldados sustituyen a los turistas japoneses, las estrictas medidas defensivas a los cañones de pega y las banderas y pendones con la beligerante enseña de la resistencia —un petrel posado con altivez sobre el cadáver de un zorro muerto— a los coloridos estandartes símbolo de la ciudad durante casi toda su historia.

Dos miembros de la guardia personal del propio almirante me escoltan hasta la terraza norte, donde este me espera sentado en el centro de un pabellón de planta hexagonal y columnas de estilo jónico enclavado entre dos laberintos de setos próximos al vacío.

Las vistas ofrecen una espectacularidad insólita desde allí, y no es necesario más que rotar la cabeza levemente a un lado y a otro para que la panorámica la deje a una sin aliento, tanto por la extensión que la ciudad abarca con su bullicio como por lo mucho que se ha deteriorado a raíz del Gran Éxodo.

No es por ello, en cualquier caso, que el corazón me late a mil por hora...

—Probablemente se esté usted preguntando por qué la he hecho llamar —dice el almirante tras sorber su copa de vino, todavía de espaldas a mí y sin ni siquiera tener la deferencia de darme la bienvenida o invitarme también a un trago—, así que no me andaré por las ramas: quiero que localice usted a mi hijo.

La frontalidad de su petición me pilla fuera de juego. No termino de dilucidar si debo

sentirme aliviada porque mi presencia tenga muy poco que ver con lo ocurrido en las cocheras o intranquila por lo que el encargo pueda comportar para mi futuro.

—¿Su hijo? —repito con embarazo.

—Así es —confirma Ciric Klem, volviéndose por fin en mi dirección. Todos los rasgos de su rostro prematuramente avejentado se encallecen en un visaje muy serio que apenas encubre su inquietud—. Mi hijo Melvin.

No estoy muy puesta en los asuntos de la corte, pero, si no recuerdo mal, Melvin Klem es su hijo mayor. Lo tuvo hace ya años con Mae Beam, una antigua actriz de origen australiano cuya labor frente a las cámaras siempre me ha gustado mucho y quien solo contrajo matrimonio con él, de acuerdo con las malas lenguas, como forma de mantener su estatus en un mundo donde este ya no dependía ni de un porte agraciado ni del glamur, sino de la utilidad de los conocimientos y destrezas de cada persona.

Nadie puede negar, con base en el lujo y la suntuosidad todavía reinantes en aquel refugio, que lo hubiera conseguido.

—¿Qué ha pasado? —digo comedida—. ¿Ha bajado a alguna zona peligrosa?

El almirante ríe con altisonancia. Hay algo en su manera de hacerlo que se me antoja muy poco apropiado, casi antinatural. Ese cariz anómalo se extiende también al resto de su figura, pues, a pesar de la indumentaria de resonancias marciales, de los galones y de su afectación, se le nota en cada gesto y en cada movimiento que el cargo le viene bastante grande, tal vez porque jamás ha tenido ni la más mínima intención de gobernar Monteburgo o, si en algún instante la ha tenido, porque pensaba que sería una tarea menos ardua de lo que indican sus prominentes ojeras, sus abundantes canas y su lastimero aspecto general.

No me sorprende que así sea. Hasta el trágico suicidio de su progenitor, Davad Klem el actual mandatario solo era un joven hedonista y consentido sin otro interés que exprimir al máximo sus privilegios de cuna, y, del mismo modo en que todo había cambiado para Davad con la muerte de su hermano y predecesor —el gran héroe de guerra Renner Klem—, imagino que todo cambió también para él después de que su padre se volara la cabeza en la soledad del torreón norte, al no considerarse a la altura del reto, y el pueblo, llevado por la costumbre y la superstición, lo demandara a gritos como su sucesor.

Más de una vez he escuchado que si ahora Ciric Klem actúa de un modo tan cruel y arbitrario con sus gobernados se debe a que secretamente los odia a todos —nos odia a todos— por haber convertido su vida de burgués acomodado en un suplicio, y también en varias ocasiones he oído decir, asimismo, que la irrupción de Duane Renaud no ha ayudado mucho a aplacar sus ánimos. La rumorología incluso asegura que, en su rencor, está barajando seriamente arrasar por las bravas con la fábrica de tabaco y trasladar a los no sintomáticos a la Nevera con el resto de infectados, aunque ignoro si esto es cierto o solo se trata de exageraciones.

Su rostro demacrado, más allá de ello, no concuerda ni de lejos con el de una persona en su mejor momento de forma.

—Melvin ha bajado muchas veces a la ciudad, ese no es el problema, en tal caso, es su origen —dice el almirante, poniéndose en pie para seguidamente salir cabizbajo del pabellón hacia el extremo de la terraza—. Verá, Faris, es así, ¿no? —Yo cabeceo en respetuoso silencio, pese a que de nuevo ni me mira, y lo sigo hasta que se acoda con desánimo sobre el pretil—. Mi hijo lleva ya algunos años obsesionado con leer cosas que no debe: guías de viajes, atlas, periódicos y revistas anteriores a la Gran Ola, ese tipo de historias... A veces, incluso se acerca a las plazas del primer perímetro para mezclarse con el resto de la gente y escuchar las lecciones de los antiguos maestros. Ni mi esposa ni yo le dimos mucha importancia al principio, pero,

desde que empezó a hablar en secreto con ese viejo escritor luso con párkinson, Ramar Senna, a quien ya le hemos recordado más de una vez que deje a Melvin en paz, todo ha empeorado bastante y no para de decir que quiere marcharse, ver el mar, conocer Punta Allende, probar sus helados, hacer *windsurf* en la bahía y escribir sobre ello en un libro de viajes, como si algo de eso pudiera todavía ser posible —pormenoriza mientras dirige la mirada hacia el sucio laberinto de edificios descascarillados y propiedades reacondicionadas como terrenos de cultivo—. La culpa la tienen todos los rumores absurdos que circulan por ahí sobre la existencia de supuestas comunidades de supervivientes, curas milagrosas y demás engañosas. Yo he tratado por todos los medios de quitarle esas tonterías de la cabeza, y cuando digo todos, quiero decir todos. —Se vuelve hacia mí con los ojos entornados en un fruncimiento ladino—. Lamentablemente, lo único que he conseguido con ello es reforzar sus fijaciones y tener mil encontronazos con Mae, que no hace más que mimarlo y sobreprotegerlo. —Orienta el dedo hacia el balcón superior del edificio principal, donde distingo la atenta silueta de la intérprete en compañía de su otro hijo, un muchacho varios años más joven que su hermano llamado Iggi—. Nada de ello le servirá de mucho ahí fuera. El caso, señorita Faris, es que...

—Señora —no puedo evitar corregirlo.

El almirante, para nada acostumbrado a que lo interrumpieran o le lleven la contraria, me encara con una malsana mezcla de contrariedad y aturdimiento.

—¿Señora? —cuestiona desnortado—. Creía que...

—Es una larga historia, no se preocupe —respondo arrepentida de haber dicho nada—. Por favor, prosiga.

Klem da un segundo trago a la copa de vino.

—Bien —retoma el monólogo con petulancia—, como iba diciendo, el caso es que Melvin ha decidido huir de la ciudad hace un par de noches en compañía de la deslenguada de Anne Senna, una basurera hija del juntaletas que le he mencionado antes, y, a juzgar por lo que hemos podido sonsacarle a su padre, presuntamente el instigador de su partida, no tienen muchas intenciones de volver. —Se pasa la lengua por debajo de la piel del bigote antes de continuar—. Esto ya sería algo muy preocupante de por sí aunque mi hijo fuera adulto, estuviera entrenado para el combate y gozara de buena salud, pero Melvin no cumple ninguno de esos requisitos. Al revés, es un chico frágil, ingenuo, carece de formación militar y tiene un corazón más débil de lo normal, por lo que cada minuto que pasa ahí fuera dándose las de curtido aventurero es poco menos que una sentencia de muerte. —Ordena a uno de los miembros de su servicio, con un conciso vaivén, que le rellene la copa—. En cuanto tuve conocimiento de su fuga, envié en secreto a una patrulla formada por tres de mis mejores hombres a buscarlo. Creía que no tardarían más que unas horas en dar con él y traerlo de vuelta; sin embargo, no solo no lo han hecho todavía, sino que ya hace más de veinticuatro horas que hemos perdido toda comunicación con ellos, lo cual me hace pensar que quizás se trate de algo definitivo.

—Nuestras radios poseen un alcance y una autonomía muy limitados —elucubro para consolarlo—; tal vez hayan tenido que avanzar más de lo previsto.

El almirante apura su copa de vino hasta casi dejarla vacía. Luego, con algo del caldo todavía en la boca, clava sus órbitas ojerasas sobre mí y perfila con los labios una sonrisa irónica.

—Para ello, Melvin tendría que haberlo hecho también —dice después de deglutir el líquido, escasamente persuadido por mi intervención—, y aunque Senna no sea tan inexperta como él, dudo bastante que hayan conseguido llegar más lejos que nuestras expediciones. Lo que busco de usted no es que me dé falsas esperanzas; lo que busco es que salga ahí fuera y traiga a

mi hijo de regreso tanto si lo encuentra vivo como si lo encuentra muerto. Sobre todo, si ocurre lo segundo —apostilla apretando los dientes y la copa con enojo—. La plaga tal vez lo haya convertido todo en un infierno, pero no voy a tolerar que esas alimañas se den un festín con mi propia carne y con mi propia sangre y sigan propagando impunemente su ponzoña, ni mucho menos que el delincuente de Renaud utilice su huida para seguir socavando mi autoridad sin que nadie le pare los pies. Ya tengo bastante con escuchar a mi mujer. —La copa revienta de pronto por el exceso de presión y el almirante se hace algo de sangre en el lateral del dedo índice—. ¡Maldita sea! ¿Por qué es todo tan complicado?

El muchacho que se encarga del vino está tan aterrorizado por la escena que no sabe si acudir en su ayuda o permanecer en el puesto hasta que al almirante se le pase el berrinche. Sobrentiendo, solo por el estado de pánico en que ha entrado, que su trabajo debe de ser toda una montaña rusa.

—¿Se encuentra usted bien? —me arriesgo a preguntar.

Klem revisa de cerca el pequeño corte de su dedo, como asombrado por su propia vulnerabilidad, y absorbe con una leve succión de labios los hasta tres hilillos encarnados que se han extendido en torno a su falange.

—Perfectamente —responde en otro vuelco errático de su estado de ánimo—. No es la primera vez que me hago un rasguño, aunque mucha gente ahí fuera piense lo contrario. ¿Puedo contar, entonces, con usted?

Por un plazo tal vez más dilatado de lo recomendable, valoro la posibilidad de negarme. El joven del vino, que da la sensación de haberme leído el pensamiento, me traslada sin palabras, pero con una elocuente rigidez facial, que a lo mejor esa no es la opción más ventajosa para mis intereses.

—Si le soy sincera, me parece algo chocante que me haya escogido precisamente a mí —digo un tanto esquivamente; no soy más que una humilde *ranger*.

—Una humilde *ranger* que ostenta la segunda mejor marca en el histórico de la prueba, por encima de la de muchos de sus compañeros de sexo masculino —incide terminante—; y la única simple *ranger*, como sabe, que ha sobrevivido a la decimotercera expedición.

Odio cuando la gente me habla de aquello como de una gesta de la cual vanagloriarse. La decimotercera expedición, digan lo que digan, jamás fue la proeza heroica que el Gobierno se empeña en hacer creer que fue. Fue solo una carnicería; una carnicería, un fracaso y una pérdida evitable de vidas humanas.

—No la única —vuelvo a contradecirlo—. Mis compañeros Seles y Harrah sobrevivieron también.

—Bueno, el tal Harrah solo por un día —matiza ceñudo—; y el otro no tardó mucho en ser enviado a la Nevera. Técnicamente, solo hubo una superviviente. Y en lo que a mí respecta, me alegra mucho que esa superviviente sea además alguien experta en rastreos, prospecciones y cetrería con ganas de redimir sus pecados.

Un silencio plomizo desciende entre nosotros con la velocidad y la dureza de un azote. Ambos nos estudiamos enmudecidos por algo más de medio minuto.

—Almirante, yo...

—Solo le he preguntado si podía contar con usted por cortesía, señora Faris —se adelanta Klem a mi evasiva—. En rigor, no tiene usted mucha elección; ninguno la tenemos en estos días. La buena noticia es que le proporcionaremos una montura, equipamiento y cualquier otro pertrecho que necesite. También un acompañante, si lo desea, aunque tengo entendido que prefiere usted trabajar sola —comenta parapetado tras una sonrisa opaca e inescrutable—.

Cuando salga, intente pasar inadvertida para no alimentar más rumores. Y tampoco hable de esto con nadie. Si Renaud se enterara, podría intentar sacar tajada a costa de desestabilizar aún más la ciudad. No podemos permitirnos algo así ahora mismo con todo el lío de las restricciones energéticas. Tenemos demasiados frentes abiertos y muy pocos efectivos. ¿Alguna duda?

La indignación hierve en mi interior como la lava del Aramara. ¿Quién se ha creído Klem que es para decidir así por mí? ¿Y con qué derecho y qué autoridad pretende que respete su dictamen si ni siquiera me permite aducir nada en sentido contrario? Ni su tío ni su padre habrían nunca obrado de una forma tan despótica, y, de haberlo hecho, habrían al menos tratado de maquillarlo con diplomacia.

Todo ello no es más que la enésima constatación de lo mucho que la ciudad se ha degradado desde su llegada al poder, la enésima constatación, por añadidura, de lo estéril que resulta para el conjunto de la urbe seguir aferrándose a la esperanza de que algo pueda mejorar en un futuro.

Quizás alejarme de Monteburgo no sea tan mala idea como parece. Muy pocos de sus habitantes, a fin de cuentas, tienen la oportunidad de hacerlo, e incluso si yo tampoco regreso, como los soldados de Klem, ¿acaso me espera algo dentro por lo que merezca la pena seguir luchando? Más aún, ¿acaso todavía tiene sentido hacerlo?

—No, ninguna duda —sepulto todo mi desprecio bajo la losa de apenas tres palabras y el consuelo de una caricia furtiva a mi colgante.

Ciric Klem asiente complacido y les indica a los dos miembros de su guardia que me escolten hasta la puerta. El muchacho del vino, ya algo más relajado, le sirve otra copa al tiempo que yo comienzo a alejarme del jardín.

—Por cierto, Faris —dice el almirante, dándome de nuevo la espalda desde su asiento en el gazebo—, mi mujer me ha enseñado la película que filmó usted antes de que todo se fuera al carajo y la verdad es que estaba bastante bien. Una lástima que no haya podido continuar con su carrera. Creo que tenía usted verdadero talento.

No contesto nada. Tanto si habla en serio como si solo se está riendo de mí, ya he perdido todo interés en prolongar nuestro diálogo.

Mae Beam, desde el balcón, supervisa mi salida con su otro hijo en brazos.

En su rostro también ajado por el tiempo y los disgustos creo entrever un tenue rastro acuoso.

22 DE JUNIO

El big bang

Gran explosión de una masa compacta de energía y materia que dio origen al universo tal y como lo conocemos.

How we met, the long version, Jens Lekman.

Toda la bahía, desde el faro hasta el cementerio, se encontraba engalanada con banderolas del color de la enseña nacional y guirnaldas a juego.

Un viento endeble y tibio —en la práctica, casi podría decirse que lacio—, las abocaba a ondear de forma también muy tímida por el paseo a medida que Noel y yo avanzábamos entre los demás peatones, inducidos por las risas y los jugueteos, como lo haríamos por un decorado lleno de figurantes que solo estuvieran allí para realzar el embrujo de la escena.

—Vamos, no ha sido para tanto —dijo Noel a nuestro paso junto a la playa—. La película está fenomenal, y lo sabes. Deberías estar orgullosa de tu trabajo en lugar de tan enfurruñada.

—Solo lo dices por compromiso, para que me sienta bien.

—De eso nada. Soy un científico. Me debo a la verdad. Y la verdad, por mucho que te fastidie, es que todo el mundo en la sala ha disfrutado igual o más que yo. La película no seguiría en cartelera después de tanto tiempo si a la gente no le gustara. Lo sabes de sobra.

—De ser así, ¿por qué no has parado de moverte durante toda la proyección? Te has levantado al menos dos veces.

—Porque tiene partes que son muy tensas. Y porque, más allá de lo bien que me conserve, te saco casi veinte años y empiezo a tener mis más y mis menos con las articulaciones. Sé que por ahora aún eres muy joven para concebir siquiera que algo así pueda suceder, pero más tarde o más temprano pasarás por lo mismo. En especial si te centras en ejercitar la mente y no le prestas atención al resto del cuerpo, como he hecho yo.

—No eres tan viejo —declaré con un suspiro enternecido tras examinarlo de arriba a abajo—; ni mucho menos.

—Al final vas a ser tú la que está tratando de hacerme sentir bien a mí, como si lo viera —se mofó él, acercándose hasta uno de los numerosos puestos del paseo para adquirir dos tradicionales helados de hinojo y menta—. ¿Te parece si nos sentamos en ese banco? Tengo las rodillas molidas.

En aquel instante, mis ansias por volver a tomar asiento a su lado eran tan fuertes que lo habría hecho sin dudarlo incluso dentro de un avión con los motores averiados. El plus de que, además, no hubiera delante de nosotros una pantalla de cine donde estuvieran proyectando nada de mi autoría, sino una estampa nocturna rebosante de quietud, lo volvía todo, si cabe, más apetecible.

—¿De verdad te gustó la película? —dije ya acomodados frente a la bahía mientras el giro de la emblemática noria de la orilla proyectaba un mosaico de destellos sobre el mar en calma y

el sabor dulzón de la crema helada cosquilleaba revoltoso sobre mi lengua.

Él comprimió las cejas de manera deliberadamente cómica y luego giró el torso hacia mí para escudriñarme con galantería —y un punto de circunspección— y decir en tono grave, afectuoso y firme:

—¿Por qué desconfías tanto?

Mi deseo de besarlo fue abrumador. Solo el miedo a no ser correspondida, a que la infinidad de indicios de atracción que veía por todas partes estuviera solo en mi mente, me recomendó en última instancia abstenerme.

—No desconfío —repuse asustadiza—. Ese es el problema.

Noel descorchó una sonrisa al menos igual de plácida que el paisaje que nos rodeaba y arrimó el helado a la boca para evitar que parte de la crema se le cayera al suelo, cosa que, por torpeza, no consiguió evitar del todo.

—Dudo que eso sea un problema —aseveró transcurrido un corto receso de reflexión—. Por mi parte, al menos, no lo es.

Me llevó un tiempo reunir el valor necesario para contradecirlo.

—Sí lo es. Al margen de tu amor por la ciencia y de lo de tu proyecto secreto, de los aspectos técnicos, vaya, sigo sin saber gran cosa sobre ti, sobre la persona que eres en realidad.

—Porque quizás no sea mucho más que eso. La ciencia forma parte de mí igual que la necesidad de contar historias con imágenes forma parte de ti. Todo lo que soy tiene como centro, de algún modo, esa pasión. Ojalá poseyera más vertientes, pero creo que no soy una persona demasiado polifacética.

—Te gusta la música, tu apartamento está lleno de discos: Pink Floyd, Johnny Cash, Lou Reed, Sigur Rós, todos esos otros grupos independientes que tanto escuchas...

—Claro, porque la música, a su manera, no deja de ser una forma de ciencia, o, para ser más exactos, de temporalidad. Pitágoras ya hablaba de ella como una teoría cósmica, un universo armónico integrado por el sonido que emiten los planetas. Lo que yo estudio, lo que estudiaban los matemáticos griegos y lo que estudian los compositores en los conservatorios no deja de formar parte de un mismo todo, de una misma partitura.

Si había algo que me volvía loca de Noel era la manera tan adorable en que a veces se extraviaba en sus divagaciones para más adelante regresar a tierra, como alguien que no fuera consciente de todo su potencial, con un fortuito ramalazo de lucidez.

—Entiendo, pero ¿por qué de entre todos los campos de estudio que abarca la ciencia has escogido como especialidad nada más y nada menos que el tiempo?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí. No puedes negar que es algo, como mínimo, llamativo.

—Está bien —accedió él finalmente—. Me da vergüenza hablar de ello porque nunca antes lo he hecho con ninguna otra persona, aunque supongo que, si alguien merece saberlo, eres tú. Todo tiene que ver con mi cicatriz —empezó a explicar bajo el resplandor indeciso de la noche—; no la tengo porque haya nacido con labio leporino, como algunos creen, sino porque de pequeño..., bueno, de pequeño tuve un accidente que casi me cuesta la vida. —Su semblante se vio de pronto anegado por una profunda pena—. Ada, mi hermana, no tuvo tanta suerte. Ella era algo mayor y cuidaba siempre de mí en la granja de nuestros padres. Teníamos prohibido salir del terreno, solo que aquel día, aquel maldito día, yo me olvidé de cerrar la puerta de uno de los corrales y varias gallinas acabaron en la carretera. Cuando estábamos tratando de recogerlas... —tuvo que pelear contra su propio dolor para proseguir—, cuando estábamos tratando de recogerlas, un autobús salió desde detrás de una curva directo hacia mí, y Ada no tuvo otra que

intentar salvarme empujándome al arcén. Yo solo me partí el labio al caer contra unas piedras. —Efectuó una pausa compungida para recuperar el aliento—. Pero ella... ella quedó atrapada debajo del autobús y ya no hubo nada que hacer.

—Lo lamento mucho —dije, avergonzada por haber sacado el tema a colación—. No imaginaba que...

—Tranquila. —Noel volvió a sonreírme a pesar de tener los ojos vidriosos por el recuerdo que le había obligado a revivir—. Hablar de ello con alguien siempre ayuda. Incluso me resulta liberador. Lo importante es, volviendo a tu pregunta, que jamás me habría dedicado a lo que me dedico si eso no hubiera acontecido; y tampoco, siendo francos, si después no hubiera visto mil veces *El tiempo en sus manos*, la película favorita de Ada, y eso me hiciera plantearme ciertas cosas. —Marcó otro alto en su discurso a modo de recapitulación—. Siempre digo que no hay mejor combustible para forzarse a ir más allá que un dolor inmenso; que el sufrimiento y el progreso, analizados en perspectiva, suelen ser dos caras de la misma moneda, igual que el amor suele serlo de la culpa. Mi dolor y mi culpa, precisamente, fueron lo que me llevó a esforzarme por encontrar una forma de corregir los errores del pasado, lo que me llevó, por extensión, a tratar de hallar un modo de regresar a aquel día y a asegurarme de que no dejaba abierta ninguna puerta salvo la de la esperanza. —Lanzó una ojeada taciturna sobre la ensenada—. Ahora por fin puedo decir que estoy algo más cerca de conseguir que sea posible, y, en gran parte, te lo debo a ti.

—¿A mí?

—A ti y a tu libreto. Quizás creas que exagero, o que lo que digo no tiene ningún sentido tratándose de una obra de fantasía científica, pero nuestras charlas me han ayudado a pulir ciertos aspectos del proyecto e incluso a inspirarme de forma indirecta para hallar la solución de otros. En estos momentos, sin ir más lejos, estoy ya en condiciones de adelantarte que mi dispositivo lleva varias horas enviando en bucle su primera señal desde la buhardilla de casa. No al pasado todavía, al futuro. Claro que por algo hay que empezar. Si todo sale bien y obtengo algún tipo de respuesta, tal vez pronto pueda ir más allá y conseguir que no vuelvan a escaparse otras gallinas de ninguna granja.

El contagioso entusiasmo de su disertación me llenó de alegría a mí también. Lo que Noel acababa de traer a cuento sobre el progreso de sus pesquisas era algo que podía marcar la diferencia si todo llegaba a buen puerto, no obstante...

—¿Y qué hay de la ley de la protección de la cronología de la que me hablaste el domingo? —inquirí con una nota de desconfianza en la voz—. No quiero ser aguafiestas, pero, de ser cierta, el universo contaría con su propia forma de defenderse de las paradojas temporales y ni siquiera tu descubrimiento podría cambiar nada.

—Conjetura, no ley —estipuló Noel—. Hawking solo planteaba una hipótesis cuando enunció su postulado. No hay ninguna razón para asumir que sea cierta, como tampoco contamos con muchos argumentos para resolver el eterno dilema que siempre surge frente a estas cuestiones, ya sabes, ¿una alteración en la línea cronológica trastoca su continuidad natural hasta el punto de eliminar de ella ciertos acontecimientos o, por el contrario, fomenta el arranque de otra línea cronológica alternativa?

—Quizás no ocurra ni una cosa ni la otra —teoricé un poco para mí misma, la vista perdida en el movimiento infatigable de la noria contra la bóveda terrestre—; quizás incluso esa alteración forme parte de la propia línea temporal y todo lo que está sucediendo sea lo que ya ha sucedido y lo que va a suceder al mismo tiempo, como tú mismo dijiste el otro día en el aula.

Noel trazó un mohín apesadumbrado con las cejas y miró también hacia la atracción, en

cuyos vagones decorados con bombillas de colores y estridentes pegatinas de vinilo había varios grupos de personas compartiendo risas, arrullos y confidencias.

—Quizás —dijo de manera muy reveladora, como si no fuera la primera vez que su razonamiento se topaba con aquel escollo—. Sabes lo que eso implicaría, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

Con tanta charla, casi nos habíamos olvidado de que estábamos en plena festividad del Día de la Independencia. Media docena de cohetes de artificio ascendieron hacia el cielo, acompañados por otras tantas estelas de humo, para recordárnoslo. Todos explotaron algo más tarde hasta disolverse en el horizonte convertidos en centelleantes filigranas de pirotecnia.

El patrón se repitió varias veces más a un ritmo y una potencia proporcionales a la belleza de la exhibición y, solo cuando el último de los cilindros reventados se precipitó en silencio sobre las aguas de la bahía, ambos advertimos que ya nadie podría arrebatarnos jamás, pasara lo que pasara en el futuro, aquel apogeo cincelado en lo más mágico y efímero de nuestro presente.

—Noel... —dije frente al fulgor que nos envolvía, sin llegar a encararlo de manera directa.

—¿Sí? —repuso él no menos sobrecogido por el espectáculo, también de soslayo.

—Siento tener que decírtelo justo ahora, pero creo que te quiero.

Aproximación cuasi estacionaria

Modelo matemático que mantiene una forma estable en todo momento, incluso cuando algunas de sus cantidades varían lentamente en el tiempo.

The trip, Still Corners.

Entre los rangers y exploradores de Monteburgo, las oxidadas ruinas del antiguo peaje norte suelen considerarse el límite de su área de influencia, una suerte de frontera improvisada entre la relativa seguridad de la urbe y el salvaje e implacable exterior.

Razones para ello no faltan: en primer lugar, aquí es donde las radios empiezan, por lo común, a perder cobertura; en segundo lugar, también donde las aberraciones se vuelven más abundantes, agresivas e impredecibles; y, en tercer lugar, porque esta zona del Páramo atrae a más parias, contrabandistas y salteadores que ninguna otra —generalmente, individuos huidos de la ciudad de manera clandestina o expulsados de ella por sus actos criminales— dada la abundancia de antiguas infraestructuras todavía en pie.

Ni siquiera los errantes, según parece, tienen las agallas necesarias para adentrarse en La Franja...

Antes de la irrupción de la Gran Ola y el estallido de la plaga, sin embargo, esta era una de las carreteras más transitadas de toda la isla.

A los habitantes de Monteburgo, incluida mi propia familia, nos encantaba hacernos a la carretera los fines de semana y descender por autovía hasta los litorales del sur para darnos allí un baño, practicar deportes acuáticos o simplemente pasar una tarde entretenida con los amigos, y muchos de los turistas que cada día llegaban a Ardra, del mismo modo, se internaban a menudo en ella, solo que en sentido contrario, con la intención de, o bien visitar los múltiples y célebres monumentos medievales de la antigua capital, o bien animarse a realizar desde allí alguna expedición hacia el monte Aramara u otra de las cumbres cercanas.

Ahora todo está ya tan destrozado que hasta a caballo cuesta avanzar entre los vehículos destartados, las grietas y deformaciones del asfalto vencido por la erosión y la incertidumbre de no saber si tal ruido o tal otro lo ha hecho el viento o algo peor.

Por fortuna, lo único raro que he podido encontrar desde mi partida son algunos engendros abatidos en mitad de la nada y varios casquillos en las proximidades de sus cadáveres calcinados, lo cual indica que voy por buen camino y que quizás debo quitarme los auriculares.

No sé si he hecho bien del todo en rechazar que alguien me acompañe. Dos armas, al fin y al cabo, siempre amparan más que una. Ocurre que el fiasco de la decimotercera expedición todavía está demasiado reciente para volver a responsabilizarme de la vida de ninguna otra persona y que, después de tanto tiempo manejándome en soledad, tampoco me siento muy capacitada para tener a alguien permanentemente junto a mí.

El motivo por el que yo sigo con vida, en tanto que *rangers* quizás más fuertes o más

duchas no, está muy relacionado con ello: la gente despista; la gente requiere atención; la gente desconcentra a nada que te descuides y hace que acabes confiando de más en quien no debes. A veces, incluso contribuye a que una se deje engañar por la irreal sensación de seguridad que proporciona la pertenencia a un grupo y a tener que pagarlo luego caro. Muy caro.

No, ni de broma. Si de verdad creyera que el número es algo tan decisivo para granjearse una buena protección, me habría hecho soldado, no *ranger*.

Ya tener que unirme a otros como yo para emprender infructuosas expediciones periódicas es más que suficiente.

Con Nan me basta y me sobra. Él no molesta, no habla a deshoras y sabe siempre lo que tiene que hacer. De hecho, parte de mi cacareado y para muchos impensado éxito en la prueba, como solemos denominar al ya tradicional rito de ingreso en el cuerpo

—sobrevivir a solas en el exterior durante al menos cinco días—, fue en buena medida responsabilidad suya. No habría nunca conquistado el título de la primera mujer en pasar un total de diez noches fuera de Monteburgo sin su ayuda. Otra cosa muy distinta es que haya sido una buena idea por mi parte volver a llevarlo conmigo en esta ocasión, claro.

Aunque todavía dócil y letal, Nan, al igual que yo, está cada vez más viejo y más cascarrabias. Su vista ya no es la que era, su vuelo ha perdido precisión y no siempre se calma con la facilidad de antaño. Incluso con la caperuza puesta, como ahora, sigue teniendo problemas para relajarse.

Sospecho que todo ello se deriva del traumático combate que mantuvo hace algunos meses en la Hondonada contra unos cuervos infectados, o quizás solo se trate de una cuestión de edad o hasta de hartazgo. ¿Quién sabe? A lo mejor también a él han empezado a dolerle los huesos y está ya tan aburrido de todo y tan desmoralizado como yo... Sea como fuere, debo extremar el cuidado para no volver a ponerlo innecesariamente en riesgo. Lo quiero demasiado, tras tantos años juntos, como para perderlo ahora por no prestarle la atención que merece.

Ya he perdido demasiado desde que todo comenzó...

—Calma —digo alargando la mano hacia la percha de madera instalada sobre la montura para darle una pequeña porción de carne—. Todo saldrá bien.

El halcón, contra pronóstico, no hace ni caso al alimento.

Cuando afinó el oído y vuelvo a incorporarme para otear el horizonte más en detalle, me doy cuenta de por qué está tan agitado: sobre la techumbre semiderruida de una gasolinera cercana hay una nube de aves contaminadas que no paran de graznar en torno a ella y de lanzarse contra lo que algún día fue el despacho del autoservicio.

Agarro los prismáticos. A través de sus lentes puedo ver con claridad que los marcos de las ventanas están sellados con tablones, paneles y cartones y que parece haber alguien atrincherado dentro.

Un examen más minucioso del terreno me sirve para localizar también dos cadáveres: el primero de ellos, ensangrentado y a medio devorar en las proximidades de la zona de repostaje, y el segundo, igualmente destrozado por la bandada de monstruos, varios metros más adelante, ya en el ramal de acceso al área de servicio.

Sobre los restos de ambos cuerpos distingo jirones desgarrados de ropa militar.

Mi teoría de que hay gente recluida en el interior de la tienda se ve confirmada con el retumbar de varias ráfagas de disparos. El ataque, procedente de un minúsculo hueco en una de las ventanas, no surte mucho efecto y solo consigue enfadar más al enjambre.

—Aquí Faris a base —trato de entablar contacto con Monteburgo por medio del radiotransmisor—, ¿me recibe alguien?

No se produce ningún tipo de respuesta, así que tomo aire en profundidad y me preparo para desmontar del caballo.

—Quédate aquí —ordeno a Nan mientras saco de las alforjas todo lo que creo que va a hacerme falta para tratar de poner fin al cerco—. Volveré enseguida.

En sigilo, comienzo a avanzar hacia la gasolinera entre los coches abandonados. No debo acercarme demasiado al hervidero de pájaros —una caótica mezcla de charranes, gaviotas y cuervos deformados por los efectos de la plaga—, pero sí lo justo para poder darles donde más duele.

A menos de un minuto de que esto sea factible, el radiotransmisor se activa de improviso y una voz aguda e infantil se hace audible por todo el valle.

—¿Quién anda ahí? —dice notablemente alterada—. ¿Quién le envía?

Entiendo sin necesidad de muchas explicaciones que se trata de Melvin Klem. Los pájaros, por su parte, también entienden al vuelo que tienen un nuevo plato en el menú y deciden empezar a desplazarse hacia mí entre crispados aleteos.

—Demonios... —rezongo—, ahora no.

Tengo suerte de que todavía medie cierta distancia entre mi posición y la gasolinera. De lo contrario, habría sido complicado encontrar algo de tiempo para arrancarme el aparato y lanzarlo por encima de mi cobertura hacia uno de los camiones volcados en el arcén. El zumbido de la electricidad estática consigue despistar brevemente al tropel. Como maniobra de distracción, no es que sea muy elaborada, pero, gracias a ella, araño una prórroga que me permite culminar la carga de mi pistola de bengalas y disparar justo al centro del enjambre.

El rechinar chispeante del proyectil atraviesa la vorágine de aves con un zarpazo. En cuanto estalla en lo alto y libera su luz, todas se dispersan espantadas hacia la parte baja de la carretera. Ya solo me queda aprovecharme de ello para correr hasta el autoservicio y aporrear sus puertas con el objetivo de que alguien conteste.

—Ya está, ya se han ido —informo sin dejar de escuchar en la distancia los gañidos sobreexcitados de la bandada—. ¿Todo bien ahí dentro?

La ausencia de una respuesta en firme me impacienta y me enfada por igual.

Pienso en el almirante. Tal vez a él le valga con que le devuelva a su hijo muerto en lugar de vivo; yo, en cambio, no estoy dispuesta a volver a decepcionarme a mí misma tan pronto. Y aunque mi opinión respecto al futuro siga siendo igual de pesimista que en la Fortaleza, tampoco figura entre mis planes que dicho futuro se quede en un mero presente truncado. La visión del cadáver del militar caído junto a los surtidores, ya apenas un amasijo de carne y tela picoteadas, me pone al tanto de ello con ensañamiento.

No es el mejor escenario para vacilar.

Por medio de vigorosas patadas, me las apaño para tirar la puerta abajo.

Dentro encuentro a un muchacho y una muchacha muy jóvenes, envueltos en polvo, cuyos físicos encajan como anillo al dedo con las descripciones de los dos adolescentes huidos. Ambos reaccionan a mi llegada de forma tensa y desafiante. Hay otro soldado muerto cerca de donde ambos se encuentran.

—Melvin Klem y Anne Senna, supongo —digo sacudiéndome a un tiempo la suciedad y el dolor de huesos—. No sé qué ha pasado aquí, pero me alegra ver que estáis vivos —añado pretendidamente cordial—. Mi nombre es Sira Faris. He venido para llevaros de vuelta a Monteburgo.

Los dos evadidos, inquietos, intercambian una áspera mirada que no promete nada bueno.

2 DE JULIO

Estado entrelazado

Propiedad cuántica que establece una correlación entre partículas cuyos cambios se afectan mutuamente incluso estando separadas por miles de años luz.

Watch you sleep, Girl in Red.

Ni siquiera la noche del estreno de mi primer largometraje, cuando por fin, tras muchos años de duro trabajo y sacrificio, pude ver mi nombre proyectado en la pantalla de un cine, llegué a sentir una plenitud tan arrolladora, tan ingrátida, como la que se apoderó de mí a partir de que Noel y yo selláramos formalmente nuestra atracción a los pies de la bahía.

Esa rúbrica cargada de anhelo nos arrastró poco después a su apartamento, donde ambos acometimos una larga velada de música, vino, risas, confidencias y caricias que, a imitación de un bucle temporal del que ninguno estuviéramos dispuestos a salir, iba a repetirse a lo largo de los días siguientes hasta hacernos conocer de memoria todos los pliegues de nuestros cuerpos.

No podía, así las cosas, quejarme.

La vida marchaba bien. Muy bien. Y el ritmo al que lo hacía con cada minuto que Noel y yo compartíamos era casi tan etéreo y meloso como la música que le gustaba poner de fondo en su reproductor de vinilos mientras nos entregábamos al disfrute de la burbuja de excepcionalidad de su apartamento.

Esto ponía en evidencia que no solo el tiempo era relativo, sino que, igual que este se veía afectado por la velocidad y la gravedad, las prioridades y los sueños también se veían afectados por otras magnitudes, como la física, la química o la alquimia que estaban detrás de que todo aquello hubiera sucedido.

En comparación con el calor enardecido de la vivienda, el mundo exterior adquiriría un carácter tan ramplón e intrascendente que incluso daba pereza acercarse a él.

Todo cuanto ambos habíamos percibido como necesidades básicas hasta solo algunas semanas antes se volvía facultativo por oposición; las rutinas que entonces solían llevar la vitola de innegociables las veíamos de repente como un trámite igual de protocolario que validar un abono de transporte, y aquello que antaño los dos habíamos considerado el centro de nuestros respectivos universos se revelaba a nuestros ojos como un simple y burdo señuelo en un mapa con las esquinas gastadas.

Lo poco que de verdad contaba en el interior de aquel borbotón de bienestar era continuar amándonos sin límites ni medida, a nuestro entender, aunque jamás hubiéramos hablado de ello de manera expresa, la única forma válida de amar.

El cénit de este *crescendo* tuvo lugar el mismo día en que se produjo el gran punto de inflexión...

Ambos habíamos pasado gran parte de la tarde en su casa, abstraídos entre besos y copas de vino, hasta que Noel se puso al piano en un rincón de la sala de estar, llegada ya la noche, con el

fin de mostrarme algunas de las melodías que había compuesto en sus ratos libres. No eran partituras excesivamente complejas, y la ejecución, ¿para qué vamos a engañarnos?, se resentía de su falta de técnica a las teclas y de su natural impericia, ya que también esto lo había aprendido por cuenta propia. Aun así, se apreciaba en cada una de sus piezas un poso igual de cálido y magnético que él, y la entrega con que se volcaba en reproducirlas dotaba de un extra de dulzura y emotividad a sus notas.

En lo personal, me encantaba escuchar en silencio todas aquellas composiciones, abrazada a la acogedora hospitalidad de su piel, y quedarme dormida con la cabeza sobre su hombro hasta que el reverberar de los acordes transportaba mi mente al mundo de los sueños y Noel hacía lo propio con mi cuerpo para llevarme cuidadosamente a la cama.

Sus esfuerzos por evitar que me despertara, eso sí, no impedían que mis ojos se entreabrieran de vez en cuando en el proceso, aunque a mí me gustaba dejarme llevar hacia el dormitorio de todas formas, sin decir nada, y articular en secreto una ambigua sonrisa de reciprocidad.

Aquella madrugada no fue la excepción.

Muy pocas veces en mi vida había llegado a estar tan a gusto con nadie —¡qué demonios, nunca antes había estado de verdad con nadie!—, tan cómoda y protegida junto a un hombre, tan segura en compañía de una persona ajena a mi círculo familiar. Y mucho menos todavía, desnuda en todos los sentidos frente a ella.

Algunas noches, cuando me despertaba arropada entre sus brazos y notaba su respiración deslizándose apacible sobre mi cuello, su calor abrigándome como una segunda sábana y el atrayente aroma a madera y almizcle de su cuerpo flotando en torno a nosotros, casi hasta me parecía que aquello ya había ocurrido antes, fuera en otro tiempo pasado o futuro —para él, conviene no olvidarlo, todo formaba parte de lo mismo—, o fuera en ese presente continuo falto de libre albedrío del que siempre hablaba a sus alumnos.

Nada de ello me perturbaba demasiado. Solo lo hacía, y de manera muy esporádica, el pensamiento un tanto peregrino de que él pudiera no estar viviendo aquel romance con la misma intensidad, idea espeluznante donde las hubiera que, como una alusión a la muerte en el más placentero de los paraísos, me hacía estremecer ante la posibilidad de que nuestro idilio fuera un mero pasatiempo para él.

Aquella aprensión neurótica, por suerte, apenas alcanzaba a durar algunos segundos, pues el resto de evidencias en contra eran tan incontestables que enseguida se encargaban de aplastar cualquier posible duda. Algo esa noche, no obstante, quizás el alcohol, quizás la sobreexcitación, hizo que se prolongara en exceso.

Para despejarme un poco y dejar de darle vueltas, me levanté de la cama procurando no hacer mucho ruido y avancé descalza sobre la madera barnizada hacia la cocina. Allí me detuve frente al ventanal que comunicaba con la calle y me serví un vaso de agua.

El puerto, con el faro y la torre del Reloj a uno y otro lado de la rada, estaba inusualmente tranquilo bajo la claridad lunar. Recrearme en las vistas me ayudó bastante a entrar en sosiego, a reconectar con mi entereza y a concluir que estaba siendo demasiado paranoica.

En aquel preciso momento, más allá de los delirios de mi alarmismo, lo cierto era que lo tenía prácticamente todo: una vida nueva en una ciudad que me fascinaba, un libreto prometedor, buenas perspectivas de futuro, excelente salud, apoyo incondicional por parte de mi padre y de mi hermano, ganas de comerme el mundo a mordiscos y la relación sentimental más fervorosa, sincera y enriquecedora que mi mente de veinteañera insegura podía imaginar. Por si fuera poco, junto a un hombre sensible y cariñoso que sabía tan bien como yo lo que era la pasión por el

trabajo. Poca lógica tenía tratar de buscarle tres pies al gato solo por negarme a asumir que mereciera tales prerrogativas.

Arrepentida, me asaltaron unas fuertes ganas de llorar. No de pena, naturalmente, sino de alegría, de auténtico y genuino júbilo.

El desembarco de Noel en mi vida, de algún modo incomprensible, me había empujado a resintonizar con el universo circundante y, de acuerdo con ello, estaba comenzando a sentirme como si hubiera dejado de deambular por los márgenes de dicho cosmos y todas sus maravillas, de un día para otro, hubieran decidido caer sobre mí para ponerme al día sobre lo que había estado perdiéndome.

El sonido de algo raro en la buhardilla me sacó de mi ensimismamiento.

En otra franja horaria quizás ni me habría percatado de ello, sin embargo, todo en Punta Allende resumaba tanta calma a esas alturas de la madrugada que era imposible no reparar en el único sonido discordante del entorno: una especie de siseo electrostático atenuado por la distancia.

No pude más que subir por las escaleras para ver de qué se trataba.

Según llegué arriba y vi que la máquina de Noel había estado en funcionamiento durante toda la noche sin dejar de emitir en bucle el mensaje de contacto —nuestro absorbente flechazo nos había hecho olvidarnos incluso de ello—, noté que un escalofrío de expectación aceleraba la frecuencia de mis latidos.

—Aquí Fox Sierra desde la estación central de Punta Allende —escuché decir a una distorsionada voz de mujer a través de los amplificadores conectados al transmisor—. Hemos captado un mensaje inusual desde esta frecuencia, ¿puede oírme alguien?

Lividecí. Mi primer impulso, superada la parálisis inicial, fue el de salir corriendo escaleras abajo para despertar a Noel y comunicarle la increíble noticia.

No me atreví a hacerlo por si solo se trataba de una falsa alarma, y, por encima de todo, porque no deseaba que aquella voz corriera el riesgo de cansarse de esperar y desaparecer. Ambos factores me convencieron de alargar el brazo hacia el comunicador de mano para activar el interruptor que supuse que me permitiría responder. A renglón seguido, me enfrenté al pánico escénico con una dicción casi tan temblorosa como mis dedos.

—Sí, la oigo.

El cielo moteado de estrellas, a través del rosetón que presidía la buhardilla, pareció titilar de alborozo.

Resistencia aparente

Impedancia de un circuito que, según la ley de Ohm, resulta de la tensión aplicada y de la intensidad de la corriente.

Seventeen, Sharon Van Etten.

Con la salvedad de que ninguno de los fugitivos le ha puesto un cuchillo al otro en el pescuezo, la escena es muy similar a la del incidente ocurrido en las cocheras.

Entre ambos contratiempos no han pasado ni veinticuatro horas y, desde entonces, tampoco he tenido mucho margen para descansar en condiciones. Eso hace que me encuentre más agotada, más irascible y más inquieta a cada segundo; un estado, sobra decirlo, que beneficia muy poco a mis intereses o a los de los muchachos a quienes acabo de rescatar de la bandada de abominaciones.

—No vamos a ir a ningún sitio con usted —proclama el hijo de Ciric Klem, situándose frente a la chica como para protegerla con su escuchimizado cuerpecillo. El temblor de sus manos al encañonarme con la pistola que ha debido de robarle al soldado abatido, y el de su voz aún imberbe al intentar plantarme cara, restan bastante convicción a la bravata—. Y mucho menos de regreso a Monteburgo.

Me fallan las fuerzas hasta para suspirar en señal de fastidio. El almirante tal vez sea un mentecato con serios problemas de empatía y autocontrol, pero, por lo que se ve, conoce bien a su retoño y, dado el aspecto y el comportamiento de este, es evidente que no ha exagerado sobre lo de que todavía le falta un buen hervor.

—No tengo tiempo para debatir —dictamino quizás más autoritaria de lo que me conviene—. Esos pájaros podrían volver a causar problemas en cualquier momento.

—¿Problemas?, ¿qué problemas? —insiste Melvin Klem sin sonar muy convencido de sus propias palabras—. Estaba todo controlado hasta que usted ha venido a meter las narices donde no le llaman.

—A mí no me lo parece. —Apunto con el dedo al cadáver del militar tendido en el suelo sobre un charco de sangre reseca. Tanto su piel como su ropa muestran claros signos de haber sufrido un ataque atroz por parte de las aves, de lo que deduzco que, como sus dos compañeros caídos, ha debido de sacrificarse para servir de escudo frente a ellas y poner a los dos chicos a salvo con su último aliento—. Y si él pudiera hablar, estaría de acuerdo conmigo.

—Les avisamos de que no necesitábamos su ayuda —protesta Klem—, de que nos bastábamos solos... ¡Fueron ellos quienes nos mandaron retroceder hasta aquí! Nada de esto habría pasado si nos dejaran en paz. ¡Los pájaros ni siquiera nos habían visto!

Simulo asentir con estoicismo para que el chico se confíe. Cuando noto que al fin lo ha hecho, desenvaino el bardiche por medio de un raudo deslizamiento de mi mano y lo desarmo en menos de un segundo.

La pistola resbala sobre las baldosas mugrientas hacia el otro extremo de la estancia, junto a unos expositores cubiertos de telarañas.

Melvin Klem, vestido con sus impecables pantaloncitos de niño bien, su terso y limpio polo azul marino salido de otra época y las zapatillas deportivas en mejor estado de conservación de toda Ardra, ni siquiera lo ha visto venir. Y no será porque no cuente con unas buenas y gruesas gafas sobre su alargada nariz aguileña.

—Andando —ordeno mientras vuelvo a observarlo y a maravillarme de que alguien pueda todavía lucir así de anacrónico en mitad del Páramo—. Empieza a hacerse tarde.

El chico se queda tan bloqueado por lo expeditivo de la maniobra que no sabe qué decir o cómo actuar. Es su compañera, Anne Senna, quien le toma el relevo.

—Ni lo sueña —dice tras echarse la mano a la espalda con gran habilidad para blandir también por sorpresa una resplandeciente *katana* de filo ligeramente curvo—. Ya le hemos dicho cuáles son nuestros planes.

No doy crédito a lo que veo. La joven habla con bastante más confianza en sí misma que su acompañante y, por su forma de manejar y sostener el arma, así como por la manera en que me encara desde detrás de la hoja, se advierte que no es la primera vez que la despliega frente a alguien; puede que tampoco la primera en que la utiliza contra un enemigo, aunque cabe la posibilidad, por supuesto, de que toda su rudeza no sea más que una farsa hábilmente pensada y ejecutada para intimidarme.

—¿En serio? —profiero con un resoplido a fin de apartar su atención de mi mano, que comienzo a bajar hasta la cintura en busca del revólver.

—Muy en serio —ratifica taxativa la chica—. Si empuña esa arma, no me hago responsable de lo que pueda pasarle a su muñeca. Y lo mismo le digo si intenta llamar a ese halcón suyo para que le haga el trabajo sucio —puntualiza imprimiendo un firme acento de socarronería a su ultimátum—. No me mire así, sé quién es usted. La he visto por las calles y por la Hondonada muchas veces. Con ropajes heroicos o sin ellos, mi especialidad es la basura.

—En tal caso, sabrás también cómo suelen terminar este tipo de innecesarios enfrentamientos —contesto igual de inquebrantable que ella—. No quiero ser reiterativa, pero la bengala de ahí fuera está a punto de consumirse y, si lo hace, es posible que a nuestros alados amigos les dé por regresar. —Arqueo las cejas en una mueca maliciosa—. Dicho de otro modo: o me ayudáis a prender fuego a esos cadáveres y salís rápido de aquí conmigo, o puede que, en efecto, no vayáis al final a ningún sitio. A no ser, claro, que vosotros también tengáis una pistola de bengalas.

Melvin Klem y la chica vuelven a intercambiar otra de sus miradas de deliberación. En los ojos del primero se percibe de manera casi tangible el encontronazo entre el miedo y el embeleso; en los de ella, que poseen un tamaño mucho mayor de lo que por su herencia asiática debería corresponderle y emanan un brillo hipnótico como resultado del distinto color de sus pupilas —una, verde como la hierba en primavera, la otra, de una consistencia almendrada próxima a la miel—, la batalla es más bien entre el desprecio por la autoridad y el instinto de conservación.

Ninguno de los dos chicos pegan demasiado al lado del otro. No tanto por edad, pues Senna apenas parece un par de años mayor que Klem —solo que, en esa etapa de la vida, un par de meses pueden marcar una diferencia insalvable por causa del desarrollo hormonal, algo palmario teniendo en cuenta el contraste de complejiones entre ambos—, como por sus distintos estilos de vestir, ya que la muchacha lleva prendas mucho más baratas, sucias y apropiadas para desplazarse por el exterior: un peto vaquero corto con una camiseta roja de algodón por debajo,

medias raídas alrededor de sus largas y tonificadas piernas, botas altas de cuero y una chaquetilla de corte militar, muy desgastada, llena de viejas insignias de grupos de música.

Esa disparidad de atuendo, en conjunción con su anómala belleza mestiza, con las mechas grises que se le asoman por debajo de la gorra y con el exótico matiz entre moreno y azafranado de su piel, hacen de ambos una pareja muy peculiar. Tanto es así que no me cuadra demasiado que hayan decidido escaparse juntos. O, al menos, que lo hayan hecho porque exista entre ellos algo de mayor calado que una simple amistad...

—Ya le he dicho que podemos arreglárnoslas solos, gracias.

—Melvin Klem vuelve a fingir arrojo delante de la hija del escritor—. Márchese de una vez y déjenos tranquilos.

Senna, en contradicción con la actitud cada vez más vehemente del chico, ya no ofrece la misma fachada de seguridad que al inicio. Incluso puedo leer por debajo de ella cómo los engranajes de su cerebro parecen haberse puesto en marcha para estudiar mejor los pros y los contras de la oferta.

Visto que el repliegue puede ayudarme a que no se repita lo de las cocheras, retiro el bardiche como prueba de buena voluntad.

—Eso no va a pasar —redundo pese a ello en mis intenciones de partida—. El almirante Klem me ha encargado llevaros de vuelta a Monteburgo y eso es lo que voy a hacer.

—¿El almirante Klem? —repite el chico con menosprecio—. ¡Que le den al almirante Klem! Mi padre es solo un baboso embrutecido que usa a sus peones para hacer aquello que él no tiene agallas de hacer. —Aprieta los dientes en un arranque de rabia bastante más verosímil que sus fanfarronadas y muestra bajo su polo, en el costado, varias marcas causadas por algún cinto o flagelo—. Un baboso que, además, desconoce cómo dirigir la ciudad. ¿O acaso no se ha enterado todavía de lo que tiene pensado para la fábrica de tabaco? Está usted chiflada si cree que voy a volver con él ahora que al fin he podido dejar atrás ese estúpido castillo...

El argumento del joven tiene unos cimientos mucho más sólidos de lo que a mí me gustaría. Ciric Klem, en función de lo que yo misma he podido presenciar por la mañana en la Fortaleza, es todavía una persona más siniestra, engreída e incapaz de lo que sus opositores aseguran. Las heridas que su vástago acaba de mostrarme no solo respaldan ese juicio subjetivo, sino que lo apuntalan hasta casi la náusea.

Con todo, la misión es la misión y, de acuerdo con el credo del cuerpo, no puedo ni debo permitir que mis opiniones personales interfieran en ella.

—El almirante no es el único que está preocupado —explico con perspicacia—; tu madre se encuentra también bastante afectada por esta locura. ¿De verdad quieres seguir haciéndola sufrir?

—Usted no lo entiende...

—Pues entonces, explícamelo, y, dentro de lo posible, intenta ser rápido. —Escoro la cabeza hacia el exterior, donde compruebo con apuro que la bengala acaba de entrar en el tramo final de su combustión—. No quiero estar aquí cuando esas alimañas regresen.

—Hay rumores —desvela el chico después de otra consulta lacónica a su compañera—, rumores de que ya no todo en la isla se encuentra tan devastado como creemos..., rumores que prueban que los mayores exageran cuando dicen que no existe esperanza.

—¿A qué rumores te refieres exactamente, a los que hablan de la existencia de comunidades de supervivientes más allá de La Franja o a los que describen Punta Allende como un paraíso de luz y color lleno de medicinas prodigiosas? —intervengo con ironía—. Conozco bien la cantinela. Lo curioso es que ninguna de las personas que tanto disfrutaban de propagar esos rumores, esos bulos, han puesto jamás un pie fuera de la ciudad, mientras que quienes sí que lo

hemos hecho, por el contrario, preferimos no hablar demasiado de ello en lugar de dedicarnos a llenar de pájaros la cabeza de los demás —recalco a propósito la palabra «pájaros» para recordarles, siquiera de un modo indirecto, que seguimos expuestos al contraataque de las aves—. Sed realistas, Monteburgo es lo único que queda en pie, guste o no guste. Todo lo demás es solo ruina y cenizas. Si no queréis acabar siéndolo vosotros también, no os queda otra que seguirme. Ya habéis tentado demasiado a la suerte llegando hasta aquí. Tú más que nadie, Klem. Es muy peligroso en tu estado emprender una huida como esta.

El chico frunce el entrecejo, hosco, y se prepara para soltar alguna otra baladronada a la altura del personaje de joven intrépido y valiente que se ha fabricado. Apenas comienza a abrir la boca cuando la cabeza de un mimoso cachorro de labrador asoma de la mochila que lleva a la espalda para lamerle las mejillas con afán.

—Ahora no, Tofe —dice azorado por ello—, estamos ocupados.

El animal emerge un poco más del interior del petate, indiferente, y vuelve a repetir la maniobra hasta casi hacerle perder el equilibrio.

Lo extemporáneo del espectáculo da la medida exacta de la escasa madurez de la fuga y de lo mucho que me asiste la razón respecto a lo que acabo de decirles.

La propia Anne Senna, casi sin proponérselo, suscribe ese mismo juicio con una espiración avergonzada.

¿Un perro de meses? ¿Realmente eran tan ingenuos como para confundir su incursión más allá de la verja con un paseo dominical junto al río? Tenía su mérito, de ser así, que todavía continuaran con vida, su mérito y su buena dosis de milagro.

—Se acabó —decreto sujetando a Melvin Klem por el brazo para arrastrarlo conmigo fuera—. Vámonos ahora mismo de aquí.

La chica eleva la *katana* con un tenaz movimiento de amenaza.

—Suéltelo —gruñe entre dientes—. Suéltelo o le juro que...

El sonido cercano de unos cascos de caballo desbarata la confrontación en su punto de mayor animosidad.

Detrás de nosotros, bajo el tejado hecho trizas de la gasolinera, acaba de detenerse una montura. Hay alguien encima de ella. Concretamente, una silueta exhausta, decrepita y vestida con harapos de color azul marino que acaba precipitándose al suelo, medio inerte, sobre el asfalto resquebrajado.

—Ayuda... —escucho que dice entre agónicos estertores—, ayuda, por favor.

En su embarrada pechera, como en la mía, hay tejido un emblema con el distintivo oficial del cuerpo de *rangers* de Monteburgo.

15 DE JULIO

Interferencia constructiva

Superposición de dos o más ondas de frecuencia idéntica o similar que, al mezclarse, crean un nuevo patrón de mayor amplitud en un punto llamado nodo.

Turning time around, Lou Reed.

Fox Sierra nunca llegó a revelarnos su verdadero nombre.

Según aseguraba en nuestros diálogos nocturnos en la buhardilla, facilitarnos demasiada información privilegiada podía causar desarreglos indeseables en la cronología y entrañar riesgos también innecesarios para nosotros y para ella.

Sí nos transmitió, en compensación, tres datos mucho más interesantes que su identidad. El primero de ellos, que nos hablaba desde un futuro a quince años vista; el segundo, que ese futuro no era nada benévolo; y el tercero y más importante, que quizás todavía estábamos a tiempo de cambiarlo.

Esto último provocó que el clásico debate sobre paradojas temporales ya mencionado en la bahía el Día de la Independencia volviera a salir a la palestra.

Para tratar de llegar a una conclusión satisfactoria, Noel se pasó cientos de horas en el estudio tratando de averiguar si la conjetura de Hawking era cierta y no podíamos alterar el tiempo, o si la hipótesis contraria, como sospechaba Fox Sierra, tenía más papeletas de ser la real y una interferencia en ese mismo tiempo podía terminar creando un universo paralelo desgajado del nuestro, pero lo único que consiguió con ello, al margen de soportar cantidades ingentes de estrés frente a los indicios de que también su capacidad intelectual tenía límites, fue constatar que, sin perjuicio de qué hipótesis prevaleciera, merecía la pena hacer algo para evitar la llegada de aquel negro futuro. Principalmente, porque Fox Sierra nos insinuó que podíamos salvar numerosas vidas si actuábamos de la manera apropiada.

A partir de ahí, los retos adquirieron una naturaleza más moral que científica. Podía argüirse, por un lado, que no teníamos derecho a experimentar con los destinos de nadie, y, por otro, que tampoco estábamos legitimados a arriesgarnos a crear nuevos desastres como consecuencia de una intervención en la línea temporal.

Justo por ello, pese a que no siempre las condiciones de comunicación eran óptimas debido a la inestabilidad del sistema, las charlas con Fox Sierra se multiplicaron en los días siguientes.

Nuestro contacto tampoco disponía de una respuesta definitiva para todas estas incógnitas, pero dejó bien claro, desde casi el principio, que ninguna otra dimensión podía contener una realidad tan descorazonadora como en la que ella y sus coetáneos había embarrancado por nuestra culpa.

Teníamos que hacer algo para subsanarlo. Y lo primero, quizás, era acabar con las últimas reminiscencias de nuestro escepticismo.

El ritmo al que todo estaba sucediendo resultaba pasmoso...

Solo varias semanas antes, la posibilidad de que algo como lo que estábamos viviendo pudiera ocurrir pertenecía en exclusiva al ámbito de la ciencia ficción, o, como mucho, al de la física teórica más especulativa, y en muy pocos días, sin embargo, habíamos pasado de no creernos del todo que estuviéramos hablando con alguien del futuro a escuchar con extremo desasosiego todo cuanto Fox Sierra relataba sobre la forja, inevitable o no, de esa posteridad inhóspita.

Los escasos detalles que nos trasladó sobre ella desde su lado de la historia eran tan precisos que solo una persona muy desconfiada podría pensar que se trataba de invenciones, y algunos de los vasos comunicantes entre su mundo y el nuestro, tan reconocibles como perturbadores.

Si todo aquello se demostraba cierto, si su universo era de verdad un fruto maduro caído a los pies de nuestra época, no nos quedaba mucho tiempo para tratar de arreglar las cosas.

La urgencia del escenario ocasionó que ambos empezáramos a tener ciertas dificultades para conciliar esa doble vertiente con nuestras agendas, de tal manera que Noel ya casi ni se acercaba al CTPA, aun estando obligado por contrato a ello, y yo tampoco le prestaba a mi segundo proyecto cinematográfico, por entonces en fase de preproducción gracias al interés de Make My Day Media, una de las empresas audiovisuales más reputadas del país, la atención que demandaba, pues solo así podía volcarla en ayudar a Noel a cartografiar la ruta que nos separaba del cataclismo y a anticiparnos a su eclosión.

—Todo intento de cambiar el futuro está condenado al fracaso si no conocemos antes, y de un modo exhaustivo, nuestro presente y nuestro pasado —solía decir Noel frente a la máquina—. Una vez que reduzcamos la indefinición de lo que está por llegar, reduciendo en paralelo la de nuestro propio tiempo, y sepamos de qué modo hemos creado ese porvenir, quizás sea posible desdecirlo.

El precio a pagar por ello lo abonamos en frías monedas de renuncia...

Ambos teníamos tanto miedo a que la transmisión pudiera llegar a cortarse definitivamente algún día que ya apenas nos quedaba espacio para volver a refugiarnos en nuestra burbuja, y las pocas veces en que encontrábamos algún hueco para ello, o bien éramos interrumpidos por Fox Sierra en el momento menos indicado, o bien nos tropezábamos con la amarga sorpresa de que nuestro nerviosismo por los nubarrones que se avecinaban impedían que disfrutáramos del sol como antes.

No hacía falta ser ningún lince para ver que nos estábamos obsesionando, de ahí que nuestro empeño por salvar a Fox Sierra y a los suyos de aquel catastrófico sino creciera cuanta más información le sonsacábamos acerca de su línea temporal.

La dificultad residía en que nosotros solo éramos dos personas de a pie, dos personas que, incluso habiendo tenido cierto éxito en sus respectivas carreras —más Noel que yo, evidentemente—, carecíamos de la influencia y del poder para cambiar nada. ¿De qué forma se suponía que íbamos a atajar aquella hemorragia cuando ni siquiera nosotros alcanzábamos a comprender su trascendencia?

Lo que estaba aconteciendo en el desván, después de todo, no era algo que pudiera contársele alegremente a cualquiera. Además, por su condición de desafío a la propia lógica de lo que todos creíamos conocer sobre las leyes de lo real, tampoco era una noticia que invitara a ser tomada muy en serio.

La solución me sobrevino una noche, mientras Noel le tiraba de la lengua a Fox Sierra en la buhardilla y yo escuchaba a Lou Reed en el piso de abajo, al reparar en una de las imágenes que decoraban el aparador de la sala, cuyo compartimento central, por otro lado, me había llamado muchas veces la atención por encontrarse siempre cerrado a cal y canto. El retrato lo mostraba

recogiendo una bruñida estatuilla dorada, en algún auditorio de aspecto pomposo, de manos de Alvin Nivla, el ministro de Ciencia y Tecnología, junto a varios miembros del cuadro lectivo del CTPA. Y no era el único recuerdo de esa índole diseminado por la sala.

Noel aseguraba que solo conocía al mandatario por esos actos y que no tenía la suficiente confianza con él para telefonarlo, así que yo misma me encargué de llamar a su secretaria, en un arrebató de coraje impropio de mi carácter apocado, con miras a concertar una cita en su nombre.

No creía que una simple entrevista fuera a solucionar nada —mi fe en los políticos era bastante exigua—, pero, según Fox Sierra, parte de los problemas de su mundo tenían que ver con la falta de previsión del Gobierno, por lo que albergaba cierta lógica pensar que una alerta a tiempo pudiera frenar el fatal desenlace.

Aquella mañana, esa convicción me llevó a ausentarme temporalmente de las oficinas de la productora para acompañar a Noel hasta el Parlamento, en el extremo oriental de la calle Médem, y desearle suerte en su encuentro con el ministro.

Bajo el brazo llevaba un portátil repleto de extractos de nuestras sesiones con Fox Sierra y multitud de documentos redactados a lo largo de los días precedentes. En estos escritos se recogían algunas de las directrices que la misteriosa voz nos había sugerido como única forma de prevenir y paliar la debacle del país, entre las cuales figuraban la de destinar más fondos a la búsqueda de nuevos yacimientos petrolíferos, recientemente cancelada por el Ejecutivo debido a las protestas; la de dotar al sistema sanitario nacional de más medios técnicos y humanos para afrontar posibles saturaciones; la de perfeccionar sistemas avanzados de detección de catástrofes naturales y otras igual de ominosas relacionadas con la mejora de las infraestructuras de transportes y comunicaciones, con el estímulo de fuentes de energías alternativas o con la creación de cuerpos de seguridad especializados en gestionar situaciones de crisis.

Acerca de la debacle en sí, Fox Sierra tampoco había querido entrar en muchos más detalles con el pretexto de que podía ser perjudicial para todos, pero todas aquellas recomendaciones se bastaban por sí mismas para ponerle la piel de gallina a cualquiera considerando que no había tenido reparos en compartirlas y que era posible, por exclusión, que lo que sí se había callado —y no había forma de que se animara a desclasificar— ocultara algo incluso peor que lo que el turbio encaje del resto de sus pistas perfilaban por separado.

Cuando el bueno de Noel reapareció en la escalinata renacentista del edificio, casi tres horas más tarde, yo todavía no me había atrevido a marcharme.

Quería ser la primera en saber qué había pasado en el despacho del prócer, estar junto a él hubiera ocurrido lo que hubiera ocurrido y, ante todo, averiguar también a qué tendríamos que atenernos de ahí en adelante.

Por mucho que hasta ese momento el cine me hubiera parecido el asunto más prioritario del mundo, ningún proyecto de largometraje tenía ninguna importancia frente a lo que se nos venía encima. Era gracioso, en este sentido, que, siendo Punta Allende una ciudad célebre por las apuestas de sus concurridos casinos, nadie salvo nosotros se estuviera dando cuenta de cuánto había en juego. Solo esperaba que Alvin Nivla, en correspondencia con la reputación de buen estratega que lo precedía, sí consiguiera percatarse de que no habría más compras por los innumerables comercios de la zona, más paseos junto a la playa bajo el sol del mediodía ni más premios anuales de tenis y Fórmula 1 si nadie empezaba a tomarse en serio que la ruleta no giraría eternamente.

—¿Qué ha dicho? —pregunté a Noel en cuanto hubo franqueado la puerta del edificio—. ¿Has logrado convencerlo?

No fue necesario ni que respondiera. Por el modo tan mustio en que levantó los ojos hacia

mí, supe que algo había salido mal.

—Me ha tratado como si estuviera loco —se quejó entonces—. Dice que tiene que estudiarlo más en profundidad, pero dudo mucho que lo vaya a hacer.

—Quizás la oposición nos haga más caso —propuse vacilante—. Aunque solo sea por minar al Ejecutivo, deberían tomarnos más en serio.

—Ese es justo el problema —sostuvo Noel—. Ahora mismo nada debería tener un sesgo de bando, sino de unidad. Acentuar las divisiones únicamente servirá para acrecentar la entropía y acelerar el derrumbe de todo.

—¿Y cómo..., cómo se reduce esa entropía de la que siempre hablas?

—No creo que sea factible tal y como están las cosas. Como mucho, quizás podamos aspirar a contenerla.

—¿Te estás rindiendo?

—No exactamente, solo empiezo a pensar que a lo mejor es imposible frenar lo que está destinado a ocurrir, puede que hasta sea demasiado peligroso y antinatural tratar de hacerlo. Y, por otra parte, ¿qué pasa si Fox Sierra no es una fuente tan fiable como creemos?, ¿si tiene algún interés oculto que desconocemos? ¿o incluso si no nos habla desde la fecha en que asegura estar viviendo?

—Viajar al pasado para impedir que esa valla se abra no sería algo menos peligroso y antinatural y jamás has dejado de luchar por ello, por regresar de algún modo a aquel día y salvar a tu hermana —subrayé para infundirle nuevos ánimos—. No puedes rendirte tan pronto, no ahora que estamos tan cerca.

—¿Y qué es lo que propones?

—Bueno, yo soy solo una guionista, no una experta en física, pero se me ocurre que, si es cierto lo que siempre dices sobre que el pasado, el presente y el futuro forman un único bloque, quizás podamos encontrar algo en nuestro presente, en el ahora, que nos ayude a dirimir si Fox Sierra es una fuente fiable o no.

Noel derramó su mirada sobre mí con la languidez y la serenidad de una ola de mar tentada por una roca hecha a su medida.

—Me encanta cuando haces eso —sonrió a continuación.

—¿Eso?, ¿a qué te refieres con «eso»?

—¿A qué voy a referirme? —especificó mostrándome el puño para realizar de la nada el mismo truco de prestidigitación con monedas que ya me había enseñado durante nuestra tercera cita—. A tu magia.

Yo le devolví la sonrisa, seguida de un beso tierno en los labios, y lo tomé de la mano con el fin de regresar juntos a casa.

Iba a ser una semana muy larga.

Efecto Casimir

Propiedad predicha por la teoría de campos por la que dos objetos metálicos separados por una pequeña distancia, en contraste con sus tamaños, crea una potente atracción entre ambos asociada al vacío cuántico.

I'm so tired, Hieronymous & Ksenia Kirsta.

El cuerpo del jinete se encuentra tan en las últimas que casi se me escurre de entre las manos.

No tengo ni que fijarme en sus ojos de iris nebulosos como el humo de una combustión húmeda y contornos enrojecidos para notar que la plaga ha hecho estragos en él. Así lo corroboran los pellejos macilentos que apenas recubren sus huesos, el sudor frío que le empapa la piel y su febril ritmo de respiración.

Calculando a ojo, diría que la edad biológica de su organismo roza ya los noventa años, lo cual indica, salvo en el caso de que la infección sea más reciente de lo que parece, que ha recorrido un largo camino para llegar tan lejos.

El riesgo de que expire entre mis brazos, por tanto, no es en absoluto baladí.

—Poneos las máscaras —ordeno tras colocarme yo misma la mía y arrastrar al recién llegado hasta la zona de mostradores de la tienda—. Esto es para ti —le digo a Senna, y le hago entrega, con calculada imprudencia, de mi pistola de bengalas—; si la bandada se acerca demasiado, no dudéis en usarla.

Ella contrae las cejas aturdida, cubre también su cara y se asoma al exterior para evaluar mejor el terreno y atar el caballo del *ranger* a un viejo bolardo oxidado.

Melvin Klem, entretanto, se protege las vías respiratorias con otra máscara y hurga entre las vitrinas del negocio hasta dar con una arcaica botella de agua. Como no puede ser de otra forma, se le cae cuando trata de acercármela. Su torpeza me hace recordar la de Noel y no puedo impedir que mis labios tracen una doblez nostálgica.

—¿Faris? —pregunta el moribundo después de asestar un voraz y accidentado trago al recipiente. El hilo de su voz apenas se escucha por causa de los broncos jadeos que la quiebran desde la agonía—. ¿Eres tú?

Tardo un tiempo en reconocer la identidad del jinete, y solo gracias a que un distintivo colmillo dorado me facilita la tarea.

—¿Nessen? —digo asombrada por el modo tan insidioso en que la enfermedad ha acelerado el envejecimiento de sus rasgos faciales hasta casi volverlos irreconocibles, algo a lo que nunca termino de acostumbrarme—, ¿Casimir Nessen?

—Lamento haber tardado tanto... —asiente él con enorme dificultad, como si su cerebro ya hubiera perdido parte del control sobre los músculos a su servicio—. He tratado..., he tratado de darme prisa.

Casimir Nessen y yo accedimos al cuerpo de *rangers* en torno a las mismas fechas.

Al principio, era solo uno más de los muchos jóvenes arrogantes que no daban un duro por mi candidatura y se pasaban el día haciendo chascarrillos sin ninguna gracia sobre el hecho de que yo fuera una mujer, claro que, a raíz de mi éxito en la prueba y de mi publicitado regreso de la decimotercera expedición, donde uno de sus hermanos perdió la vida entre mis brazos, nuestro trato mejoró bastante.

No es que seamos amigos, ya que apenas hablo con nadie desde la muerte del general y casi ni recuerdo lo que significa la palabra; de lo que no cabe duda es de que ambos nos profesamos cierto respeto y cordialidad.

Jamás desde su partida, hace ya cuatro o cinco meses, se me ha ocurrido pensar que volveríamos a encontrarnos...

—Tranquilo —digo recostándolo sobre uno de los desvencijados puestos de cobro para que pueda hablar mejor—, respira.

Nessen no aguanta más de media inhalación sin romper a toser entre mortificantes espasmos.

Si la plaga funcionara como funcionan la mayoría de enfermedades infecciosas, eso acarrearía también mi propia ruina. Es una suerte que aún le quede algo de vida dentro, aunque no debo confiarme. Su último resuello está próximo. De producirse demasiado cerca de mí, los patógenos que aguardan ocultos en él a que llegue su gran momento pondrían al límite los filtros de mi máscara, y por todos es sabido que estos no siempre garantizan una protección del cien por cien frente a tales contingencias.

—Debes... —se las arregla a pesar de todo para hacerse entender—, debes ir a Monteburgo e informar. Yo no..., no creo que pueda seguir.

—Intenta relajarte. —Trato de que no se atragante con sus propias palabras, sin mucho éxito—. ¿De qué debo informar?

—La expedición —balbucea desahuciado—; Punta Allende...

—...

Klem se aproxima hasta nosotros atraído por la mención de la ciudad rival. En aras de que siga manteniendo las distancias, yo proyecto el brazo hacia él y lo obligo a retroceder.

Senna, ya de regreso al autoservicio, se pega al joven como para protegerlo. Su interés por lo que allí está sucediendo no desmerece en nada al del chico.

—Hay..., hay supervivientes en la ciudad —prosigue Nessen, sumido en un profundo dolor que le descompone las facciones hasta casi diluirlas en un mar de arrugas, surcos estriados y manchas de edad—. Los rumores..., los rumores eran ciertos.

—¡Se lo dije! —salta Melvin Klem eufórico—. Ahora qué, ¿eh? —Eleva la mano para chocarla con la de Senna, quien le concede ese gusto un tanto remisa.

—Cerrad el pico y apilad esos cadáveres —les encargo para así enmascarar mi propio estupor—. Hay que deshacerse de ellos lo antes posible.

—Igual no se ha dado cuenta, pero no somos los soldaditos de nadie —protesta la adolescente—. Empiezo ya a estar hasta el gorro de tanta orden.

Yo me vuelvo hacia ella, sumario, y le lanzo la mirada más dura de todo mi repertorio. Senna ventea un suspiro de resignación antes de ponerse manos a la obra.

—¿Habéis llegado hasta Punta Allende? —me dirijo de nuevo a Nessen—. ¿Tan lejos?

El *ranger* intenta inclinar la cabeza para confirmar que así es, solo que un nuevo y drástico ataque de tos frustra sus intenciones.

—No todos..., solo Sabas y yo —detalla exangüe—. Él cayó de camino. Vimos..., vimos niños por las calles, trabajadores, médicos, científicos... La ola no ha acabado con todo...,

queda..., queda gente con vida.

—¿Científicos? —repito al tiempo que un cosquilleo destemplado me eriza la piel de todo el cuerpo.

—Sí, científicos y técnicos... Están tratando..., tratando de rec...

Un segundo y mucho más virulento rapto de expectoraciones da al traste con su propósito de seguir haciéndose entender. La garganta flácida y sudorosa que se adivina desde su boca plagada de úlceras deja de emitir sonidos coherentes para empezar a claudicar poco a poco ante una especie de asfixia sibilante.

—Termina tú —consigue decir al límite de sus energías—, avisa al almirante de que aún...

El ahogo se agudiza en este punto con un gañido ahuecado hasta paralizar sus cuerdas vocales. Poco puedo hacer ya por él. En cuanto la falta de oxígeno haga colapsar sus pulmones, el corazón no tardará mucho en detenerse y acabará vertiendo a la atmósfera, con su último aliento, otro innecesario soplo de ponzoña.

No dispongo de mucho margen de maniobra.

—Sal de aquí. —Me yergo a toda prisa para empujar a Klem fuera de la tienda—. Rápido

—¿Qué va usted a hacer? —pregunta el joven al verme revolver entre los cachivaches almacenados en mi mochila—. ¿No estará pensando en...?

—¡He dicho que salgas! —Vuelvo a empujarlo, si cabe, con más ímpetu—. ¡Ahora!

Cuando por fin encuentro una de las dos botellas de acetona que he traído conmigo, vierto parte del líquido por encima de Nessen hasta encharcarlo la ropa con él y luego le hago sujetar con la mano derecha, ya algo agarrotada por la proximidad de la muerte, una cerilla recién prendida.

—Lo siento —bisbiseo cabizbaja frente a él—. Lo siento mucho.

Sin apenas solución de continuidad, salgo a la zona de surtidores arrastrando conmigo el cadáver del último de los soldados muertos y, una vez que lo coloco junto a los otros dos, que Senna ya ha puesto el uno sobre el otro allí mismo, vacío lo que queda de quitaesmalte sobre todos ellos.

—¿Está usted loca? —oigo quejarse a un muy exaltado Melvin Klem—. ¡Se supone que ese hombre era su compañero!

No me apetece perder mi valioso tiempo en explicarle a un crío impertinente que el protocolo acordado por el cuerpo de *rangers* debe siempre cumplirse. Bastante duras son ya nuestras propias reglas como para tener que soportar los reproches de quien desconoce que a veces hay que prender fuego a aquello que aprecias como único modo de que no todo arda.

Algunas de las aves infectadas empiezan a posarse bajo la cubierta desgastada de la gasolinera. Odio a esas criaturas y al resto de las que pueblan el Páramo y comparten su misma mirada blanquecina y ausente al menos tanto como me odio a mí misma por haber favorecido su aparición.

Me entran ganas de llorar. Si los chicos no estuvieran delante, imagino que ya lo estaría haciendo. Llorar, y quizás también deshacerme en gritos y cabezazos contra la pared más próxima hasta acallar el reconcomio que lleva años saboteando mis pensamientos. Lo extraño, lo novedoso, es que, por primera vez en más de una década y media, percibo algo de esperanza debajo de todas esas emociones convulsas.

Enciendo otra cerilla. En el instante en que un sordo fogonazo se inflama a mis espaldas, dejo que caiga a los pies de los cadáveres.

La avanzadilla de pájaros se asusta por las llamas —odian el fuego incluso más que las fuentes directas de luz— y retrocede hasta el depósito de agua en ruinas donde el resto de la

bandada se ha refugiado, cerca de la carretera. A Senna no le duelen prendas en salir como un rayo en su persecución y usar la pistola de bengalas contra el enjambre tan pronto como lo tiene a su alcance.

Las alimañas huyen por entre los edificios ennegrecidos del antiguo cinturón comercial. En esta ocasión, no tiene pinta de que vayan a volver.

—Te dije que usaras el arma si se acercaban demasiado —amonesto a la muchacha a su retorno—, no que tú te acercaras corriendo para dispararles. Las bengalas pueden atraer a salteadores.

—Se han ido, ¿no? —alardea ella—. ¿Qué más quiere?

Estoy demasiado hecha polvo y demasiado hastiada de todo para disputas.

—Que montéis en ese caballo —digo en referencia a la desnutrida montura de Nessen sin que esta vez ninguna espada pueda interponerse entre la línea invisible que separa mi revólver de sus cabezas—. Nos vamos a Monteburgo. —Silbo para atraer a mi propio rocín, que rápidamente se planta en la explanada acompañado por Nan.

—Está usted de broma, ¿verdad? —desaprueba Melvin Klem. El perro vuelve a escapársele de la mochila y tiene que reintroducirlo en ella con la mano—. ¡Hay gente en Punta Allende! ¡Médicos! ¡Científicos! Ya no se trata de bulos, como usted los llama. ¡Es algo real! ¡Su compañero acaba de decírselo antes de que le prendiera fuego como a un solomillo flambeado!

—Si es cierto que queda gente allí, el almirante se encargará de enviar otra expedición para comprobarlo —aduzco impasible—. Vosotros no sois *rangers*. Ni siquiera sois mayores de edad, que yo sepa. Esa misión es cosa de profesionales.

—¡No me lo puedo creer!, ¿realmente piensa que mi padre envía *rangers* al Páramo porque quiera encontrar vida ahí fuera? —ríe Klem—. Porque, si es así, le diré, por si no se ha dado cuenta todavía, que lo único que quiere es justo lo contrario: cerciorarse de que no hay nadie vivo en el resto de la isla. Sé bien de lo que hablo. Sus expediciones son solo un teatrillo para mantener viva la ilusión de los ciudadanos. Sin esa ilusión, enseguida se revolverían contra él. A mi padre no le interesa nada encontrar supervivientes; lo que le interesa, lo que lo mueve a hacer lo que hace, es mantenerse a toda costa en la Fortaleza.

—No es esa la impresión que me ha dado —opino, reacia a mostrarme muy de acuerdo con él—. Se le ve bastante harto de su puesto.

—¡Claro!, ¡por miedo! —exclama el joven con un sonsonete de retranca—. El temor que le tiene a una revuelta lo estresa como nadie se imagina. No es que esté harto del puesto, ¡está harto del pueblo! Por no hablar del pánico que le tiene a una represalia por parte de Punta Allende, pero usted que es adulta, y quiero pensar que también inteligente, ya sabrá que si estamos como estamos es por culpa de la Paz Fría y de las hostilidades entre ambas ciudades. El único modo de superarlas, confío en que también lo vea, es volver a retomar el contacto y reconstruir el país juntos.

Su alocución me deja atónita. Todo lo que Klem tiene de barbilampiño, inconsciente, fanfarrón y quebradizo lo tiene también de perspicaz. Muy pocas veces, e incluso puede que nunca, he llegado a cruzarme con un muchacho tan despierto en lo intelectual y con las ideas tan claras respecto a ciertos asuntos. Una pena que para otros ya no se le vea igual de preparado, pues, por la forma tan pueril en que se afana por llamar la atención de Senna, es obvio que bebe los vientos por ella y que no sabe cómo lidiar con las emociones que su presencia le suscita.

En mi cabeza, de cualquier modo, todas estas cavilaciones han quedado eclipsadas por el eco de una simple palabra: «científico».

Su tañido es tan poderoso que empiezo a valorar la posibilidad de que en el chispazo de

esperanza de antes pueda anidar la semilla de una llamarada como las que ya se alzan sobre los cuerpos de los soldados.

—Faris, ¿estás ahí? —llega hasta mis oídos la voz del puesto de control—. ¿Me recibes, Faris? Cambio.

El lío casi me ha hecho olvidar que yo misma he arrojado el transmisor al suelo poco antes. Bajo la escamada vigilancia de los dos muchachos, a quienes no por ello dejo de encañonar, me agacho para recogerlo.

—Mel está en lo cierto —interviene Anne Senna con un talante algo menos combativo—. Su padre no es la solución de nada; es solo el problema. Uno de tantos. Hágase un favor a sí misma y baje ese revólver.

Mis ojos se desplazan desde el montículo de cadáveres ardientes hasta la línea del horizonte y, de ahí, en una continuidad dubitativa, hacia la superficie del transmisor y las siluetas de la pareja. Ambos jóvenes me observan en tensión desde el otro lado de un velo compuesto por retorcidas volutas de humo.

Entonces, sugestionada por el murmullo de remordimiento que no deja de fluir de mi interior como un manantial de aguas impuras, pienso en la chica muerta en las cocheras, acaricio mi colgante con los dedos y tomo una decisión.

21 DE JULIO

Universo de bloque

Teoría filosófica que afirma que el flujo temporal no existe y que todos los tiempos tienen lugar simultáneamente en el universo.

The future is here, Sleater-Kinney.

Mi propuesta acerca de buscar las huellas del futuro en el presente y en el pasado sonaba muy poética y alentadora, pero no era una tarea tan sencilla de llevar a la práctica.

Noel y yo nos pasamos varios días rastreando y analizando de forma extremadamente meticulosa todos los documentos que podían ofrecer un hilo del que tirar: estadísticas sobre energías renovables, sanidad y sismología; presupuestos de gasto público; archivos de noticias; bases de datos científicas; etcétera. Y sí, algunos de estos cómputos no hablaban demasiado bien sobre la capacidad del país para anticipar problemas, con lo que podía concluirse, hasta cierto punto, que existía un riesgo real de futuras turbulencias.

Lo delicado y controvertido del asunto era que ninguno de los registros tenía el peso suficiente, ni por sí mismo ni en sinergia con los demás, para desatar un colapso generalizado. Justo debido a ello, se hacía bastante difícil aislar los posibles gérmenes de la tragedia.

En lo que atañía a la actividad tectónica de la isla, por ejemplo, los números eran tan irrelevantes desde la extinción del Aramara que resultaba imposible extraer de ellos ninguna conclusión respecto a la inminencia de una catástrofe, máxime tomando en cuenta que, si lo que los consejos de Fox Sierra daban a entender era cierto, ¿no tendría que existir, como mínimo, algún tipo de aviso previo?

La ausencia de una certificación proporcional a la alarma creada estuvo detrás de que Noel resolviera adoptar otro tipo de estrategia. Su meta, más que hallar las raíces de ningún conflicto venidero, era probar la existencia y la veracidad del árbol.

Así, decidió mejorar el transmisor instalado en la máquina mediante el añadido de un oscilador y un circuito de control que permitiera al sistema emitir y recibir imágenes a través del sonido, instruyó después a Fox Sierra para que realizara una modificación similar en su equipo y le pidió, por último, que le enviara alguna prueba visual de que no nos engañaba.

Ella se tomó esta falta de confianza como una ofensa, pero no solo terminó aceptándola, sino también ofreciendo algún apunte extra de carácter excepcional —siempre solía oponerse a destapar demasiado sobre el futuro bajo el argumento de que eso podía ser contraproducente— para justificar su credibilidad.

—Ganará Haver —dijo en relación con el Gran Premio de Fórmula 1 que estaba a punto de celebrarse en la ciudad—. Será su primera victoria en el campeonato y pondrá en serios apuros el liderazgo de Kiré.

Reva Haver, un piloto de segunda fila natural de la India, no figuraba en las apuestas de nadie. El favorito, con diferencia, era el brasileño Erik Kiré, y luego, según los entendidos,

todavía estaban Steve Evets, Otto Strappartsotto y Klaus Sualk.

Un triunfo de Haver, amén de suponer un serio revés para las opciones en el campeonato del sudamericano, reunía, como predicción, las condiciones ideales para eliminar toda posible desconfianza sobre la legitimidad de nuestra fuente.

Llegado el día de la carrera, mientras esperábamos a que Fox Sierra solventara los contratiempos técnicos que le impedían enviarnos información visual, Noel y yo estábamos tan pegados a la tele que casi hasta podría confundírse nos con auténticos aficionados al mundo del motor, materia, a decir verdad, que no podía estar más alejada de nuestros intereses.

Cuando Haver, en colisión frontal con los augurios de las casas de apuestas, logró ponerse en cabeza a cinco vueltas para el final gracias a una avería de Strappartsotto y a un choque entre Evets y Sualk, nuestra emoción estuvo próxima a desbordarse, solo que el suflé enseguida se desinfló con motivo de la épica remontada de Kiré, quien, a medida que esas cinco últimas vueltas fueron sucediéndose, acabó por cruzar la línea igual de veloz y victorioso que de costumbre.

El varapalo fue demoledor para ambos y, en las horas que siguieron a la carrera, permanecimos abrazados el uno al otro sobre el sofá sin tener ni la menor idea de cómo encajar aquel golpe. Noel se inclinaba por regresar a la buhardilla y confrontar a Fox Sierra de manera directa; yo, por esperar a que el disgusto se evaporara antes de hacer algo de lo que pudiéramos arrepentirnos. La decepción, tanto en un caso como en el otro, tenía todas las trazas de haber alcanzado un demoledor punto de no retorno.

—Hemos hecho el imbécil —llegó a lamentarse Noel con la cabeza apoyada sobre mi regazo—, puede que solo sea una radioaficionada tomándonos el pelo desde el ático de su casa... Nivla debe de estar todavía riéndose de mí después de la entrevista del otro día. ¿Cómo hemos podido ser tan ingenuos?

Yo no dije nada por respeto, prudencia, vergüenza y sensatez. A cambio, lo que hice fue sumergir los dedos entre sus cabellos, cariñosa, zambullirme con él en aquel mar de desánimo y estrecharlo contra mi pecho hasta que ambos empezamos a quedarnos dormidos delante del televisor. No llegué a conciliar el sueño del todo porque la sintonía del informativo de las tres me desveló en el momento crucial.

—Esto que están viendo en sus pantallas es el puerto de La Sal, al sudoeste de Punta Allende —escuché que anunciaba el presentador—. El impacto se produjo hoy mismo alrededor de la una y, aunque los daños solo han sido materiales, los habitantes del lugar siguen todavía en *shock* por lo sucedido.

—Noel —lo desperté de inmediato—, mira esto.

En el televisor, las borrosas imágenes captadas por la cámara de un videoaficionado mostraban el implacable avance de una ola de entre diez y quince metros sobre el atracadero del pueblo. Parte de las viviendas cercanas habían quedado destrozadas por el embate del agua, en tanto que la marea había arrastrado el muelle y varias de las embarcaciones allí fondeadas hacia las calles próximas, donde aguardaban entre el cieno a que alguien las devolviera a la costa.

Nunca antes en la historia de la isla se había producido un corrimiento marino de ese calado. Si considerábamos que el suceso, más que una simple noticia, era una llamada de atención por parte del océano, quizás podía tratarse del hilo que estábamos buscando.

—En otro orden de cosas, hoy se ha celebrado el tradicional Gran Premio de Fórmula 1 de Punta Allende —prosiguió el locutor, sin apenas concedernos tiempo para procesarlo todo—. Como ya sabrán quienes hayan seguido la carrera en esta misma cadena, el brasileño Erik Kiré ha sido proclamado vencedor por tercer año consecutivo, triunfo que ha celebrado por todo lo

alto junto con su escudería. La polémica acaba de surgir hace solo unos minutos, ya que los jueces han decidido por unanimidad, en una resolución histórica, descalificar al piloto carioca por irregularidades en el sistema de freno y conceder la victoria y los puntos al segundo clasificado: Reva Haver.

Noel y yo nos incorporamos perplejos sobre el sofá.

Aquellas dos primicias abrían la puerta a un nuevo e inesperado giro en los acontecimientos, y dicho giro, si ningún otro vuelco volvía a trastocar todo, restauraba de forma paradójica el equilibrio entre los increíbles virajes que nos habían llevado hasta allí.

—No mentía... —El rostro del científico se iluminó frente al noticiario—. ¡Haver ha ganado!

Aliviada por el descubrimiento, me fundí con él en un abrazo.

Era un poco sui géneris —de algún modo, casi una provocación, o incluso una suerte de herejía— alegrarnos tanto de que nuestro mundo siguiera en la picota, pero en aquel día particular, en ese específico lance del discurrir de la isla, los dos sabíamos que contar con una condena firme era la única manera que teníamos de sortearla.

El ya familiar zumbido del cronotransmisor se coló en el salón desde la buhardilla.

—¿León, estás ahí? —escuchamos preguntar a Fox Sierra entre algunas interferencias.

El físico se puso en pie de un bote, como un animal que hubiera captado algún aroma infrecuente en el aire, y echó a correr hacia el piso de arriba.

—Aquí León —respondió emocionado no bien se hubo puesto al micrófono—. Te recibo.

—Tengo lista la actualización que me pediste —notificó Fox Sierra desde el aparato—. Y también lo otro, tu prueba.

—De acuerdo. Veamos si la transferencia funciona.

—¿Estás seguro de ello? —consultó la voz, precavida—. Puede que lo que veas no sea algo muy agradable.

Noel tragó saliva y aspiró una honda bocanada de aire antes de responder.

—Sí. Estoy seguro.

La impresora que esa mañana yo misma había conectado a la máquina se activó segundos más tarde encima de la mesilla.

Ambos contuvimos la respiración durante el intervalo de tiempo que a los cabezales del aparato les tomó plasmar con nitidez, sobre el papel fotográfico, la imagen enviada por Fox Sierra.

—Dios santo... —dije con un nudo en el estómago en cuanto pude verla más en detalle, incapaz de apartar los ojos de ella—, ¿es lo que creo que es?

Una sombría capa de intranquilidad conmocionó la mirada de Noel. Independientemente de lo que le hubiera dicho a nuestro contacto, tampoco él estaba listo para afrontar una perspectiva tan dantesca como aquella.

—Pásame el teléfono —solicitó al poco rato desbordado por el estrés—. Tenemos que volver a hablar con Nivla como sea.

SEGUNDA PARTE

Las fronteras del ahora

Los gatos de Schrödinger

En singular, paradoja que ilustra el dilema de la superposición cuántica a través de un gato hipotético que, como resultado de su vinculación con un evento subatómico aleatorio, puede estar al mismo tiempo vivo y muerto.

Ruins, Jim Copperthwaite.

La caída del sol traza ya una línea amarillenta sobre la bruma del horizonte.

En menos de una hora, dicha rendija comenzará a disgregarse como el polvo que intermitentemente flota en el aire glacial del Páramo y a ser engullida por la noche.

Conviene darnos prisa si queremos evitar que la oscuridad se nos eche encima. Muchas de las abominaciones que pueblan el exterior —sobre todo, las de contagio más reciente— aguardan a que esto ocurra para salir de sus madrigueras y acechar entre las sombras a incautos como nosotros. Somos presa fácil para ellas en un lugar tan amplio y solitario, casi una tentación. Y para colmo de males, puede que alguien haya visto las bengalas desde la distancia y nos ande rondando.

Es imprescindible, por estos y otros motivos, prepararse bien de cara a posibles refriegas y encontrar víveres, equipamiento y ropa cómoda para el chico.

Si ya la misión en que acabo de embarcarme es de por sí más suicida que la encomendada de inicio por Ciric Klem, con dos críos a mi cargo —dos críos que no atienden a demasiadas razones y que están dispuestos, en su atolondrada temeridad, a morir antes que a regresar a Monteburgo—, lo es todavía el doble.

—Cuando el almirante se entere de que ha desertado, no parará hasta poner su cabeza en una pica —dice Anne Senna con retintín a lomos del desnutrido caballo de Casimir Nessen. Melvin Klem, detrás de ella, se agarra embobado a su cintura mientras todos avanzamos al trote, por entre el mar de ruinas alfombradas de hiedras y hollín, hacia uno de los centros comerciales de las afueras—. Lo sabe, ¿no?

—Dudo que eso sea de tu incumbencia —le espeto simulando desinterés—. Céntrate en el camino.

La gente como ella me pone muy nerviosa. Piensan que, solo porque los *rangers* trabajemos al servicio de la Fortaleza y nos toque realizar el trabajo sucio, somos unos mercenarios sin escrúpulos. No se dan cuenta de que cada uno tiene su propia historia, y menos aún de que esa historia podría ser también la suya bajo un contexto similar.

Yo nunca pedí acabar vistiendo el uniforme. Solo me enrolé en el cuerpo porque el sufrimiento, la soledad y las penurias me empujaron a ello. Creía también que estaba haciendo algo bueno por el prójimo, no lo niego, aunque ese nunca fue el verdadero objetivo, sino algo accesorio. Mi prioridad, mi ambición, ha consistido siempre en mantener la agenda llena y la mente a salvo de ideas nocivas.

En la Monteburgo posterior a la Gran Ola, una cineasta débil e introvertida como yo tenía la misma utilidad que las infraestructuras del pasado. La única forma que pude encontrar de sobreponerme a la pérdida, al malestar y a la depresión fue usar ese dolor, según Noel me enseñó en su día, como combustible para seguir avanzando de la mano del general y los suyos.

Ahora soy una persona tan distinta que a veces hasta me cuesta reconocerse en el espejo, y no puedo exigirle a los demás, en tales condiciones, que identifiquen en mí los vestigios de aquella chica amable y sentimental si ni yo misma alcanzo a hacerlo.

—Dejemos las monturas detrás de esas marquesinas —digo a las puertas del complejo, que se encuentra forrado por lonas de la época más cruda de la pandemia manchadas de verdín—. Nadie las verá ahí.

Los adolescentes obedecen con desgana y proceden a desmontar de sus caballos. Klem lo hace de un modo tan poco diestro que a punto está de caerse de morros al suelo. Definitivamente, no es un muchacho muy hábil. Y esa faceta suya, unida a lo mucho que le gusta dársele de valiente delante de Senna, puede que no sea la mejor de las combinaciones para mantenerlos a ambos a salvo.

Cuando Tofe se escabulle de la mochila del chico, Nan suelta un gáñido excitado y el cachorro le gruñe desde el pavimento a un volumen muy poco discreto.

—Ese perro es una rémora —digo con un mascullido de contrariedad—; una rémora y una presa demasiado apetitosa. Deberíamos librarnos de él o acabaremos teniendo un disgusto por su culpa.

Melvin Klem se limpia la mugre que ha quedado adherida a sus pantalones y me desuella con la mirada.

—¡Ni hablar! —exclama—. Tofe vendrá con nosotros le guste a usted o no, como su pájaro. Y ni se le ocurra acercarse a él, ya se lo advierto. No voy a permitir que le prenda fuego. ¿O es que no ha tenido suficiente con lo de su amigo?

—No era mi amigo —entro al trapo sin darme cuenta de que eso es quizás lo que él busca—, solo un compañero.

—Sí, por supuesto, un compañero...

Me inhibo de hacerle mucho más caso. ¿Para qué, si no va a servir de nada? Yo también he sido adolescente y sé bien cómo funciona la dinámica. Da igual lo que el adulto diga o argumente, la cuestión nunca es atender o respetar su punto de vista, sino crispar al máximo para conseguir que pierda los estribos y lo desasista la razón.

Conmigo no van a conseguirlo. Tengo demasiado callo en capear artimañas infantiles gracias a las rabietas y caprichos de mi difunto hermano. Un pipiolo consentido no va a lograr sacarme de mis casillas tan fácilmente. La chica, en cambio, es ya harina de otro costal, y no puedo asegurar con rotundidad que sus maneras entre sojuzgadas y desdeñosas vayan siempre a encontrarse con la moderación debida.

—Seguidme y tratad de no armar demasiado alboroto —cambio estratégicamente de tema tras acariciar el suave plumaje azulado de Nan a modo de despedida—, podría haber alguien dentro.

Yatay Ocio, como los monteburgueses de antaño conocíamos al centro comercial, se encontraba en franca decadencia ya cuando la plaga comenzó a extenderse. La apertura de otras superficies similares dentro del perímetro de la ciudad, así como la competencia directa de otros centros de mayor oferta recreativa fuera de ella, dejaron a todos los negocios al borde de la bancarrota, y tan solo el viejo multicine, que contaba con una cartelera menos orientada a los grandes taquillazos, consiguió durante los años previos al desastre seguir atrayendo a algunos

nostálgicos.

Su actual situación hace que aquella mala racha parezca un periodo de bonanza por contraste, pero, hasta en un estado de abandono tan ostensible, me tranquiliza ver que no hay señales recientes de presencia humana —exceptuando, quizás, algunos esqueletos apenas revestidos por una delgada capa de carne putrefacta— ni en su amplia galería central ni en los oxidados balcones de sus dos únicos pisos. Los lucernarios agrietados que componen su techumbre filtran sobre toda la arquitectura degradada por la corrosión un resplandor turbio nada propio de un emplazamiento funcional.

—Mantened la guardia alta —adviento de todos modos—, seguimos en una zona peligrosa.

Melvin Klem, haciendo oídos sordos al consejo, se lanza al trote sobre las baldosas invadidas de raíces, cascotes y basura hacia la entrada de una de las pocas tiendas no precintadas por las autoridades sanitarias.

—¡Mirad! —grita exultante en mitad de la carrera, y su voz aniñada se propaga por todo el enclave con el eco insensato de quien no ha asimilado todavía cuál es el lugar que ocupa en la cadena trófica—. ¡Una librería! —Atraviesa de manera no menos escandalosa el acceso al local—. ¡Está a rebosar!

Tengo que entrar yo también en el comercio para sacarlo a rastras de la sección de guías de viaje, donde se ha detenido para llenar su mochila con algunos de los ejemplares amarilleados que aún quedan por las estanterías.

—Solo cosas esenciales —le recuerdo—. ¿Y qué acabo de decir sobre no hacer ruido?

—¡Tenga cuidado! —se indigna él con varios libros todavía en el regazo—. Va a tirármelo todo.

—Mel tiene razón, no hace falta ser tan brusca —tercia la basurera a pesar de que nadie le ha pedido que lo haga—. Es el hijo del almirante, no un escritor retirado con párkinson —malmete en alusión a su padre y al gusto de Ciric Klem por apalearlo para así mantener al chico alejado de la familia Senna—. Debería usted empezar a contenerse un poco.

—Y a exagerar algo menos, también —apuntilla Melvin Klem—. En este sitio no hay nadie más que nosotros. ¿Es que no tiene ojos en la cara? Si algún salteador se ocultara por aquí, sería él quien debería estar preocupado. —Blande la pistola sustraída a los soldados sin reparar siquiera en que lleva el seguro puesto—. Esta preciosidad puede reventarle la tapa de los sesos al más pintado, y mis reflejos son felinos.

No deseo tener más encontronazos con ellos ahora que por fin hemos llegado a una entente más o menos cordial, así que me limito a maldecir por lo bajo y a continuar avanzando con prevención a lo largo de la galería.

En cierto punto del trayecto, pasamos frente a la puerta de los multicines. Al igual que la mayoría de los establecimientos del recinto, sus accesos están sellados y balizados con materiales plásticos, pero un enorme expositor lleno de carteles de viejas películas, todavía se mantiene en pie junto al pasillo. Una de ellas es la mía. Ver su imagen promocional al otro lado del vidrio sucio y cuarteado me hace recordar que no todo en Ardra ha sido siempre escombros y decadencia.

—No está mal, aunque el final es un poco raro —afirma Melvin Klem—. ¿Ella está viva o solo es una proyección mental de sus traumas? Hay quien dice que lo segundo; yo, sin embargo, no lo tengo tan claro.

Me asombra que alguien ya nacido en mitad del desastre esté familiarizado con un título tan añejo. Tal vez todo sea cosa de su madre, Mae Beam —a quien yo misma llegué a considerar para la prueba de selección de uno de los personajes de mi segundo y frustrado largometraje—, y

de su conocido amor por el cine. El almirante, no por casualidad, ya dejó caer algo al respecto en la terraza de la Fortaleza.

Nada de ello, de cualquier manera, tiene ya ninguna significación o valor.

Aquella vida gobernada por las pulsiones artísticas es ya una vieja bobina en sí misma, un rollo de celuloide olvidado a la intemperie durante años al que el polvo y la humedad hubiera dejado tan inservible como al resto del centro comercial. Si pudiera volver a contemplar alguno de sus fragmentos sentada en la acogedora penumbra de una filmoteca, no me reconocería en pantalla más que frente a mi propio espejo.

—Imagino que la gracia de ese final que mencionas está en no saber al cien por cien qué quiere decir —le confío al muchacho para intentar rebajar un poco la tirantez—. A veces, las certezas solo sirven para arruinar la hermosura de aquello que es hermoso justo por ser incierto e impreciso —agrego ante el pasmo de ambos chavales, pues, según interpreto de sus descolocadas expresiones, no esperaban escuchar algo así de mi boca—Echemos un vistazo en ese almacén. — Señalo de repente hacia un bazar de caza, pesca y equipamiento deportivo ubicado en el atrio central—. Puede que haya material útil.

Senna se detiene de camino en uno de los mostradores semicirculares que hay repartidos por la galería, al lado de una tienda de música tapiada con tablones y placas de hierro, e introduce la mano a través de los cristales rotos para coger una chapa de vivos colores y añadirla a la colección de su chaquetilla.

Ambas nos observamos con extrañeza conforme la engancha en la solapa.

Dentro ya del otro local, exploramos de manera concienzuda todos sus recodos en busca de cualquier objeto que nos pueda servir.

No es que quede mucho después de quince años de abandono y exposición a los saqueos de parias y contrabandistas, pero nos las arreglamos para encontrar algunos elementos útiles: ropa de abrigo, sacos de dormir, enseres de higiene y acampada, algo de munición, pantalones y jerséis de camuflaje para Klem, varias navajas multiusos e incluso un par de paquetes de barritas energéticas todavía en buen estado de conservación. El chico se encapricha además de un arco deportivo y no hay manera de convencerlo de que lo deje estar.

—Siempre he querido tener uno de estos —dice disparando una flecha, con escasa destreza, hacia un polvoriento saco de boxeo—. ¡Menuda pasada!

—Cuidado —le recomiendo al notar que el esfuerzo le ha hecho emitir algunos jadeos—, no es necesario que te pongas tan al límite.

Klem se enfurruña, desavenido y ruborizado a la vez por mi comentario, para luego volver a perderse por entre los cachivaches próximos a la entrada con su nuevo juguete.

—Debería usted ir con más tacto cuando hable con él —me alecciona Senna en voz baja mientras seguimos haciendo acopio de provisiones por toda la tienda—. Odia que le recuerden lo de su enfermedad.

—Aquí fuera nadie va a comportarse con mucho tacto ni con nosotras ni con él —replico con empalago—. Más le vale que se vaya acostumbrando.

—Como vea, pero intente no infravalorarlo. Es más capaz de lo que cree. Estar todo el tiempo encima de él solo conseguirá que tarde más en espabilar.

Mis cejas ascienden escépticas.

—Pues va a tener que empezar a demostrar esa capacidad de la que hablas —enuncio cortante—. No estamos haciendo turismo, como espero que ya hayáis empezado a entender. Si todavía seguís vivos es por pura chiripa, ¿comprendes? O empezáis a tomaros esto en serio o la racha no durará mucho. Tres personas ya han muerto por vuestra culpa. Yo no quiero ser la

siguiente.

—En tal caso, quizás debería replantearse lo de acompañarnos. Este viaje, usted lo ha dicho, implica asumir riesgos. Y, ya que estamos, tampoco es necesario que finja que le importan las vidas ajenas. Todos sabemos cómo se las gastan los *rangers* de Monteburgo.

—No me conoces de nada, Senna. Harías bien en mostrarme más respeto.

—¿Respeto como el que el almirante y sus hombres le muestran a mi padre cada vez que le patean el culo? —polemiza resentida la muchacha—. ¿Esa clase de respeto?

—Yo no tengo nada que ver con eso. Ni siquiera he visto jamás a tu padre.

—Todos quienes obedecen las órdenes de Ciric Klem tienen que ver con eso, sean soldados, *rangers* o ciudadanos de a pie. La Nevera y el Pozo están llenas de pobres desgraciados a los que no se les permite ni siquiera ver a sus familiares, personas condenadas a morir en un agujero porque el muy tirano ha decidido de manera unilateral, con el cuento de la seguridad, que eso es lo mejor para ellas.

—Quizás no sea lo más justo —alego—, pero es lo único que se puede hacer.

—Claro. No vaya a ser que alguien se entere de que hay vida y esperanza más allá de la valla y Duane Renaud le agüe la fiesta planteando que es posible gestionarlo todo mejor o que la Hueste Invisible es una pantomima. La forma en que usted se comportó en la gasolinera lo demuestra de sobra. Cuando ese hombre citó la palabra «científico», su actitud cambió de sopetón. ¿Por qué iba a hacerlo si lo mejor para todos fuera continuar confinados en Monteburgo?

—Nessen seguramente deliraba.

—Y, aun así, aquí está. ¿No será que nos oculta algo?

Una reverberación ahogada, sucedida por un par de disparos y por un ruido seco como de golpes y vidrios rotos, nos reclama a ambas desde el exterior del comercio.

—¡Diablos! —Me llevo las manos a la cabeza tan pronto como veo que Klem ya no se encuentra allí con nosotras—. ¿Dónde se ha metido ahora?

A grandes zancadas, la recolectora de basura y yo volvemos a salir al corredor y seguimos el rastro de los sonidos hasta una tienda de productos para mascotas llamada Schrödinger's. En la puerta del negocio, le indico a Senna que guarde silencio y se ponga la mascarilla antes de desenfundar mi revólver y acceder al interior.

Todo esta sumergido en una tiniebla sórdida e indigesta por culpa de las lonas que cubren los escaparates. La atmósfera huele a excrementos, orines y pienso rancio. Cojo mi linterna, la agito procurando no llamar demasiado la atención y enfoco con ella las profundidades del comercio. Entre los claroscuros distingo algunas jaulas abiertas, varios sacos de comida despanzurrados e infinidad de envases de alimento para animales entre montones de heces. El aire está tan sobrecargado por la peste que me cuesta hasta encontrar aire limpio para inhalar. Y lo peor de todo es que ya no sé si la respiración que creo escuchar cerca de mí pertenece a Senna o a otro tipo de criatura.

—¿Klem? —susurro con un sople de voz apenas audible—. ¿Estás ahí?

Algo indefinido cae sobre el suelo y me previene de dirigir el haz de la linterna hacia la izquierda. Basta con ese ligero golpe de claridad para desvelar la presencia de un felino esquelético entre los jirones de aislante que cuelgan del techo como las babas de unas fauces hambrientas y sobrecogedoras. Disparo. El símil se torna realidad cuando la bestia salta sobre mí con las garras desplegadas y la boca abierta de par en par, lista para despellejarme a zarpazos.

A ambos lados de donde me encuentro se despiertan más ruidos.

Varias sombras apenas discernibles saltan a un lado y al otro de las estanterías

descascarilladas al tiempo que Senna descarga un mandoble imparable sobre el animal. Su cabeza carcomida por la podredumbre y los sarcomas se precipita sobre el firme con un repiqueteo inerte. Me aparto. No quiero que me salpique la poca sangre que aún circula por su cuerpo deformado. Después de ello, con un movimiento experto, vació el cargador sobre el resto de las alimañas hasta que mi arma, para variar, se encasquilla por causa de la maldita munición reciclada.

Senna vuelve a intervenir y siento cómo el filo relampagueante de su hoja surca el aire a mi alrededor, decidido a devolver la paz a la fétida madriguera. No le lleva mucho tiempo conseguirlo.

Melvin Klem sale entonces a gatas del interior de una de las jaulas. Lleva una lata de carne para perros en las manos.

—Solo quería... —titubea aterrorizado a través del filtro de la máscara de protección, con un Tofe incluso más muerto de miedo que él asomando tímidamente por la embocadura de la mochila—, solo quería encontrar algo de comida.

Yo sacudo la cabeza, no sin asegurarme con antelación de que ninguno hemos sufrido heridas, y me vuelvo rauda hacia Senna.

—¿Dónde has aprendido a manejar así el arma? —pregunto alucinada por su soltura con la *katana*.

La chica deja la respuesta en suspenso y corre hacia el hijo del almirante para estrecharlo fraternalmente entre sus brazos.

—Dudo que eso sea de tu incumbencia —cita a su término mis propias palabras, mordaz—. ¿Estás bien, Mel?

El muchacho, reconfortado por su abrazo, bosqueja una sonrisa medrosa sobre el suelo salpicado de engendros muertos.

29 DE JULIO

Principio de exclusión

Regla de la mecánica cuántica por la que no puede haber dos fermiones con todos sus números idénticos dentro del mismo sistema.

Nothing breaks like a heart, Ten Fe.

No hubo manera. Ni Alvin Nivla ni el resto de miembros del Gobierno con quienes tratamos de contactar volvieron a concederle a Noel una audiencia. Era difícil saber si porque, como él sostenía, lo consideraban un loco o si el motivo estaba más relacionado con la apatía, la irresponsabilidad y la cruda y dura ceguera del cortoplacismo; esto es, con que simplemente no les conviniera darse por aludidos.

La insolencia casi ofensiva del desplante obligó a que Noel sopesara comunicarles su descubrimiento a otros científicos con la pretensión de hacer fuerza juntos y así obtener una reacción en firme por parte del poder. No obstante, su desconfianza en la comunidad académica, alimentada por las envidias y rencillas propias de la profesión, por su temor a que algún colega pudiera apropiarse de su invento para sus propios fines, por el menosprecio que todos estos eruditos solían profesarle al carecer de estudios reglados, como era lo habitual en el sector, y por la naturaleza rupturista de algunos de sus artículos —no todos en el CTPA se atrevían a escribir tratados de investigación vinculando las apariciones marianas a los viajes en el tiempo— propició que al final acabara por desestimar la idea.

—Encontraré algún otro modo de que nos hagan caso —me dijo una noche en la buhardilla—. No te preocupes por ello.

Pero los días continuaban sucediéndose con inexorabilidad y ese otro modo nunca salía a la palestra. Solo se encerraba, o bien en su estudio, o bien en el piso superior, para hablar con Fox Sierra a solas y adentrarse cada día un poco más en la espiral de su propia decepción.

Yo quería creer que no me estaba dejando al margen, que el estrés acumulado lo incitaba a comportarse de formas que en realidad no le eran propias, que el peso que cargaba sobre sus hombros, y las disyuntivas de orden deontológico derivadas de él, le hacían tener que sacrificar mucho de lo construido juntos por el bien común. Pese a todo, era innegable que nuestra burbuja empezaba a tambalearse, y también que, poco a poco, y salvo por algunos destellos puntuales de apasionado *déjà vu*, se iba volviendo más difícil regresar a ella.

En una primera fase, me enfadé mucho por esa misma razón. Sentía que sobraba, que lo estaba molestando, que ya no formaba parte de su vida como al inicio. Más adelante, tras sorprenderlo hasta en cuatro ocasiones llorando a solas en su escritorio, comprendí que aquel distanciamiento no era una opción personal, sino una condena ineludible estrechamente vinculada al trauma que le había infligido la muerte de su hermana, y, ya en tercer lugar, me di cuenta de que estaba siendo demasiado egoísta y demasiado infantil y dejé de obsesionarme tanto con el tema para concentrarme yo también en mi trabajo, que, aunque no consistiera en salvar el

mundo como el suyo, al menos sí me ayudaba a mantener la mente despejada para poderle brindar un mejor apoyo en casa.

—Sé que todo esto se te está haciendo muy largo —me expresó otra madrugada, casi entre lágrimas y con la voz rota por un súbito acceso de lucidez—. Solo te pido que no pierdas de vista lo que me escuchaste decir en clase la mañana en que nos conocimos y tengas paciencia conmigo. El tiempo y el espacio no son nada más que un espejismo. En cuanto todo esto termine, las cosas volverán a ser como eran antes, te lo prometo.

La fecha en que todo comenzó efectivamente a cambiar —si bien no en el sentido vaticinado por Noel—, yo me encontraba en las proximidades del único aeropuerto de la isla, a unos veinte kilómetros del centro, en busca de una localización que pudiera servir de escenario a la secuencia de arranque de mi nueva película.

El equipo encargado de la tarea había dado con un rincón especialmente bonito situado en una antigua fábrica abandonada, solo que la excesiva frecuencia de vuelos de las terminales no acababa de convencer ni a nuestro sonidista jefe ni tampoco a Natan, mi flamante mano derecha en el departamento de dirección, por los problemas que esto podía causar durante el rodaje.

Con el objetivo de discutir más en profundidad sobre todo ello, decidimos acercarnos hasta El Viejo Astillero, una centenaria construcción naval rehabilitada como vinoteca donde, entre algunas rondas de tinto —Punta Allende contaba con unos caldos casi tan excelentes como sus mariscos, por mucho que esto fastidiara a algunos monteburgueses—, tratamos de llegar a una conclusión al respecto.

En cierto instante de la tarde, mi teléfono móvil empezó a vibrar y tuve que retirarme al patio ajardinado del local para hablar con mayor tranquilidad.

Era mi padre. Como cada semana, llamaba para asegurarse de que todo marchaba bien, preguntarme si ya me había echado algún novio y ponerme al habla con mi hermano.

Charlar con ellos siempre me resultaba agradable aun cuando tuvieran por costumbre telefonearme a horas un tanto comprometidas. Podía sentir su cariño y su respaldo incluso desde la distancia. Me transmitían confianza, sostén y seguridad. Aliento. Entusiasmo. Y Asa, el granuja de Asa, siempre me arrancaba además alguna sonrisa con las ocurrencias que a menudo rondaban por su mente libre de ataduras.

Aquel día, sin embargo, tuve un mal presentimiento en medio del diálogo; algo que no podía definirse, en puridad, ni como una corazonada ni como un retortijón de clarividencia y que dio con la forma de llenarme repentinamente de desasosiego.

Fue esa enrarecida profecía la que me aconsejó recular en mi propósito de informarlos de que sí que tenía una pareja —lo había postergado durante semanas porque me asustaba lo que mi padre pudiera pensar sobre nuestra diferencia de edad— y, cuando mis ojos recalaron de pronto en la solitaria pantalla de plasma instalada al abrigo de las vides del patio, una dolorosa punzada de agobio desmadejó mi serenidad.

—No puede ser. —Me quedé boquiabierta presenciando cómo Noel comparecía en rueda de prensa en el CTPA, frente a una multitud de periodistas, con el cronotransmisor a un lado y la fotografía de Punta Allende en ruinas remitida por Fox Sierra al otro—. ¿Qué estás haciendo?

Enseguida colgué el teléfono y me dirigí al interior del local para despedirme de mis compañeros, robarle un cigarrillo a Natan, para sorpresa de todos, y pedirle a uno de los taxistas aparcados en el exterior que me llevara hasta la ciudad.

Nunca antes había probado el tabaco. Nunca antes me había notado tan agitada. Nunca antes había sentido que me zarandeaba una impotencia tan devastadora.

¿Convocar a los medios?, ¿cómo se le había ocurrido algo tan estúpido?, ¿qué pretendía

conseguir con ello? ¿Y por qué —esto era lo que más me atormentaba— no me lo había consultado antes de dar el paso?

Mil inseguridades reverdecieron de esta forma en mi cabeza con el estrépito y el sadismo de una avalancha de cuchillas. Volví a pensar en que yo no significaba tanto para él como él para mí, a sobrecogerme ante la idea de que quizás nuestra relación solo fuera algo tan relativo como el tiempo del que siempre hablaba, a acusar un áspero agarrotamiento en las entrañas por las consecuencias que ya no sobre mí, sino sobre el mundo, podían tener sus declaraciones si no contaba con un motivo mejor para realizarlas que la impaciencia, el ansia y la desesperación.

Lo llamé como mínimo diez veces a lo largo del trayecto que separaba la vinoteca del puerto, y otras tantas a mi llegada a su piso. El resultado, en todos los casos, fue el mismo: un mensaje frío y aséptico por parte de su buzón de voz.

Mi sintonía con el cosmos —con él, que no dejaba de ser, en cierto modo, la parte más importante de mi universo— parecía así definitivamente rota.

Casi me da un infarto, pasada alrededor de una hora, cuando el teléfono del salón comenzó a sonar con estruendo demandando que alguien lo descolgara.

—¿Hola, podría hablar con el señor León? —preguntó una voz femenina de impoluta dicción al otro extremo del hilo.

Yo, desmotivada por que no fuera él quien hubiera llamado, exhalé un suspiro vencido casi sin ser consciente de ello.

—Lo lamento, ahora no está en casa —dije luego con displicencia—. Llame dentro de un par de horas.

—¿Es usted su esposa? —insistió la mujer.

—¿Esposa? —repetí hecha un manojo de nervios.

—Sí. Cecilia, ¿cierto?

Ya no encontré el modo de recomponerme. De mi boca doblegada por el estupor apenas surgió un gemido mohíno y alelado. Mi interlocutora hubo de tomar la iniciativa ella misma para reanudar la comunicación.

—Bueno, da igual. Lo llamamos de Radio Monteburgo, dígale, si es tan amable, que nos interesaría entrevistarle acerca de lo que ha declarado hoy en rueda de prensa. No tenemos su teléfono móvil.

Colgué velozmente con la sensación de que el auricular estaba en llamas y alguien me había clavado, al mismo tiempo, un puñal en mitad del corazón.

El teléfono no dejó de sonar durante el resto de la tarde. Más periodistas, más voces melifluas confundiéndome con esa tal Cecilia, más puñaladas inesperadas en lo más hondo de mis ilusiones...

Solo volví a tener noticias de Noel en torno a las ocho y media. Un triste y escueto mensaje que decía: «Llegaré algo tarde. Me he llevado la máquina al laboratorio para realizarle algunos ajustes. No me esperes despierta».

Ni una sola mención a lo que había pasado. Nada.

En un intento por canalizar mi enojo, di un golpe iracundo sobre el aparador del salón. El impacto provocó que el compartimento que siempre estaba cerrado se abriera de improviso.

Dentro había un montón de fotografías enmarcadas. Algunas de las instantáneas tenían como protagonista a una mujer rubia totalmente desconocida para mí; otras, a un niño de rasgos muy similares a los de ambos en diferentes etapas de su vida; y, entre las primeras y las segundas, había también unas cuantas donde podía verse al científico en compañía de uno, de otra o de los dos a la vez.

Me vine abajo entre sollozos mientras trataba de asimilar lo que todo aquello quería decir.

—No , no es cierto...

Al cabo de algunos minutos, con el rostro todavía humedecido por la rabia y la pena, volví a ponerme en pie y salí del piso rumbo al CTPA.

Era hora de tener una conversación muy seria con Noel.

Agujeros de gusano

Hipotética característica topológica del espacio-tiempo consistente en un atajo entre dos extremos conectados del continuo por donde podría desplazarse la materia.

Wave of mutilation, Beacon.

A las ocho en punto de la mañana siguiente nos ponemos de nuevo en marcha.

El aire sopla algo más tibio que en las últimas jornadas debido a la inferior altitud, pero sigue trayendo consigo, por medio de la niebla polvorienta típica de las proximidades de Monteburgo, una humedad sañuda y correosa que acentúa con su roce mis molestias articulares.

Aun así, para haber pasado la noche tan lejos de la ciudad, no lo hemos hecho en muy malas condiciones. Yo ya conocía el lugar que nos ha servido de refugio desde los tiempos de la prueba de acceso al cuerpo: un banco herrumbroso cercano al centro comercial que todavía permite abrir y cerrar la puerta de su cámara acorazada, acomodarse dentro con las mohosas sacas de billetes como almohada —en el nuevo mundo, los florines no tienen mucha más utilidad dada la pujanza del trueque y de las políticas de racionamiento— y echar un buen sueño a resguardo de miradas indiscretas.

El descanso me ha resultado muy provechoso y reparador. Lo primero porque al fin he tenido tiempo de sustituir la vieja munición reciclada por los nuevos cartuchos y de darle a la parejita algunas instrucciones muy necesarias, como que lleven siempre encima los transmisores de los hombres del almirante para que no perdamos el contacto de nuevo, que eviten volver a alejarse demasiado sin avisar o que tengan siempre sus máscaras y sus armas bien a mano; y lo segundo porque, después de un día tan largo como el de ayer, realmente me siento más alerta y despabilada habiendo podido conciliar algo de sueño.

El serpenteante camino por el que descendemos en dirección a La Franja se vuelve más impracticable a cada paso. Hay demasiadas grietas, demasiados escombros y demasiadas raíces acechando por todo el terreno, entre los vehículos inservibles y los cadáveres momificados por las corrientes, para permitir que nuestras monturas avancen en condiciones de seguridad.

Si el antiguo Gobierno de Ardra no hubiera decidido a mediados del siglo pasado trasladar la capitalidad a Punta Allende, y con ello dismantelar el aeropuerto de Monteburgo para reconstruirlo en el otro extremo de la isla, nada de esto sería necesario. Por desgracia, la ciudad no cuenta ya ni con infraestructuras de transporte aéreo solventes ni con muchas fuentes de energía susceptibles de crear otras nuevas.

Hasta tres incursiones en helicóptero se intentaron en los primeros años con algunos de los autogiros llegados tras el Gran Éxodo, y todas ellas, por causa de las pésimas condiciones climatológicas y de visibilidad de la zona —la niebla y el humo del Aramara son una trampa mortal para los pilotos—, terminaron en tragedia, lo cual obligó a reservar las últimas unidades de la flota para otras tareas más apremiantes. Al menos, hasta que su progresivo deterioro les

impidió volver a levantar el vuelo.

Careciendo Monteburgo de puerto de mar o de unos vientos suaves que permitan la navegación en globo, la naturaleza y la geografía no nos han dejado muchas más opciones que el transporte terrestre, tal vez la vía más peligrosa y accidentada de todas habida cuenta de la destrucción de las carreteras y de la multitud de amenazas que pululan por el exterior.

Ninguno de estos asuntos inquieta demasiado al hijo del almirante, quien, aferrado a la cintura de Anne Senna con la mano izquierda y a uno de sus libros de viajes con la derecha, ignora tanto los lengüetazos de Tofe sobre su nuca como el traqueteo producido por el trote del caballo.

La chica está, por suerte, mucho más alerta, y no por tener que compartir espacio con él deja de manejar las riendas, espolear al animal y sortear con desenvoltura los obstáculos del terreno.

Me pregunto dónde habrá adquirido semejante habilidad una simple trabajadora del sistema de gestión de residuos, pues no es nada frecuente que alguien de su edad y extracción social guíe tan bien a una cabalgadura o demuestre tanta habilidad con el uso de la espada. Es más, ¿quién en Monteburgo tenía siquiera una espada que no fuera decorativa? Mi teoría es que Senna tal vez esconda más secretos de los que me acusa a mí de ocultar —por eso mismo le gusta insinuarlo—, y, desde luego, la forma tan críptica en la que me mira no hace más que afianzar mis sospechas.

En las tres horas y media que nos lleva alcanzar el antiguo nudo de la autovía, a mitad de camino entre Monteburgo y La Franja, solo nos encontramos con dos zorros mutados que yo misma abato sin grandes dificultades desde el caballo y con un grupo de parias que huyen bastante más intimidados que nosotros en cuanto nos ven, presupongo que por obra y gracia de mi uniforme de *ranger*.

Tras comprobar con los prismáticos que nadie más ronda por las inmediaciones, me desvío hacia las pilastras de uno de los enlaces viarios para realizar allí un alto que permita a los caballos reposar y a nosotros estirar las piernas y tomar algo de alimento.

Nan no para de hundir la cabeza bajo sus alas y de revolverse sobre la percha. Conozco bien a mi halcón y sé cuál es el mensaje: está estresado y hambriento. Le vendrá bien volar un poco e intentar cazar algo.

Cuando lo libero de sus pihuelas, sale disparado hacia lo alto y empieza a planear en círculos sobre el viaducto en busca de una presa.

Yo me enciendo un cigarro entretanto y utilizo uno de los hornillos de acampada para poner a calentar una lata de alubias.

—¿Lo ha entrenado usted? —pregunta Melvin Klem al poco de retirar la mirada de otro de sus libros, un diario de viaje donde, desde su descenso de la montura, ha estado garabateando algunos dibujos.

—Sí, hace años ya —asiento sucintamente—, aunque con la ayuda de alguien que sabía mucho más del tema que yo...

—¿Un adiestrador militar? Según he leído, vinieron varios con el Gran Éxodo.

—Algo así, sí.

El muchacho contempla maravillado el vuelo de Nan y me acompaña a cobrar la pieza sobre la que el ave se ha precipitado pico a viento: una liebre de montaña que apenas ha tenido oportunidad de eludir su ataque por encontrarse demasiado distraída royendo raíces al pie de unos arbustos.

—Puedes acariciarlo —le digo luego—. Necesito que empiece a familiarizarse con vosotros dos y a veros como amigos. Si se confundiera, la próxima vez que tenga que silbar para que ataque a alguien podríamos tener un disgusto. —El chico finge que no se ha atemorizado por lo

que acabo de decir y pasa la mano con mucha prudencia sobre el lomo del halcón—. Ten, prueba a alimentarlo.

Le entrego algo de carne cruda. Klem obedece otra vez más, fascinado por el ritual, y yo detecto en sus ojos el brillo curioso y vivaracho de la juventud.

—Siento lo de ayer en el Yatay —me hace saber ya en la parte baja del puente—. Usted estaba en lo cierto cuando me recomendó ir con cuidado. Nunca debí hablar tan alto ni marcharme por mi cuenta a esa tienda de animales. Quiero que sepa que he aprendido la lección y que intentaré estar más atento a todo a partir de ahora —porfía con una solemnidad casi cómica—. También le pido perdón por las cosas que dije en la gasolinera. Sigo pensando lo mismo, ojo, pero no eran formas. Tome, por las molestias —Me pasa un objeto rectangular de color naranja, fino y alargado—. Es una batería solar portátil. He visto que tiene usted uno de esos antiguos reproductores de música. Igual le sirve cuando se quede sin energía. No tiene pinta de que haya muchos generadores cerca.

—Vaya, todo un detalle —encubro como puedo la sorpresa en reconocimiento de su gesto—, muchas gracias.

Él muestra una sonrisa de complacencia y agacha la cabeza cohibido. No mucho más tarde vuelve a levantarla para decir:

—¿Cree que podría enseñarme a manejar el arco?

—Tal vez en otro momento —le digo a sabiendas de que esa no es la respuesta que desea oír—. Ahora debemos comer, nos queda todavía un largo camino por delante.

El chico se debate brevemente entre el desencanto y la alegría antes de consentir con un forzado cabeceo.

—Solo una cosa más, si no le importa —musita afligido—. Ayer me dijo que mi madre..., que mi madre estaba preocupada por lo de nuestra huida, ¿ha podido hablar con ella en la Fortaleza? Es decir, ¿le ha..., le ha dicho algo para mí?

Estoy a punto de aparcas el pragmatismo y contarle la verdad, pero, en interés de ayudarlo a concentrarse más en la misión, cambio de planes y me salto deliberadamente las instrucciones de Senna acerca de no sobreprotegerlo.

—Sí —improviso piadosa—. Dice que tiene ganas de verte y que no te guarda rencor por lo que has hecho, que ella te protegerá de tu padre cuando... —se me resisten a fluir las palabras, quizás porque siempre he sido bastante alérgica a las mentiras—, cuando vuelvas a Monteburgo y te reencuentres con ella y con tu hermano.

—¿De veras?

—De veras, ¿por qué iba a inventarme algo así?

Melvin Klem expande varios centímetros la sonrisa, más proclive a creer en lo que digo que a desconfiar de ello, y vuelve a sentarse junto a los cimientos desconchados del viaducto. La comida ya está caliente.

—¿Esto es cosa tuya? —Le muestro a Senna la batería solar después de darle a cada uno su ración y de que Klem se sumerja de nuevo en su diario de viaje. La chica me dedica un pestañeo indolente.

—¿Mía? —ríe pletórica de sorna—. Lamento decepcionarla, pero no. A Mel le gusta hacer regalos a todo el mundo, ¿cómo cree que nos hemos conocido? Yo le daba libros y él me daba lo que encontraba por palacio —explica no sin cierta nostalgia—. Además, ya le he dicho que es un chico muy capaz, inteligente y valioso —recuerda intercambiando una mirada cómplice con él desde la distancia.

El muchacho termina de dibujar una serie de trazos en su cuaderno, arranca una hoja y se

reincorpora otra vez para hacerle entrega a la joven de un retrato a carboncillo bastante logrado. Ella acaricia su cogote con un ademán mucho más condescendiente que sentido, algo que el chico, en su obnubilado estado de enamoramiento, tal vez esté malinterpretando.

—¿Lo ve? —dice Senna—. Le pierde regalar cosas.

El viaje continúa de manera muy calmada —sospechosamente calmada, incluso— hasta que llegamos al destartado mirador de Anona, ya en el tramo central de nuestra bajada hacia la costa.

Allí nos detenemos por un tiempo para acercarnos a la baranda podrida de hongos y musgo y estudiar bien el paisaje.

La sinuosa carretera que nos ha servido de guía zigzaguea de forma discontinua por la vertiente calcárea como una débil pincelada de color sobre un lienzo poco agradecido. Todo sigue estando a rebosar de automóviles oxidados, vegetación fuera de control y cochambre. Una niebla espectral flota sobre el conjunto igual que un sudario frío y ceniciento sobre un cadáver, aunque, si afino la vista y la focalizo sobre la parte más próxima al mar, puedo apreciar cómo, poco a poco, se va abriendo paso entre la calima un gran claro de luz. Esa misma luz nos deja ver, bajo la bruma de la pendiente, una panorámica todavía más desoladora.

—Ahí la tenéis —anuncio frente a la inabarcable devastación de la Gran Ola, cuyo envite ha dejado lo que algún día fue una de las regiones más visitadas de la isla convertida en una escombrera—: La Franja.

De los concurridos hoteles y apartamentos turísticos del pasado apenas quedan ya algunas huellas muy concretas —columnas, cimentaciones, alguna que otra estructura de mayor solidez que la media— repartidas por puntos muy localizados del yermo; y todo lo que alcanzamos a divisar desde la balaustrada, de la sección más oriental hasta la más occidental, es básicamente una desproporcionada y aterradora superficie sedimentaria compuesta por cascotes, ramas y despojos de toda clase.

Melvin Klem compara el confín de la zona con las fotografías a todo color de uno de sus libros y la piel se le vuelve casi tan blanca como la propia neblina. Hasta Senna, por lo común, mucho menos impresionable que él, tiene dificultades para mantener su miedo a buen recaudo.

—No queda nada ya... —atestigua el chico, víctima de un azoramiento traicionero—. Es..., es espantoso.

—Todavía estamos a tiempo de recular —propongo no menos afectada, y eso que no es la primera vez que me enfrento a las vistas de la zona cero—. Ya os avisé de que no iba a ser un camino fácil.

Nadie dice nada por un buen rato. Es Klem quien, a la remisión de ese impacto inicial, se lanza a pronunciar algo.

—¿Cree que los rumores son ciertos? —pregunta con los ojos hundidos en la inmensidad.

—¿Los rumores? Creo recordar que erais vosotros quienes estabais absolutamente convencidos de que sí eran ciertos.

—No se refiere a esos rumores —interviene Senna, concisa.

—¿A qué rumores se refiere, entonces?

—A los que seguro que usted también ha oído —precisa igual de austera—. No nos haga tener que explicárselos. No ahora.

Comprendo *ipso facto* de qué están hablando. Yo, en realidad, nunca he creído que algo así sea posible, claro que tampoco hasta ayer mismo creía que pudiera quedar alguien vivo en Punta Allende y ahora, indistintamente de ello, me encuentro otra vez a las puertas de la zona cero, dudando en masa de todas mis certezas solo porque un diminuto rescoldo de esperanza ha

conseguido devolverme cierta fe en el futuro.

—Me cuesta creer que esos rumores tengan algún fundamento —resuelvo juiciosa—. Solo hay una manera de saberlo, en cualquier caso, y es seguir adelante. ¿Qué decís? —los insto a tomar una determinación.

Bien por no retractarse, bien por no quedar como unos cobardes a mis ojos, o bien por auténtica valentía, ninguno de los dos se echa atrás.

Nuestras respectivas monturas acaban hollando de ese modo, en menos de dos horas, la irreconocible tierra de la costa.

El sonido hueco de sus herrajes sobre los desechos se entremezcla con el ulular del viento, que hiede a pescado podrido, sal y algas secas, para poner de relieve que nuestro destino, sea cual sea llegados hasta aquí, está ya definitivamente sellado.

Los percherones encallan algo más tarde en un denso lodazal que avala esa misma opinión con inclemencia. Se ve que ni siquiera el tiempo transcurrido desde el maremoto ha bastado para drenar de broza la planicie, o, en su defecto, que la arremetida de la Gran Ola y su inevitable retroceso ha alterado radicalmente la orografía del valle para dar origen a una serie de corrientes de agua que han acabado por transformarlo en una ciénaga.

Como consecuencia de ello, cada paso supone un esfuerzo ímprobo para nuestros caballos, de manera que ni sus piafidos y forcejeos logran inocularles el vigor necesario para avanzar a un ritmo sostenido a través del material de derribo.

El cuadro empeora de manera drástica con la llegada al lugar de otra bandada de pájaros infectados.

No quiero tener que utilizar la pistola de bengalas contra ella porque la deflagración puede poner más nerviosos a los animales, si cabe, aunque tampoco es que la velocidad a la que el enjambre se cierne sobre nosotros me deje muchas más alternativas.

Lanzo un proyectil incandescente contra el cielo.

La combustión del fósforo sobre nuestras cabezas estremece a las alimañas y las fuerza a replegarse. Nan, Tofe y las cabalgaduras, por su parte, se sobresaltan también, pero todo queda reducido a un mero susto para ellos en cuanto la amenaza se disipa.

—¿Estáis bien, chicos?

Los dos jóvenes confirman que sí con una inclinación desapacible de sus cabezas.

—Estupendo. —Acaricio las crines de mi caballo para intentar que se relaje—. Démonos prisa, pues, tenemos que salir de aquí antes de que regresen.

No hemos siquiera progresado diez metros en dirección al edificio derruido más próximo cuando ambas monturas empiezan a volverse locas sin explicación aparente. Sus enérgicas sacudidas me desestabilizan y están cerca de dar con mis huesos en el suelo. Klem y Senna sufren algo más para resistirlas, pero también logran eludir el descalabro. Ambos adolescentes entran en pánico al escuchar un chof a sus espaldas seguido por los agudos ladridos de un perro.

—¡Tofe! —grita el muchacho— ¡Espera, ya voy!

El cachorro se le ha caído de la mochila y chapotea sobre el lodo, engullido por viscosos borbotones de sangre y por algo indeterminado de apariencia blanca y gelatinosa.

—¡Ni se te ocurra! —aúllo mientras trato de domar los impulsos de huida de mi caballo—. ¡Mantente alejado de él!

Al chico le cuesta obedecer. Senna lo agarra por la solapa para evitar que salte a rescatar al perro y un nuevo arreón de su caballo les hace perder a ambos el equilibrio y resbalar de la silla hasta darse de bruces contra un pedazo de muro volcado en el suelo.

—¡Quedaos ahí quietos y sacudíos la ropa! —vocifero con la atención dividida entre la

miríada de lombrices que ascienden por las patas enfangadas de mi cabalgadura y los pájaros que comienzan a reorganizarse en lontananza—. ¡No permitáis que os muerdan! ¡Son portadores!

Solo tengo un par de segundos para echarme al hombro la mochila, coger la percha de Nan, con el halcón posado todavía encima, y calcular bien el salto para no acabar como Tofe, quien exhala su último aliento sobre el limo infestado de gusanos nacidos de la tragedia —o tenias, como los *rangers* los conocemos— y se hunde en él como un peso muerto.

—¡Tofe! ¡No! —brama Klem fuera de sí—. ¡No, por favor!

La crispación del caballo me indica que ya no puedo prolongar más la contienda. Casi al tiempo que el animal se endereza en una sobreexcitada postura rampante, salto a través del aire hediondo en dirección a los chicos. Una de mis piernas se sumerge por accidente en el lodo, hasta casi la rodilla, debido a la dureza de la caída. Senna me ayuda a ponerme en pie y a desembarazarme de todas las lombrices.

—¿Os han mordido? —los interrogo con el bardiche en la mano y la voz aquejada por una temblorosa concatenación de jadeos.

—No —dice Senna, descargando su potente pisada sobre una de las tenias que tratan de ascender por la balsa de piedra—. Por ahora, al menos.

El percherón se desploma sobre el lecho de cieno y patalea en agonía contra la viscosidad, igual que su compañero, como único modo de defenderse de los bichos ávidos de carne y de sangre. Entre el jaleo distingo las brillantes hechuras anaranjadas de mi pistola de bengalas. He debido de perderla durante el salto. Y será mejor que no trate de recuperarla si en algo respeto mi integridad física.

Vuelvo a sentir sobre los hombros el peso del fracaso y del remordimiento...

Yo tengo más de cuarenta años y he podido ver y experimentar casi todo cuanto se supone que nos mueve a seguir viviendo: el florecer del amor arrebatado, la gratificante eclosión del éxito profesional, el delicioso placer de extraviarme en un lugar desconocido, de coleccionar pequeños retazos de felicidad en compañía de mis personas más allegadas, incluso de pensar que todo ello podría llegar a ser eterno... Los chicos, por el contrario, no han salido jamás de Monteburgo, y, por mi culpa —mi grandísima culpa, como dirían los sangrantes—, están ya condenados a perder todas sus ilusiones igual que Tofe y las dos cabalgaduras acaban de perder sus vidas a manos de las alimañas.

—¡Los pájaros! —alerta Melvin Klem con el índice orientado hacia el cielo—. ¡Ya vuelven! Es el fin.

Pienso en la cría abatida en las cocheras, en Casimir Nessen y en toda la gente a la que he visto morir a lo largo de mis años de servicio; también en Noel, en nuestro primer beso en la bahía y en los fuegos de artificio que desde allí contemplamos quince años atrás...

Desconozco qué sentido tiene todo eso, de qué manera encaja entre sí o cómo voy a ingeniármelas para hacerles saber a los dos jóvenes, en el escaso plazo del que disponemos, que yo no quería que nada de esto pasara, que siento mucho fallarles y que me duele en el alma haberlos conducido hasta un desenlace tan trágico.

Varios aldabonazos de luz y color retumban de golpe en el cielo para hacer lloviznar sobre el Páramo una especie de confeti chispeante.

Los pájaros retroceden en bloque, ahuyentados por las figuras luminosas que toda esa pirotecnia acaba de trazar en el firmamento y por el runrún bronco de un motor de coche cada vez más próximo.

Alguien melenudo nos tiende al rato la mano desde el asiento de un *buggy* guiado por otro tipo de cabellos cobrizos.

—Disculpad el retraso —dice sonriendo como si tal cosa—. Es un terreno delicado.

Yo aguardo a que mi corazón recupere su compás habitual, me toco todo el cuerpo para cerciorarme de que de verdad sigo viva y asisto pasmada, con un amago de sonrisa en los labios, al aterrizaje de las últimas partículas fosforescentes sobre el fango colmado de gusanos.

30 DE JULIO

Cambio de fase

Término empleado para describir transiciones entre estados diferentes de la materia con propiedades físicas uniformes.

Stars die, Porcupine Tree.

En cuanto llegué a las puertas del CTPA, supe que allí no iba a ocurrir nada bueno.

Ya la presencia de hasta cinco guardias de seguridad en el acceso principal y sus inmediaciones apuntaba a que algo inusual acontecía dentro, y el detalle añadido de que el aparcamiento estuviera a rebosar de vehículos —muchos de ellos, de alta gama—, cuando por lo general había docenas de plazas libres, y casi siempre ocupadas por modestos utilitarios, enfatizaba ese presagio.

Logré colarme en el edificio sin que me pusieran demasiadas pegas gracias a que uno de los vigilantes me conocía y convenció al resto de que todo estaba en orden, aunque nada me libró de tener que pasar el bolso por el escáner de seguridad y de que me cachearan de pies a cabeza, medida que los guardias a menudo tendían a pasar por alto y también apuntaba en la misma dirección que el resto de indicios: allí estaba pasando algo raro. Muy raro.

De camino a la primera planta, donde el departamento de investigación estaba ubicado, advertí también que había un mayor número de personas pululando por las galerías acristaladas del complejo de lo que solía ser la norma. Muchas de ellas, varones impecablemente vestidos con trajes de los caros. Uno me interceptó a pocos metros de la entrada al laboratorio de Noel. Llevaba una tarjeta plastificada sobre el pecho y un pequeño comunicador en el oído izquierdo.

—¿Tiene usted autorización? —preguntó.

—Vivo con el señor León —contesté malencarada para darle a entender que aquello no procedía y conseguir que rebajara la rigurosidad de sus protocolos, fueran estos cuales fueran—. No creo que la necesite, pero puede molestarlo para que se lo confirme, si lo prefiere.

El tipo me examinó de arriba abajo, ceñudo, y luego torció la cabeza con un gesto adusto para dejarme pasar.

Desde el ventanal exterior del laboratorio alcancé a vislumbrar a Noel, en compañía de varios hombres también vestidos con elegantes trajes y corbatas, manejando el cronotransmisor delante de ellos en una suerte de exhibición privada. La sangre de todo mi cuerpo, que ya venía bastante caldeada de casa, me ardió como nunca antes al constatar que la mayor parte de su audiencia estaba formada por políticos del principal partido de la oposición, con su líder, el populista Harold Lorah, a la cabeza.

—¡No puedo creerme que hayas hecho algo así! —lo increpé a gritos tras cruzar el umbral de la puerta.

—¿Sira? —Noel se volvió hacia mí con turbación—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Una transitoria punzada de vergüenza por el espectáculo que estaba creando me hizo

meditar la idea de retirarme antes de que las cosas fueran a peor.

La irritación y el resentimiento, con todo, pudieron más que la sensatez o el rubor y decidí seguir adelante hasta el final.

—¿Me lo preguntas en serio? —rugí sulfurada, a lo que Noel, viendo que iba a ser muy difícil poner coto a mi enfado, respondió con una sonrisa trastabillante que apenas se bastaba para aspirar a calmarme.

—Tranquilízate. —Se acercó con pasos muy cautos hacia mí, como el oficial de un ejército en las últimas que hubiera traspasado la línea del frente para negociar con el enemigo bajo el fuego cruzado—. Era la única forma.

—¡No me refiero solo a eso! —Saqué del bolso una de las fotografías halladas en el aparador del salón para mostrársela en toda su crudeza.

—Oh, Dios.

—Me has engañado, Noel. Me has engañado, me has dejado de lado y estás haciendo justo lo contrario de lo que habíamos acordado que harías.

El científico, dolido por mi conducta, bajó la cabeza pensativo, se mordió el labio inferior con coraje y me tomó de la mano para arrastrarme de vuelta al pasillo.

—Hagan el favor de disculparme —dijo al corrillo de diputados mientras lo hacía—, enseguida vuelvo.

Yo estaba tan dolorida por todo lo que había sucedido esa tarde, tan sobrepasada por el ultraje y la frustración, que preferí no gastar más energías en resistirme.

—¿Es que has perdido el juicio? —me reprochó Noel ya en el exterior—. Acabas de hacerme quedar como un idiota delante de toda esa gente.

—¿Eso es lo que te importa?

—No, no solo eso. Pero estoy tratando de salvar el mundo, ¿recuerdas?

—Hace unos días asegurabas que eso solo era posible desde la unidad, que una fractura tan solo serviría para incrementar la entropía y empeorar la situación —objeté desairada—. Me convenciste de que esa era la manera correcta de proceder, de que lo contrario no podría traer nada bueno.

—El tiempo se agota. Ellos son los únicos que están dispuestos a escuchar.

—¿Los únicos? ¡Si te ha escuchado todo el país! Millones de telespectadores por toda Ardra, de posibles alteraciones en la línea cronológica... ¿Sabe Fox Sierra lo que has hecho?, porque no creo que le guste mucho...

—Fox Sierra está al hilo ahí mismo. —Noel señaló el laboratorio—. Ella quiere solucionarlo todo tanto o más que tú y que yo, ya lo sabes.

—Lo único que yo sé es que este no es el camino adecuado —proclamé hastiada—; eso y que has estado jugando conmigo todo este tiempo.

—No, no lo he hecho. —El físico me sostuvo las mejillas con ambas manos para obligarme a mirarlo a los ojos, los mismos cautivadores ojos aguamarina que se habían convertido en el centro de gravedad de mi universo desde nuestro primer intercambio de palabras y que, de inmediato, me llevaron a pensar en una estrella ya muerta cuyo fulgor solo persistiera gracias a la distancia—. Tienes que confiar en mí.

—No puedo confiar en alguien que me ha mentado como tú lo has hecho —gemí entre lágrimas—. Tienes un hijo, Noel, una esposa. ¿Cómo has podido ocultármelo?

—Cila no es mi esposa, no al menos en la práctica. Llevamos ya mucho tiempo tramitando el divorcio. ¿Crees que si estuviéramos juntos te habría acogido en casa como lo he hecho?

—Lo has ocultado igualmente.

—¡Porque no quería perderte a causa de ello! —subió Noel el tono con un aspaviento transido y avinagrado—. De cualquier forma, ¿crees de verdad que este es el momento más oportuno para tener esta discusión?

—Todos los momentos forman parte de lo mismo, ¿no era así? ¿Qué más da cuándo discutamos?

—Eso es solo una teoría provisional, una hipótesis por contrastar que afecta muy poco a nuestra percepción subjetiva de lo que está ocurriendo.

—No parece que valga de mucho, en ese caso —lo censuré sujetando sus manos por las muñecas para apartarlas de mí—. Nada de todo esto parece que valga de mucho, ahora que lo pienso.

Noel endureció las facciones y me lanzó una mirada también pétrea y rugosa.

—Señor León —salió entonces Harold Lorah a la puerta para apremiarlo a regresar—, hay algo que creo que debería ver...

Él contuvo un sollozo y volvió a escrutarme con gravedad. Sus pupilas estaban vidriosas, y las líneas de su rostro, muy rígidas por el exceso de tensión.

—Lo siento, no tengo tiempo ahora para esto —me dijo acto seguido—. Harías mejor en volver a casa. Ya hablaremos luego.

Era irónico que justo el tiempo, en su opinión, tan relativo, tan quebradizo, tan ilusorio, le hubiera facilitado la excusa que necesitaba para dejarme en la estacada y volver con lo único que parecía importarle de verdad.

De pronto, me vino a la cabeza su frase de días antes sobre que a lo mejor no era posible frenar aquello que estaba destinado a ocurrir y sentí una contracción sorda y quebrantada dentro del pecho.

Nunca se había tratado de que el tiempo y el espacio fueran un espejismo; el verdadero espejismo, el auténtico trampantojo, había sido lo nuestro.

Poco quedaba ya por hacer excepto aceptarlo y salir de aquel laberíntico edificio.

Noel, sentado de nuevo frente al cronotransmisor, en el otro lado de la cristalera, volvió a ponerse a disposición de su público.

Efecto Zeeman

División en varios componentes de una línea espectral en presencia de un campo magnético estático.

The colorful stabwound, Múm.

Siempre se ha dicho que La Franja, desde cabo Senones hasta Punta Allende, está sujeta a un microclima mucho más benévolo que el del resto de la isla, y, por lo que puedo distinguir desde lo alto del balcón, parece que eso no ha cambiado con el desastre.

La niebla es menos densa de lo que suele serlo en interior, la brisa venida del mar contrarresta con su caricia la acritud del aire de las montañas y la brecha de limpidez ya vista desde el mirador se ensancha paulatinamente, entre las nubes, para permitir el arraigo de una mayor visibilidad.

Si no fuera porque el terreno sigue estando igual de devastado más allá de las empalizadas que rodean el hotel, porque este, pese a continuar en pie y estar restaurado con bastante mimo, presenta todavía importantes daños estructurales, y porque el viento no ha dejado de transportar la misma peste a putridez que nos acompaña desde que hemos alcanzado el litoral, una podría llegar a abstraerse de todo durante un rato, a dejarse llevar por el ensueño de estar de vacaciones en algún rincón idílico de la costa e incluso a olvidar que no muy lejos de allí, en mitad de un lodazal de sangre y gusanos, se ha encontrado muy cerca de morir y de arrastrar en su caída a dos muchachos inocentes.

Nos ha faltado a todos tan poco que aún siento sobre mi piel el cosquilleo reptante del miedo y la adrenalina, tan tan poco que hasta empiezo a jugar con la noción, un tanto irracional, de que el universo debe de tener un buen argumento para habernos salvado el pellejo de la forma en que lo ha hecho.

El *modus operandi* de los habitantes del Páramo, después de todo, jamás ha sido prestar ayuda a las personas en peligro, sino aguardar a que el peligro haga su trabajo para saquear sus cadáveres o bien ejercer ellos mismos de peligro como medio de acelerar el proceso.

¿Quién en su sano juicio pensaría que los dos tipos responsables de nuestro rescate, lejos de querer quitárnoslo todo, iban a llevarnos en *buggy* hasta las ruinas de un complejo hotelero junto al mar —el vetusto Margram Resort, según reza el rótulo desvencijado de su azotea—, alojarnos allí en una confortable habitación con vistas a la playa y proporcionarnos comida, agua e incluso toallas limpias?

Yo, evidentemente, no.

Lo más llamativo es que la comuna donde estos hombres se han establecido junto con al menos otras dos docenas de personas vestidas, como ellos, con prendas de caucho sintético —todas ellas muy amables y serviciales con nosotros, al estilo de una colectividad de viejos jipis californianos— da la sensación de gozar de un nivel de progreso superior al de la propia

Monteburgo.

Se respira paz, reposo, armonía. La gente no tiene reparos en sonreír, en departir animadamente con el vecino o en trabajar en los huertos y secaderos de pescado repartidos por todo el lugar. Algunos hasta se permiten la licencia de relajarse en la piscina reconstruida mientras sus compañeros vigilan desde las atalayas armados con arpones de buzo, o de salir a la porción de playa que han limpiado de desechos en busca de alguna ola que cabalgar.

Cuentan también con rudimentarios molinos de viento instalados en el agua para aprovechar tanto la energía eólica como la mareomotriz, con algunos animales domésticos como cabras, conejos o gallinas, con varias motos de agua y con diversos emisores de ultrasonidos distribuidos por las afueras del recinto para mantener a raya a posibles invasores.

El caos de mi ciudad natal, al lado de este milimetrado compendio de técnicas de supervivencia, deja bastante que desear desde todos los puntos de vista.

Nuestros benefactores aseguran que todo se debe al esfuerzo del dueño de una antigua escuela de surf llamado Newton Zeeman, quien, por lo visto, ha conseguido que el asentamiento prospere gracias a sus conocimientos de química e ingeniería y está también detrás de haber inventado un combustible alternativo a partir de algas marinas.

A juzgar por el tono admirado con el que hablan de él, solo hay dos posibilidades: que estén exagerando o que el tal Zeeman sea un hombre realmente excepcional. La abracadabrante historia que nos han contado sobre cómo la Gran Ola lo sorprendió subido a su tabla y él logró sobreponerse al miedo hasta coronarla justo la misma tarde en que su esposa encinta de gemelos moría arrastrada por el maremoto me inclina más a creer en la primera opción, aunque han pasado cosas tan inverosímiles en el mundo de un tiempo a esta parte que ya nada sería de extrañar.

Mejor andarse con cuidado por lo que pueda ocurrir...

—¿Qué opina? —Me aborda Anne Senna por la espalda cuando estoy a punto de consumir lo poco de cigarro que todavía me queda entre los dedos.

Yo retiro de mis oídos los auriculares que he usado por unos minutos para oxigenar la mente y la miro indecisa.

—No lo tengo muy claro todavía —confieso—. Por si acaso, evitad comer o beber nada de lo que nos han traído. ¿Cómo está Melvin?

Senna apunta con la barbilla hacia el interior del cuarto. El adolescente, abatido y todavía salpicado de barro, hace inventario de nuestras pertenencias sobre la cama, tal y como yo le he ordenado, para mantenerse también distraído. Lo último que necesito es que se deprima y eso lo convierta en un lastre aún mayor.

—No en su mejor momento, —responde su amiga con una nota decaída en la voz—, pero sobrevivirá. Los Klem suelen ser buenos en eso.

—¿Os conocéis desde hace mucho? —aprovecho para deslizarme en vista de que se la ve algo más receptiva que de costumbre.

—Algunos años —menciona ella melancólica—. Al principio no sabía quién era porque se disfrazaba para visitar clandestinamente a mi padre y escuchar sus historias. Fue él quien se dio cuenta de su secreto y me lo contó al cabo de un tiempo. Luego sus amiguitos uniformados empezaron a visitarnos y ya solo pudimos vernos en otros lugares, de incógnito, para realizar nuestros intercambios. Historias y libros por objetos útiles, como le expliqué en la carretera.

—Esos soldados que dices no son mis amigos, ¿por qué te empeñas en...?

—Tiene razón. A veces me olvido de que los valientes y aguerridos *rangers* de Monteburgo fueron creados para proteger a los ciudadanos, no para someterlos por la fuerza y proteger al

almirante. —Delinea una sonrisa diabólica—. Hablemos mejor de esa cicatriz suya, tengo curiosidad por saber cómo se la ha hecho. ¿Algún altercado con los seguidores de Renaud?, ¿o tal vez un recuerdo de la decimotercera expedición?

Me dan ganas de agarrarla por la chaqueta y arrojarla al balcón abajo. No lo hago, además de por agotamiento, porque algunas de las chapas de grupos musicales que decoran su pechera me llaman demasiado la atención.

—¿Conoces a Múm? —pregunto desconcertada ante el hecho de que ambas parezcamos tener gustos afines, algo del todo inaudito frente a una persona tan joven como ella, que jamás ha podido escuchar a ninguno de los artistas de antaño en su contexto por razones de edad—. ¿Y a Nick Cave y Johnny Cash?

La muchacha entorna los ojos y exhibe un rictus arisco no demasiado natural.

—¿A qué viene eso ahora? —gruñe molesta—. ¿Acaso tendría que no conocerlos?

Nan se reposiciona sobre la percha con un aleteo revuelto, emite un gañido de cansancio y hurga con el pico entre sus alas como harto ya de tanta chiquillada. La naturaleza es sabia, que suele decirse.

Prefiero no discutir con Senna y regresar al interior del cuarto.

Melvin ha distribuido sobre una de las tres camas de la habitación todo el equipamiento del que disponemos. El incidente del barrizal nos ha hecho perder unos cuantos artículos de valor, incluida la pistola de bengalas, varias piezas de avituallamiento y algunas cajas de munición. Al joven, en cambio, se le ve más preocupado por el deteriorado estado de sus libros —en especial, de su diario de viaje, que deja abierto sobre la balaustrada para secarlo— que por la pérdida de todo lo anterior. En tal grado es así que, cuando se fija en que la lata de comida para perros del Schrödinger's sí ha sobrevivido a la caída, las cuencas se le llenan de lágrimas.

—Tofe está muerto por mi culpa —lloriquea reconcomido. El cristal derecho de sus gafas tiene la superficie agrietada por varios puntos, lo cual le otorga una apariencia incluso más lastimera e inhábil de lo normal—. Usted vuelve a tener razón, siento haberle fallado otra vez... Debí..., debí estar más atento, como le prometí.

Por su propio bien, evito caer en la trampa de consolarlo. Tiene que aprender la lección sin paños calientes, percatarse de que nada de esto es un juego, asumir que solo los golpes van a ayudarlo a espabilar y, por tanto, a sobrevivir.

Senna sí se acerca a él para pasarle la mano cariñosamente por el hombro, aunque no de un modo muy efusivo o sobreprotector. Ella sabe bien, como así me lo ha recordado en el centro comercial, que no nos conviene mimar al chico demasiado.

—Una vez leí que los antiguos guerreros celtas luchaban contra el mar, armados con sus hachas, siempre que había un temporal cerca de sus poblados —expone Melvin pasado un largo instante de silencio e introspección—. Nosotros tal vez estemos haciendo lo mismo al empeñarnos en continuar... Aún podemos pensarlo mejor y dar la vuelta. Si se lo pedimos a esta gente, puede que nos lleven a la ciudad.

No sé por qué me choca tanto escucharle decir eso. Yo misma he pensado algo similar en el balcón, y mi instinto me dice que Senna, bajo esa coraza de chica dura tras la que tanto le gusta guarecerse, lo ha pensado también. El problema es que ya no se trata solo de lo que a todos nos dicte el sentido común, se trata de que es posible que haya vida en Punta Allende. Y ante ese incentivo, ante la eventualidad de que queden todavía razones para no rendirse, hasta el temor y la zozobra acaban disolviéndose en la esperanza igual que el último aliento de un infectado en el aire frío del Páramo.

—A lo mejor los celtas hacían eso porque les funcionaba —sostengo en sintonía con ello—.

Si de verdad hay supervivientes en Punta Allende, si todavía queda algo en pie de la ciudad que fue en el pasado, por poco que sea, te aseguro que merece la pena seguir dándole lo suyo a las olas. —Esbozo una curva nostálgica con los labios—. Yo he tenido la oportunidad de vivir en la capital durante varios años y créeme si te digo que nada de lo que puedas leer en esos libros tuyos alcanza para describir lo hermosa que es su bahía cuando la ves por primera vez, el encanto inigualable de las calles del barrio portuario, la alegría con que el sol ilumina todos sus monumentos. Al menos, así es como la recuerdo yo hasta que todo se vino abajo.

Ambos vuelven a observarme de la misma forma entre compasiva y admirada en que observarían a una alienígena que hubiera estado hablándoles sobre las bondades de otro planeta. La vergüenza me devuelve a tierra y un rubor punzante salpica mis mejillas.

En el punto más comprometedor de ese sofoco, alguien llama a la puerta.

Melvin se apresura a abrir. Un hombre alto y fibroso, de cabellos trigueños algo apelmazados por el salitre, tez rosada con abundancia de tatuajes, barba rubicunda con varias trenzas a la altura del mentón y ojos claros como el rocío, aparece bajo el dintel.

Al igual que todo el mundo en el resort, también está embutido en un mono de neopreno, con la única diferencia de que él lleva como signos distintivos una camiseta hawaiana y un sombrero de ala ancha. Su boca de labios descamados y sus respingones pómulos sirven de andamiaje a una de las sonrisas más radiantes y acogedoras que he visto nunca.

—Bonitas zapas, chaval —dice con marcado acento danés y un guiño cómplice de su ojo derecho—. Y bonito arco también —añade en referencia al arma que el joven todavía lleva al hombro—. Abajo tienes algunas dianas, por si quieres practicar luego. ¿Cómo va todo por aquí?, ¿ya os habéis instalado? —Melvin no se atreve a contestar, tal vez porque está esperando a que lo hagamos Senna o yo—. Oh, vaya, lo lamento, siempre me olvido de presentarme. Soy Newton, Newton Zeeman, el fundador de este lugar. Mis hombres me han contado lo que ha ocurrido. Dicen que habéis tenido suerte de que estuvieran cerca de patrulla y vieran vuestras bengalas. También que venís de Monteburgo y pretendéis seguir avanzando hacia el este. ¿Es cierto eso?

—Sí, es cierto —confirmo sin desvelar mucho más sobre nuestras intenciones.

—Un trayecto inusual —valora Zeeman, no tan asombrado por ello como cabría esperar—; inusual y peligroso, pero, ¡ey!, supongo que tendréis vuestros motivos para querer realizarlo, y en esta comunidad, a diferencia de otras, nos regimos por una simple norma: no hacer demasiadas preguntas sobre aquello de lo que la gente no quiere hablar, particularmente sobre aquello que haya tenido lugar fuera de los muros del hotel. Es la base de cuanto hemos construido aquí, por así decirlo, de esta pequeña y modesta civilización que, desde hoy, podéis considerar vuestra casa. —Realiza una pausa para mirar de reojo la comida y la bebida que aún no hemos probado—. Y ya, ya sé que ahora mismo estaréis un poco confusos y preocupados. Cualquiera que conozca más o menos cómo funcionan las cosas por los alrededores lo estaría. No es lo normal encontrarse gente hospitalaria por estos lares, desgraciadamente. Nosotros pretendemos cambiar esto poco a poco, conseguir que la costa, granito a granito, vuelva a ser lo que era. Quizás seamos ingenuos, no lo dudo, pero es en lo que creemos. Para nosotros también supone un riesgo dejar entrar a extraños aquí, como comprenderéis. Si seguimos haciéndolo es porque nos gusta pensar que la humanidad todavía no está perdida del todo; por eso y porque parecéis buena gente, ¿qué queréis que os diga? —Estira la mano hacia Melvin para palmear amistoso su espalda—. Solo os pido que también vosotros nos deis una oportunidad y que no nos juzguéis con demasiada dureza. Únicamente tratamos de ayudar, de hacer un mundo mejor... Suena un poco naíf hoy en día, soy consciente, hay quien dice que hasta utópico, y, pese a ello,

alguien tiene que tomar la iniciativa o entonces sí que todo se irá al garete de forma definitiva. —Agranda su sonrisa con gentileza—. Aquí estáis seguros, os lo prometo. Simplemente descansad, daos una ducha, cambiaos de ropa y disfrutad. Margram Resort será el único lugar con electricidad y agua corriente que encontréis en muchos kilómetros si decidís seguir adelante, y si no, bueno, si no siempre podéis quedaros con nosotros. No nos vendría mal un poco de sangre nueva por aquí... ¿Tenéis alguna duda, algo que no os haya quedado claro?

Dentro de mi cabeza, en efecto, se agolpan apretujadas un montón de dudas, sospechas y preguntas sin respuesta.

El discurso de Zeeman, aunque reconfortante, suena demasiado bien para ser real, e incluso suponiendo que no mienta, siempre es mejor mantener la distancia de seguridad que pecar de un exceso de confianza potencialmente letal.

—No, ninguna duda —digo con cierta frialdad—. Muchas gracias.

—Estupendo, pues. —Newton Zeeman da una palmada divertida en el aire y se gira hacia la puerta—. Por cierto, esta noche nos reuniremos en el patio. Ya sabéis, barbacoa, cerveza artesana, música... Lo típico, vaya. Solemos hacerlo todos los viernes para agradecerle al Azul que nos haya dado una segunda oportunidad. Sería todo un honor para nosotros que nos acompañarais.

—¿El Azul?

—El Azul, sí. Así le llamamos al mar, una larga historia sin mucho sentido, como la mayor parte de las que suelen contarse por aquí —desarrolla Zeeman en tono jocoso—. Nada en este hotel tiene mucho sentido llegadas ciertas horas. Lo dicho, si os apetece, estaremos encantados de recibirlos. Les diré a mis hombres que os proporcionen algunas bolsas con alimentos y también útiles de viaje por si mañana decidís iros. Y por favor —subraya recogiendo una de las manzanas que sus compañeros han dejado en la habitación, junto al resto de la comida, para darle él mismo un mordisco—, no os cortéis en beber o comer lo que queráis. Ya os he dicho que podéis confiar en nosotros. —Guiña de nuevo su ojo derecho—. Nos vemos luego.

Según cierra la puerta, camino yo también hasta la mesa y cojo otra de las piezas de fruta que allí hay depositadas sobre un cesto. No me siento todavía capaz de asestarle un bocado, pero, al mismo tiempo, empieza a antojárseme un poco desmedido pensar que hayan podido envenenarlas.

—¿Iremos a esa reunión? —pregunta Melvin a su compañera, ya algo más animado—. Nunca he probado la cerveza artesana.

—Ni la probarás mientras yo siga aquí —digo antes de que Senna pueda abrir la boca—. Eres menor de edad.

—¿Y el arco? —reencauza el chico su propuesta—, ¿me enseñará al menos a manejarlo? Newton ha dicho que tienen dianas fuera...

—Dúchate y lo hablamos más tarde —ordeno flemática—. Tienes barro por todas partes.

Melvik Klem refunfuña algo indescifrable, coge varias prendas de ropa de la cama y se mete en el cuarto de baño. Senna, recelosa, entrelaza entonces su mirada con la mía.

—No me fío demasiado de ese tipo —informa muy seria—; le gusta ir de simpático, pero a saber lo que oculta. He conocido gente como él otras veces.

Mi veredicto no es tan conclusivo como el suyo. Claro que Newton Zeeman puede estar escondiendo algo turbio bajo la nobleza altruista de sus modales, sería absurdo descartar esa hipótesis teniendo en cuenta las malas experiencias que yo misma he vivido con algunos hombres también muy amables de entrada, pero, de igual manera, hay grandes posibilidades, dada la naturaleza de su mensaje de bienvenida, de que solo se trate de un tipo con el carisma y

los conocimientos necesarios para haber levantado de entre los escombros una improbable comunidad de almas descarriadas, y de que esas almas descarriadas, en su necesidad de pertenencia a un grupo, hayan encontrado un sentido y un propósito dentro de aquel oasis de reminiscencias *new age*.

—Todos ocultamos algo en mayor o menor medida, ¿no crees? —digo en un temerario arranque de valor que me lleva a hincarle el diente de improviso a la manzana—. Trata de no perder de vista tu arma y veremos qué pasa.

Cuando cae la tarde y Zeeman regresa para convencernos de bajar a tomar algo con el resto de los pobladores del hotel, mi opinión se va acercando más a la segunda posibilidad.

Realmente parecen una tribu muy bien avenida y, excepto por el hecho de que algunos de sus miembros consumen demasiado alcohol y otros padecen una especie de eccema a causa de fumar con frecuencia una sustancia con propiedades relajantes extraída también de las algas, no puede decirse que haya algo demasiado turbio en ellos.

Más bien a la inversa, se muestran tan atentos, serviciales y respetuosos con todos nosotros —Zeeman hasta se toma la molestia de enseñarle a Melvin a utilizar el arco en mi lugar— que me produce cierto pudor tener que rechazar algunos de sus ofrecimientos por prevención.

Mi desconfianza mengua todavía más con la llegada de varias mujeres al grupo, ya que todas ellas lucen sanas, felices y a gusto en el hotel, donde veo que colaboran en las tareas comunitarias en la misma medida que los hombres y nadie las obliga a realizar nada que ellas no deseen hacer.

—Puede que me haya equivocado —llega a decirme Senna al oído durante el concierto de guitarra que Zeeman acomete a la luz de la luna llena en el clímax de la velada—. Son una panda de jipis chiflados y seguro que más de uno oculta algún que otro esqueleto en el armario, aunque, si quisieran hacernos daño, ya lo habrían hecho.

Varias partículas candentes ascienden desde la hoguera hacia el cielo mientras le muestro a la chica, con un sutil asentimiento, que esta vez estoy algo más de acuerdo con ella. Justo después, como en una suerte de fortuita epifanía nocturna, entiendo por qué todos esos hombres y mujeres prefieren vivir allí dentro sin cuestionarse nada sobre sus vidas fuera.

Suena blasfemo incluso pensarlo, pero no se está tan mal lejos de Monteburgo...

Sobre esa premisa, agradezco a mi buena estrella el haberme encontrado con Zeeman y sus seguidores y sigo escuchando despreocupadamente la música.

El océano jaspeado de pálidos destellos lunares dormita tan tranquilo a nuestras espaldas que casi ni se le oye.

12 DE AGOSTO

Fluctuaciones de vacío

Cambio temporal de la cantidad de energía en un punto específico del espacio cuántico como resultado del principio de incertidumbre de Heisenberg.

Into my arms, Nick Cave.

Siempre he pensado que, si las lágrimas afloraran en estado sólido de nuestros ojos, las emociones contenidas en ellas podrían considerarse algo así como las alhajas de nuestra propia historia. En mi caso, esas alhajas habían sido primero lágrimas de felicidad y de regocijo; luego, de desesperación y tristeza; y ahora, retenida en aquel autobús hasta los topes frente a una ciudad que también parecía estar expresando alguna emoción reprimida, esas mismas reliquias esculpidas en el transcurso del reloj ya solo eran el lacerante recordatorio de una añoranza y una partida que se resistían a fluir.

Lloraba sin llorar porque ya había llorado demasiado. Y cuando el regusto invisible de la pena llegaba a mi boca, se me hacía muy difícil discernir si su sabor se correspondía más con el sufrimiento, con la angustia, con el descargo o con la inquina.

En mala hora me había subido al vehículo para evitar que Natan se ofreciera a llevarme a la oficina postal, donde hacía ya días que me esperaba un paquete remitido por Noel, pues esa estúpida decisión estaba brindándome demasiado tiempo para recrearme en todo tipo de pensamientos inoportunos y divagaciones fuera de lugar.

A lo largo de las dos semanas transcurridas desde mi ruptura con el científico, solo el trabajo me había servido como vía de escape.

Centrarme en los aspectos más técnicos de la preproducción me ayudaba a mantener la sangre fría y la mente bien anclada a tierra firme. Al fin y al cabo, no podía tomarme la licencia de darle demasiadas vueltas a nada teniendo por delante la tarea de coordinar a un equipo de más de cincuenta personas para levantar juntos un proyecto digno. La parte complicada llegaba en aquellos momentos en los que, tanto por su temática como por la huella que la asesoría de Noel había dejado en el guion, todo me conducía inevitablemente de nuevo al centro de mi propio laberinto.

Allí cohabitaban, en un perpetuo y caótico revoloteo de ideas contradictorias, docenas de voces hirientes obsesionadas con minar en segundo plano mi salud mental: «Eres poco para él», «Ha jugado contigo», «Nunca ha sentido lo mismo que tú», clamaban algunas con un encarnizamiento salvaje e inhumano; «Estás siendo muy egoísta», «Te pidió que fueras paciente», «Puede que te estés equivocando», sugerían otras de manera algo más tímida. Y, entremedias, como una manifestación simbólica de esa dicotomía, la ciudad había empezado también a fracturarse en dos bandos enfrentados y a enrevesar, mediante un irrespirable clima de confrontación, la tarea de saber a qué debía atenerme, si al rencor, la rabia y el desengaño o a la comprensión, la indulgencia y el amor incondicional.

Echaba de menos nuestra burbuja, nuestro bucle; las melodías improvisadas que Noel solía interpretar al piano; sus caricias; el grato olor a madera y almizcle que desprendía su piel... Todo era tan árido lejos de su abrazo que mi rutina diaria había acabado por convertirse en una deambulaci3n gris y anodina ya solo paliable con humo de tabaco, atracones de chocolate y ganas de gritar.

Nada de ello, pese a todo, impedía que la afrenta continuara allí, enquistada en la parte más sensible de mis recuerdos como una astilla entre los dedos de la pata de un felino, para no dejarme pensar en otro asunto salvo en sus mentiras y en su posterior traici3n.

¿C3mo se había atrevido a ocultarme la existencia de su esposa y de su hijo? ¿C3mo era siquiera posible que, después de todo lo que habíamos compartido juntos, de lo mucho que nos habíamos entregado el uno al otro en su apartamento, lo único que le importara fuera que no lo hiciera quedar mal delante de un hatajo de políticos?

Yo había sido la artífice de haber entablado contacto con Fox Sierra por primera vez; yo había permanecido junto a él durante todas las fases del proceso; yo, en sus propias palabras, lo había inspirado a no rendirse. ¿Y así era como me lo pagaba?, ¿tirándolo todo por la borda de la forma más prosaica y más decepcionante posible? Tendría que haber dejado que su maldito paquete se pudriera en la central de correos, tal y como días antes me había propuesto hacer al encontrar el aviso en mi domicilio, y no embarcarme a deshoras en aquel bus por no ser capaz de resistirme a la tentaci3n de ir a recogerlo.

El atasco que llevaba ya cerca de media hora reteniendo al autocar en mitad de la calzada era en sí mismo una metáfora más del estado de nuestro vínculo, mientras que las concentraciones de protesta causantes de la caravana podían interpretarse, a su vez, como otro síntoma de la misma enfermedad.

—¿Qué has hecho, Noel? —dije para mis adentros al ver pasar junto a la ventana del vehículo a unos manifestantes encapuchados que patearon con furia su carrocería y vituperaron a algunos viandantes. Otro grupo de signo contrario les respondió a gritos desde el otro lado de la calle. Sobre ambos, y sobre el propio bus, enseguida empezaron a volar los insultos, las piedras y los salivazos.

No pude soportarlo más. Pulsé el botón de parada y me apeé allí mismo.

Con la cabeza gacha para no tener que seguir asistiendo a aquel espectáculo tan lamentable, recorrí a pie el resto del camino hacia la estafeta.

El paquete tenía aproximadamente el tamaño de una caja de bombones y estaba envuelto en papel de estraza de gramaje muy grueso con el nombre de Noel escrito en el remite. Sentí unos deseos incontenibles de abrirlo, pero también de arrojarlo a la basura y olvidarme de que existía.

El móvil sonó antes de que pudiera llegar a decidirme.

Natan —¿quién si no?— era la persona que llamaba. Decía estar muy preocupado por lo alicaída que me había visto en los últimos días y quería subirme el ánimo invitándome a una cena en su casa. No se trataba de algo que me apeteciera mucho, la verdad.

Natan tenía buen corazón y los dos sabíamos que, además de una amistad incombustible, siempre había existido cierta química entre nosotros; no obstante, aquella química volátil se quedaba en un mero experimento de andar por casa realizado por chiquillos carentes de experiencia frente a las abrumadoras fuerzas de la física que Noel, incluso desde la ausencia y la distancia, seguía desatando dentro de mí.

—Lo siento, hoy no es un buen día, necesito descansar. En otro momento quizás —le di largas sin andarme con demasiadas contemplaciones y, sujetando el paquete bajo el brazo, emprendí cariacontecida el camino a casa.

Al doblar la esquina que separaba la avenida de Monteburgo y la calle Reinier, el escaparate de una vieja tienda de electrodomésticos atrajo de manera irremediable mis pasos. Al menos una docena de televisores de distintos tamaños ofrecían, tras la cristalera, un primer plano idéntico de Noel.

La prestigiosa periodista Nella Allen lo entrevistaba desde el plató del telediario de mayor audiencia del país en relación con la caja de Pandora que días antes había abierto en rueda de prensa. Junto al rótulo con el nombre del físico, en la sección inferior de la pantalla, un pequeño recuadro mostraba diversas imágenes de las protestas a favor y en contra de la cronointervención convocadas por toda la capital.

No era tampoco algo nuevo. Ya al día siguiente de sus declaraciones en el CTPA, los partidarios de ambos bandos habían salido a la calle para dejar clara cuál era su postura. Unos aseguraban que el cronotransmisor era una burda invención para desgastar al Gobierno —y que tomar decisiones políticas solo porque una hipotética voz del futuro así lo dictaminara constituía el verdadero cataclismo—; otros, que los datos proporcionados por Fox Sierra no admitían enmienda alguna y que conllevaría un suicidio no priorizar la ciencia sobre la ideología para sortear un colapso inminente.

Lo único nuevo era el ritmo vertiginoso al que el debate empezaba a propagarse alrededor de la ciudad y, por encima de cualquier otra consideración, la virulencia con que empezaba también a calar entre la ciudadanía.

A resultas de todo ello, yo misma me había prescrito alejarme durante algunos días de cualquier medio de comunicación con el fin de orillar aquel lío y no acordarme tanto del científico.

Estaba harta de ver su cara en todos los periódicos y televisiones del país, de escuchar su voz en todas las radios y de presenciar cómo la gente discutía a voces por las calles con motivo del dilema que tan irresponsablemente había puesto sobre la mesa, en buena medida, porque sus ubicuas comparecencias mediáticas atizaban las brasas de mi deseo y me obligaban a hacer cosas de las que no estaba segura, como, por ejemplo, entrar esa tarde en el negocio de equipamiento electrónico para oír mejor lo que estaba contándole a la reportera.

—¿Qué les diría a todas las personas que abarrotan ahora la plaza de la República? —preguntó la conductora del espacio a propósito de la concentración anticronointervencionista que tenía allí lugar como rechazo a la organizada por Harold Lorah frente al parlamento.

—Les diría que intenten recordar el instante más triste y doloroso de sus vidas —ponderó Noel mirando fijamente a cámara, como si quisiera trascender la propia lente para interpelar a cada uno de los espectadores de un modo más íntimo—, ese momento aciago que, por la razón que sea, haya supuesto un antes y un después en sus trayectorias, y que luego traten de visualizar junto a él un interruptor rojo, similar al botón de rebobinado de un vídeo, con la facultad de trasladarlos instantáneamente hasta el punto exacto en que por última vez existió la oportunidad de haberlo evitado. Una vez que encuentren ese punto clave, solo les pediría una cosa: que se planteen por un instante, con total sinceridad, si pulsarían o no el interruptor. Simplemente eso. Todos tenemos algún momento así en nuestras biografías: usted, los telespectadores, yo... El mío, por cierto, bastante reciente. La cuestión es hasta qué punto hemos aprendido de ellos y cuánto estamos dispuestos a arriesgar por evitar revivirlos. En lo personal, no tengo dudas: pulsaría ese botón todas las veces que hiciera falta, todas, se lo aseguro, aunque entiendo que eso tiene que ver con que hay demasiado dolor en mi momento concreto como para desaprovechar la posibilidad de quitármelo de encima.

—Claro, pero ¿no cree que ese aprendizaje doloroso es necesario justo por eso? —lo rebatió

la entrevistadora—. Si fuera posible corregir todos nuestros errores, jamás evolucionaríamos. Aprendemos porque somos falibles, porque nos equivocamos. Solo queremos cambiar las cosas debido a que, en gran parte, no hemos sido capaces de hacerlo con anterioridad. Reparar nuestros futuros errores evitaría que los llegáramos a cometer, que creciéramos como personas y como sociedad.

—El clásico dilema sobre qué fue antes, si el huevo o la gallina —hiló Noel con habilidad—; lo que a veces no suele tenerse en cuenta es que ese dilema es falso porque presupone la existencia de un antes y de un después. —Se tomó una pausa muy somera para inhalar algo de aire y humedecerse los labios—. En física no hay antes ni hay después, solo hay durante, ahora. Un ahora con fronteras predelimitadas por nosotros mismos por razones prácticas, aunque inexistentes. Como siempre digo a mis alumnos, el cerebro olvida el futuro y recuerda el pasado para así hacernos sentir el presente, pero, al final, todo está escrito. Lo interesante es saber por quién y, más en concreto, saber si entra en el espectro de lo posible cambiar algún renglón de lo escrito, o incluso más: si la posibilidad de cambiar algo en ese escrito es lo que condiciona su existencia. Yo pienso que sí, y por ello mismo insisto en la importancia de pulsar el interruptor del que le hablé antes. No solo por salvarnos a nosotros mismos, que también, sino por salvar algo más relevante: la integridad de nuestro libre albedrío.

Entre la complejidad argumental de su alegato y la amargura de sentirlo a la vez tan lejos y tan próximo a mí —¿me lo había figurado o estaba hablando en clave para mandarme un mensaje?—, empecé a sentirme algo mareada. Llegué a estarlo tanto, de hecho, que lo único que hice de ahí en adelante fue caminar a trompicones en paralelo al paseo marítimo hasta alcanzar el banco donde ambos nos habíamos besado por primera vez, junto a la noria. Allí tomé asiento en el mismo sitio que aquella noche y volví a batallar conmigo misma, sosteniendo el paquete sobre las rodillas, acerca de si debía abrirlo o arrojarlo al mar.

El deseo y la curiosidad pudieron en pocos segundos con el resquemor.

Dentro del bulto había una caja algo más pequeña, de madera esmaltada y motivos decorativos estilo *art nouveau*, cuyo interior albergaba tres objetos: un reproductor de audio cargado con todas las canciones que habían servido de banda sonora a nuestro romance, un poema compuesto por su propio puño y letra titulado *Hic sunt dracones* y un colgante de oro blanco y brillantes, también muy bello, que contenía dentro de un círculo damasquinado un emblema de trazos rectilíneos inspirado en el símbolo de rebobinado de un vídeo.

La música de *Into my arms*, de Nick Cave, acompañó a mi pausada lectura de los versos de Noel a medida que la noria giraba también de forma muy lenta sobre la franja difusa del atardecer.

Cuando el tema y la composición tocaron a su fin, sostuve el colgante entre los dedos, lo coloqué junto a la cadena con la cruz que mi madre me había legado y dejé que una sonrisa asomara por fin en mi rostro.

La interpretación de Copenhague

Conjunto de teorías sobre mecánica cuántica, consideradas tradicionales u ortodoxas, que intentan reconciliar el carácter contraintuitivo propio de la disciplina con la comprensión humana.

The killing moon, Echo & the Bunnymen.

El allanamiento ocurre demasiado rápido como para describirlo de forma coherente e inteligible: algo que cubre mi boca en mitad de la noche; dos pares de brazos nervudos sujetándome en silencio por la fuerza; unos cuantos tirones y, en apenas medio minuto, estoy ya en las escaleras, arrastrada por los mismos dos hombres que nos rescataron de las tenias, camino del exterior del hotel.

Durante una de mis estériles tentativas por liberarme —el agarre vigoroso de los tipos no me permite moverme demasiado—, veo que Anne Senna se encuentra en una situación parecida justo detrás de mí.

—Basta. —Uno de sus captores la abofetea sin hacer demasiado ruido—. Vas a despertar al crío.

Casi a rastras, los hasta hace poco amigables miembros de la comuna nos conducen a lo largo de los pasillos del complejo igual que a ganado y, desde ahí, a través del área de esparcimiento donde Zeeman ha dado su recital, nos empujan fuera de la empalizada de seguridad para llegar hasta la playa.

El resto de los habitantes del lugar aguardan hieráticos en torno a un muelle de madera iluminado con antorchas.

La luna llena se alza sobre todos ellos como el reverso lúgubre de un bonito amanecer. Hay un manto rojizo oscilando entre el cielo y la tierra, a modo de miasma. Sus distorsiones escarlata se reflejan contra la oscuridad del mar y la tiñen de vetas carmesíes similares a las estrías de una brasa. Si ya la peste a pescado revenido y a alga muerta era notoria dentro del hotel, aquí adquiere unos matices tan hediondos que hasta embotan el aliento.

A un gesto de Zeeman, nuestros secuestradores nos hacen subir al embarcadero, cuyas tablas musgosas y plagadas de lapas presentan una textura casi intestinal, y arrojan nuestros cuerpos a sus pies.

El surfista sostiene un cuchillo de buzo en la mano izquierda mientras revuelve con la derecha en un enorme cubo repleto de vísceras de animales marinos muertos. Senna trata de rebelarse, pero uno de los escoltas enseguida la reduce con un golpetazo de la culata de su arpón.

Puesto que llevo una mordaza en la boca y me han atado las muñecas con unas cuerdas, solo puedo protestar por ello con un farfullido ahogado y un afanoso amago de resistencia. El propio Zeeman desbarata mi oposición con una patada en las lumbares que me proyecta de nuevo contra la madera.

Todavía no alcanzo a comprender cómo he podido ser tan incauta...

Mi compañera de viaje había estado en lo cierto desde el principio: aquel hombre ocultaba algo; y yo, que al comienzo tampoco vi en él una figura demasiado confiable, probablemente acabo de condenarnos a ambas a la tragedia por haberme dejado engatusar por su burda mascarada de hombre caritativo y piadoso. La duda es, ¿qué quieren de nosotras?

—¿Y el crío? —pregunta Zeeman a sus lugartenientes.

—Lo hemos dejado en la habitación, según acordamos —contesta uno de ellos con docilidad—. No se ha enterado de nada.

El líder recoge con la hoja de su cuchillo parte del polvo verde que hay esparcido en una bandeja plateada sobre el pilón del embarcadero y lo esnifa en profundidad.

—Bien. Mañana nos encargaremos de él. Comencemos, entonces.

Sus compañeros se distribuyen en semicírculo en torno al muelle y proceden a inhalar su propia dosis de aquella sustancia.

—Os dije que se podía resurgir de las cenizas y resurgimos

—pregona el surfista danés cuando terminan de hacerlo—. Os dije que se podía volver a levantar un nuevo futuro a partir de los vestigios del pasado y lo hemos levantado, que os mantendría a salvo y eso es lo que estoy haciendo, lo que estamos haciendo —recalca con orgullo—. Ahora bien, ya sabéis que nada de lo anterior sería posible sin sacrificar algo a cambio, así que aquí estamos otra vez, una luna nueva más, para asegurarnos de que el sacrificio valga la pena. —Los hombres y mujeres que integran el semicírculo se arrodillan al unísono sobre la arena. Zeeman sumerge las manos en el cubo ensangrentado y lanza al agua parte de las entrañas que contiene—. El Azul restituye aquello que ofrendamos en su nombre —continúa conforme algo similar a un bramido abisal se hace audible en la distancia—. Si le damos pureza, él nos devuelve pureza; si le damos alimento, él nos devuelve alimento; y si le demostramos que no somos sus enemigos, sino sus aliados, él nos cobija de toda amenaza. —Sonríe satisfecho—. La única forma de evitar muertes innecesarias es regar la vida con la vida; el único modo de garantizarnos un porvenir, no sucumbir a los mismos errores del ayer, esos errores imperdonables que llevaron a que nuestro desdén por el suelo que pisamos obligara al océano a intervenir; y la única manera de aplacar la ira de quien nos arrebató todo lo que más queríamos, honrar esa misma ira ofreciendo como pago nuestra lealtad y nuestra servidumbre. —Vierte el resto del contenido del cubo al mar. Una amplia estela de ondas y burbujas se aproxima hasta la playa atraída por el nauseabundo cebo—. ¡Que el Azul se cobre lo que el Azul nos repondrá! —profiere Zeeman entonces—. ¡Que el Azul se nutra de nuestra sangre y nuestra vida para protegernos del dolor y la muerte! —Hace un nuevo y avieso ademán a sus dos esbirros, quienes agarran a Senna por la camiseta con el propósito de rasgársela—. ¡Que el Azul encuentre en el rojo el verdor de nuestra prosperidad!

Todos los asistentes a la enajenada ceremonia vuelven a aspirar el polvo verde de sus platillos. Newton Zeeman no es la excepción, y lo hace también antes de bajarse los pantalones de neopreno y acercarse a Senna con andares ligeramente espasmódicos.

Yo me revuelvo contra el agarre de los hombres en un intento infructuoso por evitarlo. Uno de ellos me golpea en los riñones con la culata de su fusil de pesca submarina. Tengo que morderme los labios por debajo de la mordaza para soportar el dolor.

El escandinavo apunta a la chica con el dedo y luego gira la muñeca como indicándole a sus ayudantes que le den la vuelta al cuerpo. Los dos tipos, pese a la feroz resistencia de la basurera, logran someterla y separarle las piernas sobre el muelle.

Un rugido chorreante y espumoso estalla detrás de todos nosotros. No logro ver muy bien desde donde me encuentro, pero creo distinguir la cabeza de un descomunal escualo infectado

emergiendo de entre la negrura de las olas.

El surfista sonríe taimado y se prepara para cubrir a Senna con su cuerpo plagado de sarpullidos, tatuajes y descamaciones.

Vuelvo a agitarme y a recibir otro golpe por parte de uno de mis custodios. Quiero gritar que la dejen en paz, que me usen a mí para llevar a cabo aquel perverso ritual y no a ella, que por favor no le hagan daño, solo que apenas consigo emitir un rechinamiento sordo y desarticulado.

Zeeman sujeta a la muchacha por los hombros y rompe de un tirón el cierre de su sujetador. El escualo responde con un segundo tronido explosivo que lleva a los integrantes del semicírculo a realizar una serie de inclinaciones reverenciales sobre el terreno y a balbucir a coro un salmodio lunático y estremecido.

Es todo tan enfermizo que hasta las locuras que les he visto cometer a los sangrantes en Monteburgo a cambio de expiar sus culpas y recuperar el favor divino —desgarrarse la piel de la espalda a latigazos, atravesarse con clavos las palmas de las manos, coserse los párpados con sedal como muestra de arrepentimiento— me resultan casi racionales en comparación.

Siento una inmensa vergüenza por no haber barruntado nada de lo que está ocurriendo, por creer que aún es posible que exista gente decente en el Páramo, por haberme dejado engatusar en el peor momento y en el peor lugar y por haber inducido a los chicos a confiarse también.

Anne Senna está a punto de pagar por todo ello con su inocencia igual que yo estuve a punto de hacerlo muchos años antes a manos de Roger Gregor en las oficinas de Aramara Films, con el agravante, en su caso, de que no parece que exista ningún modo de salvarla y el deshonor, en el mío, de tener que presenciar con impotencia cómo la mancillan.

—¿Qué coño me habéis traído? —increpa Newton Zeeman a sus hombres apartándose bruscamente de la joven—. ¡Está corrompida! —ruge con los ojos desorbitados—. ¡Quitadla de mi vista!

No entiendo bien de qué habla hasta que distingo, bajo el omoplato izquierdo de la joven, una pequeña incisión redondeada. Hay también un cerco cárdeno alrededor de ella, lo cual quiere decir que alguna de las tenias ha debido morderla en el cenagal y que, ciertamente, ya está incubando la plaga.

El danés se lleva las manos a la cabeza, bilioso, y gira sobre su propio eje para confrontarme con la mirada como a un plan B.

—Nunca me han gustado las mulatas —dice en voz baja a sus dos acólitos con el fin de que el resto de la feligresía no se entere de que es un racista redomado—, pero, si no hay otro remedio, tendré que pasar por el aro. El Azul merece sangre incorrupta aunque no sea de la mejor calidad.

Los secuaces de Zeeman empujan a Senna de vuelta a la playa para después centrar su atención sobre mí e inmovilizarme también. La cara de la chica, manchada de algas y suciedad, es la viva imagen del terror. Ya no queda en ella ni rastro del desnudo y la arrogancia que le son característicos.

Duele mucho verla tan derrotada.

Un exceso de pánico por mi parte, así y todo, solo conseguirá echar más sal en la herida de su trauma, de forma que dejo de resistirme, con la idea de no convertir la espeluznante escena en algo todavía más horrible, y me centro en tratar de mantener embridadas la furia y la afrenta que remueven cada palmo de mi ser.

El escualo infectado suelta otro resoplido poderoso antes de dejar ver algo más de su fisionomía. No mucho, apenas un par de ojos grisáceos y de reborde bermellón tiznados de algas y espuma que, como incrustaciones de un nácar infame en la mugre de un vertedero, sobresalen

de entre su cabeza junto con una masa informe de dientes carcomidos, protuberancias y escamas y arrancan a los sectarios otro rezo nervioso.

—El Azul está impaciente —promulga Zeeman impertérrito—; no perdamos más tiempo.

La sombra del nórdico ya se cierne sobre mí cuando un silbido atraviesa el aire a toda velocidad hasta alcanzarle el hombro transformado en una afilada flecha para arco.

—Aguantad —escucho también la voz infantil de Melvin Klem a través del radiotransmisor, que todavía llevo por fortuna al cinto gracias a mi costumbre de no separarme mucho de él para dar ejemplo—, os tengo cubiertas.

—¿Qué coj...? —empieza a decir Newton Zeeman.

Yo lo desarmo de una patada en medio de la frase y empujo al mar a otro de los hombres que me vigilan con una acometida de mi propia cabeza. El Azul no tiene piedad y se lanza a por él rodeado por un remolino de agua burbujeante que pronto adquiere una intensa tonalidad granate.

—¡Senna, aquí! —exclamo mientras veo volar una segunda flecha hacia el abdomen del tipo que hasta hace solo unos segundos me sujetaba por el brazo.

La joven se pone en pie con un gemido colérico y regresa a la carrera junto a mí entre la confusión.

—¡Aprisa! —Me doy la vuelta para mostrarle las ataduras de mis muñecas— ¡Libérame!

Ella se agacha sobre las tablas del embarcadero y la emprende a mordiscos contra las cuerdas. Zeeman, entretanto, se arranca la flecha del hombro, la lanza al mar de un manotazo y aprieta los dientes en señal de frustración.

—¡Qué demonios estáis haciendo! —reprende a sus seguidores por haberse puesto a cubierto en lugar de ayudarlo—. ¡Protegedme! ¡Buscad a ese niño y volved a meterlo en su habitación! ¿Quién demonios lo ha dejado escapar?

Algunos de los surfistas echan a correr hacia al hotel, abriendo fuego con sus arpones contra la fachada al tiempo que un segundo grupo progresa hacia el embarcadero con la intención de sofocar el motín.

Su líder recoge de nuevo el cuchillo decidido a que no volvamos a ponerlo en problemas. Con el codo, activo el transmisor a la espera de que su amiga consiga devolverme la movilidad.

—¡Melvin, huye! ¡Van a por ti!

Mis manos quedan libres justo un segundo antes de que Zeeman se me eche encima, ventaja *a priori* muy modesta que me permite contraatacar, volver a despojarlo de su arma con otra de mis llaves y usar su cuerpo como cobertura y su cuchillo como medida disuasoria.

—¡Atrás! —ordeno al resto de fanáticos—. ¡Atrás o le rebano el pescuezo!

Newton Zeeman carcajea de forma maniaca.

—¡No retrocedáis! —presiona a continuación a sus partidarios—. ¡Son solo dos mujeres, dos mujeres asustadas que jamás se atreverían a matar a nadie! ¡El Azul nos protege! ¡Seguid cargando!

En cuanto ve que las palabras del escandinavo empiezan a surtir efecto, Senna encoge el sobrecejo y arrebat a uno de los hombres heridos el fusil arponero para descargarle al Azul, con su habitual temple combativo fluyéndole de nuevo por las venas, un penetrante proyectil de acero en el costado.

El animal reacciona con un revuelo convulso y otro bramido retumba por la ensenada. El eco de su estruendo se funde poco a poco con los lamentos de los habitantes del Margram Resort, que no pueden creerse que su tótem haya resultado herido y luce ahora por su vida, frente al muelle, entre demenciales coletazos.

—¡No! —vocifera Zeeman horrorizado—. ¡El Azul!

—¿Azul? —gruñe Senna desde el filo del embarcadero, una vez que termina de recargar el arma con otro de los arpones del hombre herido—. Ese engendro es de todo menos azul... —Vuelve a encañonarlo intimidatoria—. Si queréis seguir adorando su asquerosa cara, más os vale dejar en paz a Mel, devolvernos nuestras cosas y entregarnos ese *buggy*.

A Newton Zeeman se le congela la sonrisa en la cara. Mediante otro de sus gestos —esta vez algo más renuente y tembloroso—, exige a sus subordinados que depongan las armas y regresen a la playa.

Yo le comunico a Melvin a través del transmisor que coja todas nuestras cosas y baje también a la ensenada. El muchacho aparece al poco rato en el embarcadero con nuestras mochilas al hombro y la percha de Nan, con el halcón encima, en las manos.

Nadie se atreve a interponerse en su camino durante el trayecto y, excepción hecha de un leve rasguño en un hombro, producto del roce de algún arpón contra su piel durante la refriega, tampoco parece que haya sufrido daños serios.

El *buggy* nos aguarda a todos junto a la arena con las llaves puestas en el motor.

—Bien hecho —le digo por lo bajo al hijo de Ciric Klem—. Te debemos una.

Melvin cabecea con ufanidad, feliz por la hazaña que acaba de protagonizar, aunque también nervioso por el temor a que se le note demasiado su natural flaqueza, y se sitúa junto a Senna para chocarle puerilmente la mano. Luego, sin que la chica deje de apuntar al escualo herido con el arpón incluso desde la distancia, ni yo de oprimir el filo del cuchillo contra el gajnate de Zeeman, empezamos a retirarnos hacia el vehículo.

—Os equivocáis si creéis que esto va a salir gratis —maldice el danés entre dientes—. Aquí las cosas no son como en Monteburgo. Todo lo que le arrebateís al Azul, el Azul os lo arrebatará a vosotros más pronto que tarde. Siempre ha sido así y no va a cambiar ahora.

—En ese caso, lo estaremos esperando —repongo cuando Melvin carga todo nuestro equipaje en la parte trasera del *buggy*—. Por cierto, eso que denomináis el Azul se llama en realidad karma. —Aparto el cuchillo de su cuello, con el otro brazo todavía comprimiéndole la clavícula, se lo hundo a conciencia en las lumbares y le golpeó la columna con un brusco rodillazo para lanzar su cuerpo contra la arena—. Hace un montón de siglos que está inventado...

Newton Zeeman se estrella de morros contra el suelo. Algunos de sus seguidores avanzan histéricos hasta él, entre teatrales demostraciones de consternación, y tratan de auxiliario a la desesperada.

—Agarraos bien —les digo a los chicos ya al volante—. No estaremos seguros hasta que dejemos este agujero atrás.

El motor del *buggy* se pone en marcha con una bronca retahíla de estallidos. Por el retrovisor, contemplo cómo los seguidores de Zeeman empiezan a volverse locos frente a la falta de movilidad de su líder.

El Azul emite un mugido indescriptible, en las proximidades del embarcadero, que hace partícipe de su dolor a toda la costa. Seguidamente, en silencio, recula hacia la inmensidad dejando sobre la superficie metálica del océano un rastro difuminado de color rojo.

15 DE AGOSTO

Matriz de transferencia

Método numérico para resolver la ecuación de Schrödinger y otras ecuaciones similares.

Nothing really ends, dEUS.

El hogar de la esposa de Noel, Cecilia Alic, se encontraba emplazado en lo alto de uno de los cerros de la parte más septentrional de la ciudad, allí donde morían las callejuelas estrechas y zigzagueantes con origen en la ensenada.

No todo el mundo podía permitirse adquirir una propiedad de vistas tan espléndidas en un enclave tan alejado de la redes de metro y autobús, por lo que la zona estaba tradicionalmente habitada por personas de estatus social alto —empresarios del ámbito tecnológico y audiovisual, sobre todo— provistas de buenos vehículos y también de una buena cartera para pagar el mantenimiento de sus residencias.

Cecilia —o Cila, como la llamaba Noel— no encajaba del todo con ese perfil porque ni siquiera tenía trabajo desde que había dejado la ciencia de lado para dedicarse a sus labores, pero Alain Niala, el magnate del sector náutico con el que, según mis fuentes, ella y su hijo compartían vida ahora, sí lo hacía, y con creces.

El inmueble era una construcción de dos plantas, líneas simples y proporciones simétricas al estilo de la arquitectura de vanguardia. Lo rodeaba un muro de roca volcánica porosa, decorado por plantas trepadoras, con una única vía de acceso: la que yo llevaba alrededor de quince minutos debatiendo conmigo misma si estaba preparada para franquear.

No en vano, casi me había costado menos dar con la dirección gracias a internet, y luego llegar hasta ella en taxi, de lo que me estaba costando decidirme a pulsar el timbre, como si, de algún modo, aquel interfono, más que un simple mecanismo de llamada, fuera el interruptor del que Noel había hablado en televisión.

El recuerdo de su comparecencia en el plató me impulsó a sujetar el colgante que me había regalado, a dejarme de medias tintas y a reunir el valor necesario para dar el paso. A fin de cuentas, si el destino se encontraba tan escrito de antemano como él siempre repetía, tampoco era que yo estuviera decidiendo nada. La curiosa coincidencia de que las dos hojas metálicas de la puerta comenzaran a replegarse con un deslizamiento pulcro antes de que yo pulsara el botón podía considerarse buena prueba de ello.

Un chico grueso y desgreñado, vestido con ropa de estilo entre gótico y militar, se acercó hasta el hueco con una caja llena de libros viejos en las manos.

—¿Otra vez? —dijo al verme—. Ya les hemos explicado que no tenemos nada que declarar. —Esquivó deliberadamente mi mirada y mi presencia, como la de una indeseable fantasmagoría, para avanzar hasta un contenedor cercano y depositar la caja a sus pies junto a otras muchas también cargadas de libros, revistas viejas y otros objetos polvorientos—. Hace meses que no hablamos con él. ¿Tan difícil es de entender? —Se sacudió las manos contra la pernera de su

bermuda, aburrido.

Deduje al vuelo que acababa de tomarme por una reportera, y también, a tenor de la dejadez agobiada con que se expresaba, que los medios debían de haberlos sometido a una gran presión en los últimos días por causa de los disturbios.

—No soy periodista —me apresuré a exponer—. Mi nombre es Sira Faris. Soy solo una..., una amiga de Noel —admití avergonzada—. Necesito hablar con tu madre.

El joven rio con desabrimiento, me observó de refilón en actitud poco receptiva y caminó de regreso a la puerta listo para volver a cerrarla a sus espaldas.

—Espera —se escuchó entonces una voz femenina surgida del jardín—, deja que pase.

Quien así hablaba desde los escalones de acceso a la vivienda era una mujer de cabellos lacios y dorados, ojos prominentes y talle sinuoso cuya belleza exótica y afilada no parecía resentirse de los cerca de cuarenta y tantos años de edad que debía tener. Su bata de porte oriental flameaba al viento con estilizada ligereza mientras sujetaba entre las manos una taza de té.

Lo único que yo sabía de Cila Alic, aparte de lo obvio, era que había sido una antigua alumna de Noel becada por el Gobierno de su país para estudiar en el CTPA, que provenía de una familia muy humilde de comerciantes croatas afectada de lleno por la guerra de los Balcanes y que las malas lenguas aseguraban que se había aprovechado de su incuestionable belleza —y de las también incuestionables similitudes existentes entre sus vidas— para seducir a Noel y encontrar así un modo de establecerse en Ardra. Esto último podía ser cierto o no, ya que la gente de Punta Allende, aun con todo su aparente cosmopolitismo, pocas veces se resistía a difundir un buen chismorreio.

En uno u otro caso, su figura me imponía una mezcla muy perturbadora de respeto, temor y animosidad, imagino que porque la veía tan distinta a mí, tan opuesta en todo a lo que yo era, que el hecho de que Noel se hubiera sentido atraído por ella y luego pudiera haber bajado tanto el listón no terminaba de encajarme en el orden natural de las cosas.

—La señorita Faris, supongo —me dio la bienvenida—; por fin nos conocemos. Tengo entendido que ha estado usted haciendo muchas preguntas sobre nosotros... —Escaneó todo mi cuerpo con impudicia—. Por favor, pase.

Su comentario me llenó de embarazo. Aquella mujer arrebatadora no solo era la persona que había ocupado mi lugar con anterioridad en el corazón de Noel, era también la persona que, si me ceñía a los hechos y a las evidencias —oficialmente, el científico y ella continuaban casados a pesar del tiempo transcurrido, y seguía costándome creer que él hubiera ocultado sus fotos en el aparador solo porque temiera perderme si yo lo descubría—, podía ocupar aún un espacio más importante que el mío en su interior.

—Veo que Noel conserva al menos el buen gusto —dijo ella guiándome a lo largo del vestíbulo hasta una mesa de vidrio en el salón, frente a un luminoso ventanal orientado hacia la bahía. La casa estaba decorada con un gusto exquisito de raigambre minimalista, aunque había tantas cajas diseminadas por doquier y tanto desorden en general que no podía apreciarse bien—. Es un alivio saber que no se ha echado a perder del todo... Debe usted disculparme por el revuelo, mi familia y yo estamos en plena mudanza. ¿Qué quería saber exactamente?, ¿cómo es que aún seguimos casados?

Sonreí con timidez movida por la cortesía. En modo alguno deseaba entrar en polémicas con ella, solo averiguar dónde diablos se había metido Noel después de la entrevista televisiva.

—No, nada de eso —respondí sonrojada—. Llevo varios días buscándolo y no logro encontrarlo por ninguna parte. Ni en su casa, ni en el laboratorio, ni en ningún otro lado. Por

teléfono solo me salta el contestador y, con todo lo que está ocurriendo ahí fuera, empiezo a estar un poco preocupada. He pensado que quizás podría saber dónde encontrarlo.

Cila Alic hizo descender sus pestañas con un parpadeo lábil.

—Vaya, y yo pensando que estaba con usted...

—Pues no, le aseguro que no lo está.

—Extraño —evaluó la mujer, entrecruzando las manos sobre el vidrio—. Noel es un hombre celoso de su trabajo, no cabe duda, y muchas veces ese trabajo lo absorbe en exceso y le roba más tiempo de la cuenta para atender a sus responsabilidades familiares, como mi hijo bien puede acreditar, pero no es menos cierto, o por lo menos no solía serlo antes, que Noel siempre se ha mostrado también muy celoso de las mujeres a quien ama. No es normal que desaparezca sin despedirse, claro que... —Me escudriñó como buscando encontrar alguna grieta de vulnerabilidad desde donde leerme la mente—. Bueno, las circunstancias tampoco son demasiado normales. Yo que usted haría como él, y como en breve vamos a hacer mi hijo, mi marido y yo, y me marcharía antes de que todo explote. Según lo que he podido ver en las noticias, diría que no tardará mucho en hacerlo.

Cila aludía con ello a los graves sucesos vividos esa mañana frente al Parlamento, donde algunos manifestantes se habían reunido para reprobar la negativa del Gobierno a considerar la cronointervención y una serie de violentas cargas policiales, en represalia, se habían cobrado varias decenas de heridos y una víctima mortal, episodios detonantes a su vez de nuevas revueltas por toda la ciudad.

—¿Tan grave piensa que es?

—Bueno, quizás no por ahora, pero, como acabo de decirle, la mecha ya está prendida y solo es cuestión de tiempo que el barreno reviente —advirtió Cila con una estricta e incisiva seguridad en sí misma—. Yo vengo de un lugar que ha pasado por algo parecido, seguramente más grave, sé distinguir bien cuando un país decide escoger la senda equivocada y descalabrarse, créame.

No la contradije. En el fondo, mi diagnóstico era bastante similar, solo que yo, en mi inocencia, todavía quería confiar en la posibilidad de que todo pudiera solucionarse de alguna forma.

—¿No sabe, entonces, dónde puedo encontrarlo? —traté de reorientar de nuevo la charla.

La mujer separó las manos hacia los lados para mostrarme las palmas como negativa.

—Está bien —dije buscando no evidenciar demasiado mi chasco y me puse en pie camino del jardín—. Agradezco su tiempo igualmente. Muchísimas gracias.

—Aguarde —me detuvo ella en un inesperado quiebro de benevolencia—, acabo de recordar que a veces, cuando está sometido a mucho estrés y necesita oxigenar las ideas o trabajar a fondo en algo, se recluye en la vieja granja de sus padres hasta que todo vuelve a hacer clic en su cabeza. Puede que lo encuentre allí. —Se irguió también para anotar algo en un pedazo de papel y entregármelo con fingida aleatoriedad—. Si lo hace, dígame adiós de mi parte, es ya casi una tradición entre nosotros. Y, respecto a lo del divorcio, no deje que eso le afecte. Él y yo llegamos a un acuerdo para evitar que me retiraran la nacionalidad cuando dejamos de vivir juntos y puede que hayamos prolongado el paripé más de la cuenta, pero, ahora que por fin he conseguido convencer a Alain de que nos casemos, habrá que acelerar los trámites. Noel... —perfiló una expresión de tintes casi amistosos—, Noel y yo hace años que no tenemos mucha relación.

Su confidencia me quitó un gran peso de encima.

La incertidumbre sobre el paradero de Noel seguía estando ahí, por supuesto, sin embargo,

resultaba muy estimulante descubrir que tal vez me había tomado demasiado a pecho lo de las fotos. Y ese desahogo, junto con el modo tan poético en que sus disculpas habían llegado hasta mí, conseguía reanimar también la esperanza de que no todo estaba perdido aún.

—Odo, acompaña a la salida, haz el favor —ordenó Cila a su hijo para finalizar—. Un placer, señorita Faris. Y suerte con su búsqueda.

El muchacho, quien llevaba ya algunos minutos tumbado sobre el sofá de la sala con una videoconsola portátil en las manos, se levantó entre refunfuños y me indicó por mímica que lo siguiera hasta el jardín. Cuando llegamos al muro exterior y él ya se disponía a regresar a casa, me volví para preguntarle algo también.

—¿Quieres...? —titubeé no muy convencida de lo que estaba haciendo—, ¿quieres que le diga algo a tu padre?

Al adolescente le faltó poco para cerrarme la puerta en la cara, pero, por algún motivo, su opinión mudó en el último instante y prefirió no hacerlo aún.

—Solo que no habría estado de más que hubiera venido a despedirme —dijo con una serenidad desahuciada que me recordó a la que ensombrecía en ocasiones el buen humor de Noel—, pero supongo que eso él ya lo sabe. —Pulsó luego el interruptor de bloqueo—. Cuídese, señorita Faris. Mi madre tiene un sexto sentido para según qué cosas, y le aseguro que no suele equivocarse.

Las dos secciones de la puerta, firmemente encarriladas sobre sus respectivos raíles, chocaron la una contra la otra hasta obstruir todo mi campo de visión.

Tuve el presentimiento de que jamás volvería a ver ni a Cila Alic ni a su hijo.

Variables ocultas

Formulaciones alternativas que presuponen la existencia de ciertos parámetros desconocidos como responsables de las inusuales propiedades estadísticas de la física cuántica.

Paint the moon, The Czars.

No se me pasa por la cabeza detener el buggy hasta que el depósito de combustible empieza a ofrecer las primeras señales de desabastecimiento, alrededor de dos horas después del inicio de nuestra fuga.

El trayecto ha sido bastante lento y accidentado por culpa de las complicaciones del terreno, de la falta de visibilidad y de mi modesta pericia al volante de un vehículo de esa naturaleza. El motivo es que han transcurrido muchos años desde que conduje por última vez —demasiados quizás—, y si ya manejar un automóvil no era mi especialidad en el viejo mundo, hacerlo en unas condiciones tan arduas, con la duda añadida de desconocer si estamos siendo perseguidos por los acólitos de Newton Zeeman, ha puesto al límite mis ya de por sí mermadas capacidades como piloto.

Lo único bueno es que la mayoría de las alimañas con que nos topamos de camino prefieren huir despavoridas de los potentes faros del coche y del recio ruido de su motor a atacarnos. A cambio, claro —todo tiene siempre un precio en el Páramo—, llamamos la atención algo más de lo que sería recomendable.

No quiero ni que los adoradores del Azul ni las bestias que merodean por el yermo lo tengan tan fácil para localizarnos, así que, una vez que enfilo el camino hacia los riscos próximos a las ruinas de Solázalos —uno de los antiguos epicentros turísticos de La Franja, donde el sector más joven y aficionado al ocio nocturno de los veraneantes solía concentrarse atraído por su variada oferta de sol, alcohol y fiesta—, desactivo las luces y me dirijo a una velocidad sensiblemente inferior hacia El Observatorio.

Este es el nombre que varios empresarios de la noche escogieron en su momento para bautizar a la discoteca de tres plantas construida al pie del abandonado telescopio astronómico de la ciudad. Su diseño de formas semicirculares y finos acabados en metal y madera, combinado con un minucioso trabajo de interiorismo basado en la estructura del propio cosmos y con las paradisiacas terrazas de cada piso, la habían convertido en algo más que un rincón donde bailar y tomar una copa.

El motivo tenía mucho que ver con que los telescopios instalados en las zonas de relax favorecían que la gente se entretuviera observando las estrellas entre consumición y consumición, pero, también, con que los temas musicales seleccionados por sus pinchadiscos reunían una calidad muy superior a la del resto de las discotecas de los alrededores, más centradas en las melodías electrónicas de consumo rápido.

Recuerdo haberle hablado a Noel de su existencia antes del colapso, y si bien él era más de quedarse en casa escuchando sus discos, o, como mucho, de acudir a algún concierto intimista y tranquilo en lugares no demasiado atestados de gente, la idea de pasarnos por allí algún fin de semana no le había desagradado.

Ese plan, como el resto de todos los que antaño trazábamos juntos desde nuestra añorada burbuja, es ahora solo otra ruina más como la propia discoteca, e igual que la Gran Ola ha dañado la base de la colina sobre la que se alza El Observatorio, también nuestras memorias se descascarillan y oxidan, dañadas por el paso del tiempo, sin necesidad de que el aire, el polvo, el calor y la sal se conjuren en su contra.

Yo soy la primera en descender del coche, que estaciono con discreción entre la chatarra del antiguo aparcamiento a fin de que no destaque a primera vista, y también la primera en acceder al interior con la misión de peinar detenidamente sus tres plantas y verificar que allí podemos estar seguros.

Más allá de algunas ratas, de una serie de esqueletos mohosos distribuidos por las sucísimas pistas de baile y de las ineludibles huellas del resto de personas que por allí han pasado desde la guerra —hogueras, grafitis, rastros de orines y defecaciones—, no encuentro nada alarmante en sus estancias tomadas por la humedad y la herrumbre.

Cuando vuelvo a salir para comunicarles a los chicos la buena noticia, me encuentro con que Melvin está vomitando junto al coche, asistido por Senna.

—¿Ocurre algo? —pregunto inquieta.

El hijo de Ciric Klem se limpia la comisura de los labios con un paño de tela y esboza una sonrisa confiada.

—No, tranquila —dice reincorporándose como si nada hubiera ocurrido—. A veces me pasa cuando viajo en coche y hay mucho movimiento. Ya estoy bien.

Interpreto que su malestar quizás se deriva de la afección cardíaca que lo aqueja y callo para no volver a incomodarlo delante de su amiga.

Es la muchacha quien más me preocupa.

Sé de primera mano las horribles emociones que a una mujer la asaltan tras sufrir una agresión tan salvaje y violenta como la de Zeeman; lo sucia e inútil que una se siente por no haber sabido frenarla; la ignominia que, de manera inevitable, despierta en cualquiera que la haya pasado el tener que convivir con una culpa inmerecida y una rabia ya imposible de saciar.

No quiero ni imaginarme, así pues, lo que debe de estar pensando si a ello le añadimos el fatídico descubrimiento de haber sido infectada, aunque presupongo, al sorprenderla examinándose el rostro frente a uno de los espejos situados tras la barra principal, ya dentro del club nocturno, que no debe de ser algo tampoco muy agradable.

—Empiezo a ver ciertos tonos algo desvaídos —dice con una portentosa sangre fría mientras Melvin corre hasta la terraza atraído por los telescopios del balcón—. Esos tarados decían la verdad: estoy corrompida —concluye, si cabe, más descarnada—. Pronto solo seré una carga.

A través de las cristalerías se cuela una luz más bien tenue y crepuscular, pero me basta para apreciar que no ha mentido: un grueso cerco de color lechoso empieza a hacerse visible en la línea exterior de sus iris.

—Será mejor que no te obsesiones con ello —trato de cambiar de tema—. En estos momentos, la prioridad es reponer gasolina de alguna forma.

—Si estuviéramos en Monteburgo, no diría lo mismo. Los *rangers*...

—Ya no soy una *ranger* —le recuerdo señalando el hueco de la insignia en la pechera de mi

uniforme—, ni tampoco estamos en Monteburgo. El combustible, insisto, es lo prioritario ahora.

—Claro, ¿y de qué forma piensa obtenerlo, si puede saberse? Ese tipo era químico y seguro que no le resultó fácil dar con la clave. Usted solo es, o era, me da lo mismo, una mercenaria. La gasolina que pueda encontrar, en el caso de que lo haga, estará demasiado echada a perder. Han pasado casi quince años desde que todo se fue a pique.

Su desafección me descoloca. Creía que los recientes acontecimientos le suavizarían el carácter, o, por lo menos, que dejaría de verme como una enemiga. No comprendo por qué se empeña en sacarme de quicio, y, honestamente, tampoco me parece muy maduro enzarzarme con ella en una disputa.

Con los prismáticos en la mano, salgo yo también a la terraza y los uso para recorrer las ruinas del pueblo, desde la distancia, en busca de alguna pista que me ayude a trazar un plan.

—¡Guau! —exclama Melvin no muy lejos de mí—. ¡Puede verse Saturno!

—Harías mejor mirando hacia abajo —respondo cortante—. Si no hallamos pronto alguna fuente de combustible, Zeeman y los suyos podrían rastrear nuestras huellas y darnos alcance.

El chico deja el telescopio en paz, entrecierra los ojos con extrañeza y dirige su mirada escrutadora hacia el valle arrasado. Algunos segundos más tarde, recoge una de las muchas botellas que hay a sus pies e inspecciona exhaustivamente la etiqueta.

—Según mi guía, Solázalos era famoso por sus destilerías de caña de azúcar —indica inspirado por el logotipo de la marca: Ron Laval—. La que ha fabricado esto no debería estar muy lejos.

—¿Pretendes hacer funcionar un *buggy* con ron?

—No exactamente con ron —matiza Melvin, didáctico—. Las bebidas alcohólicas carecen de la graduación necesaria para servir de carburante a un coche, pero es justo en las destilerías donde se les rebaja esa graduación. Si encontramos una planta de destilado y alguno de los tanques donde almacenan el etanol creado por la fermentación de la caña sigue en pie, quizás podamos volver a poner ese *buggy* en marcha. De acuerdo con lo que he aprendido sobre mecánica por medio de los antiguos maestros, no es lo más recomendable para el motor, pero, de todos modos, puede funcionar.

El planteamiento del muchacho me coge a contrapié. En Monteburgo ya vi alguna vez alimentar generadores con mezclas caseras de etanol y otros crudos no tan escasos y difíciles de producir. Es razonable pensar que su idea pueda surtir efecto. O incluso que el etanol acabe siendo un combustible de mayor estabilidad que el refinado de algas usado por el propio Zeeman.

—Hagamos una cosa, entonces —le digo al muchacho, todavía admirada por su ingenio—: yo bajaré al pueblo para explorar esa destilería y vosotros os quedaréis aquí, sin encender luces ni hacer ruido, hasta que regrese con el carburante. No uséis los radiotransmisores bajo ningún concepto si no queréis que nos detecten, y, por si acaso, dejad a Nan en el balcón. Si lo escucháis gañir con insistencia es que se aproxima alguien. ¿De acuerdo?

—Y no puedo... —propone Melvin timorato—, ¿no puedo ir también con usted?

—Podrías, pero creo que por hoy ya has demostrado de sobra tu valía. Además, alguien tiene que cuidar de Senna después de todo lo que ha sucedido, ¿no te parece?

El joven afirma con la cabeza, honrado por mi cumplido, y desenfunda el arco solícitamente como para rubricar su compromiso.

—Así lo haré —asegura—. Nadie entrará aquí sin permiso, se lo prometo.

En torno a las cuatro de la madrugada, desciendo risco abajo en dirección al pueblo. Una de las páginas del libro de Melvin, en la que hay impreso un pequeño mapa de la zona, me sirve de

guía entre la oscuridad y los escombros.

Todo está tan hecho pedazos que ya ni a las alimañas se las ve muy interesadas en querer vivir allí.

El murmullo del viento sobre los cascotes, el ulular distante del mar contra la costa devastada y el crepitar de mis propios pasos por encima de la alfombra de pedruscos, tablones y barro reseco es cuanto se puede escuchar por todo el enclave.

Ninguna figura que no sea la mía propia se mueve en mitad del inquebrantable monumento a la desolación. Y vaya por delante que es mucho mejor así. Un desplazamiento inadvertido, una sombra furtiva o un rumor improcedente podría ponerme en aprietos en un entorno tan escarpado. Sobre todo ahora que me he quedado sin pistola de bengalas.

No pasa nada de ello y consigo llegar hasta la destilería sin mayores incidentes.

Por comparación con el resto de los edificios cercanos, la planta ha resistido relativamente bien el embate del maremoto y la posterior decadencia de todo el área: una buena sección de sus paredes sigue aún en pie, el tejado no se ha derrumbado por completo y sus instalaciones continúan siendo hasta cierto punto reconocibles. El chirrido del rótulo de la entrada, que pende de la pared plagada de grietas con la misma volubilidad quebradiza que todo lo que aún se niega a morir en la isla, así lo corrobora.

Tomo aire, desenvaino el bardiche y me interno con cautela en el emplazamiento.

El suelo de madera, parcialmente vencido por la carcoma y la humedad, cruje al recibir el peso de mi cuerpo. No veo casi nada porque la estropeada techumbre impide que la luz de la luna haga su trabajo, de modo que tengo que encender la linterna. Cuando esta se ilumina, algunos murciélagos aletean temerosos y huyen a través de los huecos del tejado.

No hay mucho que me pueda servir en este primer piso, destinado más bien a funciones administrativas y tareas de gestión y atención al público. Las dependencias centrales deben encontrarse en las plantas inferiores...

Diligente, bajo por las decrepitas escaleras del mostrador de recepción tratando de hacer el mínimo ruido posible. Algo en las profundidades, no obstante, reacciona a mis pisadas con un clamor estrangulado. Me pongo en guardia. No sé de qué puede tratarse ni tampoco quiero averiguarlo, aunque no voy a tener más opción que descubrirlo si quiero hacerme con el combustible.

Acaricio mi revólver con la mano, sin quitármelo del cinto, y retiro el cierre de seguridad de la cartuchera y el dispositivo de bloqueo.

En el segundo piso, la falta de luz es casi sofocante. Un movimiento pausado de muñeca me sirve aun así para descubrir que entre el enmohecido desbarajuste quedan todavía algunos alambiques de cobre en pie. Y algo más allá, en la negrura de donde antes ha surgido el sonido, también localizo varios tanques de diferentes dimensiones volcados sobre el lecho de fango seco.

No puedo arredrarme ahora. No con Melvin y Senna desprotegidos en El Observatorio. Yo los he metido en este maldito enredo. Lo mínimo, lo único tolerable y decente es tener el valor de plantar cara a mis miedos por ellos. Debo obtener ese etanol como sea. Y cuando digo como sea, quiero decir que no estoy dispuesta a que ningún ruido subrepticio me impida hacerme con él.

Sigo adelante.

No mucho después de ello, me agacho frente a uno de los tanques tumbados y golpeo su superficie con los nudillos para ver si hay algo dentro. Suena a hueco. Esta simple acción, sin embargo, despereza a lo que sea que se oculta en las tinieblas y escucho otro bramido rugiente. Por instinto, apunto el haz de mi linterna hacia el fondo de la galería. Allí veo el contorno borroso de un par de ojos de gran tamaño y también varios colmillos enormes y babeantes. El

dato positivo es que los primeros no presentan ningún rebozo blanquecino sobre ellos; el negativo, que pertenecen a algún tipo de gran cuadrúpedo peludo. Si no me equivoco, a un oso pardo.

La fiera se encuentra junto a un tanque de plástico dañado por sus zarpas. De él emergen, a través de una serie de irregulares hendiduras, varios chorretones de melaza.

Estoy tan aterrorizada que no me atrevo ni a respirar.

En los días previos a la Gran Ola, los osos pardos solo podían encontrarse en las Montañas del Norte y se consideraban prácticamente en extinción. Supongo que, ahora que somos nosotros quienes nos extinguimos, algunos de ellos han decidido dejar atrás su hábitat natural para nutrirse de la basura que hemos dejado diseminada por la isla.

Saber que tengo algo en común con el animal, por alguna razón, me ayuda a manejar mejor el pánico.

—Tranquilo —susurro deponiendo mi bardiche y echándome a un lado para evitar que me tome por un enemigo—, no quiero hacerte daño.

El oso responde a mi muestra de buena voluntad con un progresivo apaciguamiento. Quizás haya entendido el mensaje...

Inconvenientemente, tropiezo contra algo que me hace caer encima de unos bidones de metal y levantar un gran alboroto. Desde el suelo, veo cómo la corpulenta silueta del animal inicia un trote de similar estrépito hacia mi posición. Casi no me da ni tiempo a apartar la cara cuando su boca de aliento entre dulce y biliar proyecta contra mí un rugido espeluznante.

Todo lo que sea tratar de hacerle frente es una batalla perdida, por lo que me limito a cerrar los ojos y a apretar los dedos en torno a mi colgante.

Varias gotas de pringue salido de sus fauces me caen sobre las mejillas. Tiemblo. Palpito. Noto el sabor de mi propio sobrecogimiento estrechándome la garganta. Solo al término de una tensa y hierática confrontación vuelvo a abrir los párpados y veo que el plantígrado se calma y adopta una postura algo menos agresiva.

Nuestras miradas se superponen en el vacío de la destilería como las trayectorias de dos estelas en la noche. Vuelvo a pensar que no somos dos seres tan diferentes, ya que la necesidad, el miedo y la incertidumbre son los mismos en sus pupilas que en las mías. El oso se muestra de acuerdo con este dictamen y, pasado medio minuto, renuncia por fin a liquidarme y abandona el edificio por las escaleras.

Puedo examinar algo más de cerca los bidones contra los que he trastabillado. Están repletos de destilado de caña de azúcar sin procesar.

Las manos todavía no me obedecen del todo bien conforme lleno con el codiciado líquido las tres garrafas que he traído conmigo, pero me las arreglo igualmente para colmarlas y regresar con ellas a lo alto del risco sin que ni el cansancio ni el dolor de huesos consigan minar mi ánimo.

—Faris —dice la voz de Senna desde el transmisor, a muy pocos metros de la entrada—, debe darse prisa, es Mel.

Como estoy ya casi en la discoteca, y además tampoco quiero que ningún oyente indeseado nos detecte, opto por guardar silencio y no hablar con ella hasta alcanzar el club.

Lo que veo nada más llegar a la pista central anula de súbito todas mis ganas de recriminarle a Senna que haya usado el canal para ponerse en contacto conmigo. Es más que evidente, por el charco de vómitos de sangre que hay junto al sofá en el que un sudoroso y tiritante Melvin se halla tendido, que se ha visto forzada a ello.

—Empezó hará cosa de media hora —revela muy agitada—. Creo que ha sido culpa mía...

Me preguntó si creía que las cervezas del almacén estarían aún en buen estado y tomamos un par mientras mirábamos las estrellas con los telescopios. Luego empezó a devolver y a convulsionar y... ¡Dios!, ¡tenemos que hacer algo!

—¿Cerveza?, ¿qué os he dicho sobre el alcohol? ¡Sois menores de edad!

Melvin levanta la mano derecha y remanga su camisa hasta dejar al descubierto parte del hombro del mismo lado.

—No es la cerveza —dice jadeante—. Es..., es esto... —Enseña el rasguño producido horas antes por el roce del arpón de los seguidores de Zeeman. La herida se ha entumecido, ennegrecido y llenado de pus hasta formar algunas ampollas en torno a ella. De sus aberturas parten en todas direcciones, igual que las raíces de una planta cultivada en el averno, varias decenas de vetas negras y estriadas sin rumbo definido.

La recolectora de basura me interpela con angustia y percibo en sus ojos enrojecidos un claro ensanchamiento de la palidez de sus iris.

Pese a que la fina línea del amanecer comienza ya a materializarse en el horizonte, no parece que la noche vaya a darse por vencida tan fácilmente.

18 DE AGOSTO

Expansión multipolar

Serie matemática que representa una función dependiente de los ángulos polar y azimutal de las coordenadas esféricas y permite aproximar el campo electromagnético o gravitatorio de masas o cargas complicadas.

This mess we're in, PJ Harvey & Thom Yorke.

El Gobierno regional de Monteburgo, teóricamente en dependencia directa del central, declaró su apoyo a la cronointervención el mismo día de mi visita a la residencia de Cecilia Alic.

La discrepancia política entre ambos territorios, que guardaba relación con la secular rivalidad de ambas ciudades, causó un exacerbado tumulto por todo el país y, en virtud de este corrimiento de fuerzas políticas, Ardra quedó fracturada en tres sectores: la región de Punta Allende, al este, sede del Parlamento nacional y contraria a la cronointervención; la región de Monteburgo, a trescientos sesenta y cinco kilómetros de distancia, en el extremo oeste del país, como principal valedora de la alternativa contraria; y atrapada entre ambas, con una superficie mayor que la de los otros dos territorios juntos, la región de La Franja, demasiado dependiente de uno y otro bando como para tomar partido por ninguno.

Ya la jornada en que la división se consolidó numerosos monteburgueses desembarcaron en Punta Allende con objeto de protestar contra el Gobierno, y este, dado que las concentraciones contaron con el apoyo de la oposición —y volvieron a cobrarse nuevos y turbulentos disturbios por toda la ciudad, como las anteriores—, tomó la determinación de bloquear temporalmente el acceso a la capital a quienes no justificaran su presencia en ella por motivos de carácter laboral o familiar.

Con ello se pretendía atenuar el aumento de la crispación, pero, en su lugar, lo que el Gobierno consiguió fue que el pueblo se sublevara aún más y que la ley marcial empezara a sonar como única solución para preservar el orden.

Ni que decir tiene que esto trajo todavía más inestabilidad a la ciudad en muy pocas horas.

Algunos negocios, como Make My Day Media, decidieron cesar su actividad hasta que las aguas volvieran a su cauce; numerosos particulares, siguiendo el ejemplo de Cila y de su marido, se lanzaron a hacer las maletas y a marcharse a otros países; y, mientras ambas facciones seguían peleándose por las calles y los rumores sobre los excesos de unos y otros —más siniestros en el caso progubernamental, a juzgar por los que habían llegado hasta mis oídos— se extendían por toda la urbe junto a las revueltas, Noel seguía sin cogerme el teléfono y yo sin encontrar una forma segura de abandonar la ciudad para encontrarme con él, si era que realmente se escondía en la granja de sus padres, claro.

No se me ocurrió nada mejor para salir de dudas que hacer de tripas corazón y pasarme por casa de Natan con vistas a pedirle que me prestara su motocicleta.

Mi amigo no formuló demasiadas preguntas porque ya se imaginaba para qué iba a

necesitarla y porque sabía que eso podría molestarme. En su defecto, lo que hizo fue poner como condición que solo me cedería el vehículo si le permitía acompañarme hasta mi destino, fuera cual fuera, en calidad de piloto.

Natan veía a Noel como a una suerte de inoportuno e entrometido adversario, de ahí que no le cayera demasiado bien. Con todo, le tenía mucho respeto en el plano intelectual y coincidía con él respecto a la necesidad de prevenir el desastre, una creencia que incluso lo había llevado a participar activamente en algunas protestas en contra del Gobierno.

Esta fue la razón por la que accedí a que me llevara en moto hasta la granja a través de una serie de oscuros senderos rurales.

A unos treinta kilómetros de la ciudad —sus conocimientos del terreno y su veteranía a los mandos del vehículo evitaron que nadie nos interceptara durante el trayecto—, Natan detuvo la motocicleta bajo unos árboles, se quitó el casco y me ayudó a descender también a mí.

—El sitio que buscas está ahí abajo, al doblar la curva —anunció respetuoso a la par que preocupado—. ¿Estás segura de que no quieres que te acompañe?

En absoluto lo estaba, pero tampoco quise importunarlo más porque intuía que aquello no debía de ser algo agradable para él. Al fin y al cabo, tenía más papeletas de que me pasara algo malo en Punta Allende que en una granja abandonada, y, en el peor de los casos, podría incluso beneficiarme de haber dejado todo ese caos atrás para regresar a Monteburgo y refugiarme allí con mi padre y mi hermano, quienes no paraban de telefonear alertados por el deterioro de la convivencia en la capital.

—No te preocupes, ya me encargo yo a partir de aquí —le dije a Natan con gratitud—. Te llamo en cuanto regrese, ¿vale? Intenta no meterte en líos hasta entonces, por favor. Tenemos una película pendiente.

—¿Solo una película? —bromeó mi colega no tan de guasa como podría parecer, pues a ninguno de los dos se nos escapaba que en ese tipo de chascarrillos anidaban a veces muchas más verdades de las que a primera vista se intuían.

—Una película y tal vez una cena —le seguí el juego por no herir sus sentimientos—, aunque solo si evitas volver a ponerte en peligro sin necesidad. Anda, márchate antes de que te vea alguien.

A modo de despedida, le di también un beso en la mejilla. Cuando el vehículo desapareció al final de la misma senda oscura por la que había llegado hasta allí, comencé a andar en dirección a la granja guiada por el resplandor de la pantalla de mi móvil.

La piel se me puso de gallina a mi paso por la carretera sobre la que en algún momento del pasado —o del presente continuo, como le gustaba decir a Noel— aquel autobús había arrollado a su hermana Ada. Un estrecho y sinuoso sendero de grava descendía desde la calzada hacia una cancela de madera tras la cual se encontraba el terreno heredado por el científico.

La finca estaba compuesta por una residencia central de estilo muy rústico, tres o cuatro cobertizos destinados al almacenaje de herramientas y varios corrales y terrenos de cultivo en desuso.

Uno de los rediles, cuya puerta abierta se balanceaba con un suave chirrido bajo la luna, era el que antaño había albergado a las aves indirectamente responsables del atropello de Ada. Su tétrico bamboleo intensificó mi desasosiego, solo contrarrestado en parte por el alivio de constatar que había luz en varias de las ventanas de la sección inferior de la casa.

La balanza volvió a desnivelarse algo más adelante con un descubrimiento nada halagüeño: había dos todoterrenos aparcados junto a uno de los graneros; dos todoterrenos con el emblema del mismo ejército, me gustara o no, al que algunas de las historias que había escuchado en la

ciudad atribuían siniestros y atroces abusos contra quienes participaban en las revueltas o las incitaban.

Según me fui acercando a la casa —no sin antes detenerme frente al gallinero para cerrar bien la puerta—, escuché además algunos gritos y golpes procedentes de la planta baja. Era algo que tampoco podía considerarse muy prometedor, de forma que me pegué a la puerta de la fachada lateral, con el ritmo cardíaco y respiratorio ya desbocados, aguardando a tomar una decisión sobre qué debía hacer: si quedarme allí quieta como una cobarde hasta que todo pasara o acceder a la vivienda para asegurarme de que nadie violara los derechos de Noel.

Hasta ocho soldados salieron del interior del edificio para ahorrarme el dilema. No pude oír bien qué decían, pero sí que pude percibir claramente las risas de algunos de ellos en su camino hacia los vehículos.

Escondida detrás de un montón de leños mohosos, esperé a que se marcharan de la granja y entré a toda prisa en la casa.

—¡Noel! —exclamé al toparme con su cuerpo semiinconsciente al pie de la chimenea de la sala—, ¿qué te han hecho?

La pregunta era retórica, ya que el físico se encontraba aún demasiado aturdido para responder —tenía el labio medio partido, un ojo morado y una brecha en el parietal de la que manaba un buen caudal de sangre— y a la vista estaba que aquellos hombres habían abusado así de él para dejarle un recado no menos incontrovertible.

El añadido de que algunos componentes del cronotransmisor yacieran sobre el suelo en un estado incluso peor que el suyo y otros descansaran sobre la mesa del salón con su chispeante circuitería al aire reforzaba el mensaje de una manera muy gráfica.

Pese a todo, flexionó los labios en cuanto me reconoció.

—Sira, ¿eres tú?

—Me temo que sí —ratifiqué con cierta timidez—. Siento haber tardado tanto.

—Oh, cielos. No deberías estar aquí...

—Esa sonrisa que acabas de dibujar parece que discrepa. —Lo sostuve en el regazo para limpiarle las heridas con un trapo húmedo—. ¿Por qué demonios no me has cogido el teléfono?

—Mis errores son mis errores —dijo dolorido—. Sería egoísta poner la vida de nadie en la picota por no asumirlos. Y más cuando tú... —vaciló a continuación—, tú no respondiste tampoco a mis llamadas. Hace días que te envié un paquete..., un paquete importante.

—Lo sé. —Sonreí yo también al tiempo que le mostraba el colgante oculto sobre mi pecho—. Tardé días en ir a recogerlo, pero lo recibí, tanto el paquete como tu mensaje. No estaría pulsando ningún interruptor en caso contrario.

Noel elevó la mano y me rozó la piel de la cara con ella. Su rostro estaba lloroso de alegría.

—Me alegro de que lo hayas hecho, no sabes cuánto —dijo rehén de una honda emoción—. Y lamento... —deglutió con pesadumbre una densa mezcla de saliva y sangre—, lamento no haber tenido más en cuenta tus consejos. Nunca debí convocar a los medios ni reunirme con la oposición. Esos politicuchos miserables no buscaban salvar ningún futuro, solo desposeer al Gobierno de su presente. Algunos ni siquiera creen en que Fox Sierra sea real. Fui un estúpido creyendo en ellos, un imbécil por haberte dejado de lado de esa forma tan arrogante. Y ahora todo Punta Allende está pagando por mi necedad, ellos incluidos.

—Olvídate de eso y respira. Necesitas asistencia médica.

—No, nada de médicos. —Noel me arrebató el móvil con la mano ensangrentada—. Solo son unos cuantos golpes, puedo resistirlos.

—¿Cómo vas a resistir nada? Esos tipos te han dejado para el arrastre.

—No tanto como creen. —Se sujetó a mi brazo para ponerse en pie con dificultad—. Si he venido hasta aquí sin decirle nada a nadie, sin ni siquiera despedirme de ti o de mi..., de mi propio hijo, se debe solo a dos razones: a que en todo momento mi prioridad ha sido protegeros y a que siempre he sabido que, más tarde o más temprano, pasaría esto. —Me usó como báculo para llegar hasta las piezas humeantes y destrozadas del cronotransmisor—. ¿Recuerdas lo que te dije cuando nos conocimos sobre los trucos y la apariencia de verosimilitud?

—Con cuidado, vas a hacerte daño.

—Dime, ¿lo recuerdas? —Agarra algunos cables quemados y los observa con una mueca divertida y ladina.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues esto que tienes delante es mi mejor truco hasta la fecha —se vanaglorió—, un truco, para más señas, que esos asilvestrados no han visto venir y que tú, la verdad sea dicha, tampoco deberías estar viendo, pero que nos concede a todos una segunda oportunidad. Quizás ahora que has regresado puedas echarme una mano para que no volvamos a malograrla.

—¿De qué estás hablando, Noel? Deja que llame a una ambulancia, por favor.

—No —porfió el científico arrojando los cables al suelo con regodeo—. Es mejor que nadie sepa dónde estoy, que crean que sus golpes y bravatas han funcionado, que piensen que han ganado su estúpida batallita.

Una oleada de estupor me heló la sangre frente a los componentes machacados de la máquina. Aunque no resultaba fácil apreciarlo por la entrega que los soldados habían puesto en aplastarlos, estos no eran exactamente los mismos con los que yo me había familiarizado desde mi primer contacto con Fox Sierra.

Algunos ni siquiera parecían muy reales...

—Construí un señuelo tan pronto como me di cuenta de que Lorah y su camarilla no eran de fiar, cuando las cosas empezaron a ponerse feas —relató Noel sin que la sangre que seguía manando de la herida de su cráneo le importara lo más mínimo—. No es una reproducción fidedigna, pero creo que ha dado el pego casi tan bien como ese reductor de canas que por ahí afirman que uso.

—¿Y dónde está la máquina original? —pregunté ignorando su chanza.

Noel descargó de nuevo parte del peso de su cuerpo sobre mí y se impuso al mareo que lo desequilibraba para forzar con sus labios amoratados otra sonrisa.

—En el último lugar donde alguien esperaría encontrar a un científico. —Orientó su enigmática mirada turquesa hacia la mía—. ¿Crees que podrías ayudarme a aprovechar la segunda oportunidad que he mencionado antes y llegar hasta allí?

—¿A qué te refieres con segunda oportunidad, a Fox Sierra o a lo nuestro?

—Fox Sierra y lo nuestro son la misma cosa, ¿es que no te das cuenta?

—Me doy cuenta de que sigo queriéndote y de que no deseo volver a perderte ahora que te tengo de nuevo a mi lado —confesé ajena a mi propio rubor—. Si de verdad quieres protegerme, salvar el mundo, has de aceptar que ya es tarde para solucionar nada. Lo dijiste tú mismo frente al Parlamento y puede que tengas razón: no es posible frenar aquello que está destinado a ocurrir.

—Esa es una hipótesis muy arriesgada que nadie ha podido demostrar todavía —objetó Noel con un quejido de dolor—. A estas alturas, ya deberías saber que a veces digo muchas tonterías por miedo a expresar lo que no siempre me atrevo a decir.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa lo que tú y yo queramos que signifique. Tal vez el libre albedrío, como el tiempo, solo sea una ilusión, pero es nuestra ilusión, y no permitiré que nada ni nadie nos la

arrebate, ni siquiera mis propios conocimientos.

La puerta del gallinero, que había vuelto a soltarse por causa del viento, chirrió desde el exterior justo en el instante en que Noel ya no pudo más y tuvo que sentarse de nuevo para no desfallecer. Con ternura, lo abracé por la espalda hasta embriagarme como nunca antes con el aroma de sus cabellos.

—Está bien. Iré contigo a ese lugar.

Momento angular

Magnitud vectorial que describe el estado de rotación de los cuerpos alrededor de un punto fijo y cumple un rol análogo al momento lineal en las traslaciones.

The sound of silence, Disturbed.

La salud de Melvin empeora a cada segundo.

Su piel sigue estando pálida y envuelta en sudor, sus músculos no dejan de temblar —a ratos, también de convulsionar— y ni los antieméticos y antiinflamatorios que hemos encontrado durante nuestra visita a las ruinas del antiguo centro médico de Solázalos han conseguido frenar sus náuseas, sus vómitos o el feroz entumecimiento de su hombro.

De acuerdo con lo que el propio joven logra murmurar entre espasmo y espasmo, vamos a necesitar algo más si queremos salvarle la vida, claro que antes tendríamos que saber a qué clase de veneno nos enfrentamos.

Mi teoría, por lo poco que conozco de Newton Zeeman y de sus seguidores, es que debe de estar sufriendo los efectos de algún tipo de toxina marina, bien extraída de un pez, medusa, molusco o similar, bien extraída de un alga.

En los viejos tiempos, estos cuadros acostumbraban a tratarse con una mezcla de antisueños polivalentes y betabloqueantes. Nuestro principal quebradero de cabeza es que no hay manera de dar con estas medicaciones entre los cascotes del ambulatorio, y lo que resulta todavía más alarmante: la primera de ellas jamás ha formado parte de los inventarios habituales de ninguna farmacia del país, lo cual reduce muchísimo las opciones de que hallemos un vial considerando que las boticas de Ardra han sido en su mayoría saqueadas y que el hospital más cercano se encuentra en Monteburgo.

Es otra vez el chico quien me saca las castañas del fuego al mostrarme uno de los libros que lleva encima. En las páginas centrales del volumen puede verse la colorida fotografía del vecino Water Haven Park, en su época, el parque acuático más popular de toda Ardra gracias a su exitosa y original mezcla de atracciones tradicionales y actividades a pie de playa.

A juicio del muchacho, cuyas lecturas le han proporcionado casi más conocimientos acerca del mundo de antaño que los que muchas personas que en su día habitaron en él atesoran, allí debería de haber algún tipo de puesto médico destinado a tratar las emergencias de los visitantes, incluyendo eventuales intoxicaciones y envenenamientos.

La idea no está mal tirada, así que piso el acelerador del *buggy* con el objetivo de que lleguemos pronto hasta el parque.

Cuando ya el sol se ha consolidado sobre la bruma húmeda, aparcamos por fin al pie de los escombros musgosos y polvorientos del complejo. Melvin, para entonces, apenas logra mantener operativa su consciencia.

Entre Senna y yo transportamos su cuerpo casi letárgico hasta el solárium de la zona de

ingreso, junto al hueco enfangado y lleno de inmundicia de la piscina de mayor tamaño. De allí parten una serie de ramales resquebrajados por la erosión que comunican en pendiente con los restos de las viejas atracciones, cerca de dos docenas de intrincadas estructuras plásticas a medio descomponer, todas ellas tan sucias e invadidas de vegetación como el resto del litoral.

—Quédate tú con él —le digo a la basurera tras acomodar a Melvin sobre una de las tumbonas que todavía quedan por ahí, ponerle algo de abrigo por encima para que no pierda calor y liberar a Nan a fin de que nos alerte desde el aire, si procede, de la presencia de intrusos—. Ya voy yo a por ese antisuero.

Ella interpone la mano para impedir que me marche. La decoloración de sus iris se ha acentuado bastante desde el día anterior y, además de que el trazo rojizo en torno a ellos también ha ganado volumen, ya empieza a percibirse en sus facciones una cierta pérdida de tersura.

—No —rechaza en voz baja, autoritaria—. Yo lo haré.

—Dudo que él prefiera estar conmigo tal y como pinta todo —digo cuidando también de que Melvin no me oiga—. Ese chico te adora.

—¿Qué insinúa?, ¿que yo no le tengo cariño? —se enfurece Senna de sopetón—. Usted sabe más de primeros auxilios que yo, eso es todo —alega algo menos beligerante—, eso y que tampoco quiero que él me vea a mí así, ¿vale?

Hay algo de cierto en lo que dice, no lo cuestiono, pero intuyo, por la opacidad culpable de su forma de hablar, que más bien lo que no quiere es verlo a él morir.

—De acuerdo —transijo para calmar sus ánimos—. Yo me encargo.

La chica echa un último vistazo a Melvin y desenfunda su *katana*. Tiene los ojos empañados por una especie de llanto invisible.

—Será mejor que cuide bien de él —me advierte mientras su amigo, ahora ya medio dormido, se revuelve quejumbroso sobre la mugrienta tumbona—. No quiero sorpresas cuando regrese con ese vial.

Yo me siento junto al muchacho con el propósito de enjugarle el sudor y tengo que hacer un férreo ejercicio de autocontención para que no se me salten las lágrimas.

La temperatura de su frente está disparada.

En tiempos, Noel debió de ser alguien de carácter muy parecido al del hijo de Klem. La inocencia revoltosa que ambos comparten —y que también Asa compartía con ellos—, multiplica mi pesar por la suerte de los tres como un soplido aviva un fuego.

—No esté triste —murmura de pronto el joven entreabriendo los párpados—. Aunque todo esto termine aquí para mí, habrá merecido la pena.

—Nada va a terminar aquí para nadie —le respondo asombrada porque todavía sea capaz de mantener una conversación coherente—. Encontraremos lo que necesitamos y te pondrás bien, ya lo verás.

Melvin me brinda una esforzada sonrisa y lanza una ojeada absorta a su alrededor.

—Este sitio tuvo que ser maravilloso antes de que todo se fuera al traste —dice con la alegría atemporal de quien ya se sabe más cerca de un plano de la existencia que del otro—, toda esta zona tuvo que serlo en su tiempo.

—Sí —asevero contagiada por su melancolía—, lo fue.

—Sigue siéndolo en cierto modo —prosigue el chico—; igual que la terraza del club de anoche, que el mirador donde nos detuvimos al inicio, que la librería del centro comercial... —Realiza una pausa para toser y dejarse zarandear por otra descarga de involuntarias contracciones—. Nunca habría llegado a ver ninguna de esas cosas sin usted. Le doy..., le doy las gracias por ello.

Era algo casi obsceno que Melvin estuviera empleando tanta energía en hablar así. Mi único mérito, de existir, residía en haberlo incitado a seguir adelante, a curtirse y a encarar las dificultades con mayor madurez de la que le correspondía solo para acabar luchando por cada bocanada de oxígeno entre los desechos de un parque acuático olvidado de la mano de Dios.

—No tienes nada que agradecerme —digo apenada—. Intenta descansar hasta que tu amiga vuelva.

—Ella no la odia, ¿sabe? —musita el joven después de rearmar su sonrisa sobre la comisura discontinua de ambos labios—. Solo ha tenido una vida muy dura. Eso hace que a veces no sepa cómo lidiar con algunas personas y parezca un poco arisca, pero, en el fondo, la admira y la valora. Igual que yo.

—No soy una persona admirable, ni mucho menos. —Lo arropo de nuevo con mi abrigo, como a un hijo—. Ahora, te lo ruego, trata de reposar un poco.

—Lo haré siempre y cuando me prometa que llegará usted hasta Punta Allende y le enseñará a Anne la bahía por mí. Y también... —saca como puede, del bolsillo trasero del pantalón, su arrugado diario—, también que le dará esto para que ella continúe el viaje por mí y que usted no lo leerá hasta que esté completo.

La candidez de su petición vuelve a inspirarme una ternura casi tan irresoluta como condescendiente.

—No me mire así —desaprueba él, consumado un largo silencio—. He visto sus ojos y sé lo que implica. No obstante, todavía queda tiempo. —Tose y tiembla una vez más antes de seguir hablando—. El ratio de progresión de la enfermedad suele ser de un día a cinco años dependiendo de la temperatura y otros factores de incidencia. Anne tiene diecisiete recién cumplidos; con un poco de prisa, es perfectamente posible.

—También lo es que regrese en unos minutos con el antisuero y podamos ver ese atardecer los tres juntos, sea en color o en blanco y negro —le comunico para tratar de insuflarle algo de optimismo—. No tires la toalla tan pronto.

—Nada es descartable —ríe él entre carraspeos—. Le pido, de cualquier modo, que, en caso de que no sea así, le cuente a mi madre que no tuve miedo, que supe estar a la altura, que me fui como un hombre valiente pese a haber vivido durante años como un niño asustadizo.—Su semblante sudoroso se endurece de rojo—. Y, en especial, que la quiero y que debería marcharse ella también en lugar de seguir aguantando al imbécil de mi padre. ¿Podría hacer eso por mí?

—Primero tendré que sobrevivir yo misma, pero sí, intentaré decírselo.

—Ese es el espíritu. —El chico despliega otro gesto de contento—. Ya solo queda que me diga a mí una última cosa...

—¿De qué se trata?

—El final de su película, la de los naufragos —enuncia con timbre ahogado—, ¿ella está viva o muerta?

—Un buen amigo mío diría que las dos cosas al mismo tiempo y ambas por separado —recito amargamente—. Ya sabes lo que pienso sobre las certezas.

—Y, sin embargo, existen —repite el chico—; bellas y no del todo precisas, como a usted le gustan, pero ahí están. —Sucumbe a otro ataque de tos que lo apremia a abreviar y a incurrir en otro estado de aguda febrilidad—. Nunca lo olvide.

Vuelvo a limpiarle el sudor y a arrebosarlo bien en la ropa.

La pena y la impaciencia han hecho que comience a encontrarme bastante agitada, de modo que me enciendo un cigarro para canalizar el nerviosismo y aguardo a que Melvin se calme

también. Nan, que no ha descubierto nada llamativo desde lo alto, aterriza sobre mi guante con un tenaz encaje de sus garras para velar conmigo al muchacho.

—Buen trabajo —felicito al halcón proporcionándole su reglamentaria tajada de carne de roedor—. ¿Qué haría yo sin ti? —Aliso su plumaje moteado mientras la devora.

Anne Senna reaparece en la plaza cumplidas casi dos horas y media. Su piel y su ropa están aún más sucias que de costumbre. Y aunque no me dice nada directamente, leo de manera inequívoca en su faz golpeada por el fracaso que no ha encontrado lo que buscaba.

En todo ese intervalo, las constantes de Melvin se han degradado tanto que ya solo una frágil y deshilachada hebra de vigor, como la que se necesita en ocasiones para poner en pie los milagros más improbables, lo mantiene unido a la vida.

La chica se ve muy afectada por ello y a punto está de desmoronarse frente a su sufrimiento.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta sin levantar demasiado el tono—. No tiene muy buen aspecto.

Me avergüenza estar abocada a transmitirle que ignoro cómo proceder, y por ello, probablemente, prefiero guardarme ese sinsabor para mí y no decir nada.

—¡Vamos, piensa! —se autoexige Senna embravecida—. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Tal vez si vuelvo a revisarlo todo...

Nan se adelanta a cualquier posible sugerencia por mi parte con un gañido intranquilo. El rumor de varios motores descuella en simultáneo por entre el manto de destrucción hasta arrinconar la quietud del desmantelado solárium.

A través de los prismáticos puedo ver cómo dos motos de agua acaban de atracar en la playa situada en el otro extremo del parque.

—¡No puede ser, nos han encontrado! —maldigo al reconocer a algunos de los lacayos de Newton Zeeman sobre ellas— ¡Aprisa, venid conmigo! —Guardo de nuevo los prismáticos y me acerco corriendo hasta la tumbona para desperezar a Melvin—. ¡Tenemos que regresar al coche antes de que suban y nos atrapen!

—No... —dice el chico, y me rehúye con un trémulo giro de cintura—. Nada de coches, solo dadme el arco y la pistola y dejadme ahí arriba. —Señala a uno de los deteriorados toboganes aledaños—. Yo me encargaré de ellos para que podáis huir.

—¿Qué?

—Haced lo que os digo —expectora resignado—, es la única forma de frenarlos.

—¡Ni hablar!, ¡no vamos a dejarte aquí!

—Ambas sabéis que ya... —Melvin vuelve a atragantarse con sus toses—, que esto ya no tiene remedio. Debéis aseguraros al menos de seguir adelante vosotras y conseguir que todo tenga un sentido.

—Desvarías. No estás en condiciones de luchar con nadie —le dice Senna.

—Quizás, pero puedo hacerlo igualmente. —Delata sus intenciones doblándose poco a poco sobre la hamaca—. Durante demasiado tiempo he tratado en vano de hacerme el héroe para impresionarte; déjame serlo de verdad aunque solo sea por una vez..., déjame escribir un buen final para mi película.

El ruido de los motores empieza a ser relegado por un barullo de voces cada vez más próximas y amenazantes.

—Melvin, no, por lo que más quieras, no nos obligues a...

—Enseguida estarán aquí —persevera el muchacho con pundonor. Si no os marcháis pronto, el viaje acabará para todos, y me parece que ese nunca ha sido el plan... Punta Allende os espera a ambas, lo sé. Solo tenéis que soltar algo de lastre para... —carraspea debilitado—, para

llegar hasta allí.

Anne Senna busca mi mirada como si tratara de encontrar en ella un asidero que justifique tomar la horrible decisión.

—Sujétate fuerte. —Me decido a izar al joven como único modo de no pensar en lo que me dispongo a hacer y poder tomarla yo misma—. Te llevaré hasta ahí arriba.

Su amiga y compañera, rota por el dolor, se une a nosotros y me asiste en la laboriosa tarea de apostar a Melvin en lo alto de la estropeada plataforma de plástico. Una vez allí, le hago entrega de su arco y de su pistola.

—Llegaremos hasta la bahía, Melvin, te lo prometo —desoigo la aflicción que me lacera por dentro para decirle al oído con una familiaridad impropia de mi etapa como *ranger*—. Nada de esto caerá en saco roto.

La chica se acerca también a él, lo observa de hito en hito sobrepasada por el desconsuelo y, cuando parece que va a darle un emotivo beso en los labios, lo estrecha entre los brazos para finalmente volverse de improviso, con un sollozo decaído, y echar a correr conmigo hacia donde hemos dejado aparcado el *buggy*.

—Buen viaje —escuchamos la endeble vocecilla de Melvin por el radiotransmisor casi al tiempo que nos subimos al vehículo—. Ha sido un honor llegar hasta aquí con vosotras...

La señal se pierde entonces de forma abrupta y ya todo son disparos, gritos y estremecidos desgarrones en el alma.

TERCERA PARTE

Seres en teoría extintos

21 DE AGOSTO

Conjetura de Mach

Hipótesis científica según la cual la inercia de cualquier sistema es el resultado de la interacción entre sus partículas y todas las demás partículas del universo.

That leaving feeling, Stuart A. Staples.

MI decisión de acompañar a Noel hasta Punta Allende para recuperar la máquina estaba sujeta a ciertas condiciones. Una de ellas fue que aguardáramos a que se recuperara lo suficiente de sus heridas; otra, que Noel tomara algunas precauciones con el fin de tratar de pasar lo más desapercibido posible, como cortarse el pelo y teñírselo con agua oxigenada, afeitarse la barba aun a costa de exponer la cicatriz que tanto le avergonzaba o cambiar su habitual indumentaria por algo deportivo; y la más importante de todas, que no se reservara nada para sí mismo e intentara mostrarse lo más sincero posible conmigo.

—Si vamos a hacer esto, necesito que volvamos a ser uno —le pedí después de rasurarle la barba en la bañera, con su cuerpo todavía magullado sobre el mío—; tenemos que aprender de nuestros errores, como dijo Nella Allen en la tele.

Noel se comprometió a ello y, durante parte de su convalecencia, volvimos a olvidarnos de que existía algo más relevante fuera de la granja que entregarnos al redescubrimiento de nuestro amor.

La dinámica fue otra vez muy parecida a la que ya habíamos experimentado al inicio en su apartamento: música, besos, caricias, confidencias, silencios cómplices, susurros afectuosos al oído, risas... Todo con el aliciente casi damocliano de que a lo mejor no tendríamos ocasión de volver a disfrutar de nada similar hasta que el país se estabilizara, lo cual nos llevaba a ambos a vivir cada segundo con un ardor, si cabe, más apasionado que el de nuestros primeros días juntos.

Mi padre se encargó de aguarnos la fiesta cuando dejó caer sin notificación previa, en una de sus habituales llamadas, que me convenía volver a Monteburgo, pues, según había visto en los informativos, Punta Allende estaba al borde de declarar el cierre perimetral e instaurar el toque de queda.

Entre su aviso y la puesta en práctica de ambas medidas no pasaron más que unas horas. Noel y yo, de este modo, tuvimos que regresar enseguida a la realidad para preparar nuestra incursión antes de que el marco jurídico pudiera derivar en algo peor, como la proclamación de la temida ley marcial.

Era imprescindible darse prisa.

Por desgracia, los soldados a sueldo del Gobierno habían pinchado todas las ruedas de su coche y perforado también el depósito como forma de mantenerlo alejado de la ciudad, y eso, según habían ido evolucionando los acontecimientos, solo nos dejaba dos alternativas: o recorrer el trayecto de regreso a pie, o usar para ello las viejas bicicletas de paseo que su familia tenía

guardadas en la granja desde hacía un montón de años.

Escogimos pedalear y, en la tercera tarde desde nuestro reencuentro partimos hacia la capital, campo a través, pese a que Noel todavía no se había restablecido del todo de sus lesiones.

—Tendré que reacondicionar la máquina antes de volver a ponerla en marcha —me dijo al salir tras entregarme unas cuantas herramientas de mano para que se las guardara en la mochila—. El núcleo ha sufrido algunos daños en el último traslado, pero tranquila, no debería llevarme más que un par de horas ponerlo todo a punto. A lo sumo tres.

A mí no me preocupaba tanto el tiempo que le tomara reparar el aparato como la posibilidad de que otros soldados nos sorprendieran infiltrándonos en la capital y esta vez no se contentaran con una simple paliza.

De acuerdo con mi padre, la insurgencia estaba empezando a organizarse en protesta por el anuncio de la destrucción del cronotransmisor. Si tal extremo terminaba confirmándose y nos confundían por rebeldes —o a Noel lo identificaban como el creador del invento de la discordia—, habría consecuencias.

El fallo de su plan era justo ese: que, por muy bien pensado que estuviera, no contemplaba que todo llegara a torcerse tanto. De lo contrario, habría ocultado el invento de la discordia en otro lugar, aunque la existencia de ese mismo riesgo, en honor a la verdad, era lo que hacía de su escondrijo una elección relativamente segura.

El mal estado de las bicicletas, en cualquier caso, no fue óbice para que consiguiéramos llegar sanos y salvos hasta la antigua estación de transporte de Arenera, a las afueras de Punta Allende, cuyas vías comunicaban con la parte vieja de la ciudad a través de un túnel abandonado entre ambos núcleos poblacionales.

Noel sostenía que ya casi nadie en la capital se acordaba de la existencia de ese acceso, y, en vista de su cochambroso estado de conservación y de lo escalofriante que resultaba transitarlo provistos tan solo con la luz de nuestros móviles, no era de extrañar que así sucediera.

Llegados al exterior, abandonamos las bicicletas en un rincón y nos preparamos para adentrarnos sigilosamente en las calles próximas al distrito portuario.

—A partir de aquí, todo son dragones —informó Noel con solemnidad sobre la misma línea divisoria—. ¿Estás preparada?

—He leído tu poema mil veces. —Saqué del bolsillo el papel doblado con la composición que él mismo me había escrito—. ¿Cómo no voy a estarlo?

El centro se encontraba mucho más tranquilo de lo esperado, hasta el punto de que era precisamente esa quietud lo único que marcaba la diferencia con respecto a un día normal. Noel me invitó a que lo siguiera y ambos emprendimos el ascenso hacia la parte menos histórica de la ciudad, formada por algunos vecindarios contruidos a partir de los años sesenta en torno a la extensa media luna de cerros y collados que delimitaban el perfil semicircular de la bahía.

Al rato, el dedo del científico se dirigió hacia lo alto, donde la noche no dejaba ver mucho más que sus propios claroscuros desdibujados contra el escorzo distante de una loma.

—Ya no queda mucho —notificó extenuado—, cinco minutos y ya.

Las luces de un vehículo se encendieron de manera intempestiva mientras atravesábamos la calzada de la siguiente calle. De él salieron, en perfecta sincronía, dos hombres enfundados en sendos uniformes del ejército. Uno de ellos llevaba un fusil en brazos; el otro, que iba también armado con una pistola reglamentaria, sostenía la correa de un perro bastante fiero en la mano.

—Documentación —dijo el primero, acercándose retador a nosotros.

Noel y yo nos miramos en tensión, sabedores de lo que aquel percalce podía entrañar, y comprendimos que negarnos a facilitarle los papeles no nos iba a servir de mucho. Antes bien,

corríamos el riesgo de meternos en un lío todavía peor.

—Sí, claro. —Le entregué mi tarjeta de identidad—. Aquí tiene.

El soldado se echó el fusil al hombro y asió una linterna de mano para estudiar la tarjeta a conciencia.

—¿Están ustedes al tanto de que no se puede circular por la ciudad de ocho de la tarde a diez de la mañana? —preguntó a renglón seguido, soberbio.

—Sí, lo estamos —contesté del modo más dócil y sumiso que pude, con la esperanza de que dejara de vernos como una posible amenaza y se olvidara de pedirle también a Noel la documentación—. Lo crea o no, nunca hemos pretendido saltarnos ningún horario. Y de no ser por los golpes que esos cronointervencionistas antisistema le han propinado a mi esposo, ya hace rato que estaríamos en casa. Se nos ha hecho demasiado tarde en el hospital, usted disculpe.

—¿Es eso cierto? —se avino muy serio el hombre.

—Así es. —Noel toqueteó el vendaje que yo misma le había colocado sobre la brecha de la cabeza—. Esos energúmenos no respetan nada ya...

Un agudo y distorsionado sonido de llamada zumbó en ese instante desde la radio del vehículo de los soldados. El militar al mando le indicó con un ademán a su compañero que acudiera a atenderla.

—Déjeme ver su carné —ordenó a Noel inmediatamente después.

El temor a que nos descubrieran se desbocó de tal modo dentro de mí que empecé a barajar la idea de hacer algo para evitarlo. Después de todo, el segundo recluta estaba ya dentro del vehículo y no nos prestaba mucha atención. Si yo me servía de ello —y de que su colega se mostraba más interesado en los papeles que en mí— para golpearlo a traición con alguno de los utensilios que llevaba en la mochila, tal vez tuviéramos alguna oportunidad...

Las manos me temblaron en el último momento, lastradas por el sentido común, y preferí no arriesgarme a que el otro tipo pudiera tirotearnos o lanzarnos al perro encima.

—¿Noel León? —dijo entonces el primer militar con un fruncimiento de ceño—, ¿como el científico?

Él, incrédulo, cabeceó como signo de aquiescencia, pero recobró a tiempo los reflejos para bromear:

—¿Qué le voy a hacer? El mundo tiene a veces un humor bastante negro.

—Ya veo, ya... —El soldado dejó que un amago de sonrisa cuarteara la gravedad de sus rasgos—. Hagan el favor de volver cuanto antes a su domicilio y de no saltarse las normas —falló magnánimo—, es peligroso pasearse por la ciudad a estas horas.

Desde su retirada hasta que por fin alcanzamos nuestro destino apenas transcurrieron quince minutos más. Resultaba difícil no interpretar aquel golpe de suerte como la prueba de cierto trato de favor por parte del universo al que pretendíamos salvar, e imagino que, debido a ello, ambos nos mantuvimos en un silencio casi monástico hasta que terminamos de coronar el promontorio de mayor altura del distrito —un risco colindante con los frondosos bosques exteriores a cuyos pies se extendía rendida toda la superficie de la ciudad— y Noel abrió el portón de acceso al único edificio que allí había con una llave dorada.

—Misión cumplida. —Empujó sus dos hojas chirriantes para desvelar la presencia de una iglesia entre la floresta—. Bienvenida a Santa Ana.

Con un viento suave alborotándome los cabellos, frente al hermoso y recóndito templo, me dije a mí misma que todos los obstáculos del camino habían valido la pena.

Invariancia de escala

Propiedad de aquellos objetos y leyes en los que la intensidad de las interacciones entre partículas no depende de su energía.

Back to the sky (sunrise session), Ólafur Arnalds & JFDR.

La contradicción duele como un puñetazo en la boca del estómago, y a la vez es tan esquinada, tan espantosamente irónica que, cuanto más nos alejamos del Water Haven Park, menos logramos poner tierra de por medio con respecto a la fuente de nuestra desazón.

En mi caso, no se trata de nada nuevo. Llevo media vida a la carrera, media vida luchando por escabullirme de mis propios fantasmas, media vida abonada al éxodo y el desmoronamiento, y en todos estos años, huelga decirlo, solo he conseguido vaciarme casi por completo a lo largo del camino y acabar convertida en un receptáculo exánime para las mismas emociones de siempre.

En un contexto así, la verdad es que se vuelve muy complicado honrar la idea de que el sacrificio de Melvin pueda contener la semilla de un regalo —de su último regalo, para ser exactos— y ya hasta empiezo a no encontrar en la belleza decadente del paisaje, ahora realzada por las formas volcánicas de un terreno pródigo en tonos sulfurosos, fumarolas y huesos varados de cetáceos, algún motivo para mantener a raya la animadversión por cuanto me rodea; una animadversión, más allá de lo mucho que siga tratando de autoengañarme, que no deja de ser otro subterfugio aleatorio pensado para prevenir que esa misma inquina vuelva a tomarme como objetivo.

Anne Senna, ubicada en el asiento del copiloto, no ha pronunciado ni una sola palabra desde que, en un intento por alejarnos de la costa, tomamos la vieja ruta escénica hacia las Montañas del Norte.

El trazado viario se encuentra aquí algo más limpio que en el litoral, pero, a cambio, tenemos que bregar con una orografía bastante más escarpada, traicionera e inestable —el corrimiento de tierras ha alterado de manera sustancial un relieve ya de por sí muy voluble— y con un ritmo de consumo de carburante mucho mayor.

Ambas circunstancias se nos vuelven muy en contra después de que el *buggy* culmine la ascensión de una colina presidida por un gran arco de piedra reseca y arcillosa con vistas al océano: la Ventana de Ardra.

—No queda demasiado etanol en el depósito —digo deteniendo el vehículo en lo alto de la loma—. Hay que usar la última garrafa.

La chica se quita el cinturón de seguridad y salta al camino.

—Yo me encargo —dice sin ni siquiera mirarme a los ojos.

A través del espejo retrovisor manchado de polvo la veo rodear el coche, coger el recipiente del portacargas y desenroscar el tapón. Está seria y callada como las montañas que nos vigilan

desde el extremo más inaccesible de la isla, y el silencio en que lleva a cabo la tarea es igual de marmóreo.

No quiero ni seguir dándole vueltas a lo que ha pasado en el parque acuático ni que mi preocupación por el avance de la plaga sobre su fisionomía pueda hacerla sentirse incómoda, así que tomo mi bolsita de tabaco y trato de invertir la pausa en liar un cigarro.

El eco de un llanto interrumpe mi receso antes de que logre sellarlo.

Mediante una segunda ojeada al espejo retrovisor, veo que la muchacha se ha derrumbado y ya no tiene ni fuerzas para seguir sujetando la garrafa. Peor aún, ni siquiera tiene fuerzas para conservar el equilibrio, lo que la ha llevado a apoyar los brazos en la estructura metálica del *buggy* con objeto de no caer al suelo.

Yo enseguida dejo lo que tengo entre manos y salgo del automóvil.

—¿Estás bien? —pregunto mientras me acerco a ella.

La chica se revuelve contra mí dando furibundos manotazos en el aire, y solo los reflejos que aún conservo pese a los rigores de mi osteoartritis —o lo que sea que padezca desde que mis huesos y articulaciones decidieron también rebelarse, pues ninguno de los atareados médicos de Monteburgo ha llegado jamás a diagnosticarme nada ni yo tampoco me he atrevido nunca a molestarlos— impiden que el etanol se estrelle contra la tierra bermeja.

—¡Atrás! —chilla presa de la desesperación y la ansiedad—. ¡Aléjese de mí!

Entiendo rápidamente que prefiere estar sola y, para no encolerizarla más, me limito a agacharme junto al *buggy*, recoger la gorra promocional de Punta Allende que se le ha caído al suelo y colocarla en la parte trasera del vehículo.

Mis ojos se detienen al hacerlo sobre el bordado con la silueta de la bahía cosido en la prenda...

El recuerdo de mi última conversación con Melvin evoca a su vez en mi cabeza varias memorias más: la promesa que le hice durante su agonía; su valiente y serena forma de observarme a través de las lentes agrietadas en sus últimos instantes de vida; el coraje inmensamente altruista de su inmolación; las palabras de agradecimiento que tuvo la generosidad de dedicarme aun siendo yo la principal causante de su desgracia; toda la inocencia y la bondad —incluso la sabiduría, ¿por qué no decirlo?— detrás de cada una de sus frases; y, muy en particular, esa otra inesperada y confortante revelación sobre Anne Senna y los sentimientos que según él me profesa.

Si el chico no ha mentido y es cierto que su compañera de fuga tampoco me odia tanto como en ocasiones hace ver, quizás lo correcto no sea distanciarme de ella, sino interpretar sus gritos y su impetuosa gestualidad como una llamada de socorro y obrar en consecuencia.

—Tú no tienes la culpa —le digo en voz muy baja para no alterar a Nan, que ha empezado a rebullir sobre su percha por el ruido—. Melvin decidió salir de Monteburgo libremente.

La basurera se toma un breve respiro, algo más sosegada, y levanta la cabeza con una oscilación introspectiva. Hay lágrimas mojando la piel de sus mejillas, lágrimas de una turbiedad tan grisácea como la del cerco color ceniza que avanza implacable sobre sus iris. En la expresión derrotada de estos percibo con nitidez, de forma pasajera, el rastro de la indefensión y la vulnerabilidad.

—Sí tengo la culpa —objeta proyectando sobre sí misma, como para enfatizar su ira, una rabia análoga a la que acaba de proyectar sobre mí—. Zeeman siempre me pareció alguien sospechoso, pero preferí autoengañarme a confiar en mi intuición... Mel estaría aún vivo si no hubiera sido tan estúpida.

Muy lentamente, vuelvo a aproximarme a ella. El aroma a alcohol etílico se funde a nuestro

alrededor con las reminiscencias a sal, mar y polvo seco presentes en la atmósfera.

—Yo cometí el mismo error —reconozco en respuesta a su queja—. Y también os animé a seguir cuando aún estábamos a tiempo de regresar. Todo esto dista mucho de ser tu responsabilidad. Si debes culpar a alguien, esa soy yo.

La joven se gira hacia mí, con las cejas achicadas en un tic de desconcierto, y vuelve a la carga transcurridas algunas respiraciones.

—Aunque lo que dice sea así, usted supo al menos estar a la altura a la hora de la verdad... —lloriquea compungida—; yo..., yo ni siquiera fui capaz de mantenerle la mirada, de tomarlo de la mano, de darle el beso que me estaba pidiendo...

—Porque tu vínculo con él era mucho más fuerte que el mío. —La rodeo con el brazo como consuelo. Senna, aun no estando acostumbrada a recibir tales muestras de afecto, según se desprende de su rigidez y de su incapacidad para actuar de forma natural, me deja hacer—. Melvin y yo apenas nos conocíamos desde antes de ayer. Es mucho más fácil estar a la altura, como tú dices, cuando el listón lo pone alguien a quien tampoco conoces demasiado.

—Ojalá fuera tan sencillo —insiste la chica, deslumbrada por el sol del mediodía, cuya vaporosa luminosidad empieza ya a molestarle más de lo habitual—. Hay muchas cosas que usted no sabe.

—¿Como cuáles?

En una tentativa fútil por borrar la tristeza que la anega, Senna se pasa las palmas por la cara.

—Como que... —pronuncia dubitativa—, como que jamás he sido del todo sincera con él.

—Nadie es nunca sincero del todo con nadie —concedo con aplomo—. Son los secretos los que nos hacen crear cierta intimidación con la verdad, los que en el fondo posibilitan que exista.

La muchacha vuelve a observarme de la misma forma desnortada en que siempre lo hace cuando me dejo llevar por mi lado filosófico y digo algo demasiado estúpido. Un humillante bochorno sonroja mis mofletes.

—Pero yo... —se obceca después de prefigurar algo parecido a una sonrisa involuntaria—, yo fui algo más lejos que eso...

—¿En qué sentido?

Sus rasgos se le descomponen de nuevo con un sollozo que tumba sus defensas. La siento tan vulnerable, tan deshecha, arrepentida y avergonzada que decido tomarme la libertad —y el riesgo, sobre todo, el riesgo— de atraerla hacia mí con un arrastre apaciguado y abrazarla durante cerca de un minuto.

Ella no rechaza el contacto.

—Melvin me pidió que te diera esto. —Le hago entrega del diario de su amigo—. Quería que lo llevaras tú y completaras su viaje. Sea cual sea el secreto que te martiriza, debemos llegar hasta allí para hacer valer su muerte. —Pongo también la visera publicitaria sobre su cabeza—. Es lo que a él le habría gustado.

La chica sostiene el cuaderno, ojea escuetamente sus páginas plagadas de párrafos y dibujos realizados a mano e introduce entre sus cuartillas, nostálgica, el retrato que Melvin le entregó bajo el viaducto.

—No se haga ilusiones —dice luego, limpiándose las lágrimas—. Nada de esto significa que vaya a bajar la guardia también con usted. De hecho, preferiría pensar que no ha ocurrido —apostilla a caballo entre la sorna y la connivencia.

—Como quieras. —Muestro una sonrisa yo misma—. Te guardaré el secreto siempre y cuando dejes de tratarme de usted. Me hace sentir un poco vieja.

Senna pelea contra su propio temperamento para no abarquillar los labios también. Casi al tiempo, algo atrae mi atención en la distancia. Solo se trata, *a priori*, de un brochazo de polvo suspendido contra el azul celeste del horizonte, una débil columna de partículas terrosas que hay que aguzar mucho la vista para detectar. Sin embargo, tan pronto como tomo los prismáticos y los dirijo hacia el oeste, descubro que esa polvareda la levanta otro vehículo muy similar al nuestro a su paso por la parte más baja y alejada del valle.

—Parece que esta vez se han traído la infantería —digo con un gemido de hartazgo—. ¿Cómo nos habrán encontrado tan rápido?

La joven se sitúa junto a la sección posterior del coche para mostrarme las huellas que sus neumáticos grandes y rugosos han dejado por toda la ladera.

—Bueno —advierde—, no hemos estado muy finas con la discreción.

—Este trasto es un escollo —protesto en tanto que descargo nuestras mochilas del *buggy* y busco una piedra con la que hundir algunos centímetros el acelerador—. Termina de llenar el tanque, tengo una idea.

—Espera —dice ella—, ¿no irás a...?

—Debemos despistarlos de alguna manera. —Pongo en marcha el motor a fin de colocar el *buggy* justo al inicio de la pendiente de bajada—. Esta es la única que se me ocurre ahora mismo. No esperarán que volvamos a desviarnos hacia la costa después de tanto rodeo —Fijo el volante con un palo, calzo el pedal con la roca y salto del coche de un brinco en cuanto este empieza a moverse.

Senna se queda perpleja contemplando la progresiva desaparición del vehículo en la lejanía del área más rojiza y oriental de la isla.

—¿Estás segura de que eso va a funcionar? —inquieta nerviosa.

Yo me echo la mochila al hombro, invito a Nan a posarse sobre mi guante y comienzo a andar por el quebradizo camino en dirección a la costa.

—No —admito abiertamente—, pero seguir huyendo hasta volver a quedarnos sin combustible tampoco funcionaría. Punta Allende es tierra de apuestas y casinos, mejor que vayamos practicando por lo que pueda pasar.

—¿Y qué..., qué ocurre con lo mío? —balbucea la chica, aturdida por la celeridad con que los acontecimientos se precipitan sobre nosotras—. Si esto continúa así, si esto no mejora, en nada solo estorbaré. —Señala sus ojos con el índice—. Tal vez sea más inteligente que me quede para distraerlos también, como hizo Mel.

—Ni hablar, Anne —la encaro intimidante sin casi reparar en que acabo de llamarla por su nombre por vez primera desde que ambas nos conocemos—. La puesta de sol en esa ensenada hay que verla en compañía o todo esto será inútil. Vamos, vigila por donde pisas y sígueme. Tenemos todavía muchos kilómetros por delante.

22 DE AGOSTO

Supersimetría

Simetría hipotética que podría relacionar de manera fundamental las propiedades de los bosones y los fermiones.

Supersymmetry, Arcade Fire.

El error era casi tan incuestionable como embarazoso: Noel jamás me había dejado en la estacada porque la ciencia tuviera más peso para él que nuestra relación, sino que había sido yo misma, Sira Faris, quien no había sabido comprender hasta qué punto mi figura formaba parte de la propia ciencia a sus ojos.

Desde ese punto de vista, desde esa forma tan suya de pensar, tenía toda la lógica del mundo que tanto la ciencia como yo hubiéramos convergido en Santa Ana para ayudarlo a solventar su error, y, en una línea similar, también que todo ello empezara a reportarme cierta satisfacción.

Dentro de los límites de mi conocimiento, incluso llegaba a entender para qué servía tal cable o qué función tenía tal otro componente, lo cual me hacía sentir que nuestro vínculo se intensificaba en proporción a mi experiencia igual que el vórtice láser de la máquina dilatava el espacio dentro de él para distorsionar el tiempo.

Si esa era la segunda oportunidad de la que Noel me había hablado, estaba mereciendo bastante la pena. Y ni siquiera las dudas que ambos seguíamos teniendo o la alerta telefónica recibida a medianoche sobre la comparecencia en la CTPA de algunos docentes que tildaban su hallazgo de estafa —en opinión de Noel, porque seguían sin aceptar que alguien sin estudios académicos pudiera haberseles adelantado— lograron ensombrear la felicidad de nuestro reencuentro.

El marco, eso sí, se prestaba bastante a ello, puesto que la iglesia de Santa Ana, pese a su avanzado estado de deterioro, seguía siendo una construcción preciosa enclavada en un emplazamiento excepcional.

Cuando una se situaba detrás de sus vidrieras góticas y enfocaba la mirada hacia el hormigueo de luces que respunteaba la bahía, tenía la sensación de encontrarse al margen del mundo, pero no al margen en el sentido de alguien que hubiera sido condenado al ostracismo por una autoridad superior, sino al margen en el sentido de un eremita excéntrico cuya guarida alejada de todo le ofreciera una panorámica de la realidad muy distinta a la habitual.

Dicho clima de recogimiento, compaginado con la bella factura arquitectónica que el templo aún conservaba bajo el polvo y las telarañas, dotaban a su planta de cruz latina de un aura igualmente singular, la clase de halo indescriptible que solo las construcciones de uso religioso lograban transmitir gracias a la meticulosidad de su imaginería y al encanto de saber que allí mismo, entre las bancadas, retablos y confesionarios polvorientos, se habían vertido casi tantas esperanzas, secretos y promesas como filigranas decoraban sus vitrales.

No era nada raro que Noel se hubiera encaprichado de la abadía durante sus excursiones

nocturnas para avistar estrellas, y menos aún que se hubiera hecho también amigo de su único y último inquilino, un monje franciscano a quien llamaba padre Salas, y este le hubiera confiado una copia de las llaves con el fin de que subiera por allí cuando deseara, a cambio tan solo de hacerle algo de compañía.

De acuerdo con él físico, ambos habían mantenido en la iglesia, al abrigo de todos los cuerpos celestes del universo, conversaciones sumamente interesantes acerca de temas tales como la relación entre ciencia y fe, los milagros y apariciones proféticas o las zonas de intersección entre la astronomía y la teología, conversaciones que Noel pocas veces podía mantener con sus compañeros del CTPA, siempre mucho más reacios a incorporar la espiritualidad a sus concepciones que él mismo.

—Solo los científicos mediocres rechazan de manera tajante la existencia de un plano místico complementario al empírico

—solía argüir a este respecto—. Heisenberg, Schrödinger, Einstein, Planck, Eddington..., todos compartían en mayor o menor medida una concepción trascendente del mundo donde la dualidad entre materia y espíritu quedaba sobrepasada. Yo solo soy un humilde y no muy devoto investigador, pero sospecho que sí hay algo más de lo que hoy en día podemos cuantificar.

En eso, al parecer, el padre Salas y él tenían prácticamente la misma opinión. Luego un infarto cerebral se había cobrado la vida del abad y, como los fondos de rehabilitación urbanística del ayuntamiento eran limitados, la iglesia languidecía desde entonces en lo alto del risco sin que nadie salvo el propio Noel, quien todavía conservaba la copia de la llave en su poder, se acordara de que existía.

—Listo —dijo tras restablecer la electricidad, poner la máquina de nuevo en marcha y grabar otro mensaje de contacto creado para emitir en bucle desde su amplificador de señal—. Confíemos en que Fox Sierra nos reciba.

—¿Crees que todavía sigue ahí fuera?

—Espero por el bien del país que así sea. De todos modos, incluso en caso contrario, esto ya habrá valido la pena solo por haber venido contigo hasta aquí. No sabes cuánto me alegro de que la suerte que tuvimos antes nos haya permitido disfrutar juntos de esta pequeña maravilla.

—Yo también me alegro —secundé sus palabras echando un vistazo a mi alrededor—. Es un sitio precioso.

Noel se puso en pie y caminó conmigo hasta el centro de la nave para contemplarla mejor.

—Quizás no debería decir esto, pero, cuando Cila y yo éramos solo novios, traté de convencerla de que el padre Salas nos casara aquí —rememoró con una mezcla de indolencia y decaimiento—. No hubo manera. Ella quería algo más clásico, más pomposo, más..., ¿cómo decirlo?, anodino, gris, convencional... Yo tuve que ceder y acabamos haciéndolo en la Colegiata Real, como casi todo el mundo. No sé cómo no me di cuenta ahí mismo de que ella no era la adecuada. —Se desplazó en este punto hasta el viejo armonio próximo al altar, donde volvió a tomar asiento para pulsar algunas teclas y reproducir así el estribillo de una de sus composiciones. Los acordes sonaban desafinados y algo herrumbrosos, claro que no tanto como para arruinar el hechizo de la melodía—. Ven aquí —cambió delicadamente de tema—, te enseñaré algunas notas.

Sus dedos guiaron los míos de manera muy tierna por algunos segundos hasta que ya pude engarzar varios sonidos sin ayuda.

—¿Por qué lo dejasteis? —pregunté al cabo de otro corto paréntesis musical—. Cila es una mujer muy..., muy bella.

—Porque lo nuestro jamás fue algo verdadero —respondió con una franqueza desarmante

—. Cila solo buscaba lo que buscaba: un hombre con cierto estatus y una nueva vida en un país más tranquilo que el suyo; y yo, que por esa época era demasiado joven e inexperto, creí encontrar en sus brazos algo que tampoco existía. A veces los profesores somos así de estúpidos cuando una alumna extranjera nos hace ojitos, pero no le guardo rencor por ello. —Volvió a conducir mis dedos sobre el piano para enseñarme un par de acordes más—. Si no fuera por Cila, ahora no tendría tan claro qué es lo que quiero y por qué lo quiero. Con ella, para que te hagas una idea, jamás viví nada como esto. —Dejó mis manos libres y, conforme yo practicaba lo aprendido, presionó algunas teclas más hasta crear una nueva partitura compuesta por sus pulsaciones y las mías—. Y qué quieres que te diga, para mí son estos pequeños instantes los que le dan sentido a todo, los que hacen que la vida, tal y como la conocemos, sea algo más que un itinerario predefinido sin un destino claro. —Esbozó una sonrisa afectuosa—. Hasta que tú llegaste, mi vida era solo caos y entropía. Tú eres la que la has convertido en música.

—¿Y qué hay de tu hijo? —me vi obligada a romper un poco la magia para preguntar—. Lo vi el otro día y parecía un poco triste porque no hubieras ido a despedirlo.

—Odo es un buen chico —dijo Noel con una apesadumbrada compostura—. Por desgracia, su madre puede llegar a no serlo tanto. Ella se encargó de que nos distanciáramos más de lo debido, y entre eso y que yo, a diferencia del fanfarrón de Niala, que no hace más que llevarlo en barco por ahí y concederle todos los caprichos, he tenido muchas veces que poner el trabajo por delante de la familia, nuestra relación no es tan buena como debería ser. A mí también me habría gustado despedirme de él, claro que sí, pero ya sabes que lo último que deseo es ponerlo en peligro. Quizás cuando esto acabe podamos volver a estrechar vínculos, igual que antes. —Se giró risueño hacia mí—. ¿Alguna pregunta más?

—Sí —dije sin pensármelo demasiado, como si alguien mucho más valiente que yo misma me hubiera poseído de pronto para hacerlo—, ¿todavía estás interesado en celebrar algo aquí? No es que yo sea una persona excesivamente religiosa, ya lo sabes, pero sigue gustándome mucho este sitio y, bueno...

Noel permaneció rígido e inmóvil sobre el taburete hasta que percibió que hablaba en serio y la comisura de su boca empezó a arquearse.

—Solo si lo celebramos juntos —dijo— y si me perdonas por no habértelo pedido yo a ti antes, claro, como manda la tradición.

—Para ser un especialista en asuntos temporales, parece mentira que aún no sepas que los tiempos ya hace años que han cambiado —susurré acariciándole los cabellos con mimo. Incluso afeitado y teñido de rubio, Noel seguía irradiando el mismo magnetismo natural que tanto me había atraído de inicio—. Ya habrá más días para respetar las tradiciones. Por ahora, conformémonos con respetar el presente como se merece.

Deslicé mis dedos sobre el colgante con el símbolo de rebobinado y hundí mis ojos sobre los suyos. A un ritmo igual de tenue y antojadizo que el de la melodía que ambos habíamos interpretado frente al piano, nuestros labios confluyeron en la penumbra.

—Siento mucho lo de mi escenita en el CTPA —dije sobre su pecho a la conclusión de aquel roce comedido

—Y yo todas las tonterías que te solté luego —me tomó el relevo Noel con su habitual voz cálida y tranquila.

No pudimos volver a besarnos porque una señal intermitente comenzó a abrirse paso por toda la nave: la voz de Fox Sierra.

Los dos corrimos de inmediato hacia el cronotransmisor y retomamos el diálogo con ella para ponerla al tanto de los últimos acontecimientos. Una vez que terminamos de informarla, la

mujer guardó un prolongado silencio y dijo:

—Necesito hablar contigo a solas, León.

El motivo de su inusual solicitud no me quedó demasiado claro. Y, de igual modo, tampoco supe bien si aquello me convertía en alguien de nuevo prescindible o en alguien quizás más relevante de lo que yo misma pensaba. Sea como fuere, Fox Sierra insistió tanto en la importancia de que yo no estuviera presente que solo pude callar, acatar la orden y transigir.

—Avísame cuando termines —rumié inapetente durante mi trayecto hacia la puerta—. Saldré a fumar un poco.

—¿Fumar? —se sorprendió el científico—, ¿desde cuándo fumas?

—Es una larga historia —dije evitando entrar en detalles sobre el tema—. Ya hablaremos de ello en otro momento.

A la espera de nuevas instrucciones por parte del futuro, Noel cabeceó entristecido, se colocó remiso los auriculares y tomó asiento frente al altar.

El aire se había vuelto tan frío fuera de la iglesia que tuve que ponerme el abrigo.

Efecto túnel

Fenómeno cuántico por el que una partícula viola los principios de la mecánica clásica penetrando en una barrera de potencial o impedancia mayor que su propia energía cinética.

My tunnels are long and dark these days, Asaf Avidan.

La fisura tiene cerca de cincuenta metros de ancho en la mayor parte de su recorrido y se extiende a ambos lados del terreno durante muchísimos kilómetros.

Con la profundidad agreste de una navajada en las tripas del propio suelo, apenas se llega a atisbar desde su filo el fondo de la hendidura, sobre el que varios conductos y canalizaciones desgarrados por el seísmo vierten litros y litros de agua que crean un angosto caudal sobre el lecho pedregoso.

Durante mis años de estudiante tenía que pasar por esta zona de la isla a menudo para viajar entre Punta Allende y Monteburgo y allí no había ninguna grieta. Todo indica, por consiguiente, que me hallo ante la enésima secuela del terremoto originado por la Gran Ola.

El impresionante tamaño de la fractura, que debe de estar relacionado con la fragilidad del suelo, la hace parecer casi un cañón natural, pero, como digo, la realidad es otra y pone en serios aprietos el discurrir de nuestra travesía a lo largo del país.

—Lo que faltaba —exhala Anne mientras otea desmoralizada la distancia—. Va a ser imposible cruzar al otro lado...

No me gusta tener que coincidir con ella en este diagnóstico. Principalmente, porque hacerlo comporta que nuestro desvío no ha servido de mucho y que tendremos que caminar un largo trecho en busca de algún tramo que nos facilite la tarea de salvar el abismo.

Por suerte para ambas, una exploración más minuciosa del escenario pone de manifiesto, contra pronóstico, que quizás exista una alternativa. Ignoro si se trata de un gasoducto, de algún tipo de colector hidráulico o de otra infraestructura por el estilo, el caso es que sobre la sima pende un tubo metálico de alrededor de un metro de diámetro, oxidado, retorcido y lleno de huecos, cuya apariencia inestable no evita que siga manteniéndose en pie entre ambos extremos de la grieta.

—Creo que podría resistir —digo al poco de asomarme al vacío para evaluar con las manos su estabilidad—. Si nos metemos ahí y avanzamos sin precipitarnos, quizás podamos cruzar. —Introduzco la cabeza y la linterna en la amplia abertura cercana al nacimiento del conducto—. ¿Cómo lo ves?

Una serie de vibraciones lúgubres y gruñidos guturales surgen del tubo en reacción al haz de luz.

—No tan claro como tú —responde Anne—. Ahí hay algo..., algo o alguien..., y no parece que le gusten las visitas.

Debo admitir que su criterio es bastante cabal. Los sonidos podrían tener como fuente cualquier abominación, incluidas esas de las que solo los rumores se atreven a hablar. Sería una temeridad, además de una batalla perdida de antemano, enfrentarse a algo así en un espacio tan oscuro y estrecho.

Nan patalea nervioso sobre mi guante y emite un gáñido de alerta. Otra humareda similar a la que hemos divisado desde lo alto de la loma empieza a despuntar a lo lejos. No necesito echar mano de los prismáticos para saber de dónde sale. El estallido de varios cohetes pirotécnicos en las proximidades del collado certifica su origen de sobra. En paralelo, comienza también a oírse una tremolina de voces, gritos y risas aviesas.

Anne y yo nos miramos cara a cara y entendemos, atenazadas por el miedo, que nuestras opciones acaban de reducirse de manera muy drástica.

—Ponte la máscara —ordeno tras colocarme yo misma la mía y tenderle la mano para que salte al conducto—. Debemos cruzar antes de que lleguen.

Pese a que la chica se muestra bastante reacia a entrar en el pasadizo, la cercanía del peligro acaba persuadiéndola de seguir mis pasos. Lo hace a cara descubierta, pues en su actual situación, aunque yo lo haya olvidado por la costumbre, ya no es necesario que se proteja de ningún patógeno.

Con un topetazo metálico, nuestros cuerpos aterrizan sobre la endeble superficie del túnel. Anne desenfunda su *katana* en tanto que yo hago lo propio con mi bardiche. El halcón, soliviantado, vuelve a remover las alas en señal de alarma. Me cuesta controlarlo, de modo que, para evitar que el pánico pueda llevarlo a sublevarse, lo libero de sus pihuelas.

—Si esta es la apuesta de la que me hablaste en el promontorio, espero que no sea de las de todo o nada —rezonga la chica, encorvada junto a mí.

Algunos gruñidos similares a los que hemos escuchado desde el exterior se reproducen a un volumen más alto en algún punto del pasaje. No es posible ver bien de dónde provienen porque el aire se encuentra saturado de suciedad flotante. Solo algunos rayos de luz, proyectados por las resquebrajaduras del metal, permiten vislumbrar algo discontinuo entre la penumbra y el polvo.

—Déjate de apuestas y sígueme —empiezo a adentrarme con tiento en las entrañas de la canalización—. Hay que atravesar esto rápido.

No muy lejos de nuestro escondrijo, el motor del vehículo de los fanáticos se detiene con un derrape brusco y chirriante. Su llegada coincide con el correteo de un grupo de ratas en sentido contrario al nuestro. El susto nos desestabiliza a ambas y desencadena a su vez una oscilación gemebunda por todo el conducto. Lo que sea que se agazapa entre la oscuridad suelta un lamento estrangulado y Nan, en un errático vuelo de pared en pared, bate sus alas inquieto hasta encontrar un hueco por donde escurrirse.

—¡Os advertí que no iba a saliros gratis! —resuena la voz afónica y rasgada de Newton Zeeman por todo el cañón—. ¡Lo que le habéis arrebatado al Azul, el Azul os lo arrebatará a vosotros! —censura amedrentador—. ¡Pagad vuestras deudas, como ya ha hecho ese estúpido crío!

El impacto de un arpón contra la tubería abre una veta de luz muy cerca de Anne, a quien tengo que recordarle por señas que agache la cabeza aún más.

Como mínimo, media docena de proyectiles extra perforan la estructura del conducto en varios puntos de su extensión.

Todo vuelve a balancearse peligrosamente a medida que una sombra escurridiza se agita a escasos metros. Un olor acre, como a óxido, gasolina y putridez, azota mi pituitaria y amenaza con arrancarme una arcada.

—¡Salid de ahí! —exclama Zeeman, arropado por los gritos de apoyo de sus acólitos—. ¡Salid u os sacaremos por la fuerza! —Dispara otro arponazo contra el metal.

No queda ya espacio para demoras. Si no comenzamos a darnos prisa haya lo que haya delante, ese lunático de acento escandinavo y voluntad irreductible que ni siquiera sé cómo sigue vivo acabará cumpliendo con su palabra.

Temo por Nan y por Anne. Perderlos a ambos sería demasiado duro después de lo sucedido en el Water Haven Park, pero, paradójicamente, es ese pavor el que me inyecta el coraje necesario para seguir internándome en el pasaje. Hasta cinco nuevas saetas de acero golpean la tubería durante mi marcha. Entre los rasgones de claridad diviso de forma fugaz una silueta contrahecha de vagas reminiscencias humanas.

—Es un varado... —tartamudea Anne estremecida—; existen de verdad.

Me niego a creer que pueda estar en lo cierto. Ni en los días que tuve que pasar a la intemperie para superar la prueba, ni en ninguna de mis otras incursiones fuera de Monteburgo, he tenido jamás constancia de que tales aberraciones existan.

Ya es bastante arduo asimilar que nuestro mundo esté poblado por el variopinto bestiario de alimañas que ahora lo asolan como para creer además en el cuento de que algunas víctimas de la plaga puedan volver a erguirse, de no ser convenientemente cremadas en un plazo razonable, y acabar sometidas al mismo frenesí destructor que el resto de fauna infectada.

De cualquier modo, mejor curarme en salud mediante algunos barridos de bardiche contra las sombras que arriesgarme a una sorpresa...

Uno de los golpes de mi arma se estrella contra algo carnoso que lanza un alarido horrisono y se retuerce entre fieros zarpazos para luego retroceder hacia la parte más alejada del conducto. Allí puedo ver cómo más ojos albinos se desprecizan y dan pie a varias sucesiones de ronquidos espeluznantes.

—Atenta —le digo a Anne en cuanto empiezo a percibir que otro baqueteo hace temblar todo el corredor—. Se acercan.

El trajín levantado por las criaturas me hace tener que asentar el brazo izquierdo sobre el metal para no desequilibrarme. Un vaho angustioso empieza a formarse en los cristales de mi máscara y a entorpecer mi visibilidad. Las mismas ratas que antes huyeron de nosotras emprenden el camino inverso por causa del ruido.

Todo sería mucho más sencillo si dispusiéramos de un margen algo mayor para defendernos, pero la canalización es tan apretada y basculante que se hace muy difícil manejar un arma dentro de ella y a la vez mantener la columna doblada y los pies firmemente anclados al suelo.

Como medida de emergencia, uso mi bardiche contra la estructura para tratar de ensanchar uno de los boquetes por los que se filtra el sol.

La irrupción de un mayor flujo de luz solo consigue ralentizar a los engendros muy puntualmente, e incluso parece molestar más a mi compañera de viaje que a ellos. Supongo que esto significa que ha llegado la hora de convertirnos en héroes, o, como diría Melvin, de luchar armados con nuestras hachas contra las olas.

La forma nervuda y mohosa de un varado se abalanza sobre mí y tengo que emplearme a fondo para repelerla a golpe de bardiche. Detrás puedo distinguir algunas otras, también iracundas y al acecho.

—Está bien, lo haremos por las malas —oigo decir a Zeeman bajo el rugido esforzado del *buggy*—. ¡Tirad!

Justo cuando los monstruos empiezan a retomar la carga, un estruendo férrico disloca e

inclina el andamiaje de la canalización hasta hacer trastabillar todo dentro de ella. El fragor inicial se apacigua en breve y una tirantez recia, como de cuerda elástica a punto de romperse, acapara el protagonismo. Detecto un ruido baboso delante de mí que sirve de preámbulo a la definitiva acometida de las mutaciones.

—¡Tirad! —sigue vociferando Zeeman—. ¡Tirad con fuerza!

Los filos de mi arma y de la *katana* de Anne centellean entre la confusión. Después, otra sacudida menea las concavidades del pasadizo y este revienta a nuestras espaldas con un sajo que hace saltar numerosas piezas por todos lados.

—¡Corre! —apremio a la chica—. ¡Va a venirse abajo!

El esprint con el que trato de abrirme paso a codazos apenas me sirve para avanzar medio metro más antes de que la ruptura se consolide. *In extremis*, logro aferrarme a una de las juntas del conducto mientras el resto de la sección en la que nos hemos quedado atrapadas se desprende de su contraparte para ir descendiendo hacia la pared opuesta del cañón.

La mayoría de nuestros enemigos caen al vacío sin que a mí me dé tiempo a verlos bien. Anne ha tenido más fortuna y se mantiene en pie sobre el único segmento aún horizontal del túnel, donde continúa bregando a espadazos con alguna otra criatura.

—¿En serio pensabais que ibais a engañarme con el truquito de la piedra en el acelerador? —grita Zeeman desde su extremo del abismo, con medio torso envuelto en vendas y el brazo izquierdo apoyado en una muleta de aluminio. Del parachoques del *buggy* pende todavía el cabestrante que sus cuatro secuaces han amarrado a él para descoyuntar el conducto—. Las razas inferiores nunca aprenderéis... —Les indica que carguen sus arpones para abrir fuego sobre nosotras—. ¡Soy Newton Zeeman! ¡Yo cabalgué la Gran Ola el día D a la hora H! ¡Yo levanté un nuevo mundo de las cenizas! ¡Yo nutrí al Azul con el rojo para reverdecer la esperanza de un nuevo horizonte! —brama sobrepasado por la ira—. Y vosotras..., ¡vosotras lo habéis arruinado todo!

De la media docena de arpones lanzados por sus compinches, solo uno se estrella cerca de mí, si bien esto, en lugar de ponerme en aprietos, facilita que pueda usar un nuevo punto de apoyo y aguante algo mejor el dolor que desgarrar mis tendones.

—¡La mano! —dice Anne desde arriba dándome la suya, libre ya del hostigamiento de los varados—. ¡Rápido!

Yo cargo todo mi peso sobre el brazo izquierdo, incentivada por un esfuerzo sobrehumano, y utilizo el derecho para desenfundar el revólver y arremeter a tiros sobre los seguidores de Zeeman, que todavía no han terminado de recargar.

—¡No, huye! —Logro acertarle a uno en el pecho y a otro en la pierna—. ¡Huye o tú también serás un blanco fácil! —Aprieto el gatillo sucesivas veces hasta que el arma, para no perder la tradición, vuelve a encasquillarse.

El líder de los surfistas, contrariado, farfulla algo y arrebató su fusil arponero a uno de los dos únicos escoltas que no han sufrido aún daños.

—¡Inútiles! —Arroja la muleta al suelo con la intención de inhalar algo de droga y realizar el trabajo sucio él mismo—. ¡Son solo dos mujeres, dos malditas y estúpidas mujeres!

—¿A qué esperas? —vuelvo a interpelar a Anne—. ¡Sal de aquí ahora mismo!

La chica ignora lo que acabo de decir, determinada a izar mi cuerpo de vuelta al conducto, y se arriesga a recibir un arponazo para agarrarme por la muñeca.

Durante la maniobra de rescate, una segunda descarga de virotes la urge a soltarme y el traspíe resultante la pone también en apuros cuando lo que queda de canalización empieza a desgajarse de la pared.

—¡Que huyas! —reitero enfadada—, ¿cómo tengo que repetírtelo?

Veo por el rabillo del ojo que Zeeman es el único de los adoradores del Azul que todavía no ha disparado. Se lo está tomando con calma —o, al menos, eso me sugiere la sonrisa que se le forma de repente entre los eccemas de la cara— porque ha entendido que me causará más daño si acaba con Anne que si acaba directamente conmigo.

Su fusil cambia así de orientación para poder perpetrar el macabro cambio de planes.

—Lo que el Azul se cobra, el Azul lo repondrá —recita con una mueca maligna encartada entre los dientes—. Terminemos con esto de una vez.

Me falta empuje para seguir resistiendo, aunque, incluso con las manos empapadas de sangre por la aspereza del agarre y los músculos al borde del desmarañamiento, sé que no puedo dejarme ir todavía.

Por segunda vez, vuelvo a soltar la mano izquierda de su asidero.

Más que un recurso meditado o una vía de urgencia, es casi una cuestión de fe.

Nuestro perseguidor acaricia el gatillo mientras yo me acerco los dedos índice y pulgar a la boca y proyecto toda la potencia de mis pulmones sobre ellos.

Por la vaguada se propaga un silbido extremadamente agudo que acelera el deslizamiento de mi mano derecha y el derrumbe del conducto.

Zeeman no se deja distraer por el estrépito y continúa preparando su tiro.

—¡Anne, por lo que más quieras, sal de aquí!

La muchacha desatiende la orden de nuevo y trata de volver a auparme. Un crujido ensordecedor separa algo más el canal de la pared en donde estaba incrustado.

En mi zozobra, pienso que todo este lío no es más que el clímax de la sensación de desplome generalizado que me atosiga desde los albores del desastre.

Newton Zeeman exacerba la malignidad enajenada de sus rasgos.

Cuando ya casi he perdido la fe, el fulgurante perfil de Nan desciende a través de todas las capas de mi pesimismo, y aterriza sobre la cabeza del danés para acuchillarle la cara y el cuero cabelludo con encono.

—¡Quitádmelo de encima! —berrea Zeeman entre sufridos aspavientos—. ¡Matad a este puto bicho!

Todo llega a su cénit con un forcejeo exaltado, un disparo fortuito del rifle arponero y la consiguiente precipitación del surfista y del resto del conducto al interior de la fisura.

—¡Anne! —Estiro la mano en un burdo intento por evitar la catástrofe—. ¡No!

Luego, igual que el revoltillo de plumas manchadas de sangre que planean sobre el abismo, yo también me despeño hacia las profundidades entre las dos ciclópeas paredes de tierra volcánica.

22 DE AGOSTO (II)

Rotura de simetría

Proceso físico de carácter espontáneo que acontece cuando un sistema definido por la armonía y la correspondencia cae en un estado vacío no simétrico.

Dream in, Tunng.

Igual que el devenir del país se veía demasiado zarandeado por su propia volubilidad como para poder adelantar acontecimientos, cada calada a mis cigarros —y ya llevaba al menos tres desde que había dejado a Noel charlando a solas con Fox Sierra— era un poco como jugar con el humo de mis ilusiones más íntimas.

Buena parte de la magia y la fascinación presentes en nuestro romance procedía justo de esa ausencia de pautas claras, de no saber si el deseo, el amor y la complicidad bastaban para mantenernos unidos, de ignorar hasta qué extremo todo ello conseguiría hacernos prevalecer sobre la adversidad, de no poder afirmar a ciencia cierta que acabara volviéndonos más fuertes.

Con su descortés y misterioso requerimiento, Fox Sierra solo había propiciado que la niebla en torno a estos asuntos se multiplicara. O, dicho de otro modo, aunque yo comprendía perfectamente que era fundamental seguir hablando con ella de cara a evitar la hecatombe que se avecinaba, me confundía bastante volver a encontrarme aislada en una esquina por expresa petición suya, y, muy en especial, que no pareciera existir ningún argumento sólido, salvo un exceso de celo algo incomprensible a esas alturas, para justificar una decisión así de arbitraria.

No tenía otra alternativa que dejarlo correr y continuar fumando.

Perezosa, levanté la cabeza hacia el cielo veteado de constelaciones. En él refulgía tibiamente esa cualidad plácida y cristalina que solo las madrugadas estivales pueden ofrecer, con el acicate de que algunas de esas estrellas —las conocidas como lágrimas de San Lorenzo— enriquecían la belleza natural del paisaje mediante sus fugaces trazos dorados.

Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y saqué del interior el poema que Noel me había escrito. Era una composición casi tan triste y melancólica, pese a su evocador trasfondo de dulzura, como las que acostumbraba a crear al piano; y sus versos, para haber sido escritos por alguien de ciencias, conseguían llegarme al corazón con la misma facilidad con la que el tipo de una máquina de escribir imprime su grafía contra el papel.

Releer todas aquellas líneas a cobijo del firmamento me suscitó una agradable sensación de alivio, y solo la eclosión de dos diminutos puntos de luz a lo lejos, acompañada por el detonar de varios disparos y por el alzamiento de algunas columnas de humo en el distrito financiero, lograron empañarla.

No mucho después, mi padre volvió a telefonarme desde Monteburgo y supe que algo grave acababa de suceder.

Según lo que él mismo pudo comentarme con voz muy nerviosa, en tanto que un sonoro bullicio se extendía por toda la urbe, Alvin Nivla había sido agredido en su propia casa por

milicianos cronointervencionistas, y el Gobierno, en venganza, acababa de declarar la ley marcial en toda la región de Punta Allende y encarcelado a casi todos los diputados de la oposición, empezando por Harold Lorah, de quien se rumoreaba que incluso podía estar muerto.

—Tienes que encontrar una forma de marcharte de ahí —dijo mi padre tan pronto como terminó de contármelo todo—. No estás segura tú sola en esa ciudad.

—Tranquilo, papá —me armé de valor para responderle—. No estoy sola...

Fue así como acabé confesándole que había una persona en mi vida, que nuestra relación iba en serio y que incluso estábamos pensando en formalizarla. Él se calmó un poco gracias a mi testimonio —en gran medida porque omití la identidad de esa misma persona para no asustarlo— y ya pudimos tener un diálogo más reposado. Por lo menos, en lo que a su lado del hilo ataña, ya que el desbarajuste no dejó de crecer en ese tiempo y, en consecuencia, también mi desasosiego.

Cuando escuché el runrún de un vehículo militar aparcando cerca de la calle vecina al cerro y vi cómo un reducido pelotón de soldados, entre los cuales pude además identificar al que horas antes nos había requerido la documentación, descendía de él, arrojé el cigarro al suelo, me puse urgentemente en pie y corrí a la abadía para comunicárselo a Noel sin pensar ni por un segundo en el veto de Fox Sierra.

El físico apagó la máquina con una pulsación instintiva antes de que yo pudiera llegar a oír nada de lo que estaban hablando, se despidió de nuestro contacto mediante un austero «no te preocupes, todo se hará como dices» y encajó la noticia con una entereza y una impavidez inauditas, como si nada de aquello lo hubiera sorprendido.

—¿Es que no me has escuchado? —intenté que reaccionara—. ¡Vienen a por ti!

Noel se levantó del asiento para hurgar en el bolsillo trasero de su pantalón y sacar algo de él.

—Lo seguirán haciendo hasta que encuentren lo que quieren —dijo muy sereno—. O, mejor dicho, hasta que destrocen lo que buscan y se aseguren de que nadie pueda volver a reconstruirlo. Escucha, Sira, debes salir de aquí ahora mismo y hacer todo lo posible por llevar esto a la dirección de la nota. —Me proporcionó una diminuta memoria extraíble y un papel con un nombre y un domicilio escritos en él—. Nora Caron es la única que puede ayudarnos a evitar que todo se hunda, y también la única, además de ti, en quien puedo confiar en estos momentos.

—¿Nora Caron? —repuse con turbación, pues nunca antes le había oído mencionar aquel nombre—, ¿quién rayos es Nora Caron?

—Una buena amiga que me debe algunos favores. Hablé hace unos días con ella sobre la posibilidad de que algo como esto llegara a ocurrir y sabrá bien qué hacer. Tiene la experiencia y los conocimientos necesarios para ayudarnos.

La puerta de entrada al jardín comenzó a vibrar por efecto de los golpetazos infligidos por los soldados apiñados en el exterior. Yo me asomé a una de las vidrieras y comprobé asustada que el cerrojo no iba a resistir mucho.

—En ese caso, lo mejor será que seas tú quien le dé eso. —Agarré a Noel por la manga de la camisa para instarlo a salir conmigo de la iglesia a través del acceso opuesto—. Aprisa, ya casi están aquí.

Noel, relajado, apartó mi mano con delicadeza y puso las suyas sobre mis hombros al tiempo que me lanzaba una mirada también mansa y tranquila.

—No, tienes que ser tú quien lo haga —dijo con una de sus encantadoras sonrisas—. La estabilidad del país depende de ello.

—¿De qué estabilidad hablas?—rebatí airada—. Todo se está desmoronando ya... Es tarde para tratar de solucionarlo. No tienes más que echar un vistazo ahí fuera y comprobarlo por ti

mismo.

—Te equivocas, Sira, todavía es posible cambiar las cosas, y más de lo que crees, claro que, para ello, tienes que hacerme caso y marcharte antes de que esos hombres entren aquí. Entonces sí que ya no habría marcha atrás.

—¿Es de eso de lo que has estado hablando con Fox Sierra?

—Lamentablemente, no puedo contarte mucho sobre lo que he estado hablando con Fox Sierra, solo pedirte que vuelvas a confiar en mí. Te garantizo que en esta ocasión sé bien lo que hago.

La seguridad con que se expresó fue incluso mayor que la que acostumbraba a revestir sus palabras en el CTPA; mayor, si cabe, que la que transmitía cuando me sujetaba en brazos en su piso, después de quedarme dormida con él al piano, y depositaba mi cuerpo cálidamente sobre la cama. Quizás sonara raro —y casi con total probabilidad lo fuera—, pero, de alguna forma muy contradictoria que no llegué a discernir bien, consiguió mitigar una parte importante de mi ansiedad.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté con la mente encharcada de pesar. Los golpes de los soldados, en el jardín, recrudecieron su potencia—, ¿de nuestra..., de esa ceremonia de la que hablamos antes?

Noel me acarició los cabellos y luego deslizó su mano sarmentosa sobre las redondeces de mi cara, como queriendo memorizar cada palmo de piel con los dedos.

—Nada de esto cambia ni una coma del guion —dijo respaldado por otra de sus indomables expresiones de alegría—. Aquí la única que puede y va a cambiar algo eres tú. Lo demás, incluida esa celebración, sucederá a su debido tiempo de la misma manera en que ya ha sucedido antes y está sucediendo también en este preciso instante. No tienes ningún motivo para preocuparte por ello.

La barrera del jardín comenzó a deformarse doblada por el tesón de los soldados.

—No, por favor —le imploré a Noel casi con lágrimas en los ojos—, no me obligues a abandonarte, no ahora.

Él buscó mi colgante con la mano, lo agitó confiado en el aire como un trofeo, sin dejar de sondearme con sus resplandecientes ojos color berilo, y articuló la sonrisa más amplia, feliz y persistente que jamás le había visto trazar a nadie.

—Te equivocas si piensas que esto es un adiós —dijo cariñoso a continuación—. Por mucho que aquella noche en el CTPA me olvidara de ello, ahora sé por fin que es cierto: cada instante contiene en sí mismo una eternidad; cada despedida, un reencuentro; cada momento imborrable del pasado, un reflejo del presente y del futuro. No lo olvides nunca.

—Noel, te lo ruego, ven conmigo.

Anhelantes, sus dedos volvieron a recorrer mi rostro como preludio a un corto pero sentido beso en los labios.

—Ya te he dicho que confíes en mí —sentenció a su remate—. Esta no será la última vez que nos veamos, te lo prometo.

El portal cedió a la presión de los soldados con estrépito. Al trote, los invasores comenzaron a franquearlo y a abrirse camino entre la maleza hacia la entrada principal del edificio.

—Vamos, apresúrate —dijo Noel igual de imperturbable que antes—: sal de aquí, busca a Nora y dale esos planos.

No tuve más remedio que ceder y huir a grandes trancos del templo por una de las puertas auxiliares, dejándolo solo e inmóvil a merced de los soldados.

Durante mi descenso por la cara sur del cerro, el frío entrecortó mi aliento hasta que me di

de bruces con la calle y unos disparos, que tanto podían venir de la iglesia como de algún otro lugar cercano, helaron también mis lágrimas con su atropellado retumbar.

Al otro lado de la vidriera central de la abadía, en la parte alta del risco, algunas siluetas dejaron en el acto de moverse.

Mecánica ondulatoria

Parte de la física que se encarga del estudio de las ondas, de sus propiedades y de sus formas de producción, propagación y absorción, y sirve además de base a la mecánica cuántica.

Long long way, Damien Rice.

Me levanto de entre el fango con el rostro y la ropa cubiertos de agua sucia y enlodada. Es difícil saber si he perdido el sentido o si el mareo no me deja recordar que lo he hecho, pero, al menos, no hay duda de que puedo sentirme afortunada por continuar viva después de una caída tan violenta.

El riachuelo me ha salvado de una muerte segura gracias a que la maleza crecida en torno a su lecho cenagoso ha servido de amortiguación al impacto. Su caudal, aun no siendo demasiado abundante, me ha arrastrado también varios metros cañón abajo, con el consiguiente incremento de mi desorientación.

—¿Anne? —inquiero mientras avanzo sobre las piedras que conforman la orilla en busca de la joven—, ¿estás ahí?

Dado que nadie contesta, un aluvión de congoja se apodera de mi sistema nervioso. Este aumenta cuando el aire transporta hacia el fondo del cañón una de las plumas de Nan y tampoco consigo que el ave responda a mi silbido.

No quiero pensar en ello porque el dolor me paralizaría y debo seguir adelante, aunque, tal y como todo ha ido sucediendo desde que nos aventuramos en el conducto, es bastante probable que, o bien el halcón esté ya muerto, o bien haya decidido prescindir de mi tutela para siempre y regresar a Monteburgo por sus fueros.

Un bulto tendido al borde del cauce evita que el desamparo y la tristeza se hagan del todo con el timón. Es Anne. Como yo, también parece haber aterrizado en un recodo agradecido de la fisura, solo que su cuerpo se encuentra tumbado boca abajo contra el barro y quizás por ello no ha recuperado todavía la consciencia.

—Anne, ¿me escuchas? —Elevo su torso magullado para limpiarle la cara y tratar de que vuelva en sí—. Despierta, por favor.

Sus párpados manchados de tierra mojada se abren con una bronca expectoración que le hace escupir algo de agua turbia contra mi pechera. A los pocos segundos, dos ojos grises como las nubes que de pronto han empezado a formarse sobre nuestras cabezas comparecen desconcertados bajo la suciedad.

—Tranquila. —La ayudo a reincorporarse—. Soy yo, ¿estás bien?

—Creo que sí. Solo me duele un poco la pierna.

—¿Crees que puedes caminar?

Anne avanza dos o tres pasos, renqueante, y asiente con una inclinación dolorida.

El desahogo de constatar que tampoco ella ha sufrido daños graves pronto deja paso a la necesidad de recriminarle lo temerario de su comportamiento.

—Si hubieras huido cuando te lo dije, ahora caminarías mejor
—comento quisquillosa—. Te has puesto en peligro de manera gratuita.

—Me he puesto en peligro porque dijiste que esa puesta de sol hay que verla en compañía —refunfuña ella—, que nada de esto tendría sentido de no ser así. ¿Acaso has cambiado de opinión?

Contradecirla equivaldría a contradecirme a mí misma, de modo que prefiero recoger el bardiche, hacerme la tonta y dejarlo ahí.

—Ya lo hablaremos luego —digo echando a andar arroyo abajo—. Debemos salir de este agujero antes de que se haga de noche.

Anne sacude la cabeza con resignación y se deja llevar. No han pasado ni dos minutos cuando una voz asmática, venida de uno de los laterales de la quebrada, concita nuestra atención.

—Ayuda... —dice entre moribundos estertores—, ayuda, os lo suplico.

Newton Zeeman se encuentra reclinado contra la pared rocosa en un estado casi terminal. Hay sangre manando de su boca y de las numerosas lesiones de su cuero cabelludo e insalubres heridas en las partes más visibles de su anatomía, y sus extremidades, cuyos huesos semifracturados sobresalen como ramas rotas de entre el neopreno, han quedado despojadas de casi cualquier movilidad. El siseo dificultoso de su respiración desvela además que la rotura de algunas de las costillas le ha destrozado la pleura y llenado la pared torácica de aire. Con todo, nada de ello me resulta tan grimoso, como descubrir que lleva puestas las mismas zapatillas que hasta hace poco pertenecieron a Melvin. La chica desenfunda su espada, escocida por ese mismo repelús, y encaja el filo por debajo de la barbilla del danés para obligarlo a que la mire a los ojos

—¿Ayuda?, ¿de verdad nos estás pidiendo ayuda? —ríe sardónica—. ¿No deberías estar pidiéndosela mejor a los cobardes de tus amigos?, ¿o acaso no eres un líder tan carismático como crees y han preferido abandonarte?

—Por favor —reitera Zeeman, y un borbotón de sangre espumosa se le derrama de entre los labios al hacerlo—; sé que... —apenas logra reunir el aire necesario para continuar—, sé que no sois mala gente.

La chica aparta la *katana* y proyecta su hoja hacia atrás con el objetivo de lanzar una estocada sobre el cuello del nórdico. Yo la detengo con mi propia arma antes de que pueda hacerlo. La razón es que hay algo más moviéndose cerca de donde estamos, algo también bañado en fango que se arrastra desde la orilla del río con apuro y trata de avanzar hacia nosotras entre inmundos gruñidos.

—Somos lo que somos —digo expeditiva a Zeeman—; cómo lo interpretes, depende de ti. Piensa en lo que se te viene encima como en esa humanidad a la que decías querer salvar y acógete a tu política de no hacer demasiadas preguntas. —Señalo al engendro y le lanzo al herido, por último, un escupitajo a la cara—. Puede que no te gusten las respuestas.

Anne no se mueve cuando tiro de su brazo para continuar con nuestro camino. Se ha quedado atónita frente al monstruo.

—Piedad... —solloza el surfista, horripilado ante la cercanía de la abyecta criatura—, piedad, por favor.

El lodo que chorrea de entre los pliegues decrepitos del varado no enmascara que algún día también fue una persona. Es difícil verlo entre la mugre, la carne corrompida y las secuelas de la plaga, pero, incluso bajo su complexión esculpida por el envejecimiento y los jirones de ropa putrefacta que cuelgan de ella, puede adivinarse que se trata de una mujer de corta edad.

—No quiero acabar así —sostiene Anne, conmovida por la sordidez de la escena—. No quiero convertirme en una de esas cosas...

—Y no lo harás —la consuelo discretamente para evitar que Zeeman me escuche—. Si estas cosas existen, quizás también sean ciertos los rumores sobre la existencia de una cura en Punta Allende.

La chica se vuelve esperanzada hacia mí.

—¿De verdad lo crees?

—Claro —miento para mantener a flote sus ilusiones—.

Nessen aseguró que había médicos y científicos en la capital. ¿Por qué iba a desconfiar de él?

—El otro día dijiste que podría estar delirando.

—El otro día también pensaba que los varados eran una leyenda, y, sin embargo...

Anne suspira, un poco menos agobiada, y se deja por fin empujar lejos de Zeeman, del engendro reptante y de sus cruentos destinos a punto de colisionar.

Nuestro tránsito a lo largo de la garganta se prolonga por alrededor de dos horas y media más. En todo ese tiempo, los mayores peligros a los que tenemos que enfrentarnos son el terreno, por momentos demasiado escabroso, empantanado y desbordante de maleza, la amenaza de la mala climatología, más tangible a cada instante por influencia de las sombras que no dejan de cernirse sobre nosotras, y el pesar acumulado por nuestros pasos y nuestra moral.

Los últimos días de la decimotercera expedición no fueron muy distintos: dos jornadas especialmente duras y agotadoras en las que me vi forzada a cargar con un herido y un enfermo de plaga, a través de las proximidades de la zona cero, en mi agotador peregrinaje de regreso a la ciudad.

El rumbo es justo el inverso esta vez y nuestros enemigos más pesadillescos, aunque me alegro extrañamente de tener a alguien a mi lado, y eso, a diferencia de entonces —o incluso de solo un par de días antes de encontrarme con los chicos— trae consigo un novedoso condicionante que lo cambia todo en muchos aspectos, hasta el punto de que ya no veo en Anne la carga y el incordio del inicio y sí un impulso para no tirar la toalla.

—Mira eso... —dice orientando el dedo índice hacia el centro del río, sobre una de las secciones más anchas de la fisura—, ¿es lo que pienso que es?

Delante de nosotras hay un helicóptero con el emblema del ejército de Monteburgo en la cola atrapado entre el barro y la maleza. Los cristales de su cabina de mando están dañados por multitud de pequeños impactos; el fuselaje, muy deteriorado por el óxido y la erosión; y tanto los patines como las aspas presentan también algunas marcas y abolladuras fruto del abandono.

—Eso parece. —Me aproximo hasta él para estudiarlo más de cerca y meter la cabeza por el hueco de la portezuela lateral—. Nunca pensé que volvería a ver uno de estos. Debe de ser de los que desaparecieron en los años posteriores al Gran Éxodo. Yo diría que una bandada los asaltó y decidieron realizar un aterrizaje de emergencia aquí dentro para librarse de ella.

—Pues no les sirvió de mucho —expone Anne en referencia a los dos cadáveres semimomificados todavía retenidos en sus correspondientes plazas de la cabina de mando—. Esos bichos han debido de darse un buen festín con ellos.

—Ayúdame a enderezarlo —repongo haciendo oídos sordos a su comentario—. Puede que aún funcione.

—¿Cómo va a funcionar después de tantos años? Está hecho una ruina.

—Los helicópteros de la antigua flotilla son más duros de lo que crees. Déjate de tanta negatividad y empuja.

Escéptica, la chica suma sus energías a las mías en un esfuerzo por devolver el vehículo a su

posición natural.

—¿Y el combustible? —pregunta a mitad de tarea—. Incluso si llegamos a arrancarlo, la gasolina seguramente ya no sirva, como pasa con los coches.

—Ahí te equivocas —le explico mientras continúo proyectando el hombro contra el costado del autogiro—. Estos trastos no usaban gasolina, usaban otro combustible basado en nafta y queroseno llamado JP5. Tiene una capacidad de conservación mucho mayor que la de los fueles al uso. Si logramos activar la consola y todavía queda algo en el depósito o en la reserva, quizás podamos ponerlo en marcha.

—Lo dices como si se tratara de una simple bicicleta —resopla Anne fatigada—, y dudo mucho que sea tan sencillo mover este cacharro, sobre todo cuando no tenemos ni idea de cómo hacerlo.

—Habla por ti —ironizo, con el helicóptero ya algo más afianzado sobre el arroyo.

—¿Acaso sabes manejarlo?

—No me atrevería a decir tanto, pero sí que puedo intentarlo.

—Accedo a la cabina de mando para liberar a los cadáveres, arrojarlos al suelo y acomodarme yo misma sobre el asiento principal—. Sube y comprobémoslo juntas. Voy a necesitar una copiloto

—Golpeo con la mano el sillón contiguo antes de activar el sistema y poner en marcha el motor.

—¿Estás loca? No pienso subir ahí dentro con alguien que...

La turbina comienza a girar en cuanto agarro la palanca del control colectivo para oprimir el acelerador.

—Date prisa —la interrumpo al tiempo que hundo parte del pie izquierdo en uno de los pedales de timón y comienzo a levantar gradualmente la palanca—. No habrá más vuelos hoy.

Senna salta al interior del vehículo, se instala junto a mí y asiste alucinada al despegue. El helicóptero se libera poco a poco del fango y asciende unos cuantos metros sobre el riachuelo.

—Ponte el casco —digo cediéndole el de uno de los soldados fallecidos—, me falta bastante práctica y el espacio es estrecho.

La chica no da crédito a lo que ve. Para las personas de su edad, que solo conocen este tipo de ingenios, o bien de oídas, o bien por los libros y los restos inservibles esparcidos por los alrededores de la Hondonada, encontrarse de pronto dentro de un SA31CB Lama debe de ser toda una aventura.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta sobrepasada por el miedo—. Solo eres una *ranger*...

—No sé de qué te sorprendes —compadreo con retintín a medida que el giro de las aspas incrementa su celeridad—. Tú solo eres una trabajadora del sistema de basuras y mira cómo manejas las riendas y la espada. —Agarro el cíclico a fin de nivelar la aeronave lo mejor posible—. Lo raro es que no sepas pilotar helicópteros también.

Un temblor sacude el vehículo y me obliga a ajustar algo más el control.

—Cuidado —advierde Anne—, estás muy cerca de la pared.

—Vale, vale, ya me lo contarás más tarde, en ese caso. —Prosigo ascendiendo con pulso firme hasta que salimos de la grieta—. Y deja de mirarme así, por favor, no es algo tan raro... Lo que sé sobre aeronáutica lo aprendí gracias a un proyecto que escribí hace tiempo e incluía algunas escenas dentro de uno de estos cacharros —aclaro en busca de que también ella se desinhiba—. Bueno, a eso y a que luego conocí a alguien que sabía pilotarlos bien y me enseñó algunos trucos nuevos cuando todavía quedaban helicópteros en la ciudad. Mis conocimientos son bastante teóricos y un tanto pedestres, pero al menos no están tan oxidados como las tripas de este armatoste. Eso es el norte, ¿no? —bromeo frente al horizonte oscurecido por las nubes.

—¿Pedestre?, ¿qué quiere decir eso?

—Rudimentario, básico, limitado.

—Entonces, ¿por qué no lo dices así? A veces hablas con palabras un poco raras.

—Porque los matices son importantes. Y porque, además, sería una lástima que esos matices y esas palabras se perdieran por falta de uso como el resto de todo lo que ya hemos perdido.

La chica, para mi sorpresa, no me lleva la contraria esta vez.

—Ese proyecto que has mencionado... —reanuda la charla al término de una pausa pasajera—, ¿es el que estaba anunciado en los cines del Yatay?

—En efecto, ese mismo.

—Mel me habló varias veces de él. Estaba obsesionado con el final.

—Es un desenlace bastante abierto, ciertamente. —Curvo los labios con añoranza al pensar en el crío—. Todo por aquella época era así, abierto, enigmático y sujeto a múltiples interpretaciones. Es curioso cómo cambian las cosas con el tiempo.

—Sí —confirma Anne—, con el tiempo y con la distancia —apuntilla después de otro entreacto en el que aprovecha para dirigir la mirada hacia la inabarcable desolación del exterior—. Desde aquí casi hasta parece un país bonito.

—Lo parece porque lo era —estipulo molesta por haberlo dudado—. Y, debido a ello, lo sigue siendo y lo será siempre.

La joven entrecierra los ojos intrigada y no vuelve a decir ni una sola palabra hasta que transcurre casi un minuto.

—Mi madre —confiesa entonces bajo el intenso rumor de las hélices—; fue mi madre quien me enseñó todo lo que sé. Bueno, no ella directamente, ya que yo solo era una cría cuando la perdimos, sino mi padre, pero todo lo que él me transmitió lo aprendió a su vez de mi madre. Ella trabajaba en el sector del cine, como tú. —Su boca perfila una línea amable y evocadora no ausente de desdicha—. Era especialista en *kenjutsu*, hípica y artes marciales. Una de las mejores, según dicen. Papá me contó que se la rifaban para casi todas las películas de acción. Aprender sus técnicas, aunque sea de manera indirecta, me sirve para que sigamos conectadas de algún modo.

—¿Tu madre es Keiko? —pregunto con estupor—, ¿Keiko Minami?

Anne asiente orgullosa y algo asombrada.

La naturaleza melancólica de su aflicción se me antoja muy familiar. De no ser porque tengo que seguir manejando el aparato, volvería a abrazarla como ya hice en la loma donde abandonamos el *buggy*. La idea me perturba casi tanto como me reconcilia con ella y con mis propios fantasmas. Siento una pena muy grande solo de pensar en la velocidad con que las células de su cuerpo están empezando a perder la batalla frente a la plaga.

El encallecimiento de sus facciones, que la hace parecer una mujer de mucha mayor edad que la adolescente a quien conocí en la gasolinera, da buena cuenta de este infeliz pronóstico.

—¿Qué fue de ella? —digo movida por el afán de conocer más datos sobre su pasado—. Recuerdo..., recuerdo haberla visto en Punta Allende durante la Semana Negra.

Anne permanece en silencio como mentalizándose para responder algo. Cuando todo sugiere que va a hacerlo, un zarpazo de electricidad desgarrar el aire en torno al helicóptero e inutiliza el rotor principal con un azote chispeante sobre la turbina.

—¡Maldita sea! —exclamo tras darme cuenta de que he infravalorado la amenaza de los nubarrones que nos rodean y un rayo nos ha golpeado de lleno—. ¡Los mandos están fritos! —Trato en vano de recobrar la maniobrabilidad de los controles, que, salvo por los pedales de timón, han dejado de responder a mis órdenes—. Agárrate fuerte, voy a tener que efectuar una

autorrotación de emergencia.

—¿Autorrotación?, ¿qué demonios es una autorrotación?

—Enseguida lo verás. —Peleo contra mi precaria memoria por recordar el procedimiento a seguir—. O eso espero... ¡Sujétate bien!

Todos mis intentos por estabilizar la máquina valiéndome del flujo de aire ascendente quedan abortados por la magnitud de la parálisis y la ferocidad de las turbulencias.

Doy tantos bandazos bajo el yugo de la tormenta que casi ni me entero de que una de las portezuelas se abre de improviso, arrancada de cuajo por un potente golpe de viento, y flirtea con absorber a Anne hacia el exterior.

—¡Aguanta! —Tengo que soltar los mandos para evitar que la tragedia se consume—. ¡Dame la mano!

El autogiro vibra con una fluctuación borrasca y desbarata, mediante un veloz y accidentado descolgamiento, todo posible agarre. La inercia subsiguiente remueve la cabina de mando con un centrifugado pendular y acaba impulsando a Anne fuera de ella.

Entre las grietas de los cristales del cubículo, el caos y la falta de visibilidad, no llego ni a distinguir a cuánta distancia estoy de tierra.

Un brutal impacto me saca de dudas casi en el mismo instante en que todo el cielo retumba por la confluencia de varios truenos.

He sobreestimado mis habilidades como piloto, y el desfallecimiento, la culpa y la tormenta ya están aquí para recordármelo.

Al límite del desmayo, intuyo que pronto voy a echar de menos seguir cayendo.

22 DE AGOSTO (III)

Masa crítica

Cantidad mínima de material necesaria para que se mantenga una reacción en cadena.

This city will kill you, Garbage.

El sexto sentido de Cecilia Alic quizás no fuera un modelo predictivo muy científico, pero bastaba con echar una ojeada al horizonte distorsionado por los disturbios para advertir que no había fallado: cuando un país decidía escoger la senda equivocada y descalabrarse, era solo cuestión de tiempo que el barreno efectivamente reventara.

En el caso de Punta Allende, esto se traducía en que las secuelas de la explosión rayaban ya un nivel demasiado opresivo, virulento e inflamable como para que el universo supiera si debía decantarse por el humor negro o el trato de favor.

La mejor opción era seguir corriendo...

Noel me había comunicado durante nuestra despedida que estaba en mis manos revertir aquella vorágine, y, si bien yo no lo tenía tan claro, había asumido que sobre esas mismas manos, de pronto tan agitadas y temblorosas como el propio centro de la urbe, recaía la responsabilidad de dejar atrás mis miedos y tratar de no decepcionarlo, una misión casi suicida para la cual no estaba en absoluto preparada. Menos todavía después de abandonarlo en la iglesia al arbitrio de aquellos militares y no atreverme luego a regresar para saber si los disparos procedían del templo o de otro lugar.

Como resultado de ello, la incertidumbre que horas antes había entendido como una suerte de favor empezó a transformarse en una punzada de mala conciencia de las que asfixiaban la mente y la respiración.

Si a esto le agregábamos la inquietud por cuanto estaba ocurriendo alrededor, el inevitable cansancio fruto de mi escapada y el prurito de haberme obsesionado de camino con que yo tenía la culpa de todo por haber establecido contacto con Fox Sierra, no podía decirse que dentro de mi cabeza la situación fuera mucho mejor.

A pesar de todo, quería creer en que Noel de verdad sabía lo que hacía, en que la firmeza con que se había dirigido a mí tenía una sólida razón de ser y en que no me hubiera dicho lo que me había dicho solo por ahorrarme un adiós incluso más traumático.

Para convencerme de todo ello, era condición *sine qua non* llegar hasta el domicilio de la tal Nora Caron, quien, de acuerdo con mi teléfono móvil, vivía en una de las zonas de la ciudad más calientes a aquellas horas de la madrugada, muy cerca del Museo de Arte Contemporáneo.

Desplazarme hasta allí no iba a ser sencillo cuando ya cruzar a la carrera las calles próximas a la abadía había resultado una odisea por causa de los enfrentamientos que estaban produciéndose entre las fuerzas del orden y la insurgencia cronointervencionista.

Con la ley marcial de su parte, los primeros podían abrir fuego sobre cualquier viandante si así lo deseaban —de hecho, ya habían empezado a hacerlo sobre las facciones más agresivas del

bando contrario—, y los segundos tenían los ánimos tan encendidos y estaban tan embriagados de violencia que tampoco se paraban demasiado a comprobar a quién lanzaban sus piedras, ladrillos y cócteles molotov.

Después de consultar el móvil en la boca de un garaje, comprendí que la ruta más segura para alcanzar la dirección de la nota pasaba por infiltrarme en el jardín botánico y recorrerlo de punta a punta hasta desembocar, a través de su acceso más oriental, en la plaza del museo.

También tuve tiempo, en los instantes previos a mi partida, de introducir el nombre de la amiga de Noel en el buscador del teléfono.

Descubrí de esa forma que Nora Caron, veterana científica de origen irlandés y extenso currículo, había sido la directora del CTPA hasta finales de los años noventa, que sus compañeros tampoco se lo habían puesto fácil para progresar debido a su condición femenina y que, además de haber sido una figura clave en el fichaje del físico por parte del centro, había trabajado codo a codo con él en varios experimentos relacionados con los aspectos más controvertidos de la mecánica cuántica.

Según internet, Nora se había jubilado varios años atrás para plantar cara a un cáncer de mama del que afortunadamente ya estaba recuperada, aunque no por ello, como sugería el elevado número de publicaciones firmadas con su nombre por toda la red, ese mismo nombre había dejado de gozar de una gran relevancia dentro del mundo académico.

Tenía sentido, por tanto, que Noel la hubiera escogido como persona de confianza, un sentido que, desde una perspectiva ya no tan optimista, chirriaba bastante con que jamás la hubiera mencionado antes en sus conversaciones y me hacía desear que existiera un buen motivo para ello.

A excepción de algunas escaramuzas muy localizadas entre militares y opositores, no me topé con grandes problemas en mi trayecto hacia el jardín botánico.

Los obstáculos fueron ya algo más serios cuando tuve que despellejarme las manos para sortear la verja de forja que rodeaba el parque, esquivar los remates en punta de su parte superior y saltar al recinto sin torcerme ningún músculo ni ser avistada.

El jardín, un terreno kilométrico plagado de cientos de especies vegetales y vistosas infraestructuras destinadas a su conservación, como huertos, estanques o invernaderos, era uno de los lugares más antiguos y distinguidos de toda la ciudad. Sus fuentes y pabellones de estilo decimonónico, al igual que le sucedía a la iglesia de Santa Ana, desentonaban de una forma casi indecorosa con la modernidad de la capital y, junto a la torre del Reloj, la Colegiata Real o el faro, formaba parte de un mundo pretérito, sepultado por su propio apogeo, que apenas sobrevivía entre la arquitectura del distrito financiero.

A los animales del zoológico ubicado en su parte central les pasaba un poco lo mismo con relación a nosotros, los humanos, con la única salvedad, si acaso, de que ellos podían al menos rugir, gañir o chillar a modo de protesta.

A mi marcha por los laberintos de arrayanes y paseos arbolados, bajo el rumor incesante de las revueltas, esos sonidos eran más estentóreos que nunca: aleteos, bramidos y gruñidos se entremezclaban en un guirigay casi tropical con los disparos, las sirenas y las voces de las calles aledañas. Hasta tuve que cubrirme los oídos con las manos por el jaleo levantado por los pájaros del aviario, que, en una especie de estridente efecto dominó, avivaban con su escándalo el caos general y me hacían sentir como una pobre desgraciada huyendo de una tropa de paramilitares a través de una jungla colombiana en llamas.

A pocos metros de la verja que comunicaba con la plaza del museo, alguien se dio cuenta de mi presencia allí.

El haz de la linterna de quien fuera que me hubiera descubierto —probablemente, un simple guardia de seguridad asustado por el amotinamiento— se movía a mis espaldas con un vaivén errático y excitado, proyectando por todo el parque un sinfín de formas aberrantes más propio del cine expresionista que de un enclave urbano frecuentado por niños.

Todo quedó atrás en cuanto volví a saltar la verja y aterricé de nuevo en el exterior.

El choque de mis piernas contra el suelo fue lo suficientemente llamativo, sin embargo, para alertar a uno de los soldados que mantenía vigiladas a algunas personas en el otro extremo de la plaza, todas ellas arrodilladas sobre el firme con las manos en la nuca, y atraerlo lejos del grupo para comprobar qué lo había causado.

—¡Usted! —gritó entre el gentío—. ¡Deténgase!

La Sira Faris de principios del verano, esa que día tras día, sin que apenas me estuviera percatando de ello, comenzaba a diluirse en el magma de los acontecimientos, habría dejado de correr ahí mismo para hincar también la rodilla sobre el pavimento y someterse a la autoridad al mando. Si no ocurrió así fue porque recordé a tiempo las órdenes de Noel en la iglesia y eso me abasteció del valor y la rabia necesarios para continuar corriendo.

—¡Alto! —redobló el soldado la advertencia desde las proximidades de la verja, adonde enseguida había acudido al trote—. ¡Alto o disparo!

Entre aquel apercibimiento y el estallido repentino de una ráfaga de detonaciones no pasaron más que algunos segundos. La mayoría de las balas se estrellaron contra las piezas escultóricas que decoraban la plaza, y, solo de rebote, uno de los proyectiles se las arregló para morder mi hombro y abatirme temporalmente al pie de una de ellas.

Presentí desde el propio suelo, escarnecida por un ardor cortante en el costado izquierdo, que debía utilizar las particularidades del campo de batalla en mi beneficio para salir de allí, de modo que aproveché la posición de las estatuas, así como la llegada de una densa cortina de humo surgida de alguna bengala de protesta, y me oculté en el hueco de una obra de formas curvas y grandes dimensiones cuya factura me permitía esconderme dentro siempre y cuando ovillara bien el cuerpo.

El militar llegó hasta allí no mucho más tarde y empezó a buscarme por todos los sitios, sin éxito. Al cabo de unos minutos, chasqueó la lengua con fastidio, giró sobre sus propios talones y emprendió el camino de regreso hacia el otro lado de la plaza.

Con tantas manchas de sangre apuntando inculpatorias hacia mi improvisada madriguera, casi no podía creerme que el plan hubiera funcionado, pero, bien porque el casco de aquel tipo le impidiera ver el líquido con claridad, bien porque tampoco había escuchado el excesivo volumen de mi respiración, así fue.

Natan se encargó de arruinarlo todo con una inoportuna llamada que no conseguí apagar a tiempo y se propagó por la plaza hasta delatar mi posición. Aquello ya no me dejaba más que una vía de escape, la misma, en concreto, que esa tarde había descartado en las cercanías de la iglesia...

Ni me lo pensé. Mientras el soldado trataba de interpretar la información recién llegada a sus oídos, arrojé el teléfono a su lado como distracción y salí del agujero a toda prisa para abalanzarme sobre él decidida a arrebatárselo el arma.

Ambos nos precipitamos al piso, rodamos sobre los adoquines en medio de un enloquecido forcejeo y luchamos con fiereza por el dominio del fusil.

Jamás habría logrado imponerme de no ser por la milagrosa llegada de otra cuadrilla de manifestantes a la plaza. Sus miembros se unieron a la gresca, inspirados por la vehemencia del ataque, y empezaron a patear al soldado en tanto que más insurgentes increpaban al resto desde

una bocacalle aledaña.

Nadie me ayudó a levantarme ni me preguntó si me encontraba bien. La prioridad era sacudir al militar y dejar lo más claro posible su mensaje del mismo modo en que el Gobierno había dejado claro el suyo a golpe de purgas y detenciones.

Iba a ser muy difícil, a la luz del odio ciego que lo impregnaba todo, hallar una vacuna para un cisma de semejante magnitud. Y de ahí que, por mucho que Noel me hubiera pedido confiar en él con tanta persuasividad, se me hiciera cada vez más cuesta arriba creer que la solución pudiera encontrarse dentro de una memoria extraíble del tamaño de un meñique. La pregunta era: ¿acaso podía hacer otra cosa que luchar por seguir manteniendo la fe?

Mi colgante brilló en medio del desorden con el relumbre de un rotundo no. Entre tambaleos, llegué hasta el portal que se correspondía con el número de la nota —un edificio de varias plantas situado a tan solo algunas de calles del museo— y pulsé un total de diez veces el interruptor del telefonillo hasta que alguien se atrevió por fin a contestar.

—¿Sí? —surgió una voz madura y pastosa a través del altavoz—, ¿quién es?

Yo inhalé una buena bocanada de aire, dejé descansar el brazo contra la puerta para soportar mejor el dolor y, harta ya de Ardra, de los altercados y de mí misma, dije:

—Me envía Noel León. He de hablar con usted.

Neguentropía

Tendencia que permite a un sistema adaptar su estructura para alejar el caos y se encuentra en la intersección de la entropía y la vida.

We'll meet again, Johnny Cash.

Tan pronto como levanto la cabeza del cuadro de mandos, me percató de que es posible que acabe lamentando abandonar la inconsciencia.

El helicóptero ha aterrizado de un modo bastante dramático sobre los restos de un cañaveral a medio arrasarse por la Gran Ola. La vegetación crece entre los escombros sin un patrón claro y original, mediante sus grotescas intersecciones con ella, un paisaje espectral y cenagoso al que la lluvia, el viento y los truenos confieren un aspecto todavía más aterrador.

No es frecuente que se produzcan borrascas así de tempestuosas en Ardra, un territorio por lo general muy apacible en lo climatológico, pero las pocas ocasiones en que tienen lugar —en especial, desde que la catástrofe lo alteró todo con sus corrimientos de tierra— suelen venir acompañadas de una gran agresividad.

El fuselaje del helicóptero lo suscribe con sus constantes temblores y zarandeos, y hasta sus aspas, también sujetas a una presión feroz, empiezan a dar señales de que en cualquier momento pueden llegar a desligarse de la turbina, como ya lo ha hecho de sus corroídos anclajes, cerca de mí, un viejo cartel publicitario de los que antaño servían para anunciar el Gran Premio de Fórmula 1 de Punta Allende.

—¿Anne? —digo con la voz desgastada por el aturdimiento, acercándome el transmisor a la boca—, ¿puedes oírme?

Ni ese ni ninguno de mis sucesivos intentos por dar con ella obtienen respuesta. Prefiero creer que todo se debe a la tormenta —o a que quizás su transmisor se ha averiado durante la caída— a concluir que no ha tenido tanta suerte como en la grieta.

Es un pensamiento ilógico, ingenuo y desesperado, lo sé; también contraproducente si se acaba demostrando lo contrario, algo nada descabellado habida cuenta de que, cuando Anne cayó del helicóptero, todavía nos encontrábamos a bastante altura; pero no veo otra salida que entregarme a él y tratar de exprimirlo al máximo para volver a ponerme en pie.

Tras echarme su mochila y la mía a cuestras, salgo torpemente de la cabina en pos de un milagro que ni siquiera confío demasiado en que exista.

Ignoro hacia dónde debo dirigirme porque las vueltas descritas en el aire por el vehículo me han despiestado en exceso, porque todavía me encuentro bastante indispuesta y porque la tétrica uniformidad del lugar tampoco ayuda mucho a encontrar puntos concretos de referencia. Anne, de seguir con vida, podría estar en cualquier sitio. Ojalá ninguno de los sonidos que empiezo a escuchar entre las cañas de azúcar semiputrefactas, algunas de las cuales se bambolean a mi paso como si algo más que el viento las agitara, quieran decir que no soy la única que la está

buscando.

Mis pies tropiezan una y otra vez contra el traicionero manto de pedruscos, huesos y amasijos de hierro localizado debajo de ellos. A través de algunas de sus partes menos densas, brotan en diferentes zonas del suelo tenues llamaradas de color azul pálido. Sus contornos sinuosos danzan con liviandad bajo la lluvia como un reclamo para espíritus en pena y levantan sobre el cañaveral un halo cerúleo de textura similar a la de las lágrimas renegridas de los infectados.

—¡Anne! —vocifero a pleno pulmón sin dejarme acoquinar ni por la lóbreguez del entorno ni por las inclemencias meteorológicas—. ¡Anne!, ¿me escuchas?

Todo lo que consigo con ello es que los ruidos y los movimientos escurridizos en torno a mí se multipliquen. Es entonces cuando me doy cuenta de lo mucho que voy a echar de menos a Nan. Si él me acompañara, bastaría con impulsarlo hacia el cielo para que expusiera desde el aire a cualquier posible objetivo y me asistiera en la afanosa tarea de orientarme. Sin su apoyo, por el contrario, ya solo puedo confiar en mi instinto y en mi percepción, y, después de lo ocurrido en los últimos días, ni el primero ni la segunda se encuentran en muy buena forma.

Han sido muchas emociones, muchos vuelcos, muchos disgustos, muchas pérdidas, muchos palos de ciego...

Por ello, cuanto más me adentro en el devastado campo de cultivo y más arrecian la tormenta y la sensatez, más me acorrala la sospecha de que ya no puedo hacer nada por la chica. Quizás tampoco por mí, si he de ser franca, pues la extenuación y el desánimo me han asestado esta vez una dentellada tan desmedida, tan impía, que ya hasta el mero hecho de mantenerme erguida entraña un insalvable desafío.

Pese a todo, logro abrirme camino a través del carrizal durante cerca de cuarenta minutos más.

Mi pierna izquierda encalla al poco tiempo contra la carne corrompida de un bóvido con todo su tren inferior devorado que sigue inexplicablemente vivo entre el barro y los cascotes. El animal, de ojos grandes y grises por la plaga, apenas se alza unos centímetros del suelo y su movilidad es casi nula, pero aún alberga fuerzas en su cuerpo a medio descomponer para girarse y tratar de morderme el brazo entre pavorosos gruñidos.

Una agria combinación de enojo, fatiga y misericordia me impulsa a reventarle la cabeza con el bardiche y poner fin a su condena. Luego, yo misma me desplomo sobre sus restos, exhausta, y rompo a llorar bajo la lluvia.

Las criaturas que me rondan desde que he abandonado el helicóptero dejan de mostrarse tan cautas, de tal manera que sus respiraciones y furtivos deslizamientos entre las cañas empiezan también a perder el pudor y volverse más obvios.

Debería levantarme cuanto antes para así blandir mi arma contra ellas y oponerme a su cerco. Lo que ocurre es que ya no sé si puedo soportar por más tiempo tanta lucha estéril, tanto forcejeo inútil, tantos cara a cara contra mis propias promesas, mi propio destino y mis propios dragones.

No soy más que un despojo de otra época extraviado entre los desechos de lo que ya nunca volverá; el cascarón y la sombra de una persona apenas ya identificable.

Tal vez lo más coherente, lo más sabio, sea dejarme de vanas esperanzas y asumir de una vez por todas que el viaje ha terminado.

Para no continuar escuchando los malsanos crujidos y gruñidos procedentes de las cañas, decido coger mi reproductor musical y colocarme los auriculares. El preludio del tema *We'll meet again*, en la voz de Johnny Cash, empieza a sonar a su través justo cuando comienzo a dejar caer

los párpados, lista para aceptar lo que venga.

No llego a cerrarlos del todo porque una rasgadura de centellas arrastra mi mirada de súbito hacia el firmamento.

Allí, altanera como una llama en la oscuridad, se eleva una bengala humeante cuyo cuerpo teñido de fosforescencias anaranjadas vierte sobre el cañaveral una cortina borrosa de partículas del mismo tono.

Su fulgor se mantiene fijo en lo alto, indiferente al chaparrón, a las corrientes de aire y a los fuegos fatuos del subsuelo, hasta que la insolencia de su luz infunde nuevos bríos a mi osamenta.

No parece que la persona que ha lanzado el proyectil al cielo se encuentre demasiado lejos, y aunque, hasta donde yo sé, Anne no lleva consigo ninguna pistola de bengalas, tampoco parece muy probable que pueda tratarse de otra persona.

Todavía con los auriculares en los oídos, me pongo en pie.

Las alimañas gruñen, se revuelven y sacuden el morro por entre los carrizos.

No son perros salvajes como los que diezmaron a mi patrulla en la decimotercera expedición, sino lobos; lobos de ojos grises, complexión informe y un indomable pelaje pajizo con docenas de bubas, prolapsos y deformidades asomando por debajo.

Al son de la música, me aferro al bardiche y la emprendo a furiosas estocadas contra ellos antes de que puedan tomar la iniciativa. La mayoría retroceden. Yo rompo a correr a grandes zancadas hacia el sitio del que ha surgido la luz y deslizo la mano hacia el cinto para hacerme también con el revólver, por lo que pueda pasar.

—¡Anne! —vuelvo a desgañitarme bajo el viento racheado—. ¡Anne!, ¿eres tú?

Creo detectar el eco de una voz entre la turbulencia, pero todo se ha vuelto tan anárquico a mi alrededor que no tengo ninguna garantía de que así sea.

Los cánidos se reagrupan y toman posiciones a un lado y a otro.

Son animales acostumbrados por naturaleza a cazar en manada, y ni siquiera la plaga, por lo que veo, ha conseguido privarlos de ese reflejo gregario.

Su vista, afortunadamente, sí que se ha resentido de la infección, ya que la mayoría de la fauna de Ardra, al igual que les ocurre a los humanos, queda desposeída de su capacidad de discernir colores vivos a raíz del contagio, lo cual me otorga una importante ventaja sobre mis enemigos y me habilita para contrarrestar sus acometidas al amparo de la noche y la lluvia.

—«*We'll meet again, don't know where, don't know when*» —empiezo a canturrear entre estallidos de sangre alborotada y esquirlas de cañas reblandecidas, con el propósito de prevalecer así sobre el miedo y la adversidad—, «*but I know we'll meet again, some sunny day*».

Dos lobos se me echan encima desde flancos opuestos, y yo, al filo de mi destreza, evito que puedan echarme el diente mediante una estocada tendida y una finta de cadera. Me siento poderosa, intrépida, inexpugnable; casi diría que como un personaje de videojuego en plena efervescencia de invulnerabilidad.

Los cuerpos de los animales se precipitan semieviscerados sobre la alfombra de escombros conforme continúo corriendo hacia la luz en una frenética carrera final.

—«*Keep smiling through, just like you always do*» —retomo la letra de la canción en el proceso—. «*Until the blue skies drive the dark clouds far away*».

Solo en este punto me detengo, perpleja por la escena que acabo de protagonizar, y descubro frente a mí la quilla volcada y cubierta de musgo de un barco pesquero al que la Gran Ola ha debido de traer hasta aquí quince años atrás. Un humo rojizo flota sobre los restos del buque mientras varias volutas incandescentes, mecidas por la ventisca, ultiman su descenso hacia la cubierta.

—«*And will you please say hello, to the folks that I know*» —oigo a Anne cantar trémulamente desde la embarcación—. «*Tell them that I won't be long...*».

Sirviéndome de dos tajos fulminantes, acabo con el último de los lobos que me persiguen — al que, por si acaso, remato de un tiro en el cráneo— y recorro al trote la distancia que me separa del barco para encaramarme al casco y reencontrarme con la muchacha.

Anne está atrincherada en la cabina del timón con la espada en las manos y varias alimañas muertas a sus pies. La misma pierna que ya se había dañado en la grieta presenta ahora algunas heridas nuevas, y tanto en su rostro como en las partes visibles de su piel hay abundantes marcas de arañazos, desgarros y contusiones.

—¡Gracias al cielo! —La abrazo aliviada, puesto que, al menos a primera vista, nada de ello tiene aspecto de ser demasiado grave—. ¡Estás viva!

Ella me observa como no se atrevió a mirar a Melvin en el parque acuático, se recompone con un gimoteo de alegría y apoya la cabeza sobre mi hombro para decir:

—No vuelvas a hacerlo..., no vuelvas a dejarme sola.

La frágil y aniñada vulnerabilidad de su petición contrasta con la madurez repentina de su voz y de sus facciones.

—Descuida —digo, advirtiendo de soslayo que también sus ojos están más descoloridos e irritados en los contornos que nunca—; no volverá a ocurrir.

A continuación, en completo silencio, la acurruco contra mi pecho, introduzco uno de los auriculares en su oído izquierdo y aguardo pacientemente a que ambas nos calmemos.

22 DE AGOSTO (IV)

Naturaleza dual

Noción cuántica por la que muchas partículas pueden exhibir comportamientos típicos de ondas en unos experimentos mientras que aparecen como partículas compactas y localizadas en otros.

Song to the siren, Wolf Alice.

Cuando un sistema colapsa, es más difícil delimitar el momento exacto del inicio de su hundimiento que aislar las causas concretas de dicho derrumbe.

Nora Caron, al igual que Noel, pertenecía a ese exclusivo y privilegiado porcentaje de personas capaces de poner orden con su simple mirada en cualquier fenómeno, aunque, sin perjuicio de ello, también se leía en sus ojos que no tenía ni la más remota idea de en qué lugar trazar la línea divisoria entre el antiguo equilibrio y el inicio del naufragio.

Yo no tenía ese problema debido a que mi formación de letras me permitía mucho más margen de maniobra que el método científico, y, por ende, tampoco necesitaba de grandes análisis o de sesudos estudios de campo, como ella, para entender de forma visceral —en la práctica, casi refleja— que ya nada volvería a ser lo mismo en el país después de los terribles acontecimientos de aquella noche.

—Listo —dijo Nora una vez que hubo terminado de coserme la herida del hombro, que, pese a la sangre y el dolor, era de muy escasa profundidad—. Tómate dos de estas cada seis horas y trata de no moverte demasiado. —Me hizo entrega de un vaso de agua y una tableta de antibióticos—. En cuanto las cosas se calmen un poco, intenta acercarte al hospital para que te miren bien. Yo no soy ninguna especialista, solo tengo algunos conocimientos médicos por haber vivido muchos años junto a una profesional del sector sanitario. —Colocó un apósito sobre los puntos de sutura—. Ahora intenta descansar y evita darle más vueltas a lo que ha pasado. Te prepararé una sopa para que entres en calor.

—No es necesario —repuse con destemplanza—; no tengo hambre.

Nora adoptó una expresión entre descontenta y enternecida y puso en marcha la vitrocerámica.

—Te vendrá bien para rehidratarte y asentar el estómago. —Vertió el pingoso contenido de una lata de caldo instantáneo en la pequeña cazuela dispuesta sobre uno de los hornillos—. Has perdido bastante líquido.

Su habla distendida no concordaba con la de alguien que hubiera captado la gravedad de los sucesos a los que nos enfrentábamos. Más aún, todo en ella mantenía una discordancia férrea con respecto a lo que socialmente se daba por sentado en alguien de su reputación, edad y estatus social, desde la indumentaria que lucía, mucho más colorida y actual que la de la mayor parte de mujeres de su quinta, hasta la circunstancia de que se hubiera dedicado por tantos años a lo que se había dedicado.

—No queda tiempo para eso —sentí que debía recordarle el alcance de nuestro cometido—. La prioridad es lo que hay aquí dentro. —Volví a mostrarle la memoria extraíble—. Noel fue muy específico cuando dijo que...

—Noel y sus eternas especificaciones —me interrumpió ella sin alterarse demasiado—; quizás si no hubiera sido tan específico con esos requerimientos suyos y sí algo más prudente con sus investigaciones, nos habríamos ahorrado todo este enredo, claro que ya sabrás, siendo tan cercana a él como por lo visto eres, que no hay manera de hacerlo entrar en razón cuando algo estúpido se le mete en la sesera. —Meneó la cabeza, agobiada—. La terquedad, la curiosidad y la temeridad son las únicas cosas que lo obnubilan más que su enfermiza atracción por lo diferente, y, al final, como a menudo suele acontecer en estos casos, son las personas de su entorno quienes acaban metidas de lleno en sus líos y pagando el pato por ellos. —Se detuvo tras un pestañeo ausente para revolver la sopa con una cuchara de madera—. Yo le dije mil veces que su línea de investigación era demasiado peligrosa, que, en ocasiones, con independencia de lo tentador que pueda resultar meterse en según qué jardines, no conviene hurgar más de la cuenta en los misterios del mundo y, sobre todo, que empeñarse en alterar el flujo natural del tiempo sin conocer las consecuencias equivale a encender una cerilla en un almacén de líquidos inflamables y pretender que nada salte por los aires, pero, obviamente, no me hizo ningún caso y optó por seguir adelante, de modo que aquí estamos las dos, viendo cómo las llamas devoran el almacén. —Soltó un suspiro hastiado—. Noel es una de las personas más inteligentes que he conocido nunca, no te confundas —concluyó pasados unos segundos, melancólica—; lástima que también sea una de las personas más imprudentes y poco proclives a dar el brazo a torcer que he conocido jamás.

—¿Usted y él...?

—No, me temo que no —rio Nora. Su lacia melena de color plata enmarcaba apaciblemente las aristas de su rostro y hacía destacar, frente a la cazuela en ebullición, la viveza de sus ojos claros como el reflejo de la luna sobre un estanque y la elegancia de sus labios gruesos y colorados como la carne de una fruta madura—. Ni es mi tipo ni tampoco mi género, como creo que sabe todo el mundo. Solo nos profesamos un gran respeto, una gran amistad y una fuerte admiración mutua. O así era hasta que nuestras distintas aproximaciones metodológicas nos llevaron a ambos por derroteros opuestos e incompatibles entre sí —dijo apoyada sobre la encimera, lo cual provocó que la tela de su blusa dejara al descubierto de un modo bastante diáfano, por unos segundos, que el pecho izquierdo le había sido extirpado—. Yo siempre sospeché que su teoría podía conllevar un grave peligro si llegaba a materializarse en un experimento tangible y no surtía el efecto esperado; él, en cambio, opinaba que un análisis exhaustivo de los riesgos y de los beneficios eliminaría ese peligro y que no debíamos renunciar al progreso por una cuestión de miedo. Discutimos sobre el tema durante muchas tardes, a un volumen quizás excesivo, y el día en que las palabras empezaron a volverse demasiado dañinas por ambas partes yo decidí desmarcarme. Todo cambió entre nosotros a partir de ahí y de los problemas de salud que me afectaron luego, pero siempre supe, más allá de todo ello, y sin necesidad de escarbar en el futuro, que volvería a tener noticias suyas. —Entreabrió brevemente a la ventana para contemplar las calles, todavía tomadas por el resplandor llameante de los disturbios—. Cuando Noel volvió a contactar conmigo para ponerme al tanto de lo que se avecinaba, mi hipótesis se confirmó, y por ello mismo no me sorprende ni que el experimento haya salido rana ni tampoco lo que dices que ha ocurrido en esa iglesia. —Hizo girar la cuchara unas cuantas veces más—. Soy científica: para bien o para mal, tengo cierto callo a la hora de interpretar correctamente los datos.

—Es extraño que hable así de Noel. Él me dijo que siguen siendo buenos amigos, que es usted la única con los conocimientos y la experiencia necesarios para saber qué hacer.

Nora Caron atildó las cejas y sacó una taza de la alacena para llenarla con la sopa. Un denso aroma a saborizante industrial inundó la cocina.

—¿Eso te dijo? —preguntó con los labios plegados en un gesto escéptico—. Quizás sea cierto, entonces.

—¿Quizás?

La mujer puso la taza de sopa encima de una bandeja de plástico y recogió también la memoria que yo había dejado sobre la mesa

—Vayamos al salón. Allí estarás más cómoda.

Obedecí a regañadientes.

Su piso, de un tamaño más bien modesto para alguien que había ocupado un cargo tan relevante, era un híbrido casi perfecto entre la tradición y la modernidad. Como la mayoría de las viviendas de la zona, gozaba de una estructura arquitectónica muy clásica de modestos y convencionales acabados, solo que todo dentro de ella estaba decorado con tanto mimo y se beneficiaba de una iluminación tan pulcra y un gusto por los pequeños detalles tan exquisito que creaba la ilusión de contar con más espacio, más luz y más modernidad de los que en el fondo reunía, un poco al revés de lo que pasaba en el siempre caótico y abigarrado apartamento de Noel.

—Vuelvo enseguida —dijo Nora después de ayudarme a que me arrellanara sobre el sofá—. Ve tomando eso antes de que se enfríe.

No me pareció oportuno seguir negándome. Aunque la científica se moviera a un compás demasiado parsimonioso, y en esa misma lentitud llegara a apreciarse cierta reticencia a colaborar, si Noel había depositado tanta fe en ella, debía tener un buen motivo para hacerlo. Y, a fin de cuentas, no me venía del todo mal llevarme algo a la boca para eludir que mis pensamientos volvieran a quedar sumergidos en el derrotismo y templar un poco los nervios. Mientras me concentrara en manejar la cuchara y no en seguir torturándome con el eco de los disparos venidos de la abadía, que aún seguían retumbando en mi cabeza como un toque a rebato, o con las imágenes mentales de la turba de la plaza del museo apaleando a aquel soldado anónimo, sería más fácil combatir la pena.

No bien hube dado la primera cucharada, me fijé en que, sobre varios de los muebles de la sala —en particular, sobre la inmensa librería del flanco más próximo a la puerta principal—, había varias fotografías enmarcadas de la propia Nora junto a otra mujer de aproximadamente su misma edad.

Por la calidez cómplice con que ambas interactuaban frente a la cámara, imaginé que se trataba de su pareja.

Era un poco raro que no estuviera allí con la que había montada en el exterior, pero como tampoco se trataba de algo que me incumbiera, evité darle importancia y continué sorbiendo el caldo a la espera de que Nora regresara.

—Listo. —Lo hizo no mucho más tarde con una manta en la mano—. Ponte esto, si quieres. ¿Qué tal la sopa?

—Bien, gracias —dije algo molesta por su aparente falta de interés en todo lo que no tuviera que ver con aquel mejunje de empalagoso gusto a pollo sintético—. ¿Ha podido revisar ya los archivos?

—No, todavía no —contestó ella en la misma línea despreocupada—. En realidad solo he ido a coger el teléfono para hacer una llamada. Ya lo analizaremos todo con más calma mañana.

Lo fundamental ahora es que descanses.

—Señora Caron, con todos los respetos, no he cruzado media ciudad tal y como están las cosas para ponerme a descansar —insistí, frustrada por sus evasivas—; lo he hecho porque necesito asegurarme de que revisa usted esa información y hace algo con ella para impedir que la locura de ahí fuera contagie a todo el país. Creía que Noel..., bueno, que Noel ya le había hablado de lo que está en juego.

La científica sacó el dispositivo del bolsillo, lo observó con minuciosidad y dijo como si nunca hasta ese instante se lo hubiera planteado:

—Sí, claro, sé perfectamente lo que está en juego.

—Me alegra oírlo.

—Pero no creo que sea un juego al que nadie deba jugar. E incluso en el supuesto de que yo pudiera hacerlo, estoy demasiado atada de pies y de manos como para poder sentarme a la mesa.

Un hormigueo enrarecido empezó a extenderse por toda mi piel y a impregnar mis movimientos y mis palabras de sopor.

—¿No piensa usted ayudarnos? —me las arreglé de igual forma para decir.

—No me está permitido, más bien —precisó ella—. Recuéstate e intenta relajarte. Enseguida pasará todo.

—¿Me toma el pelo? —gruñí al notar un sospechoso resabio acre sobre la lengua parcialmente adormecida—, ¿qué ha hecho?

Mi campo visual comenzó a perder nitidez y definición frente a la imagen cada vez más borrosa de la mujer.

—Ayudar a otra persona que también lo merece —dijo poniendo la memoria sobre la mesa con una mueca severa—, alguien a quien no estoy preparada para perder.

Ya apenas pude seguir sosteniendo la cuchara, que se precipitó sobre la bandeja con un repiqueteo metálico al tiempo que unos golpes sacudían la puerta del piso.

Nora se acercó al pasillo para abrir y la mujer de las fotos accedió a la vivienda empujada por varios soldados. Sus muñecas estaban inmovilizadas por unas cinchas de plástico.

—Noel... —murmuré medio desvanecida—, Noel confiaba en usted.

—Y no sabes cómo lamento tener que defraudarlo —se dolió la exdirectora a pocos centímetros de mi cuerpo desfalleciente—. Por desgracia, no me han dejado otra opción...

Uno de los militares liberó a la pareja de Nora de sus ataduras, la arrojó con desdén hacia ella y ambas se abrazaron aliviadas bajo la sarcástica vigilancia del resto de los presentes.

En mis últimos coletazos de consciencia, traté en balde de arrastrarme hacia la mesa y recuperar la memoria extraíble.

El hombre que parecía llevar la batuta, un tipo de mandíbula muy marcada y ojos opacos, estrechos y poco amigables, se escamó por ello e interpuso su mano antes de que pudiera alcanzarla.

Tras esto, cercada por una espesa avalancha de desfondamiento, ya solo pude ver cómo introducía la misma mano en el bolsillo lateral de su pantalón de camuflaje y la volvía a sacar ya sin nada sujeto entre los dedos.

Relatividad especial

Teoría previa a la relatividad general que se diferencia fundamentalmente de ella por no tener en cuenta los efectos de la gravedad. Según su formulación, el tiempo y el espacio son conceptos relativos.

Rembihnútur, Sigur Rós.

Han pasado ya tres días desde mi reencuentro con Anne en el cañaveral.

En ese tiempo, la evolución de su cuadro infeccioso se ha acelerado tanto que ya casi parece una mujer mayor de cuarenta años.

Es muy chocante verla cambiar a ese ritmo porque ni su vestimenta ni su mentalidad concuerdan demasiado con el aspecto que ahora tiene, pero, gracias a ello, se ha restablecido de las heridas en un tiempo récord y la luz ya no la deslumbra tanto. Como contraparte, claro, ha empezado a respirar de manera sensiblemente más rápida, a sudar también más de lo normal y a no distinguir otros colores que no sean el blanco, el negro y los diferentes tonos de gris existentes entre ambos.

Si la velocidad de su transformación se mantiene, más nos vale llegar pronto a Punta Allende o será muy complicado, por no decir imposible, mantener la promesa que le hice a Melvin en el Water Haven Park sobre llevarla hasta la capital.

Según los cálculos que he realizado tomando como referencia los mapas del propio chico, no se trata de una tarea imposible. Lo que me inquieta es que hace ya tiempo que he aprendido por las malas la diferencia entre el mapa y el territorio, de tal manera que el segundo, en virtud de esa disparidad —y, sobre todo, de los funestos efectos de la Gran Ola sobre el relieve de Ardra—, se corresponde cada día menos con el primero.

Delante de nosotros tenemos una prueba perfecta de ello, pues, a la inversa de lo que el mapa determina, ya ningún puente atraviesa el estuario del río Sarras de orilla a orilla, sino que apenas unos cuantos tramos discontinuos y semiderruidos permanecen en pie sobre las aguas, entre las dos riberas también devastadas por el maremoto, como un herrumbroso testimonio de que sí que lo hizo alguna vez.

El contratiempo pone en peligro mis planes de seguir avanzando a través de la autovía y nos fuerza a tener que desviarnos varios kilómetros hacia el interior, en paralelo a la desembocadura, para así rodear el estero y conseguir llegar al otro lado.

No es una idea que me atraiga mucho porque implica tener que cruzar el principal núcleo urbano de la zona —un antiguo asentamiento para jubilados llamado Sereseres, muy popular antaño por su abundancia de residencias, hoteles, casinos y balnearios— y exponerse a que alguien pueda descubrirnos.

Con todo, me tranquiliza comprobar mediante los prismáticos que la fuerza del mar ha arrasado también una refinería próxima, de la cual ya casi solo quedan en pie un montón de

restos metálicos cubiertos de óxido y hollín, y que la nube de llamas presumiblemente causada por su colapso ha convertido el pueblo y sus alrededores, a tenor de los rastros carbonizados presentes en la mayoría de edificios, en un lugar de pesadilla más inhabitable, si cabe, que el resto del Páramo.

Ni siquiera un salteador de la peor calaña o un paria habituado a sobrevivir a cualquier precio tendría estómago suficiente para hacer de aquel infierno un hogar. Y, en todo caso, tampoco es que hubiéramos visto a mucha gente por el yermo desde nuestra huida en helicóptero de la grieta...

Monteburgo se encuentra demasiado lejos ya, como atestigua la figura casi indistinguible del Aramara en la línea difuminada del horizonte, y la región de Punta Allende, en la que estamos a muy pocos kilómetros de adentrarnos, es la más golpeada por la ola, por la plaga y por la guerra.

El primer factor elimina de la ecuación a casi todos los posibles contrabandistas y malhechores ante la ausencia de un mercado; el segundo, reduce de forma muy drástica las posibilidades de supervivencia de cualquiera que se atreva a pisar esa parte de la isla, con lo que no es ni mucho menos inusual, entre unas cosas y otras, que nuestra sensación de estar cada vez más a solas en mitad de la nada se esté recrudeciendo. El silencio lúgubre y polvoriento de las calles de Sereseres la resalta de forma muy tétrica con su exhibición de tizne, suciedad y ruina, aunque, si algo nos hace a ambas estremecernos de verdad —en mi caso, incluso sentir auténticas ganas de vomitar— es descubrir el elevado número de cadáveres calcinados que hay esparcidos por todo el pueblo y que no todos ellos parezcan haber perdido la vida a manos de las llamas.

Anne se da cuenta de ello al advertir que algunas de las piscinas de los hoteles y residencias cercanos se encuentran a rebosar de esqueletos ennegrecidos, lo cual resulta bastante raro, mientras que la abundante presencia de instalaciones militares destruidas en torno a esas mismas fosas rubrica nuestra conjetura de un modo atroz.

Los ancianos, no por casualidad, sucumbieron a la plaga en la primera fase de la epidemia, y, dado que la mayoría de la población de Sereseres eran pensionistas de edad avanzada, la lógica dicta que la infección debió de ensañarse con ellos con mayor salvajismo que en otras áreas de la isla.

Si la presencia del ejército en el pueblo responde a criterios de emergencia sanitaria y no a razones estratégicas relacionadas con la guerra, es bastante factible que los militares hubieran tenido que intervenir para evitar la propagación de la enfermedad. Lo que ya ni Anne ni yo nos atrevemos a concluir es si dicho arbitraje se produjo con anterioridad o con posterioridad a la cremación de todos aquellos cadáveres. Y, a mi juicio, es casi mejor no tener una respuesta.

—¿Piensas que Punta Allende creó verdaderamente la plaga? —pregunta la basurera frente a los restos de uno de los complejos de mayor tamaño—, ¿o lo hemos hecho en realidad nosotros, como alguna vez he escuchado decir por ahí?

En los más de quince años que nos separan del arranque de la pandemia, esa interrogante me ha asaltado también en centenares de ocasiones, pero ninguna cábala o suposición, a día de hoy, ha logrado despejar la incógnita.

—Quizás no lo hayamos hecho ni unos ni otros —digo por no quedarme callada—, quizás se trate de algo natural, como la Gran Ola.

—¿Llegaste a verla, la Gran Ola? —incide ella con curiosidad.

—No, ya estaba en Monteburgo cuando lo devoró todo —contesto para no tener que rememorar aquel descorazonador episodio de nuestra historia—. Eso fue lo que me salvó.

Confiemos en que no haya más oportunidades de ver ninguna otra.

Anne inclina la cabeza, contrita, y sigue caminando entre los escombros hasta que por fin, con el sol ya casi poniéndose en el oeste, nos alejamos del casco urbano.

El rodeo ha hecho que perdamos demasiado tiempo. Debemos encontrar un lugar seguro para pasar la noche antes de que la oscuridad vuelva a sepultarlo todo.

A unos cinco kilómetros del pueblo, Anne se agacha para colocar una piedra sobre uno de los numerosos montículos del camino, como ha hecho durante buena parte del viaje, y tropieza por accidente con un rótulo de metal, vencido y oxidado pero todavía en pie, que señala la presencia de un *spa*-balneario a unos doscientos metros a nuestra izquierda, en las proximidades de la desembocadura.

Yo no alcanzo a ver nada en esa dirección hasta que me concentro y noto que sí que hay un hotel allí. La guía de viaje me lo confirma con un aparte ilustrado en el que habla de un resort termal contigo a la localidad llamado Sereseres View.

El peculiar emplazamiento, según el libro, fue construido dos años antes de que todo se viniera abajo dentro de una serie de grutas naturales interconectadas, y disponía de un total de veinte lagunas —algunas de ellas también naturales—, muy afamadas en la comarca por sus propiedades terapéuticas.

Como los huesos me duelen demasiado para seguir caminando, decido acercarme en sigilo y estudiar si todavía es posible refugiarse dentro.

Me alegra comprobar que así es. Sus instalaciones, además de haber resistido sorprendentemente bien el embate del mar, se encuentran mejor conservadas que el grueso de los edificios que hemos visto en nuestro periplo y, debido a su insólita ubicación, ni el incendio las ha afectado mucho —apenas a algunas de las estructuras de su parte externa y a varias de las terrazas construidas en la pared de la propia costa—, ni se percibe que haya pasado mucha gente por sus dependencias.

Animales, por el contrario, sí que alberga unos cuantos, desde pequeños roedores y arañas —no infectados, por fortuna— hasta una nutrida colonia de focas monje que ha hecho de las lagunas su nuevo lugar de residencia. Anne desenvaina la espada cuando algunas de ellas se agitan junto a la más amplia de las pozas como confrontándonos con sus guturales aullidos.

—No temas, son inofensivas —le indico para que vuelva a guardar la hoja—. Solo protegen a sus crías. Mientras mantengas las distancias, no te harán nada.

La muchacha obedece y enfunda el arma.

—¿Qué son? —inquieta todavía desconfiada.

Un amplio sector de la colonia retrocede hacia otra de las pozas cercanas, lejos de nuestra presencia.

—Seres en teoría extintos —aclaro un tanto equívoca—, como nosotros.

A lo largo de las horas siguientes, ambas aprovechamos para explorar mejor el balneario e instalarnos en una de las habitaciones de cara a la noche.

La prospección nos lleva a dar con varios hallazgos que alegran bastante nuestra estancia: en primer lugar, el agua todavía fluye limpia a través de los grifos termales; en segundo lugar, un generador fotovoltaico de emergencia nos permite restablecer la corriente eléctrica en un amplio segmento del entramado de grutas, volviéndolas algo más acogedoras por medio del onírico sistema de luces integrado en la propia roca volcánica; y, en tercer lugar, la media docena de pequeñas tiendas colindantes con las zonas de baño nos ofrecen a su vez la posibilidad de reponer provisiones, de encontrar nuevas herramientas útiles para el viaje y hasta de cambiarnos de ropa, algo que ya las dos vamos necesitando con urgencia.

Anne lo hace enseguida después de encontrar unos pantalones elásticos de su talla, una sudadera con capucha de corte informal y unas zapatillas nuevas; yo me lo tomo con más calma y espero a que se vaya para echar mano de un kimono corto y holgado de colores claros en el que no termino de encontrarme, mayormente, porque estoy tan acostumbrada a llevar puesto el uniforme de *ranger* que me cuesta verme de otra guisa.

Mi antigua indumentaria es, en rigor, mucho más práctica y adecuada que la nueva por razón de sus placas protectoras, de sus numerosos bolsillos y de la funcionalidad general de su diseño; sería mucho más fácil, y puede que también más inteligente, lavarla y dejarla secar durante la noche, pero si he tomado la decisión de arrancarme todos mis galones no es solo por una cuestión de estética o higiene.

—Vaya, pareces otra persona... —dice mi acompañante cuando me ve regresar a la gruta central, donde se ha acomodado para actualizar su diario sobre la vieja barra del ambigú—. Mira, tenías razón, no son tan ariscas como parecen. —Lanza una brizna de atún enlatado a una pequeña foca próxima. El animal coge el obsequio al vuelo, lo mastica feliz y repta algo más hacia ella en busca de otro bocado—. Diría incluso que son adorables. —Anne vacía lo que queda de la lata en el suelo para que la foca se lo zampe también—. Más que los humanos, al menos.

—Bueno, a algunos humanos también les gusta comportarse de formas más agresivas que las que les son naturales —sostengo con cierta socarronería—. En el fondo, no somos tan diferentes.

Anne sonríe, cierra el diario sin dejarme ver qué ha escrito y lo introduce en la mochila con el resto de sus pertrechos.

—No te vas a imaginar lo que he encontrado —dice sacando a continuación otro objeto del interior—. ¿Te apetece un trago?

Sobre el mostrador acaba de colocar una botella fina y alargada de licor de higo y almendra, tal vez la bebida más popular de la isla antes de que la plaga empezara a transmitirse y el mar a sublevarse, y una de las mercancías más cotizadas y difíciles de encontrar en el mercado negro de Monteburgo.

—Eres menor de edad, Anne —replico—. No puedes beber alcohol.

—Bromeas, ¿cierto? —Ella ríe sin dejar de mirarme cara a cara con sus iris embadurnados de gris—. Ahora mismo tendré como mínimo unas cuarenta y tres primaveras.—. Eso hace varias docenas de cumpleaños pendientes de celebración... Creo que me merezco al menos festejar uno. —Entorna los ojos para realzar la ironía—. Y, en mi humilde opinión, esta covacha es un lugar perfecto para ello.

—Tú misma —no soy capaz de negarme a concederle ese capricho—, pero ten cuidado, que no es agua.

Anne corre feliz hacia el otro lado del mostrador, llena dos vasos de chupito y, en cuanto desliza uno hacia mí sobre la barra barnizada de moho, eleva el suyo para obligarme a brindar.

—Por los seres en teoría extintos —declama grandilocuente junto a la foca.

—Por los seres en teoría extintos —la secundo con una media sonrisa en los labios.

Nuestros vasos chocan el uno contra el otro bajo el reflejo de las luces de la laguna, que ondulan de forma armónica por toda la gruta, y ambas apuramos el licor del tirón. Nada más la mezcla golpea nuestro sistema digestivo, Anne agarra de nuevo la botella y rellena los vasos.

—Con cuidado, por favor, no queremos que nos siente mal, ¿verdad?

Ella endurece el rostro y empuja uno de los recipientes de vuelta hacia mí.

—Y por Melvin y Nan —dice mucho más seria que antes, como si, de pronto, el soterrado

arroyo de su tristeza le hubiera embebido la musculatura facial—, donde quiera que estén.

—Por Melvin y Nan —cedo una vez más llevada por la emotividad—, donde quiera que estén.

Ambas guardamos silencio de forma espontánea durante un buen rato.

—¿Tienes contigo el reproductor de música? —solicita Anne luego—. Estoy pensando que quizás podamos conectarlo a ese equipo de ahí.

—Dudo que sea una buena idea —refuto precavida—, aunque este lugar parezca tranquilo, es mejor no llamar tanto la atención. Con esto servirá... —Dejo el dispositivo sobre la barra, enlazado a la batería solar, y pulso el botón de inicio desde el propio aparato.

De sus diminutos altavoces comienza a surgir la melodía de otro de los temas que Noel volcó allí dentro lustros atrás —*Rembihnútur*, de Sigur Rós—. Lo he escuchado tantas veces a lo largo de los años, como a las demás composiciones almacenadas en la memoria del cacharro, que también en mí aflora un incipiente pesar.

—Cuando era pequeña, me gustaba poner el MP3 en modo aleatorio y tomarme los títulos y las letras de las canciones que escogiera como una predicción —menciona Anne con añoranza—. Me pasaba horas y horas tratando de interpretar cada verso y cada estrofa como si escondieran algún código oculto. Es un juego absurdo, lo sé, pero quizás quieras intentarlo tú también.

—Tratar de adelantarse al futuro no suele traer nada bueno —objeto sintiendo un nudo formarse en mi estómago—, ya deberías saberlo.

—Lo sé.

—¿Y aun así quieres hacerlo?

—No por mí. Yo no tengo ninguna expectativa ya. Por ti.

—Todo el mundo tiene alguna expectativa. Y no es bueno perderlas antes de tiempo.

—Quizás, aunque recuerda lo que dijiste sobre los secretos: son necesarios para crear cierta intimidad con la verdad.

—*Touché*.

—¿*Touché*?

—Es una vieja expresión francesa, no me hagas caso —clarifico en tanto que comienzo a liarme un cigarro—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Sobre mi madre o sobre Mel? —dice ella con perspicacia, volviendo a llenar los vasos.

—Sobre tu madre.

—De acuerdo. Bébetelo y responderé a lo que quieras.

—No debemos pasarnos, Anne. Hay que estar alerta por si surge cualquier imprevisto.

—En ese caso, te quedas sin respuesta.

—Vale, de acuerdo —transijo con otro trago directo a la garganta. El escozor dulzón del alcohol me hace tener que sacudir la cabeza para resistir su envite—. El otro día, en el helicóptero, hablamos sobre ella, ¿recuerdas? —Anne asiente y despacha el líquido de su vaso también—. Te comenté que la vi durante la Semana Negra, pero no llegaste a decirme qué... —tengo notables dificultades para culminar la frase—, qué fue lo que pasó con ella.

—Eso es porque no lo sé —reconoce la chica al término de una pausa introspectiva—. Nadie tiene ni idea, en realidad; lo único que sé es lo que mi padre me contó: que los malditos militares la capturaron la noche de la sublevación y que luego le perdió la pista y ya no logró encontrarla más. Por eso... —es ella quien titubea en esta ocasión—, por eso estoy aquí, para tratar de averiguar qué le pasó.

—Klem dejó caer en la Fortaleza que fue tu padre quien te incitó a huir...

—¿Incitarme? —repite Anne guasona—. No creo que esa sea la palabra. Mi padre, al

margen de la reputación de hombre valiente y aventurero que pueda tener, es solo un gallina que nunca se ha atrevido a salir de Monteburgo desde el Gran Éxodo, y con las trifulcas de Renaud y los atentados de la Hueste Invisible, casi que ya ni de casa. Alguna vez sí que me animó a internarme en el Páramo con la excusa de que ya está demasiado enfermo para viajes, claro que tendría que haber sido él, y no el pobre Melvin, quien me acompañara. Supongo que eso explica también el resto de cosas que te mueres por saber, ¿o debería mejor decir echarme en cara?

—Yo no soy nadie para recriminarte nada —digo con el estómago más encogido todavía que al inicio de la conversación—, aunque ahora, por lo menos, al fin entiendo por qué odias tanto a la gente uniformada.

Silencio. Anne retrae el entrecejo y emite algo parecido a un lamento.

—Mel venía siempre a nuestra casa a escuchar las batallitas de mi padre —prosigue, hablando más para sí misma que para mí—; yo me limitaba a trapichear con él por puro interés, como ya te he dicho alguna vez, e incluso lo despreciaba en secreto por su linaje. Mi dilema era que necesitaba a alguien para acompañarme fuera de Monteburgo. Cuando Isi, la amiga con quien había planeado hacerlo, contrajo la plaga y los tuyos la capturaron para enviarla a la Nevera con su padre, decidí que no podía postergarlo más y manipulé a Mel para que se uniera a mí —confiesa con un suspiro arrepentido que me hace acordarme de la chica de las cocheras y temer lo peor—. Sabía que no me diría que no porque... —traga algo de saliva para poder terminar la oración—, porque era evidente que estaba enamorado de mí. Lo que nunca imaginé es que acabaría cogiéndole tanto cariño durante los preparativos de nuestra escapada, y mucho menos que tendría que estarle agradecida por haberme salvado la vida. Hay que llegar a esa ciudad, Sira —remata con voz dengosa—, hay que hacerlo cueste lo que cueste.

—Lo haremos. —Pongo mi mano sobre su hombro en firme compromiso con ello. La situación que acaba de describir, no tan distinta de la mía con respecto a alguien también muy cercano, alimenta nuestra afinidad mutua sin que ninguna de las dos lo hayamos buscado de manera expresa—. Llegaremos hasta Punta Allende y disfrutaremos juntas de ese amanecer, no lo dudes ni por un momento.

Ella sonrío taciturna, coge el aparato entre sus manos y presiona el interruptor de reproducción aleatoria. El tema *The ocean*, de Richard Hawley, comienza a resonar por toda la cueva.

—Parece que así será —dice Anne tras leer el título de la canción en la pantalla del dispositivo—. Entretanto, quizás hagamos mejor en olvidarnos de que no va a ser un trayecto fácil. —Vierte una última ronda en los vasos antes de ingerir el suyo de golpe y obligarme a hacer lo propio—. ¡A la mierda la plaga! —grita mientras se despoja de toda su ropa excepto la interior—. ¡A la mierda el futuro! —Corre hacia la laguna y se lanza en bomba sobre ella para espantar con su caída a las focas allí congregadas—. ¡Vamos, salta, está buenísima!

—¿Qué te he dicho sobre no asustarlas?

—Cierra el pico y trata de disfrutar aunque solo sea por una vez —exclama Anne desde la poza—. ¿Quién sabe cuándo podremos volver a divertirnos? ¡Vamos! —Me salpica entre carcajadas—. ¡Fluye!

Su provocación funciona y me quito la ropa también para reunirme con ella en la laguna. Por algunos minutos, ambas jugamos en el agua como dos niñas nacidas en otro mundo donde no hubiera ocurrido ninguna tragedia.

Me siento inexplicablemente contenta, enardecida, libre. Y entonces, durante una pausa para tomar aire, Anne dirige sus ojos cenicientos hacia mí y dice:

—No quiero morirme sin besar a alguien, Sira, no quiero que me suceda lo mismo que le ha

sucedido a Mel.

Yo entro en bloqueo por la revelación y me debato entre dar la llamada por respuesta o hacerle caso y fluir. La disyuntiva es tan ardua que, por un tiempo, no puedo ni moverme ni respirar.

Temo por lo que me encuentro a punto de hacer en la misma proporción que temo estar confundiendo el deseo y la culpa con la piedad. Y, por si con todo ello no fuera suficiente, el recuerdo de Noel emborrona desde el MP3 lo poco que aún mantengo a raya de mi discernimiento.

—Sé que tú también buscas a alguien, no te preocupes —susurra Anne con un asomo de líquido oscuro entre los párpados—, que esa cicatriz tuya no es una simple marca... Solo quiero que mi memoria pueda evocar algo más que basura, mentiras, despojos y violencia cuando me toque irme.

No soporto la idea de que acabe implorándome otra vez ese beso cuando tendría que ser yo quien le implorara perdón por todo lo que le he hecho pasar desde la captura de su amiga, así que nado lentamente hacia ella, sin ni siquiera preguntarme cómo sabe que busco a alguien o si estoy haciendo lo correcto o algo indecente, y poso mis labios sobre los suyos.

—Parece que al final sí que has bajado la guardia —bromeo para tratar de reducir la enmarañada incertidumbre del momento—, ¿prefieres dejarla así o volver a hacer como que nada ha ocurrido?

La chica se enjuga las lágrimas con el puño al tiempo que vuelve a escudriñarme desde la turbiedad grisácea de sus órbitas.

—Me quedo con volver, a secas —dice cogiendo mi colgante entre los dedos—. Ya sea a un ritmo u a otro, es de lo único que va todo esto...

Nuestras respiraciones se entrelazan de nuevo, espoleadas por el ansia de notarnos tan cerca la una de la otra, y toda la gruta, todo lo que nos rodea, se disuelve en ese mismo anhelo igual que la negrura salida de sus cuencas en el agua verdosa de la laguna.

CUARTA PARTE

El fuego en el que ardemos

23 DE AGOSTO

Teoría de campos

Conjunto de principios y técnicas que estudian la dinámica y la distribución espacial de los campos físicos. Permite describir cómo cambian con el tiempo a partir de su interacción consigo mismos y con el entorno.

The world is on fire, Ed Harcourt.

Mi padre solía decir siempre que la política es como la muerte: da lo mismo lo rápido que corras tratando de escapar de ella o cuánto te esfuerces en desoírla, en última instancia, siempre acaba echándote el lazo para meterte en un buen lío.

La mañana posterior a mi captura en casa de Nora Caron los símiles y las metáforas dejaron de ser meras figuras retóricas y pasaron a ser una dolorosa e indigerible realidad. Esta comenzó con un traqueteo igual de convulso que las pesadillas que había sufrido durante horas, continuó con un grito ahogado de carácter involuntario y culminó a duras penas con la apertura desarreglada de mis párpados.

Según pude vislumbrar desde el suelo, me encontraba encerrada en el módulo de carga de algún tipo de vehículo militar junto con al menos otras quince personas.

El ambiente estaba muy cargado por causa del hacinamiento, el calor y la falta de ventilación, si bien no tanto como lo estaba mi mente por el mareo y el desengaño.

—¿Quiénes sois? —cuestioné levantándome poco a poco, muy desubicada—, ¿qué está pasando aquí?

La mayoría de las personas atrapadas conmigo en el furgón, o bien ignoraron la pregunta, o bien se conformaron con girarse hacia mí, como recriminándome sin palabras el haber dicho algo demasiado obvio, para luego ignorarme también.

—Vaya, has despertado —dijo sin embargo el hombre más cercano a donde yo estaba, un tipo larguirucho de unos treinta años que tenía los pantalones y la camisa manchados de hollín y varias marcas de contusiones en la cara—. No sé yo si te compensará, pero bienvenida a la fiesta de todos modos. Mi nombre es Giles, Giles Selig. —Me tendió la mano como saludo—. Un placer.

—Sira —le correspondí desganada, puesto que me interesaba bastante más saber a dónde habían ido a parar los planos de Noel que cualquier otra cosa—, Sira Faris.

El resto de los reclusos también se encontraban muy sucios y magullados, lo cual me llevó a concluir que todos ellos eran manifestantes en favor de la cronointervención.

Una de las personas que hasta ese momento no me habían hecho demasiado caso elevó demoradamente el rostro.

—¿Sira Faris? —dijo—, ¿la de la película de naufragos?

Yo cabeceé con timidez. La cautiva en cuestión era una mujer asiática de en torno a cuarenta años, rasgos afilados y complexión nervuda a quien no tardé mucho en identificar como

Keiko Minami, una de las especialistas e instructoras de artes marciales más demandadas por la industria audiovisual de Punta Allende, conocida también por su tenaz compromiso político en causas tan variadas como la igualdad de género, la reivindicación de los derechos LGTBI o la lucha contra el cambio climático.

—¿Señora Minami? —dije asustada por lo que su presencia allí dejaba entrever sobre la dureza de la represión—, ¿es usted de verdad?

—Eso parece, aunque puedes tratarme de tú —respondió ella condescendiente—. Es un placer conocerte, Sira. Me gustó mucho tu largo, ¿sabes? Tenía un planteamiento original y un desenlace..., ¿cómo decirlo?, refrescante, sí, refrescante y sugestivo.

No supe qué responderle. Lo último que me esperaba en una situación como aquella era que alguien elogiara mi obra, por muy positivo que fuera el elogio. Todo lo relativo al cine, de hecho, me parecía ya algo completamente ajeno a mi vida, algo que hubiera protagonizado otra persona en otro lugar y en otro tiempo ya muy muy lejanos.

—Caramba —malmetió Giles Selig mordaz—, ya no sé si estoy en un convoy de prisioneros o en un *reality* de famosos.

Keiko Minami le lanzó una mirada asesina y Selig borró de su cara parte de la sonrisa que se había instalado en ella.

—Recibido —dijo meneando la cabeza—, ya me callo.

—¿A dónde nos llevan? —interrogué a la nipona— ¿Por qué nos tienen aquí metidas?

Ella me examinó en silencio durante algunos segundos. A lo lejos, mientras esperaba a que dijera algo, pude escuchar el rumor de varias explosiones.

—¿De verdad tengo que explicarlo? —habló una vez consumida la espera—. ¿Dónde has estado esta semana, Faris?, ¿escribiendo otro guion en algún búnker?

—Lo digo en serio —insistí bajo el escrutinio un tanto censor del resto de confinados—; yo no tendría que estar aquí.

—¿Y quién sí, querida? —rezongó otra de las reas con inapetencia—. Es lo que tienen las represiones totalitarias, que un día estás tan ricamente en tu casa y al siguiente te encierran en un furgón para pegarte un tiro en una cuneta.

—No van a pegarnos ningún tiro —intervino otro tipo de mayor edad y saber estar—. Ellos son más de encerrar en campos de internamiento a quienes no pasan por el aro, como en Corea del Norte. Lo sé por un amigo que...

—¡Silencio! —rugió furiosa Keiko Minami para tratar de zanjar la disputa—. ¿No veis que estáis asustándola?

—Todos estamos asustados, *sensei* —ironizó Selig—, esto no es ninguna excursión escolar al campo.

—Giles tiene razón —lo defendió la misma mujer de antes—, mejor empezar a prepararnos para lo que pueda ocurrir cuando abran esa puerta a seguir confiando en que Punta Allende respeta los derechos humanos.

El alboroto me produjo gran aversión. Dentro del compartimento viciado por el olor a polvo y sudor rancio no solo se estaba fraguando otra fractura innecesaria como la que había partido al país en dos, sino que, del mismo modo en que Noel y yo no habíamos logrado que los políticos nos tomaran en serio antes de la catástrofe, tampoco tenía pinta de que allí fuera a escucharme nadie.

—No lo entendéis, yo..., yo puedo parar esto —dije de todas formas—, soy la única que puedo hacerlo. —Me puse en pie con torpeza para aporrear la parte del fuselaje más próxima a la cabina—. ¡Abran! ¡Abran ahora mismo!

—¿Crees que no lo hemos intentado ya? —farfulló Giles Selig con sarcasmo—. A estos tipos, en caso de que todavía no lo hayas notado, les gustamos muy poco tirando a nada, y, si para preservar su podrida idea del futuro han de vapulear el presente hasta enderezarlo, están dispuestos a borrar del mapa a quien haga falta.

—Guárdate los discursitos para quien quiera escucharlos, Selig —dijo Keiko Minami fatigada—. Puede que esto no sea un pícnic, pero tampoco uno de los vídeos monetizados de tu estúpido canal de YouTube.

—¿Qué quieres decir con eso, que no estoy suficientemente comprometido con la causa?

—Más bien que tienes demasiada facilidad para comprometerte con cualquier causa siempre y cuando puedas sacar tajada de ello. El problema es que esta vez te has pasado de listo y la tajada igual te la dan nuestros amigos de uniforme en el pescuezo.

—¿No eras tú la que decías hace nada que estábamos asustándola? —gruñó Selig en referencia a mí, que seguía concentrada en golpear la pared del vehículo de espaldas a la riña—. Mi canal ha movilizado a mucha más gente que todas tus fotos y proclamas de postureo. ¡Estoy hasta el gorro de la gente del cine y de vuestras contradicciones! No me extraña que el público joven nos lo estemos llevando nosotros —se vino arriba con engreimiento—. Y, por cierto, *sensei*, harías mejor en dedicarle más atención a tu hija y a tu marido y menos a estar siempre metida en todos los puñeteros saraos.

Keiko se enervó ante la mención de su familia e hizo el amago de erguirse también.

—Basta de discusiones —terció la otra mujer justo al borde de que llegaran a las manos—. Se supone que estamos todos en el mismo bando. O, al menos, que deberíamos estarlo.

—¿Bando? —rio Selig—, ¿de qué bando hablas?, ¿de la tropa de guerrilleros desorganizados a la que el ejército está masacrando ahí fuera o de ese heroico contingente de Monteburgo que nunca acaba de llegar?

La especialista tomó aire y, en lugar de rebatir los argumentos del condenado, volvió a observarme curiosa.

—¿Qué es eso que has dicho sobre que tú puedes parar esto? —inquirió a continuación—. Se te ve bastante segura de ello...

Al fin alguien en el vehículo aparcaba las desavenencias y atendía a lo realmente importante. No era que eso me sirviera de mucho para salir de allí, pero quizás la otra mujer tampoco se equivocara y pudiéramos hacer algo en caso de contar con una oportunidad.

—Verás, yo...

Varios estallidos sacudieron la parte baja del camión como si se hubieran sincronizado entre ellos para impedirme continuar. El vehículo describió de repente un bandazo envenenado y todo empezó a girar a nuestro alrededor de manera muy virulenta. Los prisioneros chocamos y caímos los unos contra los otros, igual que piezas de equipaje mal aseguradas, hasta que todo se detuvo con un frenazo brusco. Las cuatro paredes que integraban el armazón de nuestra jaula rodante se deformaron y llenaron de humo y empezamos a percibir nuevas explosiones y disparos.

Sin tiempo ni para reubicarme entre los cuerpos de mis compañeros, alguien comenzó a forzar la puerta.

—Siento mucho los tumbos, no contábamos con que volcara... —dijo un miliciano fornido de pelo cano cuando esta reventó—. ¡Aprisa, salgan de ahí!

Yo tenía tantas ganas de huir de aquel cubil que casi hasta olvido cerciorarme de no haber sufrido daños. Por suerte, estaba ilesa, aunque no todos los represaliados podían decir lo mismo. Selig, por ejemplo, tenía una brecha en la cabeza de la que manaba un flujo de sangre nada desdeñable, y el aspecto de Keiko Minami, desmayada entre la humareda y el gentío, era, si

cabe, más preocupante que el suyo.

—Ayúdenla, por favor —solicité al hombre de la puerta, quien iba acompañado por una docena de efectivos armados con fusiles—; está herida.

—La sacaremos de ahí, descuide —contemporizó él con profesionalidad—. Usted siga a mis compañeros hasta esos *jeeps*.

Uno de los guerrilleros cercanos me asió por la parte alta del brazo, de manera descortés, a fin de acelerar el proceso.

—¡No!, ¡no puedo ir a ningún sitio todavía! —Me desembaracé de su agarre y eché a correr hacia la cabina volcada del camión.

De la ventana hecha astillas del bastidor pendía el brazo inerte y ensangrentado de un militar. Los estragos que el impacto había ocasionado sobre su cara eran de una truculencia extrema, por lo que tardé en reconocer que se trataba del mismo individuo de mandíbula marcada y ojos estrechos de la casa de Nora Caron.

—¿Qué está haciendo? —bufó el guerrillero que me había agarrado por el brazo al ver que yo liberaba al muerto para revolver en sus bolsillos—. ¡Aléjese de ahí y suba al coche!

El silbido de una ráfaga de disparos interrumpió su regañina. Decenas de proyectiles se estrellaron contra el pavimento, contra la carrocería del vehículo y contra parte de los edificios circundantes.

—¡A cubierto! —ordenó el cabecilla de los rebeldes—. ¡Han traído refuerzos!

Sus hombres, en un alarde de espartana disciplina, se atrincheraron detrás del camión volcado y del mobiliario urbano para responder al ataque. En la lejanía comenzaron a aparecer varios furgones de los que desembarcaron, también veloces, un buen número de militares progubernamentales armados hasta los dientes.

—¡Suba al coche de una vez! —vociferó el mismo combatiente de antes mientras abría fuego contra ellos desde su cobertura—. ¡Rápido!

El lugar se convirtió a partir de ahí en un pandemónium del que solo logré salir indemne por los pelos.

Entre el fragor de tiros y explosiones, pensé que no tenía ninguna lógica que Punta Allende, quizás la ciudad más bella e internacional del país, se hubiera entregado a la violencia de aquel modo tan salvaje, lo que demostraba que la traidora de Nora Caron probablemente había dado en el clavo al recordarme horas antes, mal que me pesara, el peligro de encender una cerilla a en los entresijos inflamables del tiempo. Su advertencia colisionaba en mi mente, aun así, con todo lo que Noel me había dicho en la iglesia, por lo que ya no sabía ni a quién creer ni a qué atenerme.

Cuando localicé por fin la memoria USB en los bolsillos del soldado, me abrí paso bajo la balacera hasta la sección posterior del camión e introduje la cabeza en el compartimento, donde todavía había varias personas heridas e inconscientes, entre ellas, la especialista.

—¡Señora Minami! —grité— ¡Sáquenla de ahí, por Dios!

El hombre del pelo blanco estiró el brazo hacia el hueco humeante para que Selig y la otra mujer pudieran abandonarlo, pero el fuego era muy denso en torno al vehículo y enseguida se vio forzado a dejar de asistir a los prisioneros y a vaciar su cargador sobre las posiciones enemigas.

—¡Nos sobrepasan! —informó uno de sus subordinados varios metros por delante—. ¡No podemos mantener la posición!

El líder insurgente, tras un inciso de ofuscada controversia interna, hizo chasquear la lengua con contrariedad.

—¡Replegaos! —decretó—. ¡Debemos retirarnos!

—¡No! —rechacé de pleno el mandato y volví a asomarme al remolque—. ¡Señora

Minami!

Mi protector me sujetó por el brazo, con algo más de tacto que su compañero, usó su cuerpo como escudo para ponerme a salvo de la tormenta de plomo y tiró de mí hacia los *jeeps* sin aflojar el gatillo. Durante el trayecto, varios de sus hombres y algunos prisioneros se precipitaron al suelo acribillados por los proyectiles enemigos.

—Lo lamento —enunció con vergüenza después de arrastrarme hasta nuestro destino y situarse él mismo al volante—, no podemos hacer más.

El motor del todoterreno se puso entonces en marcha con un discreto rugido.

Yo abrí mi mano sucia y despellejada para asegurarme de que la memoria seguía allí, todavía con las balas danzando a un lado y a otro del vehículo, y recé porque Noel de verdad supiera lo que hacía.

Ausencia de contorno

Según Stephen Hawking, característica del universo anterior al big bang que lo hace carecer de fronteras espacio-temporales al no existir todavía ni el espacio ni el tiempo.

End come too soon, Wild Beasts.

A los tres días exactos de nuestra estancia en el Sereseres View, abandonamos el último lugar que nos ha servido de refugio —el arrasado recinto del antiguo festival de verano Ardra Airwaves, donde, además de algunas criaturas hostiles fácilmente liquidables, encontramos una roulotte-camerino en bastante buen estado— y partimos entre las ruinas de los escenarios, las carpas y las torres de sonido de nuevo hacia el este.

El silencio que se respira mientras dejamos atrás la otrora bulliciosa explanada de conciertos es igual de estremecedor que el avance de la vejez sobre el rostro de Anne. Sus facciones ya próximas a la ancianidad, en compensación, aplacan algo mi culpa al facilitarme interpretar lo acontecido en el balneario más como una muestra de conmiseración que como una falta de escrúpulos, una deslealtad hacia mis sentimientos por Noel o un abuso, aunque ni siquiera así consigo que desaparezca la mala conciencia o que la niebla de la confusión me deje ver qué siento por ella.

Quizás sea lo mejor para ambas, puesto que, de acuerdo con la guía de viaje de Melvin, aún debemos recorrer bastantes kilómetros de bosque de laurisilva, en el que no hemos tenido más remedio que internarnos ante la impracticabilidad de la autovía y la amenaza de nuevas bandadas, antes de alcanzar nuestro destino.

Su vegetación compuesta por diferentes variedades de árboles caídos, matorrales, bejucos y lianas, es agradablemente verde en relación con la aridez de la que venimos y, gracias a la tupida espesura de sus vericuetos plagados de escombros, las alimañas ya no tienen tan fácil detectarnos desde el aire.

Esos mismos vericuetos, no obstante, propician que otras abominaciones puedan ocultarse en ellos —el perturbador hallazgo de varios saqueadores muertos entre la maleza lo acredita bien— y que orientarse dentro de sus lindes resulte una tarea bastante más dificultosa que al descubierto.

A consecuencia de ello, llegamos a perdernos en varias ocasiones, e incluso nos vemos empujadas a tener que pernoctar entre los despojos de un antiguo puesto de vigilancia forestal para resguardarnos de la noche.

Es aquí donde mi mente vuelve a viajar hasta Monteburgo y me doy cuenta de que, por extraño que pueda parecer, he empezado a sentirme mucho más viva, libre y a gusto fuera de sus murallas de lo que lo estaba atrapada al otro lado de ellas. Y diría que Anne, en cierta manera, también comparte ese sentimiento.

El exterior es duro e inhóspito, no lo voy a negar, pero uno de los rasgos más encomiables

del ser humano es su capacidad para acabar adaptándose a todo...

Si lo pienso con calma, en el Páramo tengo, por lo menos, cierto margen de maniobra, cierta esperanza a la cual encomendarme, cierto control sobre mi propia vida. Frente a ello, la Monteburgo de Ciric Klem solo ofrece decadencia, abusos y restricciones, todo en nombre de una seguridad ilusoria que ahora al fin comprendo, desde la distancia, que no consiste en privar a nadie de ningún peligro, sino que es, en sí misma, el verdadero y el mayor peligro.

Tal y como el propio Melvin me comunicó en la gasolinera, su padre no está interesado en proteger a nadie; está interesado, única y exclusivamente, en fingir que lo hace para protegerse con ello a sí mismo.

La existencia de hombres tan cortos de miras como él es lo que ha conducido a Ardra al cataclismo, y salir de la ciudad, a pesar de todas las desgracias a las que he tenido que enfrentarme desde que me alejé de ella, me ha ayudado a verlo claro de una vez por todas: no podemos seguir agachando la cabeza para ahorrarnos encarar nuevos desafíos, no podemos seguir hipotecando nuestra libertad a cambio de una protección irreal pagada en cómodos plazos de despotismo, no podemos seguir dejando que hombres mediocres nos gobiernen a través del miedo igual que a niños asustados y, por encima de todo, no podemos seguir creyendo que el temor a la muerte nos va a servir de algo para reencontrarnos con la vida, porque la vida, sin la muerte, no es más que otro yermo baldío.

Tanto Melvin como Anne estaban al tanto de ello cuando huyeron de Monteburgo. Yo lo estoy en la actualidad porque he tenido la inmensa suerte de cruzármelos en el camino. Y sí, no ha sido un camino fácil —ningún camino debería serlo nunca—, aunque a la vista está que cualquier trayecto, al margen de su exigencia, es siempre preferible a la inmovilidad.

Dos críos que ni siquiera llegaron a conocer el viejo mundo acaban de enseñarme más sobre la vida y sobre mí misma que lo que ese mundo y el posterior consiguieron enseñarme durante décadas. Sin ellos continuaría sumida en la abulia, la depresión y el desvalimiento. Ahora, por el contrario, noto que renacen dentro de mí un montón de emociones que hace años yo misma desterré bajo el convencimiento de que no podían existir.

La conclusión es inapelable: quizás mi cruzada por salvar al joven Melvin Klem y a Anne Senna de un destino funesto haya fracasado, pero mi consuelo, mi insospechada y agrí dulce retribución, es que ellos sí que han logrado salvarme a mí.

Para conseguir que todas las piezas del puzzle encajen finalmente, debo asegurarme de que eso sirva para algo. Y con Melvin y Nan fuera de juego, el único modo de hacerlo exige entender y asumir que no solo yo he cambiado en el camino, también la propia misión ha dejado de ser la misma.

El segundo día de nuestra marcha a través del bosque de laurisilva es igual de accidentado que el anterior.

Entre la intrincada frondosidad de la maleza, la abundancia de escombros y la inclemencia con que la plaga merma el organismo de Anne, nuestro progreso se está enlenteciendo demasiado. Y encima, como la víspera, también nos extraviarnos varias veces por error, con el latoso resultado de que tenemos que volver a hacer noche en mitad de la floresta —dentro de una mugrienta instalación de mantenimiento eléctrico que apenas se tiene en pie, exactamente— para no ser presa fácil de las bestias que escuchamos aullar y rugir en lontananza durante gran parte de la madrugada.

Al amanecer, el aspecto y la condición física de mi compañera de viaje han empeorado tanto que hasta me cuesta sostenerle la mirada. Ya no reconozco en ella a la chica vivaracha y atractiva del inicio de nuestro itinerario, sino a una versión muy envejecida del recuerdo que tengo de su

madre, Keiko Minami.

La semeblanza provoca que un sofoco angustioso me agarrote el sistema digestivo. Ella nota algo, como es lógico tratándose de una persona tan inteligente e intuitiva, solo que no pronuncia ni una palabra al respecto hasta que sus articulaciones la hacen caer de bruces al suelo un poco más tarde y ya mi concernimiento se vuelve indisimulable.

—No me mires así —dice con una voz mucho más estropeada que de costumbre cuando yo me acerco para echarle una mano.

—¿Así? —repito fingiendo que no sé a qué se refiere.

—Con pena —precisa la chica—. Odio dar pena a la gente. Siempre lo he hecho.

—No te miro con pena; solo me preocupo por ti.

Anne deja escapar una risilla que, por un suspiro fugaz, devuelve cierto empaque a su semblante.

—Sí lo haces —afirma luego—. Es normal, tal y como estoy. Yo actuaría de la misma forma si tú fueras la infectada, como cualquiera con un mínimo de empatía, pero vas a tener que aprender a disimular mejor, porque, cuando tú te entristeces, me entristeces a mí, y no quiero verte triste si en algún momento tengo que pedirte algo que tal vez no sea fácil para ninguna de las dos.

—Tonterías. —Le brindo mi apoyo para allegarse hasta un tocón musgoso—. Anda, siéntate un rato y abstente de adelantarte tanto a los acontecimientos. Iré a buscar un par de palos que puedas usar como bastones. Te aliviarán el dolor.

—Nada de esto va a solucionarse con palos —balbuce fatigada—. Mi cuerpo..., mi cuerpo ya no es un cuerpo, es un enemigo... Deberías ir pensando en dejarme aquí y seguir adelante tú sola. Si hay una cosa que detesto incluso más que dar pena es ser un lastre.

—Aunque fueras un lastre, que no lo eres, te prometí que jamás volvería a dejarte sola —digo sin tolerar que la amargura haga mella en mi determinación—. Y sí, ya sé que soy una desertora con un pasado que no te gusta mucho, pero soy también una persona de palabra, te lo garantizo. —Le muestro la sonrisa más tierna que logro encontrar en mi catálogo—. Ningún achaque va a impedir que lleguemos hasta esa bahía y busquemos a tu madre.

—No lo dices más que para animarme, igual que sigues llevando ese guante de cetrera como si Nan fuera a regresar solo porque no te deshagas de él. Mi madre seguramente esté muerta, habría contactado conmigo en caso contrario.

—Eso nunca se sabe. A veces, como creo que ya has aprendido por ti misma, establecer contacto no es tan sencillo ni tan inmediato como pueda parecer. Y respecto a los achaques, tampoco creas que eres la única que los tiene. Forman parte de la vida igual que las cicatrices y el dolor. Tómatelos como una prueba, una prueba que debemos superar para valorar mejor los pequeños instantes que al final le dan sentido a todo.

—Adoro cuando te pones así de profunda —dice combando los labios ella también—. No habría dejado que me besaras en caso contrario.

Su chanza me pone algo nerviosa. Es la primera vez desde nuestro acercamiento en el Sereseres View que una de nosotras saca el tema a colación. No quiero que piense ni que me arrepiento de ello ni que mi afecto se ha disuelto en paralelo a su declive, así que le acaricio la mejilla con cariño y vuelvo a sonreírle.

—Espera aquí y come algo. —Le hago entrega de una de las tabletas de chocolate halladas en el balneario—. Voy a por esos palos.

Mi seguridad no es, pese a ello, tan firme como pretendo que crea.

Hace en torno a dos horas que ya no sé qué rumbo hemos tomado. Empiezo incluso a

sospechar que la brújula se ha descalibrado y que tal vez estemos dando vueltas en círculo sin saberlo...

Puede que entrar en el bosque no haya sido tan buena idea como la guía del chico me hizo figurarme ayer de mañana, cuando aún creía que atravesándolo llegaríamos antes a las inmediaciones de Punta Allende, o puede también que el bosque dibujado en sus páginas haya crecido sin medida durante los años posteriores a la Gran Ola y eso desactualizara a su vez el mapa de la zona.

Nada de ello supondría un retraso excesivamente grave o una mayor exposición a los peligros del camino en otra coyuntura; sin embargo, con Anne convertida en una mujer de la tercera edad, todo adquiere un cariz mucho más dramático.

El revoloteo de unas ramas me pone en guardia antes siquiera de que pueda terminar de preparar sus bastones. Escucho a mis espaldas, asimismo, una respiración bronca e irregular mezclada con una especie de gruñido.

En cuanto me vuelvo hacia donde Anne se ha quedado sentada, desenvaino el bardiche. Hay un varado decrepito vestido con sucios ropajes de guardia forestal justo frente a ella. Su cuerpo encorvado y bulboso se inclina sobre el tocón mientras la olisquea haciendo rechinar los dientes con un sonido inarmónico.

Siento el impulso natural de correr hacia allí para acabar con el engendro, pero la propia joven —ahora ya una anciana de pleno derecho— evita que lo haga mediante un ademán cauto.

—Déjalo —sisea de forma muy suave—. No va a hacerme nada.

El varado termina de olfatearla, se gira hacia mí y suelta un ronquido igual de putrefacto que su propia carne. Tiene los ojos tan corrompidos y empañados por un nauseabundo tegumento gris que no alcanzo ni a dilucidar si me está viendo o no. Tampoco importa mucho, en cualquier caso, porque enseguida se sumerge en el arbolado y vuelve a desaparecer.

—Son personas —dice Anne sorprendentemente serena—; son personas como tú y como yo.

Prefiero no negarlo porque sé que el asunto la obsesiona y que darle pie a redundar en lo sucedido podría desestabilizarla. Necesito que esté despierta y tranquila, que ninguna idea entrometida la haga volver a dudar, y eso solo será posible si mantiene la cabeza enfocada en donde debe estarlo.

—Claro —le doy por ello mismo la razón—, nunca he dicho que no.

Ya con los bastones en sus manos, reemprendemos el camino.

Son otras cinco o seis horas de esforzada travesía entre las ramas, los cascotes y las alimañas que esporádicamente se atreven a acecharnos tras la vegetación. El velo del crepúsculo comienza ya a tinter el terreno de tonos bermellones cuando Anne, demacrada por el cansancio y el envejecimiento, se apoya sobre un árbol y dice.

—Lo de antes iba en serio, no tienes por qué seguir cargando conmigo.

—Creía que ya habíamos hablado acerca de eso.

—No acerca de la petición que te mencioné, puede que haya llegado la hora de...

—¡Basta! —Le doy la espalda para acometer la cortina de maleza que tengo frente a mí—. Ya te he dicho mil veces que llegaremos a esa maldita bahía. ¿Tanto te cuesta entenderlo? Llegaremos hasta Punta Allende aunque sea lo último que haga en esta vida... —Me vengo abajo de pronto, con un sollozo incontenible, ante el pánico a que mis promesas jamás lleguen a cumplirse—. ¡Dios santo, Anne, no vuelvas a pedirme una cosa así! Melvin, Nan y Casimir Nessen merecen que sigamos hasta el final. Debemos alcanzar la ensenada cueste lo que cueste, como acordamos en Sereseres —gimoteo entre el rubor y el desahogo—. Tiene que existir una

forma de salir de este bosque...

La basurera permanece quieta y callada sin que sus ojos se detengan ni por un segundo sobre mí.

—¿Anne? —pregunto cuando advierto que, además de no verme, tampoco me escucha.

Su figura continúa igual de arreactiva por algún tiempo. Después, la línea de la boca comienza a curvarse y extiende y levanta el dedo hacia delante.

—La hay —dice imprimiendo a su inflexión cierto acento de esperanza—, hay una forma de salir...

Yo me doy la vuelta, con los ojos aún llorosos, y descubro estupefacta que mis últimos barridos han abierto un agujero en la maraña de helechos y plantas trepadoras. A su través pueden apreciarse los restos semiderruidos de una vieja granja emplazada muy cerca de lo que algún día fue una carretera secundaria.

La cancela de un destartado gallinero oscila chirriante, entre la hierba alta, al compás del viento moroso del atardecer.

23 DE AGOSTO (II)

Principio holográfico

Postulado que establece que toda la información contenida en un volumen concreto puede representarse a partir de los datos de su superficie limitante, lo cual deja abierta la puerta a que el universo sea en realidad un holograma.

Holes, Mercury Rev.

El líder del pelotón responsable de mi rescate se llamaba Adam Imada, general Adam Imada.

En la fábrica desierta a donde sus hombres me condujeron tras la operación, averigüé que había servido en el ejército desde sus inicios en la unidad de cetrería hasta el arranque de las revueltas, que una de sus hijas llevaba más de diez años en paradero desconocido y que, a raíz de la dimisión del almirante jefe Renner Klem por negarse a acatar las arbitrarias directrices del Gobierno, también él había dimitido para contribuir a organizar bajo su auspicio, y el emblema de un petrel sobre un zorro muerto diseñado por él mismo, la resistencia en la ciudad.

A ambos se les habían unido algunos mandos intermedios procronointervencionistas, la práctica totalidad de los generales asentados en Monteburgo y un pequeño porcentaje de la población civil de Punta Allende. Esto quería decir que no solo había personal militar a sus órdenes, sino también un variopinto regimiento de activistas antigubernamentales, milicianos voluntarios y opositores al Ejecutivo.

En cooperación con todas las unidades rebeldes, el cometido inicial de Imada era el de plantar cara a la represión oficialista hasta que Monteburgo acudiera al rescate, claro que todo se había puesto tan cuesta arriba para la insurgencia, en razón del desequilibrio de fuerzas entre ambos bandos, que un drástico giro de guion había acabado por imponerse desde el otro extremo de la isla.

Al vuelco en cuestión se lo denominaba Gran Éxodo, y consistía, resumiendo mucho, en suspender la mayor parte de los combates en la ciudad —excepto aquellos necesarios para liberar a los represaliados próximos a las zonas de acción de cada destacamento— y concentrar esfuerzos en ir preparando una evacuación con el fin de trasladar al grueso de las tropas al oeste y organizar desde allí una contraofensiva.

—Saldremos alrededor de las dos de la madrugada —nos hizo saber el propio general en cierto momento de la tarde, subido a lo alto de un montacargas—. En la medida en que sea posible, el coronel Selles tratará de proporcionarnos cobertura aérea y de abrirnos camino, pero que nadie se haga ilusiones, con apoyo aéreo o sin él, será un trayecto peligroso. —La dureza del mensaje no consiguió alterarle el gesto, como si quisiera elevar su propio pundonor a la categoría de ejemplo—. Habrá que estar mentalizados para lo que venga, evitar que el miedo nos domine y sacar lo mejor de nosotros. El porvenir del país está en juego en más de un sentido. No podemos ni debemos permitir que nadie, por dificultoso que sea el camino, nos lo vuelva a arrebatar.

Aquella arenga tan solemne me recordó a los discursos de Noel. No supe si esto era algo

positivo o negativo hasta que Imada me abordó para disculparse por la brusquedad de sus modales durante el rescate y por lo sucedido con Keiko Minami.

—Un minuto más habría supuesto la muerte de todos mis hombres y del resto de prisioneros —declaró en una genuina muestra de abatimiento, contrición y buena voluntad que decía mucho de él—. Siento no haber podido salvar a su amiga o a los otros detenidos.

—Keiko no era mi amiga —respondí gratificada por la honestidad de sus palabras—; solo una conocida a quien admiraba, aunque, si me lo permite, puede que todavía esté usted a tiempo de hacer algo por compensar lo que pasó con ella... —aproveché el hueco para añadir, audaz—: ¿hay alguien en su equipo con conocimientos de física o ingeniería?

Adam Imada cabeceó desconcertado. Yo lo invité a apartarnos de los otros prisioneros, le enseñé la memoria extraíble que Noel me había proporcionado en la iglesia y procedí a hacerle un rápido resumen de la situación. Acto seguido, el general hizo llamar a uno de sus subalternos para explicarle también lo que estaba ocurriendo.

—Aguarde aquí mientras le miran ese hombro —me ordenó antes de acceder a una oficina penumbrosa junto a él—, le echaremos un vistazo.

En el tiempo que siguió a ese intercambio verbal, todo se redujo a dejarme explorar el hombro por un médico de campo —la lesión, gracias al cielo, parecía estar en orden—, fumar varios cigarrillos y sufrir la engorrosa compañía de Giles Selig, quien también estaba siendo atendido con motivo de la brecha de su cabeza.

—Al final va a ser cierto lo que nos dijiste en el camión sobre que tú tenías la clave para detener esto —deslizó el *youtuber* con retranca durante la espera—, ¿qué hay tan importante en esa memoria que les has dado?

—Ni se te ocurra grabarme —me limité a contestar en vista de que orientaba sospechosamente el teléfono móvil hacia mí—. Esto no es ningún juego.

—¿Información sobre posiciones enemigas? —perseveró Selig—, ¿o quizás datos sobre algún arma biológica? Hace ya días que vengo oyendo rumores de que se está gestando algo en esa línea...

—¿Es que no me has oído?

El videocreador retiró el terminal y volvió a guardarlo en el bolsillo.

—Como prefieras, pero que sepas que estoy seguro de que hay un contenido muy interesante en lo que sea que ocultas.

Adam Imada regresó transcurrida alrededor de media hora. Su seriedad era incluso más acerada que la de la última vez en que lo había visto, y, por la forma tan recelosa en que movió las cejas al reencontrarse conmigo, anticipé con claridad que algo raro había tenido lugar en la oficina.

—¿Los han visto? —pregunté de igual modo—, ¿han podido ver los planos?

Imada intercambió una efímera mirada con su acompañante, se pasó los dedos por la comisura de la boca, muy nervioso, y dijo:

—Será mejor que venga con nosotros.

Ambos me escoltaron hasta la estancia donde habían estado inspeccionando el contenido de la memoria, un cuarto repleto de viejos archivadores y estantes sobre cuyo escritorio carcomido por la humedad yacía un ordenador portátil. El dispositivo estaba conectado a uno de sus puertos. En pantalla podía verse un fotograma congelado con Noel en primer término y uno de los retablos de la iglesia de Santa Ana al fondo.

—¿Qué es esto? —pregunté aturdida—, ¿un vídeo?

Los dos hombres hicieron descender sus mentones al unísono.

—La esperaremos fuera —dijo Imada tras invitarme a tomar asiento frente a la computadora y clicar sobre el icono de inicio de reproducción—. Avísenos cuando haya terminado.

Tuve el pálpito de que no iba a gustarme lo que estaba a punto de ver.

Desde que había dejado a Noel en aquella abadía olvidada —y, en especial, desde mi paso por la residencia de Nora Caron—, las dudas sobre el hombre al que quería no habían dejado de multiplicarse alimentadas por el exceso de misterio, por las visiones contradictorias que de él me ofrecían otras personas y por la incertidumbre que seguía envolviendo su figura.

Como resultado de ello, ni siquiera había escuchado una sola palabra de lo que Noel tenía que decir y ya el corazón había empezado a encogerseme.

—Mi amor, si estás escuchando esto es que las cosas no han salido tan bien como dentro de nada voy a prometerte que saldrán —reportó el científico desde el clip de vídeo, grabado aparentemente la noche de nuestra despedida, cuando yo esperaba fuera de la abadía a que terminara de hablar con Fox Sierra—. Te conozco lo suficiente para saber que odiarás descubrir que he vuelto a mentirte, y es comprensible que así sea con todo lo que hemos vivido en los últimos días, pero sé también que lo entenderás, que tu enfado no será tan ciego como para que dejes de ver por qué lo he hecho. —Se mordió los labios, tenso, a fin de autoinfundirse algo más de coraje—. Todo está perdido, cariño, hemos llegado muy tarde y ya no hay marcha atrás. Ardra..., Ardra ha entrado de lleno en el disparadero de su propia ruina, y nada de lo que tú o yo podamos hacer logrará corregir ese rumbo por más que me hayas escuchado defender lo contrario en este mismo sitio. Me equivoqué, me interpuse donde no debía y ahora debo pagar por ello. Tú, sin embargo, no tienes por qué sufrir por mis pecados, ya demasiada gente lo ha hecho a lo largo de estas semanas y a lo largo de mi vida —se lamentó—. El único modo que tengo de asegurarme de ello es engañarte, usar uno de mis trucos para distraer tu atención y conseguir que te pongas a salvo. No espero que lo apruebes, solo que comprendas que no me ha quedado otra alternativa y que aceptes lo que yo jamás he sabido aceptar: que es imposible frenar o cambiar lo destinado a ocurrir. —Una lágrima delatora comenzó a surcarle la mejilla izquierda—. No hay planos, Sira, no hay nada dentro de esta memoria más que mi confesión. Te pido que no me odies por ello y que confíes en Nora. Ella te ayudará a salir de la ciudad y a llegar hasta Monteburgo para que puedas volver a reunirse con los tuyos. En unos minutos voy a hacerte creer que te mando a su casa por otra razón, pero la razón real, la verdadera razón, es esa. Una vez que regreses a tu hogar y dejes atrás este infierno en el que te he involucrado, deberás olvidarte de todo y rehacer tu vida. No será una tarea sencilla, dados los desafíos a los que el país tendrá que enfrentarse, pero créeme si te digo que es la única manera. —Se enjugó el llanto con el dorso de la mano para a continuación esbozar una de sus encandiladoras sonrisas—. Huye en cuanto puedas, pon tierra de por medio y trata de ser feliz lejos de aquí. Si el rencor, la animosidad y el desaliento te duelen demasiado, usa ese dolor para seguir adelante, como siempre te he recomendado, y no cedas ni un milímetro más a la pena; y si todo lo que acabo de desvelarte contradice lo que oirás cuando entres aquí y esa incoherencia oscurece los recuerdos que puedas tener sobre mí, sobre nosotros, piensa que las contradicciones y las coherencias no son más que algo aparente y que, según nuestra gran amiga la física cuántica, esa es precisamente la magia del universo: que todo es posible e imposible al mismo tiempo dependiendo de la fe que depositas en ello. —Soltó un suspiro enternecido tras mirar fijamente a la pantalla con sus radiantes ojos aguamarina—. Te quiero, Sira Faris, te quiero más de lo que nunca he querido a nadie. No permitas que ninguna concepción mediocre del mundo empañe ni la magia de lo que vivimos juntos ni la facilidad con la que tú siempre has realizado la tuya. Más tarde o más temprano, comprenderás que todo ha merecido la pena.

Y, con un clic lacónico y un beso algo insípido lanzado con la mano, puso fin a la grabación.

No supe qué opinar. Había algo en el tono y la actitud de aquella puesta en escena que cuadraba muy mal con todo lo compartido juntos, algo en su despedida que palidecía de forma inconsistente frente a la firmeza y la seguridad con que se había dirigido a mí después de filmar el clip, y, desde luego, si lo que Noel pretendía con su declaración era que abandonara la ciudad sin mirar atrás, o que dejara de pensar que era posible que estuviera vivo, lo único que consiguió fue incentivar mis ansias de emprender el camino contrario.

Cuando salí de la oficina, el general se me acercó otra vez con el propósito de ofrecirme su consuelo.

—Necesito volver a donde se grabó esto —me adelanté a lo que fuera que pretendía comunicarme—, tengo que averiguar si Noel sigue con vida o no.

Imada trató de que mi anuncio no interfiriera con la profesionalidad que su cargo llevaba aparejada, aunque no logró disimular el asombro al cien por cien.

—Eso sería una locura —dijo con descargo—. La ciudad es un polvorín.

—Tengo que hacerlo —insistí—. Él haría lo mismo por mí.

—¿Está usted segura? No conozco al señor León, pero yo diría que...

—¡General! —interrumpió precipitadamente el diálogo uno de los militares de mayor rango—. ¡Han descubierto nuestras coordenadas! Varios blindados avanzan hacia aquí apoyados por infantería, debemos iniciar el protocolo de evacuación.

Adam Imada fingió que eso tampoco lo importunaba.

—Recibido —convino—. Vayan disponiendo los vehículos de transporte terrestre y los helicópteros, enseguida estoy con ustedes.

El mando se retiró dando órdenes a diestro y siniestro y un tumulto de voces reverberadas y sonidos metálicos comenzó a extenderse por toda la planta. Su superior, entretanto, volvió a observarme con ojos mitad admirados, mitad descreídos.

—Estoy algo más que segura —reiteré tajante—. Noel se equivoca en ese vídeo. No pienso marcharme de Punta Allende sin antes saber qué ha ocurrido con él.

—Entiendo —dijo el general—. Yo también he perdido a alguien a quien todavía no he encontrado y sé bien lo que se siente. El problema es que, si decide ir a buscar al señor León, no podré ni acompañarla ni garantizar su seguridad —agregó benévolo—. El almirante Klem me ha ordenado llevar a toda esta gente a Monteburgo y no puedo ni debo traicionar su confianza.

—Con que me facilite un arma bastará —solicité austeramente—. Un arma y, al ser posible, un mapa de las alcantarillas. Será más difícil que me vean si avanzo por ahí.

El general se lo pensó por algunos segundos. No daba la sensación de querer autorizarme a partir, pero en la magnanimidad de su mirada se leía de un modo cristalino que empatizaba realmente con mis motivaciones y que sabía, justo por ello, que nada de lo que dijera iba a hacerme recapacitar.

—¡Soldado!, busque un mapa del subsuelo y déselo lo antes posible. —ordenó a otro de sus hombres. Luego se detuvo para desabrocharse el cinto y facilitarme también su propio revólver, enfundado en un soporte de cuero moldeado—. Es una buena arma, trátela con respeto si es que debe usarla y evite que le tiemble el pulso en caso de tener que vérselas con algún anticronointervencionista. Un exceso de vacilación puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte, ya lo ha visto esta mañana... —habló conforme los primeros motores comenzaban a resonar por la antigua factoría y algunos disparos estallaban también a lo lejos—. Que Dios la bendiga, Faris. Y buena suerte.

Seguidamente, usó su *walkie-talkie* para contactar con el puesto de guardia y desapareció él también entre el creciente revuelo de la nave.

—Creo que le gustas —se entrometió Giles Selig de improviso, ya con su mochila al hombro—. Los militares siempre han tenido una debilidad especial por las mujeres con carácter. Y el tuyo apunta alto. Toma, te dejo este cacharro por si te sirve de ayuda. —Me cedió un terminal telefónico que a saber de dónde lo había sacado—. Mi número está en la agenda. Graba lo que encuentres de camino y envíamelo en caso de que sobrevivas. La gente debe saber lo que está ocurriendo aquí y yo no tengo demasiada madera de héroe. Si lo consigues, no te olvides de llamarme para concertar una entrevista. —Se preparó para echar a correr hacia los vehículos más cercanos junto con los otros prisioneros rescatados—. Estás como una cabra pero creo que el vídeo podría tener potencial —remató con sorna.

Los disparos del exterior empezaron a volverse cada vez más nítidos.

Mientras esperaba a que el soldado regresara con el mapa, tragué saliva y marqué temblorosa el número de mi padre.

Era ya evidente, hasta para una persona de letras puras como yo, que solo existía una forma de interpretar los datos...

—¿Papá? —dije tan pronto como logré establecer comunicación con él, consciente de que no dispondría de mucho tiempo para despedirme de nadie—, soy Sira, tengo que hablar contigo.

El big crunch

Nombre con el que se conoce a una de las principales teorías cosmológicas sobre el destino final del universo. Según ella, la expansión producida por el big bang irá frenándose poco a poco hasta volver a comprimir toda la materia en una singularidad espacio-temporal.

The ocean, Richard Hawley.

Nada nos ha preparado para lo que tenemos delante. Al contrario, Anne y yo llegamos a creer de tal forma en un final feliz, tras pernoctar en la vieja granja de la familia de Noel, que, durante el trayecto recorrido desde sus ruinas hasta el promontorio de entrada a la capital, no hemos hecho más que alimentar nuestras fantasías con toda clase de buenos augurios ahora heridos de muerte frente a nosotras.

Ni mi decisión de atajar a través de los cerros creyendo que las vistas alegrarían a Anne ni el buen clima y la prematura floración de las plantas crecidas entre los cascajos han servido tampoco para atemperar nuestras absurdas ilusiones, y la presencia de varias especies de aves tropicales de plumajes chillones sobrevolando la zona, en una tónica similar, nos ha hecho también pensar que el panorama iba a ser mucho más halagüeño.

Anne se quita los auriculares del reproductor de música —ha estado escuchándolo por varios kilómetros para así animarse a seguir adelante pese a las limitaciones de movilidad— y me lo devuelve. Después avanza hasta el borde de la vereda y coloca una piedra sobre otro de los montículos que allí hay.

—Espero que en color luzca mejor que en blanco y negro —dice con estoicismo y un toque de ironía. En su voz de textura marchita ya no queda nada de la dicción jovial con que solía expresarse cuando la conocí en las proximidades de Monteburgo—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Yo me arrimo a ella para estudiar más de cerca la alfombra de escombros a nuestros pies y siento un aguijonazo de desazón al ver que ya apenas los edificios de mayor altura y solidez —el faro, la torre del Reloj, algunos de los casinos del centro— sobresalen entre el interminable amasijo de residuos y vegetación fuera de control.

Por medio de los prismáticos, constato igual de escarmentada que no hay tampoco huellas recientes de vida humana por la zona. Tan solo entre la espesura surgida de lo que en tiempos fue el jardín botánico detecto algunas de naturaleza animal, pues los movimientos originados en ella, bien por los descendientes de los ejemplares que antaño habitaban el zoo, bien por otras especies corrompidas por la plaga, así lo dan a entender.

Mi decepción no se atenúa de todos modos por ello, dado que si Anne y yo hemos cruzado casi todo el país hasta Punta Allende, sufriendo mil y una calamidades al día, no ha sido porque quisiéramos disfrutar de ningún safari, sino porque de verdad creíamos que Casimir Nessen había sido honesto con nosotros y la ciudad albergaba supervivientes de la catástrofe.

Está claro que nos hemos equivocado...

—El atardecer caerá pronto —digo con premeditada serenidad para que el desengaño no se nos lleve por delante del mismo modo en que el maremoto arrasó la capital quince años atrás—. Vayamos hasta la bahía y disfrutemos de una vez por todas de esa puesta de sol que le debemos a Melvin. —Apunto con los prismáticos hacia los restos de la noria, junto al cauce ya casi irreconocible del paseo marítimo—. Ya pensaremos luego qué hacer. Quizás todavía haya alguien entre las ruinas.

—Ahí abajo no hay nadie ya —resopla Anne, sin apenas fuerzas para seguir manteniendo en pie ni su cuerpo ni su esperanza—. Y en cuanto a la bahía, creo que se encuentra muy lejos aún como para que yo pueda alcanzarla. No soy capaz de dar ni un solo paso más, Sira. Te juro que he llegado al límite. —Las arrugas de su rostro se descomponen y abre la mano para mostrarme un premolar manchado de sangre—. Los dientes... los dientes han empezado a caérseme.

No hay nada de gratuito en sus reticencias. Sea por el ascenso de las temperaturas, por la falta de un tratamiento adecuado o por la incapacidad de sus defensas para oponerse a la enfermedad, esta ha acelerado su mordiente de forma crítica en las últimas horas. Ambas sabemos lo que eso quiere decir; otra cosa es que yo, que siempre he sido una especialista en revolverme contra el destino, esté dispuesta a aceptarlo de buena gana.

—En ese caso, tienes suerte, porque a mí todavía me falta bastante para quedarme sin fuerzas —le digo inalterable—. Ven, sube aquí. —Aparto la mochila, se la pongo cuidadosamente en el regazo y me acucillo de espaldas a ella para invitarla a encaramarse a mis hombros aun a costa de destrozarme todavía más las articulaciones—. Yo te llevaré hasta donde necesites.

—No quiero ser un lastre, Sira, ya te lo he explicado —se resiste ella a aceptar mi ayuda—. Podemos ver la puesta desde aquí, no te preocupes.

—Desde aquí no es lo mismo —argumento sin atender a sus titubeos—. Además, te necesito bien cerca de mí para confundir a los infectados y reducir las posibilidades de que me ataquen. En el fondo, si lo piensas bien, el único lastre soy yo.

—¿Y qué hay si...?

—Eso no va a pasar —zanjo el tema con rotundidad—, no mientras sigamos sin llegar a esa ensenada.

Anne traza una línea triste que apenas se vislumbra entre los pliegues de su rostro desdibujado por el envejecimiento y la flacidez.

—Deberías al menos ponerte la máscara —aconseja—. Era lo que siempre nos decías a Mel y a mí.

—Lo haré cuando vea que es necesario —repongo—. Por ahora, sintiéndolo mucho, prefiero notar el aire en la cara; me ayuda a sentirme viva. Vamos, sube, no tenemos todo el día.

—De acuerdo —accede ella cabizbaja—, pero hazme el favor de apagar ese cigarro o me matarás antes de tiempo. ¿No has pensado en que quizás deberías dejarlo?

Anne, para variar, vuelve a tener razón. No solo porque el tabaco sea una dependencia innecesaria que compromete en exceso mi salud pulmonar en una atmósfera ya de por sí hostil, sino porque, de alguna manera, no deja de ser también un síntoma de que aún no he superado la ansiedad que tantos años atrás, en esta misma ciudad, me llevó a engancharme a la nicotina...

La tarde comienza a tapizar el cielo de afilados haces de color oro a medida que me abro camino hacia el mar y el aliento de Anne se vuelve más entrecortado. Tendría que estar aterrorizada por ello. No en vano, si su respiración cesara sin aviso con un último estertor, la plaga se adueñaría también de mí.

Lo inaudito es que me preocupa mucho más la noche que la enfermedad.

Ese contrasentido, como otros a los que me he enfrentado durante el viaje, hace que intuya que quizás haya estado errada gran parte de mi vida al asignar puntos de relevancia a los temas, fenómenos y sucesos equivocados. O, en otras palabras: cuando todo se reduce a luchar porque el crepúsculo aguarde tu llegada, para así impedir que la belleza de su luz se te escurra de entre las manos, la jerarquía de prioridades que antaño creías inamovible revela que siempre ha sido lo opuesto a la congruencia.

Nada me importa más en estos instantes que sobreponerme a los obstáculos de la ruta y conducir a Anne hasta la bahía. El miedo ya no es miedo, es sustento; y, al igual que el cansancio ha acabado convirtiéndose en un estímulo para mantener operativo mi cuerpo, también el deseo de no claudicar ha derivado en un potente acicate.

Es lo menos que puedo hacer por ella después de no haber sido capaz de contarle nada sobre mi encuentro con su madre ni sobre lo ocurrido con su amiga; lo menos que puedo hacer por Melvin después de haberlo animado a perseguir su sueño en lugar de llevármelo de vuelta a Monteburgo cuando todavía era posible; y lo menos que puedo hacer por Noel y por mí misma después de que se haya demostrado que ya todo entre nosotros es un recuerdo inalcanzable.

—¿Crees que hay algo más? —pregunta Anne frente a los vestigios del Parlamento, en la anquilada calle Médem.

—¿Algo más?

—Sí, algo más que esto —puntualiza circunspecta—, cuando todo funde a negro.

—Lo que creo es que solo los mediocres rechazarían tajantemente la existencia de ese algo más del que hablas —respondo inspirándome en lo que una vez me dijo Noel a mí, aun sin encontrarme muy convencida de ello—. Quizás no sea algo visible a primera vista o cuantificable en términos objetivos, pero está ahí. Tiene que estarlo.

—¿De veras lo crees?

—Claro. Las dudas nunca surgen de la nada. Si alguien no termina de decantarse entre dos opciones es porque ambas son igual de reales para esa persona. De otro modo, no habría más que un páramo de verdades y certidumbres incontestables, como esta escombrera, solo que dentro de nuestras cabezas.

—Nunca lo había visto así —reconoce Anne—. Es un pensamiento bonito.

—No solo un pensamiento —matizo—, la ciencia ha demostrado que parte de la realidad, el mundo subatómico, en concreto, no existe como tal, sino como una simple superposición de posibilidades excluyentes y contradictorias, hasta que nuestra mirada entra en acción. ¿Te suena de algo la mecánica cuántica?

—No.

—Pues habla de ese tipo de cosas, de cómo todo existe y no existe al mismo tiempo hasta que nosotros decidimos cuál es la opción correcta. Punta Allende, por ejemplo, podría seguir en pie a pesar de lo que estamos viendo en estos momentos; todo el país, en cierto sentido, podría seguir siendo el mismo de antes aquí y ahora, incluso con toda la destrucción que nos rodea.

—Entonces, ¿también mi madre podría estar viva? —se interesa Anne por mis divagaciones—, ¿o esa persona a la que has venido a buscar?

Su ingenuidad hace que modifique el trazado de mis labios. Ojalá fuera tan sencillo como acabo de transmitirle, tan asequible como modular a voluntad una mera teoría para hallar algo de consuelo en ella, tan simple, natural e inocente como notar que Anne vuelve también a sonreír a mis espaldas.

—Quizás —digo con apacibilidad—. Eso seguro.

Un sonido pedregoso me lleva a desplazar la mano hacia la culata del revólver. A ambos lados de nuestra posición, varios simios desfigurados por la plaga —algunos de ellos, con gusanos horadándoles la carne— corretean acechantes entre los cascotes, las paredes desconchadas y los postes de telefonía caídos.

Estoy lista para abrir fuego en caso necesario, aunque no sé si buscan atacarnos, vigilarnos o solo averiguar quién de las dos es un objetivo real.

Todo parece que empieza a relajarse cuando, ya con la boca de la bahía visible a lo lejos, el terreno retumba de golpe y tanto los homínidos como los pájaros que pululan por la zona huyen en desbandada.

—¿Qué es eso? —dice Anne detrás de mí—, ¿de qué escapan?

Un barrito ensordecedor se propaga por toda la explanada.

Desde detrás del muro a medio derribar de nuestra izquierda, emerge furioso un descomunal paquidermo corroído por la infección.

Sus dos enormes orejas le penden de la cabeza llena de protuberancias varicosas como dos banderolas raídas, la larga y corrugada trompa se agita entre sus colmillos del mismo modo en que lo haría un cable de alta tensión cortado en dos y por todo su lomo de enfermizo color gris, muy similar al que nubla sus ojos, hay desgarrones de diferentes tamaños a través de los cuales llegan a atisbarse sus órganos, todos ellos expandiéndose y contrayéndose dentro de la infecta carcasa de carne de su tronco a un ritmo muy lento, espeso y mortecino, como si se hubieran desconectado de su sistema nervioso por no estar en condiciones de procesar tanto deterioro.

—Quieta —ordeno a Anne en voz muy baja—. No hables.

Todas mis elucubraciones pseudocientíficas se derrumban frente a la gigantesca criatura, que no vuelve a convertirse en el elefante tranquilo que debió de ser en el pasado por mucho que la miro para alterar la sobrecogedora realidad de su amenaza. Quizás ese, y no otro, sea justo el fallo: haber creído que con eso bastaba.

En un intento por retractarme y evitar que tome mi contacto visual como una provocación, agacho rápidamente la cabeza. Con ello no consigo más que aumentar su cólera. Otro barrito insostenible, relevado por varias vibraciones, indica que no se ha dejado engañar y viene a la carrera a por nosotras.

Para protegerla, tengo que empujar a Anne con cuidado al interior de los restos de un automóvil cercano.

—Quédate aquí —le pido—. Yo me encargo de él.

Desenfundo. El tiempo que me queda para tratar de acertar a la cabeza del elefante con una bala es inversamente proporcional a la vehemencia de su arremetida, por ello ninguno de los dos disparos que consigo realizar alcanza su objetivo. El tercero parece que no va a seguir una trayectoria tan errática, pero el arma se encasquilla a pocos segundos de poder efectuarlo y tengo que echarme a un lado, con el corazón batiendo fuerte dentro de mi pecho, para que la bestia no me aplaste.

El brutal azote de su trompa se mete en mi camino y vuelvo a precipitarme sobre las piedras. Privada de margen de reacción, veo cómo el animal vira sobre sus cuatro patas carcomidas por la podredumbre y proyecta la testa y el pecho hacia mí, arrumbándome algo más contra los despojos.

A tientas, trato de reincorporarme y buscar el bardiche, sin que me valga de nada.

Los afilados colmillos del elefante inician una enérgica carga que me hace tener que cerrar los ojos.

Todo se detiene de súbito antes de que ninguna de sus astas me perfora el cuerpo.

Cerca de la alimaña y de mí empieza a sonar una débil melodía. La caída ha debido de activar por accidente el reproductor que guardo en el bolsillo, lo cual ha permitido, a su vez, que la alegre canción *How we met, the long version*, de Jens Lekman, se escuche a través de sus altavoces y que el apetito destructivo del animal se haya aplacado por sorpresa.

—¡Déjala! —grita Anne, saliendo apurada del coche con su *katana* en la mano—. ¡Déjala en paz!

El paquidermo ni se inmuta. Solo continúa atendiendo a la música, como hipnotizado por su estribillo, al tiempo que ladea la cabeza igual que un perro confundido por los ladridos procedentes de un televisor.

Yo me mantengo también inmóvil por un rato, y, aprovechando que el engendro continúa subyugado por el tema, le hago un gesto a Anne para que no grite más y comienzo a desplazarme sobre el suelo con la pretensión de que el elefante no se entere de nada. En el momento en que parece que voy a conseguir escabullirme, la batería del reproductor se agota y otro de los estridentes berridos de la criatura finiquita la tregua. Sus patas delanteras se elevan en el aire dispuestas a aplastarme.

Veo de reojo el rostro desencajado de Anne. Me gustaría poder transmitirle con mi última mirada que vuelva a ponerse a salvo y que aguarde a que la mole acabe conmigo para concluir ella misma el viaje. Lamentablemente, no voy a tener tiempo de comunicarle tantas cosas, y sospecho que el pánico que se ha desatado en mi interior, bajo la sombra de la bestia, es tan grande, tan tremebundo, que ni siquiera en caso contrario mi mensaje le llegaría con la diafanidad debida.

Pero el aplastamiento no termina de consumarse.

En vez de ello, un barullo de gañidos intrépidos y bramidos desenfrenados estalla sobre mí. Al elevar la cabeza para ver qué está pasando, me encuentro con que Nan, el bueno y osado de Nan, ha caído pico a viento sobre el elefante y lucha contra su trompa en erección por arrancarle los ojos con las garras.

El jaleo es tan intenso que debo emplearme a fondo para escapar de la zona de peligro y no acabar chafada por los pisotones de la fiera.

Necesito encontrar mi revólver entre los cascotes antes de que dé rienda suelta a toda su agresividad y logre desembarazarse del hostigamiento del halcón, que, al término de una serie de briosas acometidas, aterriza a pocos metros de mí rodeado de plumas y briznas de piel muerta.

El elefante ruge a un volumen incluso mayor que antes y dirige su mirada grisácea sobre el cuerpo desnutrido del ave con la intención de machacarla.

La rabia y el desespero me fuerzan a apretar los dientes y a arrojarle una piedra a la cabeza como único medio de atraerlo.

—¡Ven aquí, bicho asqueroso! —grito iracunda—. ¡Ven aquí si tan valiente eres!

El monstruo no se lo piensa dos veces y vuelve a embestir contra mí después de emitir otro de sus chillidos.

Un sajozo imprevisto desbarata su ataque en plena carrera. La trompa se le cae al suelo entre obtusos espasmos que lo llenan todo de una sangre negra como la brea. Anne se alza al pie del apéndice seccionado, *katana* en ristre, y lucha por asestarle al animal un segundo mandoble a la altura del cuello. Como ya ha agotado casi todas sus reservas de energía con el primer tajo, apenas logra penetrar en su carne algunos centímetros.

El revés la deja expuesta a un arrollamiento casi seguro. Solo se salva de él porque el elefante, desestabilizado por la amputación, tropieza contra una de las múltiples irregularidades del firme y se desploma envuelto en polvo, sangre aceitosa y barritos ya no tan terribles sobre un

muro cercano.

En cuanto logro recuperar el revólver y desencasquillarlo, camino a trompicones hasta allí para descerrajarle todo el cargador en la cabeza y asegurarme de que por fin deja de moverse.

—¿Estás bien? —digo entre jadeo y jadeo a mi regreso junto a Anne.

Ella se apoya contra el lateral de una vieja pilastra e inclina el torso extenuada.

—Sí —contesta—, lo estoy.

Algunas de las plumas que descienden sobre el campo de batalla se le han adherido a la cara. Nada más verlas, mi humor se llena de un desasosiego muy hondo.

—¿Nan? —Corro hasta el cuerpo abatido del halcón para sostenerlo entre mis manos y evaluar su estado—. ¿De dónde demonios has salido?

El ave, con ambas alas quebradas por el salvajismo de la batalla, apenas responde con un largo gáñido de agonía. Cuando veo que su caja torácica también parece estar medio fracturada por la violencia de la batalla, esa agonía se convierte inevitablemente en la mía.

—No... —sollozo—, tú no.

Nan abre el pico una última vez como queriendo decir algo para despedirse de mí, pero su garganta ya ni siquiera puede producir ningún sonido.

El pecho moteado del valeroso pájaro empieza a desinflarse poco a poco hasta que ya ninguna contracción consigue volver a elevarlo.

Su cabeza se hunde justo después, lánguida y fría, sobre el hueco formado por mis dos palmas.

Salvo por la inminente caída del sol, ya nunca nada volverá a ser como antes.

24 DE AGOSTO

Teoría del caos

Rama de las ciencias que estudia los pequeños cambios de las condiciones iniciales de ciertos sistemas y su relación con las enormes diferencias futuras que pueden implicar.

Smother, Daughter.

De acuerdo con el plano del subsuelo facilitado por Adam Imada, no mediaba tanta distancia desde la fábrica que servía de base a sus tropas hasta la zona próxima a mi destino; pero, incluso así, el laberinto de sumideros escondido bajo la ciudad era tan enrevesado que costaba orientarse correctamente dentro de él, de ahí que el trayecto, por esa y otras razones, se me estuviera haciendo mucho más largo de lo previsto.

Todos los ramales se parecían demasiado entre sí; la niebla surgida de sus cauces entorpecía recurrentemente mi progreso y el eco del sinfín de explosiones, gritos y disparos del exterior impulsaba con su asedio la sensación de que no iba a ser fácil dar con la salida correcta. Prueba de ello fue que tres veces hube de ascender por las escalerillas de otros tantos accesos y tres veces asomé la cabeza a la calle en llamas solo para descubrir que estaba yendo en dirección contraria.

Por otra parte, tampoco podía quitarme de la cabeza ni el poso acibarado de la conversación mantenida con mi padre y con mi hermano antes de partir de la fábrica —aunque no les conté exactamente qué era lo que estaba ocurriendo, sí que me vi en la dolorosa tesitura de decirles adiós por si no nos volvíamos a ver— ni mucho menos todas las interrogantes y emociones contradictorias que el vídeo de Noel había despertado en mí con la preciada colaboración de Nora Caron, de mi propia disonancia cognitiva respecto al científico y de las incongruencias del documento.

Por causa de todo ello, aquella expedición a lo largo de las alcantarillas empezaba a parecerse, más que a un desplazamiento físico, a un tránsito por las cloacas de mi propia mente, una marcha sucia y tenebrosa donde todos aquellos conductos revestidos de inmundicia no eran la parte invisible de la ciudad, sino su propia esencia, y Punta Allende, en su conjunto, el verdadero desagüe.

—¿Qué estoy haciendo? —bisbiseé en algún punto indeterminado de la encrucijada, mientras nuevos estampidos y tiroteos rompían en el exterior—, ¿hacia dónde diablos me dirijo?

Eran esas mismas incógnitas, esas mismas preguntas sin respuesta, las que me movían a seguir adelante y a no pensar nada más que en tratar de esclarecerlas.

Aquel quizás fuera un juego al que nadie debía jugar, como aseguraba Nora Caron, sin embargo, habiendo sido yo misma corresponsable de dar impulso a la ruleta, no podía achantarme ya, y, aun a riesgo de que la investigadora también tuviera razón en cuanto a que siempre eran las personas más próximas a Noel quienes sufrían las consecuencias de sus actos —o los míos dejaran al descubierto que pagaría caro el no haber aprendido nada de ello—, seguía

rehusando aceptar que la partida estuviera perdida, que no hubiera marcha atrás o que todo se debiera a un error.

Si de verdad las incoherencias y las contradicciones eran solo algo aparente y en ellas residía la magia que Noel siempre mencionaba, ¿por qué tendría que fiarme de un mensaje que tal vez solo buscaba apartarme del peligro?

La ambigüedad de su vídeo entraba en escena justo ahí, pues asumir que las imágenes de despedida que contenían eran algo definitivo comportaba ineludiblemente una de esas concepciones mediocres del mundo que Noel tanto decía detestar, y los dos sabíamos, desde nuestros primeros días juntos —él así se había encargado de enseñármelo—, que ninguna magia existía sin trucos.

¿Acaso no podía ser aquel otro truco más, como los que acostumbraba a realizar con sus monedas?, ¿o era yo quien estaba empezando a leer entre líneas palabras y frases que nadie había escrito?

El enjambre de incertezas ya apenas me permitía discurrir con claridad, de modo que consulté una vez más el mapa, hasta que logré resituarme, y seguí caminando hacia la equis de color rojo marcada en él.

Cumplido algún tiempo, las explosiones empezaron a volverse más distantes y esporádicas. Deduje de ello que, o bien yo había conseguido alejarme de las zonas más conflictivas de la ciudad, o bien era el coronel Selles quien había tenido que retirarse de Punta Allende junto con el resto de los integrantes de la operación ideada por el almirante Klem. Los disparos y los alaridos, en todo caso, no menguaron ni en frecuencia ni en intensidad y, por el ruidoso ajeteo de pisadas y motores que se percibía sobre mi cabeza, hasta me dio la impresión de que ambos crecían un poco. La diferencia era que todo aquel alboroto se intuía ya algo más organizado, y, en particular, que los disparos se sucedían en ráfagas perfectamente sincronizadas y precedidas por el rumor de los camiones.

No comprendí bien qué quería decir aquello hasta que un sonido pesado y metálico me hizo alzar la cabeza hacia el techo. Allí, vi cómo alguien retiraba la tapa de una alcantarilla y comenzaba a arrastrar algo pesado hacia el sumidero.

Por miedo a ser detectada, me pegué bien a la pared impregnada de cieno, contuve la respiración y esperé a que terminaran con lo que fuera que tenían entre manos.

Varias ratas huyeron despavoridas sobre el agua fecal en el instante en que un fuerte chapoteo sonó por la cloaca. A este lo siguió otro algo más sordo que a su vez sirvió de preámbulo a otro y otro más.

Debido a que la luz me deslumbraba, y yo tampoco quería moverme demasiado, tardé en interiorizar que se trataba de cadáveres, cadáveres recién ejecutados que aquellos hombres arrojaban dentro del hueco con el mismo desdén inhumano con el que un recolector de basura arrojaría bolsas de desperdicios a un vertedero.

Algunos de ellos cayeron tan cerca de mí que pude sentir cómo sus huesos se fracturaban contra el suelo enmohecido. Numerosas salpicaduras de sangre diluida en agua sucia me mancharon también la blusa y la cara, por lo que tuve que llevarme la mano a la boca a fin de que no se me escapara ningún gemido de espanto.

Cuando creí que todo había concluido, escuché otro camión acercándose y, en pocos minutos, una segunda remesa de cadáveres comenzó a llover sobre el colector. Solo después de ello los responsables de la masacre se marcharon, dejándome a solas bajo tierra con los rebeldes tiroteados.

Resultaba difícil saber qué era más espeluznante, si la visión de los cuerpos allí vertidos o el

desagradable olor a sudor, muerte y cañería sucia que saturaba la atmósfera. Mi reacción frente a ello fue la de huir a toda prisa, solo que recordé antes de hacerlo lo que Giles Selig me había dicho sobre que el mundo tenía derecho a saber lo que estaba ocurriendo en Punta Allende —el *youtuber* podía ser un incordio, pero en aquello había estado bastante certero— y me mantuve en el sitio, pese a la inquina y las ganas de vomitar, para grabar con el teléfono la montaña de carne.

Un estremecimiento embotado me ascendió por la rabadilla al poco de notar el contacto de unos dedos en torno a la parte inferior de mi pierna.

—Piedad... —pude oír casi a la vez la respiración ardua y sibilante de una persona moribunda—, por favor, piedad.

Asustada por la cercanía de aquella voz que casi ni alcanzaba a articularse, orienté el aparato hacia al suelo, iluminé con el resplandor de la pantalla a la persona que hablaba y vi moverse un brazo entre la pila de cadáveres.

—No es verdad... —exclamé horrorizada en cuanto tiré de él y descubrí qué se trataba de Natan—, no puede ser cierto.

El asistente de dirección tenía el parietal destrozado, algunos disparos de gravedad en el tórax y al menos una pierna y varias costillas rotas. De su boca tumefacta manaba un flujo casi ininterrumpido de borbotones de sangre.

Era un milagro que todavía estuviera vivo. Un milagro y una horrible crueldad.

—Sira —Natan apenas logró encontrar el espacio para pronunciar mi nombre—, ¿eres...?, ¿eres tú?

De inmediato, traté de colocarlo en una postura que le facilitara abastecerse de aire, aunque solo conseguí hacerle algo de daño añadido y provocar que regurgitara otro chorro rojo y espumoso.

—¿Qué te han hecho?—dije—, ¿qué ha pasado ahí fuera?

Mi amigo, cuyas lesiones tenían un aspecto terrorífico y ya casi ni podía moverse, estiró la mano hacia el arma inserta en la funda de mi cinto como intentando robármela. No fue preciso que me dijera nada más para entender lo que buscaba trasladarme con ello.

—¿Estás loco? —argüí, repugnada por la idea—. Ni lo sueñes..., jamás voy a hacer algo así.

Pese a todo, una exploración más meticulosa de sus heridas me llevó a darme cuenta rápidamente de que era imposible que Natan sobreviviera a aquello. Tal vez podía hacerlo durante una, dos o incluso tres horas considerando que se trataba de una persona joven y fuerte, pero nadie, por muy resistente que fuera, se recuperaría jamás de unas heridas tan graves, en especial, sin asistencia médica.

—Tienes que hacerlo... —se empecinó el cineasta, víctima de un intensísimo dolor—, por favor.

Yo simulé que no había escuchado nada y me volqué en ayudarlo a erguirse con la idea de salir juntos de allí y llevarlo hasta algún hospital.

La estéril tentativa de rescate solo duró dos o tres metros. A esa distancia, su cuerpo se me escurrió de entre los brazos, como inhabilitado para soportar por más tiempo aquella agonía, y un escalofrío me heló la circulación ante el presagio de que ninguno de mis esfuerzos iba ya a alterar su suerte. A lo sumo, podría ahorrarle un buen tramo de tormento siempre y cuando consiguiera reunir el cuajo de atender a su súplica.

—Hazlo... —persistió él con el rostro retorcido por el martirio—. Hazlo ya...

En algún otro distrito de la ciudad detonaron nuevas salvas de disparos.

—No puedo —contesté tras desenfundar el arma y apuntarle con ella a la cabeza—. No puedo hacerlo.

Natan, exangüe sobre mis rodillas igual que la ciudad empezaba a estarlo sobre la infamia de aquella contienda, disintió lanzándome una mirada correosa que lo decía todo sin decir nada. A continuación, volvió a contraerse de dolor y a expectorar.

Jamás hasta ese día había visto a nadie padecer de tal manera.

Era un sufrimiento tan crudo que casi se sentía como propio; tan tangible y nocivo que hasta podría considerarse un arma en sí mismo; tan gráfico que solo presenciarlo escocía igual que un latigazo en la espalda.

De conformidad con ello, me autoconvencí de que lo que estaba a punto de hacer era más un acto de clemencia en defensa propia que un asesinato y usé mis propias manos, en lugar del revólver de Adam Imada, para sofocar a Natan hasta que dejó de respirar.

Yo dejé de hacerlo también por culpa de las lágrimas.

En el silencio posterior, solo saboteado por dos voces agónicas más surgidas de la montonada de cadáveres, una tristeza infamante sepultó la alcantarilla de desánimo.

Alguien tenía que pagar por semejante ignominia cuando dejara atrás aquel agujero, así fuera yo misma.

Supe entonces, con el cuerpo de Natan todavía caliente en el regazo, que no sería la última vez que volvería a arrebatarle la vida a una persona.

Principio de complementariedad

Concepto físico-filosófico centrado en demostrar que dos aspectos complementarios no se pueden medir con total exactitud debido a que, cuanta más precisión se obtiene de uno de ellos, menos se obtiene del otro.

Fade into you, Muzz.

Las llamas de la pequeña pira funeraria de Nan se confunden con el crepúsculo, sobre los escombros del horizonte, del mismo modo en que nuestro desconsuelo se confunde con el júbilo de haber alcanzado la bahía y la satisfacción de que aún tengamos tiempo de contemplar el ocaso entre la devastación.

Ambas disfrutamos de las vistas sentadas la una junto a la otra en el mismo banco donde Noel y yo nos besamos por primera vez quince años atrás, que, increíblemente, ha conseguido mantenerse en el sitio gracias a sus recios anclajes.

Las ruinas oxidadas de la emblemática noria del paseo descansan inertes frente a nosotras, con parte de su estructura sumergida en la insalubridad pantanosa de la orilla y parte varada sobre los cascajos adyacentes.

Estrictamente hablando, la estampa difiere mucho de la que podía divisarse desde allí cuando Punta Allende todavía era una ciudad no traicionada por sus perspectivas de futuro, pero, incluso sujeta a las secuelas del maremoto, la plaga y los bombardeos, sigue destacando por la magnificencia natural del escenario, cuya preciosa geografía bruñida por luces y destellos destaca en mitad de la cochambre con el descaro de las primeras flores que empiezan a asomar también entre la morralla.

—No mentías —musita Anne a mi lado con un débil hilo de voz—. Es algo impresionante hasta en blanco y negro.

—Te lo dije —suscribo tratando de no fijarme demasiado en el deterioro de su organismo, al que es ya palmario que no le queda mucho para colapsar—, deberías confiar más en mí.

—Y tú ponerte de una vez la máscara —asegura ella mientras esboza una doblez enflaquecida con los labios. Tiene el rostro empapado de sudor y su ritmo respiratorio se ha vuelto más acelerado y tortuoso, si cabe—. No creo que aguante tanto como me gustaría...

—Cuando sea necesario, ya te lo dije. ¿Qué tal si pongo mejor algo de música? —sugiero para pasar página y no entristecerme más—. Volvemos a tener algo de carga, y ya has visto que amansa a las fieras. ¿Modo aleatorio? —Alargo la mano hasta hacerme con el reproductor y la batería solar conectada a él.

Anne ensancha la curvatura decaída de su boca y asiente en complicidad. El clásico tema *Fade into you*, de Mazzy Star, interpretado por la banda Muzz, comienza a llegar plácidamente hasta nuestros oídos.

—Nunca falla —dice reclinándose contra el respaldo descascarillado del banco—, es el

oráculo perfecto.

Yo me echo hacia atrás también, seducida por un ingrátido empuje que cuesta identificar como alivio o como abatimiento, y trato de no pensar en otra cosa que no sea el modo tan grácil en que aquella música, igual que una caricia en un lugar más sensible que la media, realza con cada uno de sus acordes la hermosura de la puesta de sol sobre la ensenada.

—Nan adoraba esta canción —digo al cabo de unos segundos, en los que evoco todas las técnicas de adiestramiento que en Monteburgo me sirvieron para domar a mi desventurada ave —; la música lo calmaba cuando se ponía nervioso.

—Siento que hayas tenido que sacrificar tanto para llegar hasta aquí —se disculpa Anne a la conclusión de otro inciso reflexivo—. Nunca deberíamos haberte metido en este lío.

—Te equivocas —la corrijo en actitud complaciente—. De no ser por tu ayuda y por la de Melvin, jamás habría vuelto aquí. Ese pequeño liante me ha salvado la vida en más de un sentido a lo largo del viaje —confieso—. Ambos lo habéis hecho, como Nan.

—Más Nan que nosotros, diría yo.

Mi mirada se centra sobre el cadáver en llamas del halcón y un rejonazo de pesadumbre se me clava en la conciencia.

—Él también me ha sacado de muchos apuros, cierto, solo que de otro modo —rememoro asolada por la pena—. Era un buen pájaro, un animal noble y leal al que voy a echar muchísimo de menos, aunque me gusta creer que también él, de algún modo, estaba al tanto de que el valor de un sacrificio depende en exclusiva del sentimiento que te mueve a realizarlo; un sentimiento, por otro lado, que siempre ha sido mutuo pese a que yo no haya conseguido estar a la altura y salvarlo también a él. Monteburgo era y es el verdadero lío, como tú dices —determino luego con los ojos fijos sobre el mar en calma—: represión, suciedad, hambre, fanatismo, atraso, incultura, burocracia... Esta ciudad, incluso en su estado actual, es un oasis al lado de todo lo que hay allí, y un testimonio de a dónde conduce esa misma sinrazón. Te doy las gracias por haberme ayudado a verlo.

—Soy yo quien debo darte las gracias a ti —sostiene Anne con humildad—. Dijiste que no me dejarías sola y has cumplido tu promesa; que llegaríamos hasta aquí, y aquí estamos. Lamento..., lamento que no todo haya salido como esperábamos.

—El secreto quizás esté en no esperar demasiado. —Me escoro momentáneamente hacia ella para dedicarle un encendido gesto de afecto—. Eso es algo que también he aprendido en este viaje.

—Así esta mejor —dice Anne, devolviéndome cariñosa un gesto similar.

—¿Así?

—Sin pena, sin amargura —especifica tras una serie de broncos carraspeos—. Ya sabes cuánto odio dar lástima.

—Cierto.

—Y, por favor, ni se te ocurra atormentarte tampoco por lo que pueda pasar cuando el sol termine de ponerse —apostilla—. No es culpa tuya que los rumores sean falsos.

—Sí lo es habérmelos creído.

—Nunca habríamos llegado ni a la mitad del camino en caso contrario —se afana Anne por soslayar su propia decrepitud para decirme con timbre avejentado—. Mi madre siempre repetía que es importante tener esperanza en algo, sea infundada o no, que sin esperanza nada nos separaría de las marionetas. Creo que encaja con esas teorías tan raras de las que me hablaste hace un rato. Al fin y al cabo, los pequeños instantes son los que le dan sentido a todo, ¿no? —sonríe de forma casi tan cálida como frágil—, lo que hace que incluso las cosas malas merezcan

la pena.

—Veo que has captado la idea —coincido melancólica.

—Tú, en cambio, estás empezando a olvidarla —me recrimina de improviso—. De otro modo, sabrías que establecer contacto no es siempre tan sencillo ni tan inmediato como pueda parecer, ¿o acaso ya no recuerdas tus propias palabras?

—A veces no sé ni lo qué digo.

—Sí lo sabes. Lo sabes perfectamente. Solo necesitas creer algo más en ello para darte cuenta; creer algo más en ese algo más del que también me hablaste.

—Puede que tengas razón.

—La tengo —refrenda Anne categórica—. Las personas mayores siempre la tenemos.

En respuesta a su abnegada voluntad por relajar el ambiente, no puedo más que condescender con otra expresión semialegre.

—¿Cómo supiste el otro día que yo también estaba buscando a alguien? —me veo tentada a preguntarle después.

—*Hic sunt dracones* —revela Anne sin pensárselo demasiado—. Se te cayó de la mochila en Sereseres mientras buscábamos ropa y no pude evitar echarle un ojo.

Una inconveniente oleada de vergüenza me arrebola las mejillas.

—Oh, Dios.

—Quienquiera que lo haya escrito, se nota que te quiere bien —prosigue la muchacha desde su cascarón de anciana al borde de la muerte—. Espero que no te moleste que lo haya leído.

—Es algo embarazoso —declaro sonrojada—, aunque creo que podré resistirlo.

—Me llevaré el secreto a la tumba siempre y cuando tú no le digas a nadie que fui yo quien encontró esa batería, no Mel —bromea ella también, conteniendo fatigosamente el dolor—. Estaba en la gasolinera del peaje norte, entre unos expositores abandonados. La vi cuando me ordenaste arrastrar esos cadáveres fuera y pensé que te podría ser útil... —rio—. Tu cicatriz tiene que ver con esa persona tan misteriosa, ¿verdad?

—Sí —admito—, esa y otras menos visibles.

—No voy a preguntarte cómo te la hiciste, sé que no te gusta hablar de ello —dice Anne después de una pausa aquietada—. Solo te pido que... —hurta en el bolsillo lateral de su sudadera para sacar del interior el sucio y arrugado diario de Melvin—, que lo escribas aquí en algún momento. Nuestra historia no estará completa mientras no lo hagas, y Mel, ya lo sabes, me encargó que velara por que así fuera. —Deposita delicadamente el cuaderno sobre mi regazo—. Ahora tú eres la responsable de cuidar de sus páginas, de garantizar que este viaje perdure, como a él le habría gustado.

Intento abrir el diario, pero Anne acerca su mano nudosa y acartonada para evitar que lo haga.

—No tengas tanta prisa —promulga con la vista anclada en la bahía—. Antes de escribir nada, debes vivirlo primero. Mira eso... —sonríe ligeramente llorosa—, mira qué cielo más bonito...

Su cabeza se acomoda sobre mi hombro y ambas nos quedamos observando el descenso del crepúsculo, en silencio, por varios minutos. La brisa de la tarde, la música y el reposado vaivén de las aguas sobre el paseo nos arropan como un viejo conocido conforme lo hacemos.

Todo a nuestro alrededor se ve afectado por ese dulce y delicado alud hasta que, de un modo irremisible, el sol empieza a ocultarse tras las aguas. La respiración de Anne se detiene casi a la par mediante un resuello sordo que le vacía las manchas cenicientas de los iris de manera gradual. Eso me permite admirar sus ojos y su sonrisa una última vez durante sus últimos

compases de vida.

Es demasiado tarde para protegerme del contagio, pero ¿a quién le importa ya que la plaga se propague? Prefiero invertir este tiempo en estrechar su cuerpo entre mis brazos y despedirme de ella como es debido: sin pena, sin amargura, sin lástima, sin más obstáculos entre nosotras que los que hemos tenido que sortear para plantarnos aquí.

Cuando todo llega a su cese, le limpio el tizne de las mejillas con la mano, cierro sus párpados de manera muy cuidadosa y le doy un beso resignado en la frente.

—Buen viaje, Anne —murmuro—. Nos vemos pronto.

La paz que hasta este instante reinaba en la bahía salta por los aires debido a la frustración y la rabia que comienzan a cuartear mi recato.

Es lo único positivo que me deja su fallecimiento: que por fin puedo exteriorizar todas las emociones reprimidas por respeto a ella y abandonarme al llanto, la ira, el desengaño y la sensación de fracaso que me dominan.

Las delgadas volutas de humo que continúan emergiendo del cuerpo ya carbonizado de Nan me ponen sobre aviso acerca de la necesidad de encontrar más combustible para cremar también a mi acompañante.

No va a ser una tarea fácil. Tengo los huesos muy doloridos por la sobrecarga física, la moral demasiado baja y escasas ganas de seguir batallando contra lo inexorable como los celtas de los que siempre hablaba Melvin lo hacían contra las olas.

Pienso en echar un cigarro para calmar la ansiedad, aunque descarto el plan al volver a detenerme sobre el cadáver de Anne y recordar que no es algo que le guste, como si todavía estuviera viva...

Las cosas cambian a veces tan rápido que ni siquiera rendirse al vértigo de los acontecimientos asegura una mejor adaptación. De ello da buena fe que no hayan pasado ni cinco minutos desde el cese de sus latidos y la bahía ya parezca un lugar mucho más tétrico bajo la llegada acuciante de la noche.

Decido echar un vistazo al diario de Melvin antes de que la luz se vaya.

Sus páginas están llenas de dibujos, recortes y elementos dispares hallados por el camino, como briznas de hierba, folletos publicitarios, flores o adhesivos.

En muchas de sus entradas puedo verme a mí misma a lo largo de distintos episodios del peregrinaje, lo cual me hace volver a reflexionar sobre lo injusto de que sea yo, y no los chicos, quien haya sobrevivido a él: son textos e imágenes demasiado detallados en su desgranamiento de nuestras vivencias juntos, demasiado emotivos, sinceros y halagadores, y no por haberle prometido a Anne que pondría un cierre a la historia que narran me siento con energías para añadirle nada.

Mucho menos, un final tan lastimoso.

Llevo infinidad de años cargando más sinsabores de los necesarios sobre los hombros; más autodesprecio en mi conciencia del que puede almacenarse en cualquier mente; más dudas, chascos y decepciones de las que ningún consuelo pasajero está en disposición de mitigar. No creo que sea muy buena idea revolcarme en el fango de la pérdida justo ahora que la pérdida es lo único que me queda. Solo contribuiría a hundirme aún más en el abismo. Odio que sea así del mismo modo en que odio haber acabado detestando a la persona a quien más he querido por no haberme dejado restañar las heridas que me ocasionó, pero, lamentablemente, no es algo que pueda controlar.

—«Todo son dragones». En eso, al menos, dijiste la verdad —mascullo guardando el diario en la mochila y sacando de ella mi viejo y arrugado poema para prenderle fuego con el mechero

—; dragones y cenizas.

Varias partículas incandescentes revolotean azarosas hacia la orilla.

En el exíguo margen de tiempo que les lleva alcanzar el agua, las llamas consumen la totalidad del escrito. Yo agarro el colgante de mi pecho, tiro fuerte para arrancar la cadena y me preparo para deshacerme también de él.

Los últimos residuos del poema, como guiados por un soplo de brisa cargado de intencionalidad, se estrellan contra el árbol más cercano al banco —un drago centenario al que tampoco la Gran Ola ha conseguido doblegar— y el propio resplandor del fuego me desvela la presencia de algo en su corteza en lo que no había reparado.

Boquiabierta, vuelvo a examinar el colgante sobre mi propia palma a fin de certificar que estoy viendo bien.

No cabe duda, por alucinante que pueda resultar, de que así es.

—«Creer algo más en el algo más» —repito para mí misma con entusiasta incredulidad—. Dios santo, Anne, tenías razón...

Los labios ya purpúreos de la basurera, desde el banco, parecen sonreír.

24 DE AGOSTO (II)

Energía oscura

Fuerza misteriosa, presente en todo el espacio, que contrarresta e incluso sobrepasa la atracción gravitatoria y resulta en una interactividad repulsiva.

The end of all things, Panic! at the Disco.

Llamas, cenizas, frío y silencio, todo ello girando en torno a mí como un carrusel de sombras chinescas que hubiera hecho del horror su razón de ser, a eso podía reducirse lo que alcancé a percibir en la oscuridad menguante de la noche, una vez fuera de las alcantarillas, durante mi ascenso hacia la iglesia de Santa Ana.

El aire del exterior ya no estaba tan viciado como en las cloacas, pero el aroma a pólvora y sangre de las calles perpetuaba el mismo sofoco incluso al descubierto y, de igual modo, la humedad de mi ropa encharcada de sangre e inmundicia convertía la tarea de olvidar lo que allí había ocurrido en una indigesta quimera.

Natan había sido un buen amigo, un buen compañero de trabajo y una buena persona. Merecía algo más que expirar en un sumidero a manos de alguien como yo, que se suponía que también era una buena amiga, una buena compañera de trabajo y una buena persona —en otra época, tal vez algo más que eso— y no había obrado de manera muy distinta a la de sus asesinos; unos asesinos, para mayor afrenta, que Noel y yo habíamos contribuido a crear después de entrar en contacto con Fox Sierra y que entre ambos, a lo largo de las semanas posteriores, habíamos multiplicado y radicalizado por no saber calcular bien los riesgos de dicho contacto.

Era sumamente irónico que mi asistente de dirección hubiera muerto en defensa de aquella causa cuando ni siquiera conocía en persona a Noel, claro que aún lo era más que él hubiera estado siempre ahí para prestarme su apoyo mientras que yo, lejos de corresponderle de la misma forma —o de saldar al menos con una cena las deudas que le debía—, hubiera acabado quitándole la vida de manera apresurada, junto con la de otros dos pobres diablos en las últimas, para tratar de salvar la de quien los había condenado, indirectamente, a morir de esa forma.

A mi llegada a la iglesia, las manos aún me bailaban solo de recordar la escena... Había sido un episodio tan desgarrador, tan traumático, que, en el caso de tratarse de una de las secuencias que él y yo solíamos revisar en la productora, probablemente quedaría eliminada del montaje final, por su exceso de crudeza. Con todo, había algo en ella, al margen de esa acritud escabrosa, del inmenso dolor instalado desde entonces en mis entrañas, que reconfortaba mi espíritu de un modo muy vivificante.

La hipótesis era simple: si Natan había sobrevivido a su intento de ejecución y los encargados de abrir fuego contra él y contra los otros manifestantes no habían notado que todavía respiraba, tal vez Noel hubiera corrido una suerte similar. O quizás —y esto era lo preferible—, los disparos que yo había escuchado no tenían nada que ver con su captura y Noel se encontrara retenido en algún otro sitio.

El conocimiento enciclopédico del científico, a fin de cuentas, hacía de él alguien muy valioso. ¿De veras el Gobierno estaba dispuesto a perder una mente como la suya solo por sectarismo?

La respuesta, gélida, sórdida y contundente como lo había sido el resto de aquella noche, aguardaba en todo su esplendor al otro lado de la puerta, que estaba custodiada por dos soldados a quienes tuve que tirotear a bocajarro para poder cruzarla.

—No, por favor... —dije en dirección al altar.

Frente a él había un amplio charco de sangre ya prácticamente reseco. Varios casquillos de bala yacían no muy lejos entre algunas manchas granates de menor tamaño.

Del cronotransmisor ya solo quedaba un amasijo de piezas vencidas y humeantes.

Esto quería decir que los soldados progubernamentales, no contentos con destrozar el ingenio, le habían prendido también fuego para tener la certeza de que ya nadie podría nunca ni repararlo ni reciclar sus partes.

El golpe fue demasiado duro.

Aunque el cadáver de Noel no estuviera allí y eso me impidiera reconstruir de manera fidedigna la hipótesis de su muerte, era ya muy poco racional seguir aferrándome a la posibilidad de que continuara vivo. Yo misma había presenciado en las alcantarillas el empeño que el ejército ponía en ocultar las huellas de sus crímenes, la inclemencia dañina de sus actos, por lo que habría sido una necedad pensar que el cuerpo de Noel había desaparecido de la iglesia por otro motivo.

Quizás hasta alguno de los cadáveres tirados al colector junto al de Natan fuera el suyo y no me hubiera dado cuenta, o quizás

—también podía ser— los soldados progubernamentales lo hubieran lanzado al mar o a alguna de las hondonadas en llamas que había visto por la calle para así acabar con su amenaza.

Mis últimas ascuas de optimismo se extinguieron de este modo a los pies de aquella deducción siniestra.

Punta Allende era, de acuerdo con lo que de ella se desprendía, el almacén en llamas del que había hablado Nora Caron en su apartamento, y Noel, con mi estúpida e inestimable asistencia, la cerilla responsable de prenderle fuego.

No se trataba solo de que su vídeo de despedida respondiera a una ficción, sino de que su primer adiós, el que había tenido lugar allí mismo horas antes y yo había decidido creerme para no enfrentarme al agravio y a la humillación de haberlo perdido todo por pirómana, respondía también a la misma premisa fraudulenta.

Eso conllevaba que mi padre seguía estando también en lo cierto respecto a que la política era como la muerte; con la salvedad, tal vez, de que aquella advertencia, más que una analogía ingeniosa, podía considerarse casi una descripción veraz del escenario: la política no era únicamente que se asemejara a la muerte, era la muerte misma, y entre ambas, la política y la muerte, acababan de asestarme un zarpazo tan despiadado que ya no podía seguir sustrayéndome por más tiempo a la cruda y dura realidad.

Noel me la había desvelado en la base de los hombres de Imada sin que yo hubiera querido escucharla, pero, de pronto, a los pies de su sangre coagulada y de los cartuchos culpables de derramarla sobre la madera, ya resultaba algo inapelable que el plazo para interponer enmiendas al futuro había vencido de un modo probado junto con la endeble cordura de nuestro presente.

Ya no habría ni más apuestas ni más correcciones de rumbo en lo sucesivo, tampoco vuelcos o trucos de magia de última hora con el poder de cambiar el signo de la catástrofe. Habíamos llegado, simple y llanamente, demasiado tarde, y, como corolario de todo ello, la

incógnita que pudiera subsistir al giro de los acontecimientos era también demasiado precaria, frágil y contradictoria para seguir fiándolo todo a su capricho.

Por eso mismo no lloré. Temía que dar carta blanca a mis lágrimas me devolviera a aquel derrotero sin fin; que desafiar de nuevo a la lógica, armada tan solo con mis ilusiones, prolongara la incertidumbre en un bucle interminable; que soñar con otro final pudiera hacer del resto de mis días una película de esas que se negaban a llegar a su término; que un bajo porcentaje de indefinición, por irrelevante que fuera, acabara socavando la llegada de los créditos...

En lugar de ello, lo que hice fue aguardar en silencio a que el veredicto se afanzara, igual que la alborada comenzaba a afianzarse sobre la ciudad para mostrar poco a poco las consecuencias de todo lo que en ella había ocurrido, y sentarme al armonio con el propósito de reproducir introvertidamente, bajo la luz proyectada por las vidrieras, la misma melodía que Noel había tratado de enseñarme durante nuestros últimos minutos juntos.

Interpreté todas sus notas tanto del derecho como del revés, recreándome con nostalgia en cada pulsación como para revivir de alguna forma, siquiera imaginaria, las emociones que a su vez percutían en mi memoria.

Algunas de ellas habían sido auténticas al cien por cien; otras, meros ensueños nunca plasmados en algo tangible; y unas cuantas, las menos, caminaban todavía por la cuerda floja de una vaguedad fantasmagórica que nunca quedaba muy claro si sobrevolaba un despeñadero o estaba allí ubicada como trampolín hacia otro mundo.

El efecto conjunto de todas ellas afiló inesperadamente mi capacidad para disipar el desorden y apuntalar la lucidez de mis pensamientos.

Noel me había hecho partícipe en ese mismo rincón de que todo en su vida había sido caos hasta que yo había llegado para convertirlo en música. A mí, en cambio, me sucedía justo lo opuesto y, desde nuestro primer coqueteo, mi vida había pasado de discurrir a un ritmo tranquilo y placentero, donde todo se encontraba siempre bien medido, a hacerlo de un modo tan desorganizado que ya ni siquiera podía encontrar asideros fiables dentro de su vorágine.

Solo tenía la certeza de que lo había amado como nunca antes había amado a nadie, de que continuaba haciéndolo incluso tras lo acontecido y de que ningún desengaño, sospecha o varapalo podría quitarme nunca todos los momentos imborrables vividos en su compañía.

Lo malo era que de esa certeza se derivaba otra mucho más cruel y desmoralizadora: la que presagiaba que, justo por ese motivo, nunca volvería a superar su pérdida, y mucho menos a exculparme por haber permitido que sus palabras me embaucaran, independientemente de que las hubiera pronunciado para protegerme.

Casi pude sentir sus manos arrojándose por la espalda mientras yo acariciaba las teclas por última vez en busca de una reconexión que no terminaba de llegar.

—Ojalá el tiempo sea como siempre me has dicho que es —gimoteé entregándome a aquel espejismo aun a sabiendas de que no había nadie allí atrás—; ojalá nunca nada desaparezca de verdad del todo...

Y así, con el eco de las últimas notas de la melodía aún rebotando por toda la iglesia, me llevé la mano a la funda del revólver y tomé una decisión.

Superconductividad

Capacidad intrínseca que tienen ciertos materiales para conducir la corriente eléctrica sin resistencia ni pérdida de energía.

This is the day, Thomas Feiner.

El signo tallado en la corteza del árbol es idéntico al de mi colgante: un círculo con dos triángulos isósceles en su interior, a imagen y semejanza del clásico icono de rebobinado de un vídeo, cuyos vértices más estrechos apuntan a dúo, levemente superpuestos, hacia la izquierda.

La apertura instrumental de *This is the day*, el ya añejo éxito de la banda londinense The The versionado por el músico sueco Thomas Feiner, empieza a escucharse a través de mi reproductor musical. Es un tema lento y apacible —en cierto modo, casi luctuoso—, muy acorde con la tristeza del momento, aunque nada impide que se atisbe cierta luminosidad debajo de él.

Por influencia de Anne, no puedo dejar de interpretar su letra como un vaticinio, mientras que la música, que me recuerda de manera muy conmovedora a mis tiempos junto a Noel, subraya con su acompañamiento la sensación de que algo se encuentra a punto de cambiar.

Llevada por ambas pulsiones, me percaté de que el símbolo del árbol señala hacia una de las cabinas herrumbrosas de la vieja noria de la bahía, donde alguien ha trazado también otro de aquellos símbolos. Este apunta, por su parte, hacia los restos de un coche destartado con el mismo signo en su luna delantera, y de ahí, en una concatenación casi especular, hacia otro indicador del mismo tamaño inscrito sobre un viejo muro a medio derruir.

Dudo que se trate de una casualidad...

Resuelvo separarme temporalmente del cuerpo de Anne, no sin antes coger su *katana* y echármela al hombro junto a mi propio bardiche, el diario de viaje de Melvin y el reproductor musical, y seguir el rastro de iconos al son de la melodía del reproductor.

La proximidad de una bandada de alimañas sobre la torre del Reloj hace que tenga que ir con especial cuidado. Ahora que ya ha caído la noche y Anne no puede servirme de salvaguarda, he de evitar que esas u otras bestias me detecten. Tengo miedo de que la música pueda atraerlas aun sonando a un volumen tan bajo, lógicamente, pero, visto lo acontecido durante mi combate contra el elefante, prefiero, siquiera por superstición, seguir con ella activada. Al menos, hasta que se agote la batería.

Los símbolos me conducen hasta una de las antiguas bocas de la red de metro. El último de ellos está pintado sobre uno de los peldaños de la propia escalera. De ese tramo en adelante, ya no puedo ver más porque un montón de escombros y planchas de aglomerado bloquean el acceso. Ni los primeros ni las segundas han acabado en ese lugar de manera muy natural, así que barajo la sospecha de que quizás la misma persona detrás de las marcas —¿podría ser quién yo pienso que es?— lo haya acumulado todo allí para evitar intromisiones.

Empiezo a retirar algunas piedras a fin de abrirme paso hasta los paneles de madera.

Las planchas son gruesas, aparatosas y están encajadas de forma bastante rígida en el hueco lleno de cascotes de las escaleras. No obstante, consigo quitar una de ellas y abrir un espacio por el que deslizarme hacia el otro lado.

Para asegurar que nadie pueda seguirme, me dejo la piel de las manos tratando de volver a bloquear el agujero desde el interior.

Todo está tan oscuro dentro que tengo que encender la linterna como único medio de no perderme. De esta forma veo otro signo igual que los anteriores pintarrajeado sobre los azulejos de la estación. Su guía me dirige a través de un pasillo inundado de escombros y barro reseco hacia las profundidades de la parada.

Tras atravesar el corredor y la zona de taquillas gracias a otro símbolo que no tardo en localizar sobre una de las sucias máquinas expendedoras, salto los tornos hasta toparme con una puerta de seguridad de gran tamaño, en la misma boca de las escaleras de acceso a los andenes, que no me deja seguir adelante.

Varias luces se encienden a mi alrededor tan pronto como palpo su superficie metálica con los dedos. Al poco, también lo hace un piloto rojo situado justo sobre ella.

«*This is the day, your life will surely change*», canta Feiner desde el reproductor musical, y un cosquilleo expectante me recorre la piel, «*This is the day, when things fall into place*».

El parpadeo escarlata proviene de una especie de cámara de seguridad que zumba al girar sobre su eje para enfocarme. Yo proyecto también la mirada hacia la lente, sin tener ni idea de quién hay al otro lado, y aguardo en tensión a que ocurra algo, extremo que no termina de cumplirse.

Pienso que, a lo mejor, solo se trata de un viejo sistema de seguridad automatizado, que quizás no haya ninguna persona observándome y que puede que esté volviendo a hacerme muchas ilusiones.

Entonces el chiflido de algún tipo de mecanismo hidráulico ahuyenta a las ratas que me han acompañado por toda la estación...

A medida que un vapor blanco y caliente comienza a surgir de la puerta, esta se divide en dos hojas que su robusto quicio engulle en cuestión de segundos.

Acerco asustada la mano izquierda a la empuñadura de la *katana* de Anne y la derecha a la de mi revólver.

Tres siluetas comienzan a materializarse entre el humo. Todas están equipadas con trajes de protección como los utilizados por las autoridades sanitarias durante los últimos meses de la pandemia.

—¿Quién es usted? —pregunta desde el umbral la única de las tres que no sujeta ningún arma de fuego en la mano—, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Los símbolos... —respondo mostrándole el colgante—; me han guiado desde la noria, en la bahía.

—¿Los símbolos?

—Los símbolos de ahí fuera, todos apuntaban hacia aquí. Vengo... —vacilo temerosa de su reacción—, vengo desde Monteburgo.

Las dos figuras armadas se enderezan al escuchar el nombre de la ciudad.

—Eso suena muy poco creíble —dice amenazante la que ocupa la posición central, de sexo femenino—. Es un trayecto muy largo y peligroso para una persona sola.

—No les miento —alego para tratar de ganarme su confianza—. Uno de mis compañeros ya ha estado aquí en el pasado, dijo que había supervivientes, que tenían ustedes médicos y científicos... He venido para comprobar si es cierto.

—Lo que tengamos o no tengamos aquí es solo asunto nuestro —contesta la mujer con recelo—. Este es un lugar pacífico y pretendemos que siga siéndolo. No nos interesa iniciar ningún conflicto ni con Monteburgo ni con ningún otro asentamiento. Haría bien en retirarse y mantenerse alejada de nuestras estaciones. Ya hemos tenido suficientes guerras.

—Aguarden, vengo en son de paz —rebato antes de que se planteen volver a cerrar—. Tienen ustedes que escucharme. Los símbolos...

—Déjese de símbolos y de sandeces. En esta ciudad no tenemos por costumbre atender las peticiones de cualquier errante que merodee frente a nuestras puertas. Y, si su amigo es uno de los individuos que hace semanas accedió sin permiso a nuestro territorio, debería seguir su ejemplo y desaparecer usted también.

—¿Por qué me han abierto, entonces?

—Porque lleva usted al hombro un arma que no le pertenece —dice la mujer en referencia a la *katana* de Anne— y porque, si no quiere que tengamos un problema serio, deberá usted devolvérmela y decirme de dónde la ha sacado.

—Es cierto, no es mía. —Desenvaino la hoja con cuidado. Los dos escoltas recurren también a sus armas y solo dejan de apuntarme con ellas cuando yo coloco la espada sobre mis palmas para entregársela a la mujer—. Pertenecía a otra persona que, desafortunadamente, ya no podrá utilizarla.

La guardiana regula el filtro tintado de su visor con el dedo para examinar el metal más de cerca. Dos ojos finos y rasgados quedan al descubierto cuando lo hace.

—Un momento, eres Sira, Sira Faris... —dice asombrada al tiempo que se quita el casco y condensa su mirada sobre mí—. No te he reconocido con ese..., bueno, digamos que estás algo cambiada desde la última vez que te vi.

—¿Señora Minami? —Me quedo de piedra al identificarla yo también.

—Un poco más vieja, pero sí, soy yo —sonríe ella—. Bajad las armas, la conozco —ordena a los otros dos hombres.

—Creía que estaba usted muerta...

—Lo estuve en cierto modo hasta que encontré este lugar. Todos nosotros lo estuvimos... Y por favor, trátame de tú. ¿De dónde has sacado la espada de mi hija?

—...

—¿Ha dicho Sira Faris? —interviene providencialmente uno de sus escoltas, también bastante sorprendido.

—En efecto, Sira Faris —confirma Keiko Minami—. Dirigió una película estupenda antes de que todo se fuera al cuerno, quizás por ello te suene su nombre.

—No me suena de nada —contesta el tipo, indiferente—, pero encaja con el de la persona a quien esperamos.

—No, ella no puede... —empieza a decir la asiática, rutinaria—. Aguarda, quizás... —Realiza un breve cálculo mental que cambia por completo su rictus—. Sí, sí que puede ser..., puedes ser tú

—profiere a renglón seguido sin apenas detenerse a respirar—. Por eso..., por eso llevas su arma. ¿Cómo demonios no lo he visto antes?

—¿Qué ocurre? —digo desnortada—. ¿qué está pasando?

—Tu nombre —informa Keiko Minami—. Se lee igual del derecho que del revés, como el de..., en fin, como el de la persona que algunos por aquí ya empezaban a dudar que existiera. Nunca se me habría pasado por la cabeza que podría tratarse de ti. Yo también pensaba que estabas muerta.

—Estoy empezando a perderme —declaro con aturullamiento—. ¿Qué es este lugar?, ¿qué tiene que ver mi nombre con...?

—Siento no poder ser más específica —continúa la oriental, visiblemente excitada—. Tengo órdenes de no serlo demasiado hasta que resulte seguro hacerlo. Sigue a mis compañeros, ellos te mostrarán el camino hasta el centro y allí encontrarás las respuestas que buscas. Yo saldré a recoger a Anne.

—Anne... —tartamudeo en cuanto escucho el nombre de la joven—, Anne no lo ha conseguido.

Keiko Minami inclina la cabeza en señal de anuencia, como si la noticia fuera ya algo que todo el mundo conociera.

—Lo sé —dice con una pasmosa imperturbabilidad—. Hace años que estoy al tanto de todo y que me he mentalizado para la llegada de este día, aunque siga doliendo como al inicio. —Inspecciona la espada de nuevo—. Solo necesito ver su cuerpo una última vez y despedirme de ella de la forma en que no pude hacerlo cuando estalló la guerra.

—¿Cómo puedes saber eso? —inquiero atónita—, ¿cómo puedes saber que...? Todo ha sucedido prácticamente ahora...

—Te equivocas —rechaza Keiko Minami en tono maternal—. Y pronto entenderás por qué lo digo. ¿Dónde puedo encontrarla exactamente?

—Junto a la noria, en uno de los bancos del antiguo paseo..., pero dudo que sea buena idea que nadie la vea en ese estado, y menos alguien tan cercano —le advierto con desacomodo para ahorrarle un padecimiento innecesario—. Anne contrajo la plaga días atrás. No es fácil reconocerla en su estado. Y además habría que cremarla antes de...

—Todo eso también lo sé —expresa ella sin darle demasiada importancia a mi revelación—. Como digo, he tenido muchos años para asimilar su destino, llorar su pérdida y habituarme al dolor. Lo único que desconocía era la fecha exacta de su llegada y que tú serías su acompañante. Muchas gracias por cuidar de ella. Si Anne seguía siendo tan revoltosa como de bebé, no ha debido de ser un trayecto fácil.

—En justicia, fue más bien ella quien cuidó de mí —trastabillo embarrancada en una densa zozobra—. Jamás habría llegado ni siquiera hasta La Franja de no haberla tenido a mi lado. Anne era... —sufro incluso para poder pronunciar su nombre—, era una chica buena y valiente.

—Me alegra ver que su sacrificio no ha sido en vano —conviene agradecida la nipona—. O, como mínimo, tener la confirmación de que nadie me ha mentado al respecto. Espero que todo lo demás sea cierto también.

—¿A qué te refieres? —cuestiono, abochornada por mi incompetencia para descifrar adecuadamente todo lo que allí está sucediendo.

—A que confío en que no todo vuestro peregrinaje haya sido un viacrucis —estipula transcurrido un breve respiro—, y a que confío también en que Anne haya podido disfrutar un poco de la vida entre penalidad y penalidad.

—Lo ha hecho —ratifico compungida—. Hasta el último aliento.

—No esperaba menos de una Minami —dice Keiko extrañamente risueña—. Es todo un consuelo ver que ha estado a la altura, que ambas lo habéis estado... Tú y yo, Faris, tenemos mucho de que hablar cuando Anne pueda al fin descansar en paz y todo esté algo más claro a tus ojos. —Se despide de mí con una caricia en la mejilla. El tacto voluble de sus yemas me transporta de manera también muy inconexa, pero inusitadamente reparadora, al recuerdo de su hija—. La mayoría de la gente de ahí abajo va a tener mucho de que hablar contigo —remata con picardía antes de emprender el camino hacia el exterior—. Vamos, no pierdas más tiempo,

ellos te ayudarán en lo que necesites.

—Por aquí, señora Faris —dice uno de los hombres haciéndome un gesto para que franquee la puerta junto a él—. Síguenos.

El tratamiento de cortesía empleado por el escolta despierta un segundo e indefinible hormigueo en mi interior.

Puede que la última canción del MP3, ahora ya inactivo por falta de batería, haya acertado finalmente en su augurio y todo esté de verdad a punto de cambiar. De momento, al menos, el compañero de Keiko es la primera persona en décadas que se refiere a mí como señora en lugar de como señorita, y quizás eso, al igual que los símbolos que me han conducido hasta aquí dentro, no sea tampoco una casualidad.

—Tal vez deba quedarme fuera —le notifico al mismo hombre frente a la entrada—. Creo..., creo que soy portadora de la plaga. Si entro ahí, pondría en riesgo a vuestra gente.

—No se preocupe por ello —quita hierro al asunto el otro de los guardias—. Incluso en el caso de que sea así, algo que averiguaremos cuando el equipo médico le realice las pruebas pertinentes, nadie excepto usted misma correría ningún riesgo. Solo llevamos estos trajes para mantener las apariencias de cara a la galería.

—¿Significa eso que existe..., que existe de verdad una cura?

—Existen muchas más cosas ahí abajo de las que nadie en la superficie imagina —ríe el primer tipo con ufanidad—. Y en el suponer de que usted sea la persona que esperamos que sea, puede que algunas otras mejoren también arriba. Keiko ya se lo ha dicho antes: todos aguardamos su llegada desde hace lustros, señora Faris —reincide en su tratamiento mientras echa a andar hacia el subsuelo—. Por favor, no tenga miedo y acompáñenos, este es un lugar seguro.

—Bien —otorgo por no contradecirlo—, iré con vosotros.

El hombre cabecea satisfecho y empieza a moverse hacia otras escaleras que no sé muy bien a dónde llevan.

Como una lluvia de verano recién caída sobre el desierto más árido del mundo, el eco de un bullicio no muy distante se acrecienta por toda la estación.

En mi pecho, casi a la vez, empiezo a notar un tímido y confortable calor.

24 DE AGOSTO (III)

Conservación de la energía

Ley que afirma que la cantidad total de energía presente en cualquier sistema físico aislado permanece invariable con el tiempo, aunque pueda transformarse en otra forma de energía.

Light years, The National.

El amanecer menos prometedor de toda la historia de la República de Ardra, para colmo deslucido por una trémula neblina de desesperanza, se resistía a eclosionar del todo sobre el horizonte de Punta Allende.

Demasiados pecados podían salir a la luz si el sol se alzaba de entre el humo con la misma intensidad de todos los veranos, de modo que, para no exhibir más de lo necesario aquella deshonra, el astro parecía haber optado por emerger de manera muy lenta tras la bruma matutina y perfilar con ello, casi a escondidas, un paisaje tibio y sombrío que perfectamente podría pasar por otoñal.

Después de contemplarlo por algunos minutos, saqué el teléfono móvil de Giles Selig del bolsillo y busqué en su galería multimedia los archivos de vídeo grabados en las cloacas para enviarlos a su otro número. Quizás él pudiera hacer algo de utilidad con ellos, aunque solo fuera sacar a la luz los oscuros secretos que aquel amanecer remiso seguía sin atreverse a desclasificar.

A mí, para entonces, ya todo me daba un poco lo mismo...

Los escasos planes que aquella mañana seguía teniendo en mi punto de mira se reducían a poner algo de música en el reproductor que Noel me había regalado, a arrodillarme luego sobre la hierba del jardín, con los auriculares puestos, para acallar cualquier voz partidaria de otra solución y a acercarme el revólver de Imada a la sien a la espera de que mi dedo índice se decidiera a presionar el gatillo.

Me dije a mí misma, sin sentir nada más que un aire baldío acariciándome el rostro, que lo haría en cuanto concluyera la canción seleccionada por el modo aleatorio del aparato. Esta era *Light years*, de The National, uno de los muchos temas compilados por Noel no tantos días atrás y que, de repente, en aquel preciso momento y en aquel preciso lugar, sonaba más apropiado que ningún otro tanto por su letra como por el regusto a desistimiento de su melodía.

Cuando las últimas notas del piano central se extinguieron sobre un fundido de base electrónica, supe que ya no podía postergar más el desenlace. Si lo hacía, el miedo me conduciría a querer releer una vez más su poema, y del miedo al llanto ya solo habría la misma distancia que del llanto a la rectificación.

No iba a salir de aquel atolladero siguiendo esa ruta. Por consiguiente, apreté el cañón del arma contra mi parietal derecho con toda la firmeza que logré reunir y, cerrando los ojos para no ver nada, me dispuse a dar el paso final.

La detonación se produjo casi al tiempo que alguien agarraba mi muñeca y tiraba enérgicamente de ella hacia atrás. No pude ver de quién se trataba porque la bala me alcanzó

igualmente el cráneo, solo que de una manera mucho menos directa, y un latigazo explosivo fustigó mi frente hasta empujarme por las bravas hacia atrás y provocarme un desmayo transitorio.

Todo a partir de ahí fue ya demasiado confuso como para poder describirlo con precisión.

Ese estado de profunda ininteligibilidad se prolongó por un plazo indeterminado en el que no alcancé a elucidar si estaba viva, muerta, consciente, inconsciente o si, por el contrario, me había quedado atrapada en alguna etapa intermedia donde ya ni los relojes ni los mapas sirvieran para ubicarse en otras coordenadas que no fueran las de mi propio aturdimiento.

A pesar de ello, en algún instante volví a abrir los ojos y a maravillarme, con la ropa empapada de sangre, de que mi torpe intento por quitarme de en medio hubiera fracasado también.

—No le cedí mi arma para utilizarla contra sí misma —dijo la voz grave de Adam Imada detrás de mí—. Ese nunca fue el trato... Oficial, arregle este estropicio —ordenó a uno de los hombres que habían llegado a la abadía con él.

El soldado extrajo un botiquín militar de su petate y se situó a mi lado para terminar de tratarme la herida.

—¿General Imada? —dije con un quejido entrecortado—, ¿qué está haciendo aquí?

—Intentar salvarla —proclamó el militar, muy serio. Había sangre en sus manos, en su cara y en buena parte de su uniforme—; claro que, de haber sabido de antemano cuáles eran sus planes, quizás me habría ahorrado el camino.

—Tampoco era lo que yo tenía en mente —manifesté desorientada por la viveza del dolor, que seguía sin ser comparable, incluso en sus lapsos de mayor ferocidad, al que volvía a amenazar con arrancarme las lágrimas—. No ha debido usted arriesgar a sus hombres por mí.

—Mis hombres y yo estamos justo para esto, para arriesgarnos —objetó Imada sin renunciar a cierta calidez—. El almirante Klem nos encomendó sacar de Punta Allende al mayor número de personas y eso vamos a hacer por mucho que esta operación no sea del todo de su agrado. En el fondo, también son órdenes tuyas. Y las órdenes, como sabe, están por encima de las voluntades individuales, sobre todo las que vienen de tan arriba. No estamos traicionando su confianza, aunque pueda parecerlo. O eso espero.

—¿Y qué fue de esas órdenes cuando dejamos vendidos en el furgón a Keiko Minami y al resto de los prisioneros? —pregunté con cierta impertinencia para así tratar de apartar el foco de mi oprobio—. ¿No regían todavía?

El general reaccionó a la salida de tono adoptando una mirada yerta en la que la vergüenza y la culpa flameaban al unísono sobre una pátina de nobleza.

—Sí regían —admitió en consonancia con esta última cualidad—, por eso mismo no pienso permitir que nadie vuelva a quedarse atrás. —Puso cara de no entender por qué me comportaba de un modo tan arisco antes de desplazar calculadamente la atención hacia su subordinado—. ¿Cómo va eso, oficial?

—Parece más grave de lo que es —detalló el hombre mientras curaba la herida con antisépticos y suturas adhesivas—. Salvo que se haya producido algún daño interno, y no puedo confirmar sin la equipación necesaria que así sea, yo diría que saldrá de esta. La laceración, eso sí, probablemente deje una bonita cicatriz.

—¿Ha oído? —me habló de nuevo Imada—. Es usted una mujer con suerte. Ya solo nos queda salir de aquí sin que nos detecten para que siga la racha —trató de sonar gracioso en una estrategia algo artificial por distender el ambiente—. ¿Cree que será capaz de caminar hasta el

jeep? Lo hemos aparcado justo ahí abajo.

—¿Qué cambiaría eso? —suspiré entre doloridos refunfuños—. Noel está muerto, general. ¡Muerto! Media ciudad lo está por nuestra culpa —enfaticé con el rostro chorreante de sangre.

—Por defender una causa justa, más bien —me corrigió Imada—, una causa que, de haber sido atendida a tiempo, tal vez habría evitado todo esto. ¿Quién sabe, incluso, si no nos ha impedido una tragedia aún mayor? Media ciudad lo ha pagado caro, como dice, sería una necedad negarlo, pero la otra media aguarda en Monteburgo para reconstruir allí sus vidas y seguir plantando cara a lo que se nos viene encima, que es lo que el señor León quería para usted —se explayó con calculada templanza—. ¿Va a traicionar su voluntad solo porque ahora lo vea todo negro? Si ha sobrevivido a esto, si nosotros hemos llegado justo cuando lo hemos hecho, tiene que ser por algo. No lo tire por la borda. —Me tendió la mano para facilitar que me pusiera en pie—. No permita que todas las pérdidas que hoy hemos sufrido den la razón a quien las ha provocado. Todavía podemos crear un futuro mejor juntos.

—Ya he escuchado cosas así antes —impugnó, reticente a dejarme persuadir por sus argumentos—. Noel dejó bien claro, por desgracia, que ya es tarde para eso, que ya no hay marcha atrás. Usted lo escuchó en el vídeo, igual que yo.

—También dejó claro, si no recuerdo mal, que usara usted el dolor para seguir adelante y que no cediera ni un milímetro a la pena —citó Imada al físico, con el brazo aún estirado hacia mí—. ¿Cree que le gustaría ver que está haciendo todo lo contrario de lo que él le ha dicho?

Aquella pregunta me hizo casi más daño que el estruendo de la pólvora y el fuego.

Los miembros del pelotón de rescate me observaron expectantes, en tanto que me preparaba para responder como si de lo que fuera a decir dependiera algo más que mi propio porvenir.

Después de todo, aquellos soldados habían puesto sus vidas en peligro solo para sacarme de allí.

—Iré con usted si me promete que hacerlo valdrá para algo —dije condicionada por el sonrojo—, si me promete que las cosas dejarán de ir a peor.

—No puedo prometerle nada de eso —negó el general con rigurosidad—. Las cosas siempre pueden empeorar si la gente no lucha por mejorarlas de alguna forma. Es una constante histórica de la que hay innumerables ejemplos. Lo que sí puedo prometerle es que mis hombres y yo vamos a darlo todo por conseguir que mejoren. Aunque para ello necesitaremos contar con gente como usted, gente que sepa hacer de la esperanza una forma de vida y de sus cicatrices un arma y un escudo. —Agita la mano en demanda de una contestación—. ¿Qué me dice?

Una ráfaga de aire brumoso hizo revolotear varias hojas muertas por el jardín.

—Hay movimiento algunas calles al oeste —interrumpió uno de los hombres de Imada desde la parte más saliente del risco—. Deberíamos empezar a movernos.

—Ya lo ha escuchado —me apremió el líder rebelde—, tendrá que decirme algo.

—No tengo claro que yo sea esa clase de persona, general —dispuse con total franqueza—, no tengo claro, a decir verdad, qué clase de persona soy ahora mismo.

—En ese caso, quizás sea un buen momento para averiguarlo —replicó Imada, inasequible al desaliento—, o para construir otra más fuerte.

—No es tan fácil...

El general se acuclilló frente a mí y trazó con los labios una sonrisa paciente.

—Por supuesto que no, pero ya debería usted saber que el camino fácil rara vez suele ser el camino más adecuado —dijo—. Verá, Faris, cuando mi hija Elle desapareció, yo también estuve muy cerca de hacer como usted ahora. Me faltó muy poco para ello, realmente —continuó

explicando con empatía—. Por suerte, comprendí a tiempo, en parte gracias a mis halcones, en parte gracias a mi trabajo, que eso sería un error de bulto: desaparecer no arregla ni significa nada si no dejas antes una huella equiparable a la ausencia que te ha llevado a querer irte, si no te cercioras antes, en definitiva, de que sea el respeto por esa huella el que llene otros vacíos e impida que más personas deseen quitarse de en medio. —Me apartó un mechón de pelo ensangrentado de la cara, solícito—. Usted y yo tenemos mucho en común a ese respecto, además de una cabeza igual de dura. Por eso, entre otras razones, he vuelto hasta aquí.

El inspirado discurso del militar logró que me replanteara si no cabía la posibilidad de que hubiera algo cierto en sus palabras.

Como fruto de esa especulación, mis ojos realizaron un breve viaje de descenso hacia el colgante que pendía de mi cuello y, asiéndolo en la palma de la mano izquierda, usé la derecha para estrechar por fin la de Imada y dejarme izar por él.

—Lléveme entonces hasta ese *jeep* —me rendí tras abrazarlo desconsolada—. Ya les he hecho perder demasiado tiempo.

—El tiempo nunca se pierde —dijo Imada, cargando con mi cuerpo malherido hacia la verja que marcaba la salida—; como mucho, se malgasta. —Hizo señas a sus hombres para iniciar la retirada—. Somos nosotros, si acaso, quienes tendemos a perdernos en él, pero no porque lo hagamos hay que dejar de buscar el camino de vuelta... Esto aún no ha acabado, créame —prometió por último con una agudeza que yo jamás habría atribuido a un militar y la vista perdida sobre la inmensidad saturada de humo—. Más tarde o más temprano, todo volverá a ser como antes. Siempre lo hace.

—¿Está seguro de eso? —pregunté a pocos metros del vehículo.

El general me miró con una mueca de autosuficiencia que despertó en mí, por el motivo que fuera, el presentimiento de que quizás sabía más de lo que me estaba haciendo ver.

—Como le digo, es solo cuestión de dejar que el calendario haga su trabajo —sentenció con parquedad a la vez que encendía el motor del *jeep*—. No le dé más vueltas: lo que tenga que ser será.

—Claro —repetí en voz muy baja—, lo que tenga que ser será...

El transporte se perdió a continuación entre la ceniza y la niebla como un grito de auxilio al que nadie quisiera atender.

Desde la bahía en llamas, la imagen cada vez más irrespirable de Punta Allende dio la impresión de coincidir con nosotros en aquel equidistante juicio.

Gran unificación

Teoría física aglutinadora de tres de las grandes fuerzas que rigen las interacciones entre la materia: la fuerza nuclear débil, la fuerza nuclear fuerte y el electromagnetismo.

Time, Pink Floyd.

La ciudad paralela que tengo el privilegio de explorar durante nuestro recorrido por el amplio entramado de escaleras, galerías y andenes ocultos al otro lado de la puerta no tiene nada que ver con la ruina de la superficie...

Esperaba una suerte de Monteburgo subterráneo donde sus gentes lidiaran con los mismos problemas sociales y sanitarios que en la otra punta de la isla —incluyendo, quizás, su propia versión del inepto de Ciric Klem—, un lugar, en el mejor de los casos, un poco menos sórdido, ruinoso y decadente que la antigua capital, pero frente a mí, contra todo pronóstico, hay algo muy distinto a eso: no solo se trata de que el asentamiento esté mucho más limpio y organizado que mi ciudad de origen, sino que, tal y como el escolta me ha avanzado antes de iniciar el descenso, abundan en él multitud de materiales y recursos, impensables en el exterior, que les permiten contar a su vez con todo tipo de modernas infraestructuras y servicios, desde luminarias de crecimiento para invernaderos hasta centros médicos, bibliotecas, surtidores de agua potable o pantallas de televisión, entre otras muchas instalaciones.

Lo más fascinante de todo, sin embargo, es que la red de metro sigue funcionando casi como antes, de tal manera que las distintas estaciones, pese a las reformas realizadas en ellas para ubicar a ambos lados un buen número de viviendas, negocios y espacios públicos, siguen interconectadas por todo el subsuelo.

Mi estupor crece cuando descubro, además de todo lo anterior, que sus habitantes llevan una vida relativamente normal, que ninguna persona, a excepción de los cuerpos de vigilancia y seguridad, porta consigo armas o máscaras de protección y que incluso se pueden ver bastantes niños correteando felices por las galerías, de acuerdo con lo descrito por el difunto Casimir Nessen en sus últimos instantes de vida.

No recuerdo haber experimentado un entusiasmo comparable al que ahora empieza a renacer en mí desde que regresé a Monteburgo con Imada y me di cuenta, nada más poner el pie fuera del helicóptero y reencontrarme con los míos, de que me había precipitado al creer que no existía ninguna perspectiva de futuro ni para el país ni para mí.

En contraste con la tragedia que entonces venía de sobrellevar en Punta Allende, todo lo que viví en los duros meses de la Paz Fría —e Imada se esforzó por señalarme mientras me iniciaba en el mundo de las armas, la táctica militar, el pilotaje de helicópteros y la cetrería— volvió a llenarme de ánimo y de ganas de seguir plantando cara a la adversidad.

De hecho, eso fue lo que hice por más de un año, para mayor gloria de Giles Selig y de su contienda propagandística contra el Gobierno, aun cuando el dolor continuara arraigado de lleno

dentro de mi alma y de mi corazón.

La plaga, la Gran Ola y las muertes casi consecutivas de la mayor parte de mis amigos y seres queridos —Asa, mi padre, Imada, Selig...— lo alteraron todo más adelante, sí, pero eso es ya otro tema que no anula la validez del símil por más que se quede corto para definir las sensaciones tan positivas que este nuevo mundo despereza en mi interior.

—¿Quién está al mando de esto? —interrogo a uno de mis acompañantes cuando nuestro vagón desembarca en la antigua estación central, el punto más destacado de la red de metro tanto por su extensión como por la cantidad de ramales que ya antaño partían en todas direcciones de ella.

El guardia busca a su compañero con la mirada, como queriendo consultarle algo, y se detiene un poco más tarde frente a una especie de sala de seguridad situada en la planta superior del apeadero, justo detrás del enorme reloj de aguja que preside la remozada arquitectura del lugar.

—Esa es una cuestión bastante compleja —dirime con neutralidad—, y yo me temo que no soy la persona más indicada para responderla. —Gira el picaporte para entreabrir la puerta—. Por favor, pase.

Varios críos cuchichean a mi alrededor antes de que me decida a empujar la puerta y acceder al otro lado.

La estancia es mucho más amplia de lo que parece desde fuera. A través de la cara interna del reloj, que funciona también como cristalera, penetra una claridad suave y difusa muy en sintonía con el sosiego minimalista del cuarto.

Detrás del escritorio de vidrio ubicado frente al ventanal, una figura encorvada contempla en calma el bullicio de la estación. En simultáneo, el viejo equipo musical empotrado en una de las paredes laterales proyecta mansamente, por todo el cuarto, la canción *Time*, de Pink Floyd, otra de las que yo misma suelo escuchar, desde hace muchos años, en mi no menos longevo reproductor de bolsillo.

Toda la piel de mi cuerpo se eriza estremecida cuando veo que la figura comienza a canturrear en voz baja mis versos favoritos del tema —«*And you run, and you run to catch up with the sun, but it's sinking, racing around to come up with you again; the sun is the same in a relative way, but you are older, shorter of breath and, one day, closer to death*»— para posteriormente empezar a volverse en mi dirección.

—Bienvenida, Sira —dice, y yo reconozco de inmediato la proverbial tersura de su voz incluso antes de lo que reconozco el rostro al que el mismo tiempo invocado por la canción ha hecho envejecer de manera muy notoria en mi ausencia—. Te estaba esperando.

—¿Noel? —apenas logro vocalizar, abrumada por la parálisis.

—¿Tanto he cambiado? —responde él como si nada.

Mi perplejidad es de tal envergadura que casi me falta el oxígeno para enfrentarme al *shock* y comenzar a andar hasta él.

—¿De verdad eres tú? —inquiero de camino, poco o nada capacitada para mantener el escepticismo a buen recaudo.

—Yo podría hacerte la misma pregunta si no conociera ya la respuesta —afirma Noel con la misma seguridad divertida de antaño—. ¿Por qué te cuesta tanto creerlo, de todas formas?, ¿por el pelo? —Se pasa la mano por el cuero cabelludo ya encanecido en su totalidad—. He pensado que es más natural así. No resulta fácil ni barato encontrar buenos tintes por aquí abajo. Bonito kimono, por cierto.

Tengo que dar otro par de pasos hacia él para examinar sus rasgos más de cerca, en especial,

la inconfundible cicatriz que aún asoma traviesa de entre sus bigotes también plateados.

—Me cuesta creerlo porque escuché los disparos —relato al tiempo que deslizo los dedos sobre sus mejillas en un gesto de añoranza que busca verificar su tangibilidad—, y porque vi la sangre y los casquillos en el suelo. Todo este tiempo pensé que te habían ejecutado, tú me lo sugeriste en ese mensaje de vídeo...

—Ese mensaje responde a un contexto y unas circunstancias muy determinados —susurra él desde la cercana afectuosidad de sus ojos aguamarina—; tuve que grabarlo para conseguir que te pusieras a salvo, como hicieron Odo y Cila, y predisponer así nuestro reencuentro. Aunque, sabiendo como sabes que todo en este universo es relativo, que el tiempo no es más que un falso dilema, un constructo psicológico sin principio ni final, no tendrías que haberle dado tanta importancia. —Me agarra la muñeca con apego para atraerme hacia él y acariciarme también la cara—. Afortunadamente, por muy paradójico que suene, al final lo has hecho. Y supongo que ese viejo reproductor que aún conservas te habrá servido de apoyo para encontrarme. ¿No te parece increíble? Al final, lo que tenía que ser es.

—Me mentiste —le reprocho sin atreverme ni a abrazarlo ni a apartarme de él—, me empujaste a creer que estabas muerto.

—Bueno, no me faltó mucho para estarlo —dice con un deje melifluo—. El antiguo Gobierno me perdonó la vida *in extremis* gracias a la mediación de Nora y de su mala conciencia, pero la sangre y los casquillos que viste en Santa Ana eran reales, todavía tengo por aquí algunos recuerdos de cuando traté de evitar que destrozaran la máquina. —Se levanta la camisa para mostrarme dos cicatrices de bala en el costado izquierdo—. Igual que tú tienes también tus marcas... —añade en referencia a la carne desfigurada que se oculta bajo las trenzas de mi flequillo—. En cualquier caso, era necesario que Nora nos la jugara y que ambos sufriéramos esos daños para poder llegar hasta el interruptor del que hablé en mi entrevista televisiva con Nella Allen. Tienes que entender que no existía ningún otro modo de reencauzarlo todo, que el camino más fácil, como creo que alguien ya te ha dicho antes, rara vez es el más adecuado, y también..., también que en ningún momento fue idea mía.

—¿Adam?

—No, Imada no estuvo al tanto hasta mucho después, cuando regresó a por ti. Su papel en todo esto fue otro: conseguir que hicieras de la esperanza una forma de vida y de tus cicatrices un escudo, como él decía, y me gusta ver que no ha fracasado en su misión.

—¿Fox Sierra, entonces? ¿Por ello te pidió aquella noche que abandonara la iglesia?

—Es algo un poco más complicado. Quédate con que todo, gracias a Dios, ha salido de acuerdo con lo previsto.

—Lo previsto era que arregláramos el estropicio causado y fuéramos felices juntos —recapitulo, angustiada por la catarata de revelaciones—. Nada de eso ha ocurrido. Al contrario, todo es un erial ahí fuera.

Noel esboza una sonrisa inmodesta, me rodea con los brazos y arrastra mi cabeza tiernamente contra su pecho.

—No ha ocurrido todavía —remarca socarrón—. Al menos, no desde el punto de vista de nuestras primitivas mentes necesitadas de anclajes temporales. Que no te engañe ningún espejismo, en ese erial del que hablas siempre ha residido la semilla de un mundo mejor, y tú y yo, aunque pienses lo contrario, también hemos estado siempre mucho más juntos de lo que crees. Lo único que pasa es que todavía no lo sabes. Si lo supieras, o, lo que viene a ser lo mismo, si ese erial no hubiera llegado a formarse para recordarnos la necesidad de reverdecerlo, nada habría funcionado. Nella Allen siempre tuvo razón, aprendemos porque nos equivocamos.

Y sin equivocaciones, no hay progreso ni sentido para nadie.

Yo meto la mano en el bolsillo y saco de ella el colgante que he estado a punto de tirar al mar.

—¿Estás diciéndome que sabías que iba a venir aquí? —titubeo con desconcierto.

—En la iglesia te avisé de que aquello no iba a ser un adiós, ¿recuerdas?, de que no tenías nada de que preocuparte y de que todo cobraría sentido en el futuro. —Noel recoge el colgante para observarlo complacido a la luz de la esfera del reloj, cuyo tictac mecánico se mezcla como un metrónomo con la culminación de la melodía salida del equipo de música—. Pues este es ese futuro. O su inicio, al menos. Nunca ha dejado de estar ahí fuera, aguardándote, igual que los símbolos que te han traído hasta mí. En cuanto termines de sobreponerte a la confusión, podrás comprobar por ti misma que todo ha merecido la pena, tal y como también te prometí en su momento. —Vuelve a colocar el colgante sobre mi palma y mueve poco a poco todos mis dedos para cerrarlos sobre él—. Eres Sira Faris, la persona a quien todos los habitantes de este lugar hemos estado aguardando. Debes estar a la altura de la leyenda que he creado para ti y demostrar por qué tu nombre, y no otro, es el de la persona que va a cambiarlo todo.

—No soy ninguna leyenda, Noel —discrepo con desasosiego—, solo una mujer cansada que sigue sin entender qué está pasando aquí.

—Para Keiko y todas las demás personas de ahí fuera sí eres una leyenda —insiste el científico—. Yo quizás he alimentado esa visión a fin de facilitar que te reconocieran, de ahí todo el misticismo en torno a tu nombre, que, como el mío, se lee igual en ambas direcciones, pero lo eres, créeme. Y te lo has ganado a pulso. O, mejor dicho, lo harás.

—Eso no me aclara mucho.

—Lógico, todavía hay demasiadas cosas que desconoces. Solo dime cómo puedo ayudarte a que lo entiendas todo mejor.

—Para empezar, explicándome qué es este sitio y cómo es que lo diriges tú.

—Este sitio no es mucho más de lo que ya has visto —desarrolla Noel con su habitual desparpajo—: el germen de la nueva Ardra, un lugar renovado desde donde quienes aprendimos de nuestros errores, de nuestros momentos más aciagos, hemos comenzado a enmendarlos. Respecto a cómo he llegado a estar al mando, la verdad es que no fue ni mucho menos obra mía, sino de la plaga y de la Gran Ola —prosigue en una escala algo más retrospectiva—. Cuando entre ambas se llevaron al antiguo Gobierno por delante, la gente me rescató de prisión a cambio de que los liderara para volver a empezar de cero en un lugar más seguro. Yo hice todo lo posible por sacar la ciudad adelante aquí abajo, o, más en específico, puse las bases para que entre ambos pudiéramos hacerlo.

—Ojalá hubiera sido así —pronuncio melancólica sin creermelo todavía que esté allí conmigo.

—Lo fue, claro que de eso tampoco eres aún consciente —dice él tomándome del brazo—. Ven conmigo, tengo algo que enseñarte. —Me conduce con presteza hasta una de las esquinas de la sala, parcialmente oculta tras un biombo de motivos orientales que me hace pensar de nuevo en Anne y acusar otra vez más el inmenso dolor de su partida—. Creo que puede servirte para empezar a comprender.

Frente a nosotros hay una segunda mesa de vidrio sobre la que descansa un bulto rectangular, de aproximadamente el tamaño de una caja de zapatos, tapado por una tela de color claro. Noel la retira mediante un dinámico tiro de muñeca, como un mago entregado a su audiencia, y deja al descubierto un dispositivo de diseño ultravanguardista que, a pesar de ese barniz de innovación, y salvo por el detalle de que no necesita ya un generador de energía

exótica tan grande como antes, conserva una estructura muy similar a la del cronotransmisor original.

—En otro tiempo, te habría traído en brazos —bromea el físico—, pero lo de mis articulaciones ha ido bastante a peor estos últimos años.

—¿Es lo que creo que es? —pregunto cautivada por la elegante factura del aparato, mucho menos tosco y voluminoso que el prototipo primitivo.

—Sí. He trabajado mucho en perfeccionarlo todo desde la primera versión —expone con orgullo mientras se prepara para encenderlo—. Ahora no solo tiene la capacidad de abrir cauces de comunicación estables con lo que conocemos como futuro, también puede abrirlos con líneas temporales pasadas. —Un zumbido granuloso indica que ya se encuentra en marcha. Noel, metódico, empieza a manipular el dial instalado en uno de sus flancos en busca de alguna frecuencia—. Tal vez logre ensanchar esos cauces algún día para transmitir algo más que señales sonoras.

—Tu sueño... —digo reviviendo el embrujo boyante de nuestros episodios más íntimos—. Siempre supe que lo conseguirías, que acabarías encontrando la manera de cerrar la puerta del gallinero.

—En honor a la verdad, ese nunca fue un sueño, solo una meta, un objetivo estimulante —enuncia Noel flemático—. Mi sueño siempre ha sido y siempre será el mismo que el tuyo: volver a estar a tu lado y a disfrutar juntos de los pequeños grandes momentos, como hace quince años —pormenoriza sin dejar de girar el dial—. Te he echado mucho de menos, Sira, incluso teniéndote conmigo todo el rato.

Su halagador arrullo alegra mis oídos y, durante un intervalo minúsculo, apenas una o dos palpitaciones, percibo en mi interior la certeza de que todas sus elaboradas teorías siempre han sido algo más que un compendio de hipótesis y conjeturas carentes de aplicación en el mundo real.

—Pues disfrutémoslo esta vez —digo cuando ese paréntesis llega a su fin y noto cierta falta de vivacidad en los colores del entorno—, es posible que no tengamos mucho tiempo para hacerlo.

—Siempre hemos tenido el mismo —reivindica él, pragmático—. Como una vez me dijo el padre Salas, la perspectiva y la intensidad son lo único que cambia, lo único que podemos escoger.

—No lo entiendes, estoy... —me detengo para tragar saliva por temor a lo que me encuentro a punto de decir—, estoy enferma.

—Bueno, todos lo estamos en mayor o menor medida. Simplemente varía el ritmo al que el cronómetro nos desgasta, pero incluso ese ritmo es también algo ilusorio —concluye Noel, ajeno a cualquier dramatismo. Sus palabras, que vuelven a traerme ecos de Anne por su serenidad, me llenan de entereza y energía—. Ninguna enfermedad va a separarnos, Sira. El tiempo está por una vez de nuestro lado, aunque parezca contradictorio. Y vas a tener más que de sobra para escribir en ese diario tuyo el mejor final de los posibles. —Ajusta un poco más el disco hasta que una señal lejana comienza a cobrar cierta nitidez.

—¿Cómo sabes que llevo un diario conmigo? —inquiero, impresionada por el hecho de que conozca ese dato.

—Porque tú me lo contaste en Santa Ana —dice él, afinando el dial al máximo—. Esa y muchas otras cosas sobre tu viaje...

Según empiezo a intuir lo que Noel está tratando de hacerme ver, la señal al otro lado del cronotransmisor se vuelve por fin totalmente audible. A través de sus altavoces, suena el mismo

mensaje en bucle que tantos años atrás el propio Noel envió desde la buhardilla de su casa hacia algún punto del futuro.

—Ahora dime, ¿estás preparada para pulsar el interruptor? —Desplaza la única silla que hay frente a la mesa y me invita a tomar asiento en ella con un calmado ademán—. ¿Estás preparada para dar sentido a la muerte de tus amigos y salvar el mundo? —Desliza luego hacia mí el micrófono conectado a la máquina, en cuya base metálica hay un llamativo botón de color rojo junto a dos iniciales que se corresponden con las de mi nombre, solo que al revés: F. S.

La connivencia traviesa de su mirada es todo cuanto necesito para adquirir en el acto una comprensión plena de lo que la mía estaba tardando tanto en captar.

—¿Acaso cambiaría eso algo?

—Solo si demostramos que la protección de la cronología es errónea y no nos convertimos nosotros mismos en su brazo ejecutor, aunque, tal y como están las cosas, yo diría que somos las primeras personas de todo el planeta que se encuentran en posición de probarlo de una manera incontrovertible.

—Imagino, en ese caso, que esta vez habrás calibrado bien los riesgos por si algo sale mal...

—Si algo saliera mal, no pasaría en realidad nada que no conozcamos ya, y, en el peor de los escenarios, siempre nos quedaría el consuelo de que el valor de un sacrificio...

—...depende en exclusiva del sentimiento que te mueve a realizarlo —termino yo misma la frase.

—Exacto.

—¿Eso también te lo dije?

—Sí, lo hiciste —asevera Noel—. O lo harás, como prefieras. El orden de los factores no altera el producto. Al menos, no siempre.

—Siendo así, sí. —Acerco el dedo índice hacia el micrófono con la garantía y la tranquilidad de saber que esa, y no otra, es la decisión correcta—. Creo que estoy preparada.

Noel coloca sus dedos nervudos sobre mis hombros y dibuja una sonrisa liberadora.

—Bien, pues no perdamos más tiempo —propone a mis espaldas con un cálido murmullo—. Ha llegado la hora de que vuelvas a hacer lo que mejor sabes hacer.

—¿Mi magia? —elucubro, brindándole también una sonrisa juguetona. Como la tarde de nuestro tercer café juntos, él saca una moneda de entre mis cabellos.

—Exactamente, tu magia —corroborra cariñoso.

Ambos nos damos entonces un delicado beso en los labios para exorcizar los remanentes de nuestras dudas, nuestros miedos y nuestras inseguridades; para exorcizar, en resumidas cuentas, las cenizas del fuego que nos ha mantenido separados a lo largo de tantos años y tantos kilómetros y en el que han ardido tantas personas sin las cuales nunca habría llegado a la ciudad.

Tras ello, consagrada a no tolerar que el malestar acumulado por las penurias del viaje logre menoscabar nuestro agrídulce triunfo sobre el tiempo y el espacio, activo el contacto con la firmeza seca de un desgarró por el que se filtrara el brillo de las estrellas más hermosas del universo.

—Aquí Fox Sierra desde la estación central de Punta Allende —digo pendiente de una respuesta que ya conozco de antemano—. Hemos captado un mensaje inusual desde esta frecuencia, ¿puede oírme alguien?

El sonido turbio y deslavazado de una pulsación de encendido al otro lado del hilo indica que, en efecto, alguien se encuentra a punto de responder.

Noel me escudriña con complicidad antes de que lo haga, igual que en los inicios, y yo veo que una lágrima colmada de felicidad resbala por su mejilla derecha.

—Sí, la oigo —dice una voz que algún día me perteneció pero ya casi ni alcanzo a recordar como mía.

Todo lo demás es ya historia.

ANEXOS

Glosario

Antiguos maestros: grupo de eruditos e intelectuales que, tras abandonar por la fuerza el campus de Monteburgo debido a las expropiaciones de Ciric Klem, quien recicló las dependencias universitarias como terrenos de cultivo, se vieron obligados a impartir sus lecciones por las calles y plazas de la ciudad.

Ardra Airwaves: popular festival de música alternativa celebrado anualmente en un hermoso paraje cercano al gran bosque de laurisilva, a unos sesenta kilómetros de Punta Allende.

Bandadas: enjambres de aves mutadas como consecuencia de la plaga que suelen atacar desde el aire y son a menudo repelidas mediante emisores de ultrasonidos.

Bardiche: arma mezcla de hacha y alabarda enastada cuya hoja tiene una forma similar a la de una guja y está asida por dos puntos a la vara, dejando el suficiente espacio para blandirla por detrás a modo de guardia. Todos los *rangers* llevan uno.

Cementerio cúbico: camposanto de vanguardia situado en la bahía de Punta Allende, en la misma orilla del mar. Recibe su nombre por las peculiares formas cúbicas de sus lápidas, pintadas, además, de vivos colores.

Conjetura de protección cronológica de Hawking: hipótesis formulada por el astrofísico Stephen Hawking en 1992 según la cual las leyes de la física impiden el viaje en el tiempo, salvo a escala submicroscópica, como forma de prevenir las paradojas temporales.

Cronointervencionismo: doctrina política desarrollada en la República de Ardra, a raíz de la invención del dispositivo conocido como cronotransmisor, partidaria de utilizar las ventajas tácticas derivadas de las comunicaciones intertemporales para subsanar futuros errores desde el presente.

Cronotransmisor: artefacto diseñado por el científico Noel León que permite establecer contacto radiofónico con otras líneas temporales.

Decimotercera expedición: una de las pocas incursiones más allá de las murallas de Monteburgo de la que se volvió a saber algo. En ella perecieron un total de diecisiete efectivos del cuerpo de *rangers*, la mayoría a manos de animales infectados. Sus únicos tres supervivientes tuvieron que regresar a la ciudad después de un calamitoso peregrinaje de más de una semana a lo largo del Páramo, si bien solo uno logró sobreponerse *a posteriori* del trayecto. Pese a ello, muchos ciudadanos recuerdan la expedición casi como un éxito debido a la propaganda gubernamental.

Día de la Independencia: festividad celebrada por toda la República el día 22 de junio en conmemoración de la fecha en que se firmó el Tratado de Punta Allende, por el cual la isla ponía fin a siglos de colonización a manos de distintas potencias mundiales, como la británica o la española.

El Azul: escualo infectado por la plaga que merodea por las costas de La Franja, cerca del Margram Resort, y mantiene una relación muy especial con los habitantes del complejo.

El Páramo: todo el territorio comprendido entre Monteburgo y Punta Allende, con La Franja como zona cero, afectado por los estragos de la Gran Ola.

Fábrica de tabaco: amplio edificio situado en los barrios bajos de Monteburgo, también conocido como el Pozo, que acoge a los infectados no sintomáticos como medida preventiva y de control epidemiológico. Su excepcional tamaño hace que contenga al otro lado de sus muros una pequeña ciudad paralela dotada de numerosos servicios.

Guerra Civil: cruento enfrentamiento fratricida acontecido en la República de Ardra que enfrentó al Gobierno en funciones y a sus seguidores contra la insurgencia cronointervencionista y sus partidarios.

Gran Éxodo: maniobra militar de evacuación a gran escala acontecida tras el estallido de la Guerra Civil bajo el mando del almirante Renner Klem y el general Adam Imada, gracias a la cual miles de huidos y represaliados de Punta Allende se desplazaron y establecieron en Monteburgo, inicialmente, con la idea de preparar una contraofensiva que nunca terminó de materializarse por causa de la plaga y de la Gran Ola.

La fisura: grieta tectónica de gran amplitud y extensión surgida en mitad de La Franja tras el corrimiento de tierras responsable de la Gran Ola.

Gran Ola: megatsunami que azotó la República de Ardra durante la Paz Fría entre sus principales ciudades y devastó la mayor parte de la isla, en particular las regiones de La Franja y Punta Allende, tanto con su envite inicial como con el retroceso de sus aguas plagadas de materiales de derribo.

Gran Premio de Fórmula 1 de Punta Allende: junto con el campeonato de tenis que anualmente se celebra en la ciudad, tal vez el evento deportivo más importante de toda la isla.

Kenjutsu: arte marcial de origen nipón cuyo objetivo es enseñar a combatir de manera eficiente con el sable japonés.

La Fortaleza: majestuoso castillo de estilo medieval, enclavado sobre un promontorio de roca volcánica, que preside la ciudad de Monteburgo y sirve de residencia, desde poco después del Gran Éxodo, al almirante y su corte. En la época prebélica, fue también un concurrido museo de historia.

La Franja: amplia zona de la isla de Ardra, célebre por sus extensas playas, imponentes resorts, casinos, discotecas y atracciones, muy frecuentada por el turismo extranjero y los veraneantes del país, especialmente por la juventud y la tercera edad. Fue golpeada con especial saña por la Gran Ola, que redujo a escombros casi todo su territorio.

La Hondonada: gran agujero ubicado a la entrada de la ciudad fortificada de Monteburgo que sirve a la vez de vertedero de basuras y de crematorio de cadáveres infectados por la plaga. Los *rangers* de Monteburgo están obligados a incinerar allí todas las bajas que sus acciones puedan causar y, al margen de ellos, solo los trabajadores del sistema de recolección de basuras pueden visitarla, ya que los ataques de las bandadas son bastante frecuentes por la zona.

La Hueste Invisible: grupo terrorista que opera en la ciudad de Monteburgo para desestabilizar el régimen de Ciric Klem, a quien sus líderes acusan de ser un tirano opresor. Algunos creen que la dirige Duane Renaud como parte de su cruzada contra el Gobierno; otros, que el propio Klem está detrás de los atentados con la idea de generar desafección contra Renaud y el resto de movimientos revolucionarios de la ciudad. Sus golpes, en cualquier caso, son especialmente sangrientos e indiscriminados, habiéndose cobrado más de trescientas víctimas mortales en solo cinco años.

La Nevera: nombre popular de una de las islas fluviales cercanas a Monteburgo, y antiguo lazareto, donde el Gobierno envía a los infectados sintomáticos de la plaga para prevenir posibles contagios.

La plaga: enfermedad letal de carácter infeccioso surgida durante la Paz Fría que diezmó de manera muy cruenta la población de la República de Ardra. Nadie conoce exactamente cuál es su origen, aunque existen teorías que la vinculan tanto al bando cronointervencionista como anticronointervencionista.

Los síntomas más habituales son la despigmentación de los iris, el enrojecimiento de las

mucosas, la pérdida de la visión en color y, sobre todo, una aceleración exagerada del proceso de envejecimiento, lo cual puede llevar a los infectados a alcanzar la ancianidad y morir en cuestión de pocos días.

Se transmite principalmente a través del último aliento de las personas portadoras, donde queda concentrada casi toda la carga infecciosa, aunque también mediante mordeduras y picaduras de fauna contaminada y, de manera mucho menos frecuente, a través de la sangre. No hay riesgo de contagio, en cambio, por vía sexual.

La sintomatología es algo diferente en el caso de los animales, ya que sus organismos, en lugar de envejecer prematuramente, se deterioran y mutan de forma abrupta hasta dar origen a inestables y agresivas abominaciones que incluso aumentan su esperanza de vida al ralentizárseles el metabolismo.

El periodo de incubación es corto aunque variable según las personas. Cuando el infectado muere, las características manchas grisáceas de sus ojos se licúan en forma de lágrimas, salvo en el caso de los varados, que vuelven a desarrollarlas.

La única medida de profilaxis efectiva es evitar la cercanía de personas en riesgo de muerte inminente o, en su defecto, usar máscaras provistas de filtros específicos. No existe ningún tipo de cura conocida, si bien corren rumores por Monteburgo, no se sabe si verdaderos o no, de que en Punta Allende han desarrollado una.

La prueba: rito de ingreso al cuerpo de *rangers* de Monteburgo consistente en pasar al menos cinco días en el Páramo y regresar con vida a la ciudad.

Las cocheras: área situada en la antigua estación multimodal de Monteburgo que, como consecuencia de la falta de espacio útil en la urbe, aloja dentro de sus vehículos abandonados a cientos de ciudadanos carentes de viviendas al uso.

Los sangrantes: nombre popular de los miembros de una secta ultracatólica surgida en Monteburgo tras la llegada de la Gran Ola. Creen que tanto el tsunami como la guerra y la plaga fueron un castigo divino y practican la autoflagelación, la autolesión y la mutilación como forma de demostrar su propósito de enmienda.

Montañas del Norte: extensa y deshabitada cordillera de la parte más septentrional de la isla de Ardra donde se encuentra el famoso monte Aramara, una de las cumbres más altas del mundo. Está recorrida de extremo a extremo, en su parte inferior, por la llamada ruta escénica de las montañas, muy frecuentada por turistas nacionales y extranjeros.

Parias: personas errantes y desarraigadas que habitan el Páramo y sobreviven de la rapiña. En especial, aquellas expulsadas de las ciudades por causa de sus delitos o de su oposición al Gobierno.

Paz Fría: periodo de cese temporal de las confrontaciones armadas entre Monteburgo y Punta Allende, posterior al Gran Éxodo, caracterizado por una creciente tensión política, bélica e informativa entre ambas regiones.

Rangers de Monteburgo: cuerpo de defensa, vigilancia y seguridad encargado de ayudar al ejército a mantener el orden en la ciudad y de todas las tareas de rastreo, cuidado y exploración tanto dentro como fuera de sus murallas. Salvo ocasiones especiales, como expediciones organizadas al exterior, suelen trabajar solos.

Semana Negra: periodo de fuertes disturbios e inestabilidad social acaecido en Punta Allende durante los días previos al estallido de la Guerra Civil.

Tenias: anélidos mutados por la plaga que infestan algunas zonas cenagosas de La Franja y que, alimentados en buena medida por las víctimas de la catástrofe, crecieron entre sus despojos. Son muy agresivos y un claro riesgo de transmisión de la enfermedad por mordedura.

Varados: víctimas no cremadas de la plaga que, de acuerdo con ciertos rumores y leyendas muy populares en Monteburgo, vuelven a levantarse después de muertas convertidas en peligrosos cadáveres andantes.

Lista de reproducción de Noel



Hic Sunt Dracones

*Juraría que esa certeza ya estaba al timón
cuando tu primera mirada se conjuró contra la noche
y achicó el espacio entre nuestros bandazos.*

*Esa certeza trémula,
tejida con los hilos de lo que nunca fue,
languidece hoy entre los pecios de un océano de nostalgia
como el fuego bajo el recuerdo de una bahía que todavía huele a primer beso.*

*Así fue como nos convertimos en esclavos por no saber apostar al negro en los ojos del otro.
Y así fue, también,
como ambos naufragamos por no saber convertir nuestras hipótesis en puntos de apoyo.*

*Cada vigilia en tu nombre supone ahora una impugnación al horizonte,
cada contacto frustrado,
un islote en mitad de la galerna,
y cada recuerdo teñido de culpa,
un faro extraviado en el tiempo y el territorio.*

*Tu ausencia reverbera en mi piel como la sordina del relámpago.
Y, en cada una de nuestras lágrimas,
veo el reflejo de algo que se quedó a medias pero que sangra como una herida recién abierta
y deseosa de sentir.*

*Quizás no lo creas,
pero navegué tantas leguas antes de encontrarte
que yo mismo dejé de aparecer en los mapas.*

*De aquella travesía solo conservo media espada rota
y una pata de palo incapaz de sostener mi añoranza.*

*Las ajadas banderas que izamos para domar nuestras tempestades
ondean ya inertes al pie del fondeadero.
La vastedad antaño encrespada
no admite más estela que la de su rabia.
Y el firmamento purgado de estrellas y fulgor,
arrastra toda sutileza y la hace suya
igual que la distancia hace suyo el pesar de quien no sabe jugar sus cartas y pierde la
partida.*

*Dicho así, parece que solo haya sido una historia triste,
pero ambos sabemos que tiene que haber algo más que eso,*

*algo más que dos nombres enhebrados por el azar
y un canto estremecido por la zozobra de otra época y otra sensibilidad.*

*Nuestra excepción ocurrió igual que ocurren los pequeños gestos que lo cambian todo:
con un repliegue involuntario y un meticuloso cataclismo.*

*No,
no hubo palabras para designar los inicios
ni silencios lo suficientemente íntimos para omitir los finales.
Solo la luna, tú y yo
arañando la superficie de un espejo astillado
mediante caricias ávidas de rozarse a sí mismas.*

Las reliquias del viento...

*Duele saber que en otra dimensión
(un mundo paralelo que ninguno podríamos conquistar por nuestro propio pie),
tu sombra y la mía todavía caminan de la mano por donde aquellos sueños,
aquí y ahora,
se dispersan en cenizas con un ulular lánguido.*

*La vida sigue.
La brisa sigue.*

*Y a medida que el fuego se extingue en torno a nuestros días,
aquella certeza que en los albores nos guiaba,
de pronto hundida en la nada de lo que algún día fue un todo,
escupe su verdad a la deriva para advertirnos de un último peligro:*

*Más allá de todos estos versos,
más allá de ti y de mí
y de cómo conjugemos el nosotros,
todo son dragones.*

Nota final y agradecimientos

De entre todos los libros que he publicado hasta el momento, este es quizás el que más me ha costado concluir y el que he redactado sujeto a unas condiciones más duras.

El motivo está en que, debido a la cancelación provisional de otro de mis proyectos —una extensa y singular historia que espero que vea la luz pronto pese a todo—, tuve que exprimir a fondo mis horarios y sacrificar casi toda mi vida personal para poder presentar la novela a tiempo al Premio Literario Amazon 2021; pero, también, en que al poco de comenzar a escribirla fui diagnosticado con una enfermedad imprevista, de carácter crónico, que complicó seriamente mi rutina por razones de salud y lastró y sigue lastrando bastante mi estado anímico.

Al coincidir todo ello, además, con las restricciones de la pandemia de Covid-19 y con una de las etapas más baldías desde que empecé a publicar libros de manera independiente, ya os imaginaréis que sacar este proyecto adelante no ha sido un camino de rosas...

Lo bueno de los momentos críticos, sin embargo, es que a menudo suelen convocar a personas que te ayudan a sortearlos y te hacen más llevadero el proceso. Sin ellas, este libro probablemente jamás llegaría a ser una realidad, y de ahí que les esté eternamente agradecido por haber estado siempre en la zona de avituallamiento.

Las que forman parte de mi círculo más cercano —familia y amigos— ya saben perfectamente quiénes son y cómo me han prestado su apoyo, así que, salvo para añadir algún otro nombre como el de Ana Haydée Blanco o el de Paula Ponz, que siempre leen mis historias antes que nadie, o el de Javier Fabuel, de *Aliterata*, que luego las corrige, no es necesario que me explique mucho más de lo que he hecho en la dedicatoria, pero, a quienes también quiero destacar aquí es a todas esas personas que, sin conocerme de nada, o conociéndome tan solo de manera muy superficial, me han dado oxígeno a lo largo de estos meses ya sea comprando, leyendo o recomendando mis libros, compartiéndolos por redes sociales, apoyando mis publicaciones en estas mismas redes con algún me gusta, retuit o comentario, realizando reseñas sobre mis novelas o dejando valoraciones en las distintas plataformas de venta.

Si como Virginia, de *Lectora Dreams*, Ana, de *Cien Letras por Latido*, David, de *David Lee Libros*, Alicia Ruiz, Sandra García, Fernando Llordén, Victoria Dios, Chelo López, Erika Orlando, Cris Martín, Rubén Ernand, Txema Contreras, Inma Palomares, Eva Fraile, Clarissa Mary Prince, Susana Rodríguez, Slawka Grabowska, Laura Mas, Black Rose Val, Sara Gonzalvo, Ruth Morera o mi flamante prologuista Francisco Javier Rodenas, tú eres una de esas personas, que sepas que parte de este libro existe gracias a ti, y que, más allá de lo literario, estaré siempre en deuda contigo por haberme brindado tu apoyo.

Y si no eres una de ellas pero has disfrutado de la historia, recibe también mi agradecimiento por haber adquirido la novela, pasado pacientemente sus páginas y llegado hasta aquí sin desfallecer.

Como autor y como persona, valoro muchísimo a todos quienes estáis siempre a un lado u a otro del camino ofreciéndome vuestro cariño y vuestro sostén, en especial a quienes lo habéis hecho desde los inicios y seguíis haciéndolo con el mismo ímpetu del primer día a pesar de que a veces no os doy más que disgustos y quebraderos de cabeza.

Confío en que esto último cambie pronto y pueda también ofreceros alguna alegría. Quizás, con este mismo libro, que espero que hayáis disfrutado al menos un poquito y sea solo una etapa más de nuestro extenso y accidentado, pero por ello mismo inolvidable, camino juntos.

En caso de que la novela haya sido de vuestro agrado, no olvidéis que podéis calificarla y/o dejar vuestra opinión sobre ella tanto en la sección de comentarios de la plataforma que hayáis utilizado para adquirirla como en Goodreads. Os llevará muy poco tiempo y a mí me ayudaréis más de lo que creéis a seguir escribiendo otras historias.

Por último, recordad también que, si deseáis manteneros al tanto sobre mis próximos proyectos, podéis visitar la web <http://ggvelasco.com>, donde encontraréis toda la información disponible sobre mis libros y sobre mí —además de contenidos y beneficios exclusivos— o seguirme a través de Instagram (@velaskogg), Twitter (@VelascoGG) o Facebook (Facebook.com/velascogg).

¡Muchísimas gracias y hasta la próxima!

Otros títulos

Lo que define a una llama

Al tiempo que la isla de Noralbia se prepara para votar en el referéndum del que depende su futuro político, Miranda Cadalso, inspectora de policía marcada por la violencia doméstica y por la desaparición en extrañas circunstancias de su hija, afronta el caso más difícil de su carrera tras el hallazgo de un cadáver desprovisto de corazón en el casco histórico de Puerto Corvino, la conflictiva capital del país.

Dögunljósey: vocabulario comparado de lo intraducible

Lázaro Umbriel, un anciano ciego y enfermo, llega hasta el Ártico con la intención de alcanzar la isla de Dögunljósey y cumplir allí una misteriosa promesa, pero todo se complica cuando la ventisca lo deja aislado en mitad de la nada junto a su perro Sif y una dimensión fantástica alternativa se despliega en torno a él para reclamarlo como una suerte de elegido con la misión de salvar el mundo.

La naturaleza del escorpión

Mientras la ciudad Estado de Aldacia se enfrenta a una insólita ola de calor y a los disturbios derivados de su primera huelga feminista, la vida de Dante Riesco, divulgador experto en psicología positiva, confluye por accidente con la de Nora Sarafyan, una joven aquejada por un extraño trastorno de empatía con quien pronto emprende una relación de consecuencias absolutamente imprevisibles.

Demócrata por conveniencia

Celso y Danilo, dos posmodernos redomados, terminan trabajando en la campaña electoral de un partido que ni les va ni les viene y se convierten en testigos privilegiados de un montón de tropelías, tejemanejes y situaciones delirantes al tiempo que deben disimular, durante más de un mes de dura explotación laboral, su falta casi patológica de compromiso político y su desprecio por un sistema en el que no creen.

Nadie vendrá a rescatarnos (finalista del Premio Literario Amazon 2019)

El doctor Óliver Eldricht recibe una terrible noticia sobre su propio estado de salud que lo lleva a abandonar a su único hijo e iniciar una huida desesperada hacia ninguna parte. Cuando un contratiempo lo deja varado en una isla del Pacífico, la aparición de otra superviviente, cuya salud mental no parece demasiado estable, comprometerá su cordura y sus planes de regresar a tierra de maneras insospechadas.

La revolución de las sonrisas

Mientras un ambicioso atentado promovido por organizaciones narcoterroristas desata el caos por todo el planeta, cinco disfuncionales personajes se ven envueltos en otras tantas historias, inspiradas de manera perversa en los ideales de la Revolución francesa, que los empujarán a vivir las situaciones más sangrientas y desquiciadas de sus vidas.

Todas las veces que nos dijimos adiós

Cuando Selene y Elio se ven obligados a separarse tras haber disfrutado de varias semanas

inolvidables en la Florencia de 1998, ambos protagonizan una de las horas más importantes de sus vidas, pero lo que ninguno de ellos imagina es que solo será la primera vez en que se digan adiós, pues el destino, cuyos planes parecen seguir una misteriosa agenda propia, aún les tiene reservadas hasta tres despedidas a contrarreloj más.